Edith Wharton

Cuentos inquietantes

Traducción de Lale González-Cotta

Lectulandia

Los *Cuentos inquietantes* aquí reunidos, la mayoría de los cuales han permanecido inéditos en castellano hasta hoy, lo son cada uno a su manera. Algunos se escoran levemente hacia lo sobrenatural, en la línea de los relatos de fantasmas de Henry James, historias en las que el elemento ultraterreno sobrevuela la cotidianidad de modo casi imperceptible: sutilmente invasivo, tan evanescente en ocasiones que la duda atenaza al lector hasta el final provocándole una deliciosa inquietud. En otros cuentos —más desasosegantes si cabe, al prescindir de lo asombroso— el misterio se oculta en la propia mente, en las ambiguas actitudes de personajes que se nos antojan perturbadores gracias a la pericia de la autora para manejarse en los meandros de su psicología. Una auténtica obra maestra de lo oscuro que se esconde tras lo cotidiano.

Lectulandia

Edith Wharton

Cuentos inquietantes

ePub r1.0
Titivillus 11.11.17

Edith Wharton, 2015
Traducción: Lale González-Cotta

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PREFACIO

LA RETÓRICA DEL MIEDO

por Lale González-Cotta

A Edith Wharton (Nueva York, 1862-Saint-Brice-sous-Forêt, Francia, 1937), no se le ha reconocido lo suficiente su deslumbrante maestría en la técnica del relato de suspense o de terror. En las acotadas y rigurosas leyes del género halló la autora de *La edad de la inocencia* el habitáculo idóneo para alojar sus historias mínimas pero impactantes, para recoger los elementos más humildes de la cotidianidad y hacer prender en ellos la llama de la desazón, torciendo prodigiosamente el destino de unos sucesos que se trascienden a sí mismos justo cuando iban camino de fundirse en el caudal de lo prosaico.

Los cuentos inquietantes aquí reunidos lo son (parafraseando las muy célebres desgracias tolstoianas) cada uno a su manera. En un primer bloque integraríamos aquellos que se escoran hacia lo sobrenatural, en la línea de los relatos de fantasmas de Texto. Henry James, de quien la norteamericana fue gran admiradora y mejor amiga. En estos cuentos el elemento ultraterreno sobrevuela las páginas de manera casi imperceptible, rehuyendo siempre el efecto visceral, al más puro estilo de esta narradora portentosa: sutilmente escalofriante, tan evanescente en ocasiones que la duda atenaza al lector hasta el final provocándole la gozosa inquietud que ha querido subrayar el título de la presente antología. La ambigüedad de algunos de ellos incluso posibilita dos lecturas de un mismo relato. Conviene recordar que Wharton había sufrido terrores nocturnos en su primera juventud, con lo cual sabía bien a qué atenerse con el miedo: lo que a ella la asustaba entonces, esas incorpóreas presencias que acechan en la oscuridad, nos asustará también a nosotros. Dentro de este grupo se encuentran: «*Una botella de Perrier*», «*La duquesa orante*», «*El veredicto*», «*La plenitud de la vida*», «*Después*» o «*Un viaje*».

«*Una botella de Perrier*» es una historia de crimen y suspense ambientada en el desierto africano. No tardará en prender en el lector una sensación de oscura acechanza que irá en aumento a medida que el protagonista se vea privado del consumo de agua mineral embotellada. Este relato fue muy elogiado por los contemporáneos literarios de Wharton; Graham Greene, de hecho, la calificó como «una soberbia historia de terror». No es poco lo que el lector debe poner de su parte en esta historia y, por fortuna, no habrá confirmación explícita que corrobore sus espeluznadas sospechas. La elipsis es (bien lo supo Wharton) la persiana que impide que un exceso de luz ilumine indeseablemente los rincones de la fantasía.

Sin embargo, dentro de este primer grupo, tal vez sea «La duquesa orante» el relato que más precise de la interpretación del lector para desentrañar algunas situaciones perspicazmente dejadas en penumbra, tales como los privados códigos

horticultores que la duquesa parece compartir con el ayudante del jardinero, o el incidente que habría tenido lugar en los albores del matrimonio protagonista y que habría sido el desencadenante del maquiavélico comportamiento del duque hacia su esposa. En un baile de hábiles circunloquios de salón, la ducal pareja perpetrará una venganza de guante blanco, buscando imponerse el uno al otro sin abandonar el *ring* de la más refinada cortesía.

El cuento titulado «La plenitud de la vida» supone un acercamiento de la autora al tema del más allá. Lo interesante de esta historia es que las visiones descritas en ella podrían ser el correlato de una experiencia personal de Wharton durante un viaje a Florencia en el cual, extasiada ante la belleza de la iglesia de San Miguel y según sus propias palabras, «experimentó una visión maravillosa y se sintió arrastrada por una poderosa corriente que la empujaba hacia delante».

El argumento de «*El veredicto*» gira en torno a un retrato inquietante y, pese a que la similitud no va mucho más allá, no dejará de repicar en la memoria de los lectores el recuerdo del retrato más siniestro de la literatura universal: el de Dorian Grey. Sólo que la diatriba sobre moralidad con delirio faustiano al fondo que interesó a Wilde deviene en Wharton en diatriba sobre la honestidad y la impostura en el arte. La autora de *La casa de la alegría* fue una reconocida erudita artística que marcó tendencia en su entorno social e intelectual. En este relato desahoga sus suspicacias respecto al papanatismo que impera en el arte, sembrando de ironías una cuestión que no ha perdido vigencia en nuestro tiempo: salvo díscolas excepciones, ¿el artista es o lo hacen?

En «*Un viaje*», Wharton recrea los espeluznantes problemas prácticos derivados de la intrusión de la enfermedad y de la muerte en el estable discurrir de nuestras vidas. La autora subraya la paradoja sobre lo desentendida que suele estar la gente de la única circunstancia segura, ineludible e impredecible para cualquiera que esté vivo: la muerte. Contrasta la angustia de la protagonista que viaja en tren junto a su marido enfermo con la insensibilidad (incluso con la desalmada curiosidad) del resto de pasajeros. Es uno de los relatos, quizá junto a «*Una botella de Perrier*», que más se escora hacia lo macabro.

«Después» es el único relato de toda la antología que no es inédito en español, pero nos decidimos a incluirlo porque tradicionalmente ha sido considerado el más espeluznante de los cuentos de la autora (personalmente, me desasosiega más «Una botella de Perrier»), Otro motivo para haberlo integrado en esta colección ha sido el deseo de compensar en lo posible las deficientes versiones accesibles desde Internet, las cuales contienen en su mayoría notables errores, no sólo de traducción sino de apreciación lectora. Se trata del clásico relato de casa encantada, paradigma del estilo whartoniano a la hora de abordar el terror: lo verdaderamente temible es lo que se infiltra casi de incógnito en lo cotidiano bordeando la más exquisita ambigüedad.

En el segundo bloque de cuentos el gran enigma es el que se oculta en la psique, en las equívocas actitudes de ciertos personajes que se nos antojan perturbadores

gracias a la pericia de la autora para manejarse en los meandros de lo que se ha popularizado como lenguaje corporal. El elemento desazonador surge en estos casos como una astilla punzante clavada en el seno de la plácida existencia de los desavisados protagonistas, la cual vendrá a disolver su paz mental de una manera tan rotunda como sutil. El mensaje subyacente en este grupo de relatos que prescinden de lo sobrenatural sin dejar de ser inquietantes no deja lugar a dudas: lo verdaderamente esotérico reside agazapado en la mente de cada cual. Incluso cuando nos enfrentamos a rasos conflictos domésticos nuestras reacciones pueden llegar a ser imprevisibles y contradictorias. Hasta para (o sobre todo para) nosotros mismos. Y es que, aparte del hábil empleo de la elipsis como técnica narrativa, Wharton alcanzó una asombrosa sabiduría en la manipulación de ese otro tipo de elipsis adherida a la psicología de los personajes que los convierte en insospechados huéspedes de sí mismos, eventualmente irreconocibles en el espejo de su predictibilidad. En esta línea estarían «*Los otros dos*», «*La misión de Jane*», «*El mejor hombre*» y «*Un cobarde*».

En este grupo de cuentos encontramos además la grata presencia del humor, una copiosa ironía que parecería extraída del acervo de Oscar Wilde, Groucho Marx o Woody Allen:

> «Querida, no soy un hombre rico, pero si puedo evitarlo no uso la misma frase dos veces» («La misión de Jane»).
>
> «No obstante, el señor Carstyle parecía lo bastante familiarizado con la literatura moderna para no tomarla demasiado en serio» («Un cobarde»).

Y es que, aunque en líneas generales cabe afirmar que el humor es el mejor disolvente del escalofrío, Wharton consigue en estos relatos la doble pirueta al haber sabido sujetar sus historias en el escurridizo punto medio de lo tragicómico. Tal vez sea «La misión de Jane» el cuento más logrado en este sentido. Se trata de un relato magistral, tan hilarante como cruel, que contrapone los sentimientos más básicos del homo familiar exponiendo las relaciones domésticas como una finísima tela de araña que atrapa a las personas de una forma imprevisible. Lo cómicas que llegan a ser la situación y la mordacidad de ciertas reflexiones atenúan pero no deshacen el pellizco que ha provocado en el lector la atrabiliaria personalidad de Jane y los tácitos temores que dicha personalidad genera en sus padres adoptivos. Llama la atención en esta historia la formidable exhibición de sobreentendidos, muy a la inglesa, que pone de manifiesto hasta qué punto resulta prescindible la comunicación entre una pareja victoriana que se rige por idénticos códigos. El señor Lethbury es un portentoso espécimen de cinismo británico del que se vale Wharton para ironizar sobre la supuesta bendición que han de suponer los hijos para coronar la felicidad matrimonial. No es la primera vez que la cáustica Wharton apunta en esta dirección. El tema fue ampliamente abordado en *La solterona*, deliciosa *nouvelle* editada

también por Impedimenta, y en sus muchos relatos reaparecen diseminadas gotas de este mismo escepticismo.

Pero es que incluso en relatos tan rotundamente espeluznantes como «*Después*», «*El veredicto*» o «*Una botella de Perrier*» consigue Wharton entreverar la ironía más hilarante sin detrimento de la deseable piel de gallina.

En «Los otros dos» la norteamericana eleva la casualidad a la categoría de grotesca para así introducir en el flácido porvenir de Waythorn, el personaje principal, la turbina de la suspicacia. De qué manera el persistente azar puede abocarnos a situaciones embarazosas que rozan lo siniestro o malhadado es la lectura subliminal de este relato. No hace falta apelar a lo esotérico como recurso enervante (parece querer decírsenos una vez más) porque la vida puede serlo sin ayuda. Así, contra todo pronóstico, Waythorn, feliz recién casado que se dispone a solazarse en las mieles nupciales, se verá abocado a toparse una y otra vez con el pasado que rehúye, esto es, con los anteriores maridos de su flamante esposa, dos dispares fantasmas de carne y hueso con los que no tendrá más remedio que contemporizar en aras de la concordia. Este relato de turbadora comicidad da pie a la escritora para insistir en la imposibilidad de sustraerse a las consecuencias de un divorcio en la Nueva York de finales del XIX, una contrariedad que Wharton había sufrido en carne propia al divorciarse de su marido en 1913 con penosas secuelas físicas y emocionales.

«El mejor hombre» es un cuento de argumento político que, aunque no tan inquietante como el resto, incide en que a veces el enemigo más desestabilizador que puede irrumpir en una existencia plácida es el que se instala en el recinto de la conciencia. Subraya Wharton mediante esta historia cómo la corruptela (o la sospecha de ella) puede corroer la paz de un hombre íntegro. Tras su victoria electoral, el senador Mornway debe enfrentarse a una decepción personal que entraña funestas consecuencias en su carrera. El personaje de Rufus Gregg, pese a su efímero paso por la trama, se nos antoja especialmente inquietante, quizá por lo repetido del modelo a lo largo de siglos de corrupción política, contrapuesta en este caso a la probidad que encarna el senador.

En «Un cobarde» el espectro a combatir no será otro que la culpa, mortificante y ubicuo huésped que tarde o temprano se instala en las conciencias honorables. Un suceso acaecido en la juventud del señor Carstyle determinará su posterior personalidad, estancada en una especie de autoexilio de sí mismo que le aboca a una mansedumbre falaz, a una vida subsidiaria, desentendida de cualquier emoción que no sea la de estar al acecho de alguna contingencia heroica que le redima de su pasada cobardía. El entorno, compuesto por la insustancial señora Carstyle y por Irene, la bella pero anodina hija del matrimonio, por las que el patriarca siente una mal disimulada indiferencia, tampoco constituirá un estímulo suficiente para que el penitente deponga su crónica desidia. Pero sucede que en ocasiones entreabrimos la recia puerta de nuestra reserva a la persona más insospechada, al recién llegado con el que no contábamos, generándose entre los interlocutores un recíproco interés.

Estamos aquí ante un caso de relato dentro del relato, en el cual la historia principal caería dentro de la mordaz intriga psicológica mientras que la segunda estaría más en la línea del primer grupo de esta selección. La conjunción entre ambos resulta perfecta, soberbio equilibrio entre humor, intriga y eventual escalofrío.

Un denominador común a la mayoría de estos relatos es el tratamiento de las casas o mansiones como personajes, una constante en casi todas las obras de Wharton, que no en vano fue una prestigiosa paisajista y decoradora de interiores. Los espacios donde habita la gente la condicionan (o a la inversa), convirtiéndose en testigos mudos de lo que se exhibe o se esconde, en nexo entre quienes los habitan y quienes les precedieron. En «La duquesa orante», «Una botella de Perrier» y sobre todo en «Después», las mansiones alcanzan envergadura de seres animados.

En líneas generales y cada una a su estilo, estas atmósferas inquietantes son breves irrupciones de lo raro o inesperado en la blanda cotidianidad, suficientes como para hacer realidad la profecía de Borges: «Cualquier instante puede ser el cráter del infierno».

LA PLENITUD DE LA VIDA

1

Había estado recostada durante horas, sumida en un plácido sopor no muy diferente de la dulce molicie que nos embarga en la quietud de un mediodía estival, cuando el calor parece haber acallado incluso a los pájaros y a los insectos. Mullidamente tumbada sobre flecos de hierba, dirige la mirada hacia lo alto, por encima de la uniforme techumbre que conforman las hojas de los arces, hacia el vasto cielo, despejado e impávido.

De cuando en cuando, a intervalos progresivamente crecientes, la atravesaba una punzada de dolor, como un fucilazo surcando ese mismo cielo de verano. Resultaba, sin embargo, demasiado fugaz para conseguir sacarla de su estupor, ese estupor delicioso y abisal en el que iba cayendo cada vez más profundamente sin oponer el menor conato de resistencia, el más mínimo esfuerzo por aferrarse a los recesivos bordes de la consciencia.

La resistencia y el esfuerzo tuvieron sus momentos de plenitud, pero ahora habían cesado por completo. Su mente, hostigada desde hacía tiempo por imágenes grotescas, por fragmentarias visiones de la vida que llevaba últimamente, por aflictivos versos, por recurrentes representaciones de cuadros contemplados alguna vez, por las difusas impresiones que en ella habían dejado ríos, torres y cúpulas en el transcurso de viajes casi olvidados… Su mente apenas reaccionaba ya a unas escasas y primarias sensaciones de incoloro bienestar, de vaga satisfacción al recordar que le había dado el trago definitivo a aquella medicina fatal… y que no volvería a escuchar el chasquido de las botas de su marido (aquellas horrendas botas), que nadie la molestaría más con cuestiones relativas a la cena del día siguiente o a los encargos pendientes en la tienda de ultramarinos.

Al final, incluso aquellas débiles sensaciones acabaron engullidas por la espesa tiniebla que la iba cercando, por el crepúsculo cuajado de pálidas rosas geométricas,

desplegadas ante ella en suaves e incesantes círculos que, a su vez, se ensombrecían poco a poco hasta adoptar una negrura uniforme y azulada similar a la de una noche de verano sin estrellas. Y en dicha oscuridad se iba adentrando paulatinamente, con la reconfortante sensación de seguridad de quien se sabe sostenido desde abajo. Una tibia marea que se deslizaba cada vez más arriba la iba rodeando, envolviendo su cuerpo relajado y exhausto en un aterciopelado abrazo, sumergiéndole primero pecho y hombros, y desplazándose gradualmente sobre su cuello con inexorable delicadeza hasta alcanzar su barbilla, sus orejas, su boca. ¡Ah!, ahora avanzaba demasiado, volvía el impulso de presentar batalla… Tenía la boca llena…, se ahogaba… ¡Socorro!

—Todo ha concluido —anunció la enfermera cerrándole los párpados con profesional aplomo.

El reloj dio las tres. Todos lo recordarían más adelante. Alguien abrió la ventana para permitir la entrada de una de esas corrientes de aire extraño y neutral que recorre la tierra entre la noche y el alba. Alguien (distinto) condujo al marido hasta otra habitación. Él salió con paso indolente, como un ciego, calzado con sus restallantes botas.

2

Le pareció estar de pie bajo una especie de umbral, pese a que no veía ante sí ninguna puerta tangible. Tan sólo un inabarcable panorama de luz, suave pero penetrante como el fulgor simultáneo de millares de estrellas, se iba extendiendo gradualmente ante sus ojos ofreciendo un beatífico contraste con la cavernosa oscuridad de la que acababa de emerger.

Avanzó unos pasos, sin miedo pero con cierta vacilación, y a medida que su vista se fue habituando a las fundentes densidades de luz que la rodeaban, acertó a distinguir los contornos de un paisaje que a primera vista se le antojó inmerso en la opalina ambigüedad típica de las vaporosas creaciones de Shelley, pero que poco después fue adquiriendo relieves más definidos. Así, se le fueron desvelando una descomunal y soleada planicie, la aérea silueta de unas montañas y, seguidamente, el plateado serpenteo de un río sobre un valle, así como el estarcido azul de los árboles alineados en sus meandros… Todo ello recordaba en cierto modo, en su tonalidad indescriptible, a los cerúleos azules de Leonardo: extraños, subyugadores, misteriosos… Azules que encauzaban la vista y la imaginación hacia regiones de goces indecibles. Extasiada en tal contemplación, el corazón le latía con un asombro placentero y acuciante; tan jubilosa le parecía la promesa que creía adivinar en la incitación de aquella distancia hialina…

—Así que, después de todo, la muerte no es el fin. —Se escuchó decir a sí misma

en voz alta con alborozo—. Siempre pensé que eso era imposible. Creí a Darwin, por supuesto. Todavía creo en él. Pero el propio Darwin dijo (eso pienso, al menos) que no las tenía todas consigo respecto al tema del alma, y Wallace fue un espiritualista, y también estaba George Mivart[1]… —La mirada se le extravió en la etérea lejanía de las montañas—. ¡Qué belleza! ¡Qué bien se está aquí! —murmuró—. Tal vez ha llegado el momento de averiguar lo que es vivir.

Mientras hablaba sintió una repentina aceleración de su ritmo cardiaco y al mirar hacia arriba advirtió que ante ella estaba el Espíritu de la Vida.

—¿De verdad que nunca has sabido lo que es la vida? —le preguntó el Espíritu de la Vida.

—Jamás he conocido la plenitud de la vida que todos nos sentimos llamados a conocer, pese a que no han faltado en la mía dispersos atisbos de ella, como el olor a tierra que a veces se percibe en alta mar.

—¿Y a qué llamas tú «Plenitud de la Vida»? —preguntó nuevamente el Espíritu.

—¡Oh, si tú no lo sabes, cómo voy a explicártelo yo! —dijo ella con un punto de reproche—. Se supone que hay muchas palabras para definirlo, entre las cuales las más usadas son «amor» y «afecto», pero no estoy muy segura de que sean las idóneas. Además, hay tan poca gente que sepa lo que significan…

—Estuviste casada —dijo el Espíritu— y, aun así, ¿no conociste la plenitud de la vida en tu matrimonio?

—¡Oh, no, válgame Dios! —replicó ella con indulgente desdén—. Mi matrimonio fue un asunto bastante precario.

—Y, pese a ello, ¿apreciabas a tu marido?

—Has dado con la palabra exacta. Le apreciaba, sí, pero lo mismo que apreciaba a mi abuela, la casa en que nací o a mi antigua niñera. ¡Oh, sí, le apreciaba!, y se nos consideraba una pareja muy feliz. Pero a veces pienso que la naturaleza de la mujer es como una casa con muchas habitaciones: está el recibidor de entrada por el que pasa todo el mundo para salir o entrar, el salón en el que una recibe a las visitas formales, la sala de estar donde los miembros de la familia vienen y van a su antojo… Pero más apartadas, mucho más apartadas, hay otras habitaciones cuyos picaportes nunca se hicieron girar para abrir sus puertas. Nadie conoce el camino para acceder a ellas, nadie sabe a dónde conducen. Y en la habitación más recóndita de todas, en el santuario de santuarios, el alma se sienta sola, aguardando el sonido de unos pasos que nunca llegan.

—Y tu marido —preguntó el Espíritu al cabo de una pausa— ¿nunca fue más allá de la salita familiar?

—¡Nunca! —respondió exasperada—. Y lo peor de todo es que estaba muy conforme con no pasar de ahí. Consideraba la salita un lugar precioso y, en ocasiones, cuando admiraba el vulgar mobiliario, impersonal como las sillas y mesas de un recibidor de hotel, me entraban ganas de gritarle: «Estúpido, ¿es que nunca vas a adivinar que, justo aquí al lado, hay estancias llenas de tesoros y portentos como no

ha visto jamás el ojo humano, estancias a las que jamás ha accedido nadie pero en las que tú podrías quedarte de por vida si fueses capaz de dar con el picaporte?».

—Entonces —prosiguió el Espíritu— esos momentos de los que hablabas antes, esos que parecían sobrevenirte como esporádicos atisbos de la plenitud de la vida, ¿no los compartías con tu marido?

—Oh, no… Nunca. Él era diferente. Sus botas chasqueaban continuamente y cada vez que salía de una habitación lo hacía dando un portazo. Jamás leía nada que no fuesen novelas baratas o las noticias de deportes de la prensa y… y… En resumidas cuentas, que no nos entendimos en absoluto el uno al otro.

—En ese caso, ¿a qué otras influencias atribuías las exquisitas sensaciones que mencionas?

—Pues no sabría decirlo. Unas veces al perfume de una flor, otras a un verso de Dante o de Shakespeare o incluso a un cuadro o a una puesta de sol, o a uno de esos días de calma en alta mar cuando a una le parece estar recostada en la cuenca de una perla azul. En ocasiones (aunque de manera muy ocasional) a algo dicho por alguien que obró el milagro de poner en palabras, en el momento adecuado, lo mismo que yo había sentido y no había sido capaz de expresar.

—¿Alguien a quien amabas? —inquirió el Espíritu.

—¡Yo nunca he amado de esa forma! —repuso ella con pesadumbre—. Como tampoco pensaba en nadie en particular al hablar, tal vez en dos o tres personas que, al pulsar eventualmente alguna tecla de mi ser, lograron hacer sonar una nota aislada de la extraña melodía que parecía dormir dentro de mi alma. Sin embargo, han sido pocas las veces en las que he podido atribuir tales sensaciones a las personas. Y, desde luego, nadie suscitó nunca en mí una sensación de felicidad como la que tuve el privilegio de experimentar una noche en la capilla de San Miguel, en Florencia.

—Háblame de ello —dijo el Espíritu.

—Fue casi al anochecer, tras una tarde lluviosa de primavera en la semana de Pascua. Las nubes se habían dispersado, barridas por un viento repentino y, cuando entramos en la iglesia, las fulgentes vidrieras de las ventanas brillaban en lo alto como lámparas en la penumbra. Había un sacerdote en el altar mayor y su blanca vestidura contrastaba como una mancha lívida contra la oscuridad saturada de incienso. La luz de las velas danzaba arriba y abajo como luciérnagas en torno a su cabeza. Un grupo de personas estaban arrodilladas a su alrededor. Nosotros pasamos con cuidado por detrás y nos sentamos en un banco cercano al tabernáculo de Orcagna.

»Por raro que parezca, aunque Florencia no era nueva para mí, no había estado antes en esa iglesia, y bajo aquella luz mágica vi por vez primera los escalones taraceados, las estriadas columnas, las esculturas en bajo relieve y el baldaquín del fastuoso sagrario. El mármol, desgastado y pulido por la sutil mano del tiempo, había adquirido un indescriptible tono rosáceo que recordaba remotamente al color miel de las columnas del Partenón, siendo este otro más místico, más intrincado, un color no

nacido del pertinaz beso del sol, sino surgido de aquella semioscuridad de cripta, de las llamas de las velas sobre las tumbas de los mártires, de los haces de luz crepuscular filtrados a través de las simbólicas vidrieras de crisoprasa y rubí. Una luz como la que ilumina los misales de la biblioteca de Siena, o como la que irradia cual fuego invisible la *Madonna* de Juan Bellini en la iglesia del Redentor de Venecia… La luz de la Edad Media, más rica, más solemne, más significativa que el diáfano sol de Grecia.

»En la iglesia reinaba el silencio, tan sólo interrumpido por las letanías del sacerdote y por el arrastre ocasional de alguna silla por el suelo. Mientras me encontraba allí, bañada por aquella luz, cautivada por la contemplación del milagro de mármol que se erigía ante mis ojos (hábilmente diseñado como un cofre de marfil, embellecido con incrustaciones de joyería y oscurecidas vetas de oro), sentí cómo era arrastrada por una poderosa corriente cuyo nacimiento parecía remontarse al principio mismo de las cosas y en cuyas torrenciales aguas iban convergiendo todos los afluentes de las pasiones y los afanes humanos. La vida, en sus distintas manifestaciones de belleza y singularidad, parecía danzar rítmicamente en torno a mí mientras me impulsaba hacia delante, y tuve la certeza de que cualquier camino que hubiese transitado alguna vez el espíritu del hombre resultaría ser plenamente familiar para mis pies.

»Extasiada en dicha visión, los pinjantes medievales del tabernáculo de Orcagna parecieron fundirse y recobrar sus formas primitivas, de tal manera que el lánguido loto del Nilo y el acanto griego aparecían entrelazados con los nudos rúnicos y los monstruos de cola de pez del Norte. Cualquier forma plástica de terror o belleza creada por la mano del hombre desde el Ganges hasta el Báltico oscilaba y se entremezclaba en la apoteosis de la María de Orcagna. Y el río no cesaba de empujarme hacia delante. Tras de mí quedaban los irreconocibles rostros de las civilizaciones antiguas y los célebres portentos de Grecia, pero yo continuaba braceando sobre la arrolladora marea de la Edad Media con sus impetuosos torbellinos de pasión y sus remansos de poesía y arte capaces de reflejar el cielo. Podía escuchar los acompasados golpes de los martillos de los artesanos tanto en las herrerías como contra los muros de las iglesias, las consignas de facciones armadas en las angostas callejas, el diapasón de los versos de Dante, el crepitar de los leños en torno a Arnaldo de Brescia[2], el trino de las golondrinas a las que predicaba san Francisco, la risa de las damas escuchando las salidas de tono del *Decamerón* al pie de las laderas mientras la Florencia devastada por las plagas clamaba de desesperación a escasa distancia… Pude oír eso y mucho más, todo mezclado en un extraño unísono con voces de un pasado aún más remoto, violentas, apasionadas o apacibles, pero, en cualquier caso, sometidas a una armonía tan increíble que me hizo pensar en el cántico que conjuntamente entonaban las estrellas matutinas, y tuve la sensación de que estuviese sonando justo en mis oídos. El corazón me latía hasta provocarme sofoco, las lágrimas me escocían bajo los párpados… Y es que la dicha,

lo misterioso que resultaba todo aquello, llegaba a resultar intolerable, imposible de soportar. Ni siquiera entonces alcancé a comprender la letra de aquel cántico, pero sabía que de haber habido alguien escuchándola a mi lado tal vez entre los dos hubiésemos logrado descifrarla.

»Me volví hacia mi marido, que, sentado junto a mí en actitud de resignado abatimiento, escudriñaba el fondo de su sombrero. Pero justo en ese instante se puso en pie y, estirando sus entumecidas piernas, sugirió amablemente: “Mejor nos vamos, ¿no? No parece que haya demasiado que ver por aquí, y la cena de la *table d’hôte*[3] se sirve a las seis y media en punto”.

Concluida su exposición, se produjo un intervalo de silencio al cabo del cual el Espíritu de la Vida dijo:

—Siempre aguarda una compensación para las necesidades de las que hablas.

—¡Oh! Entonces, tú sí que me comprendes, ¿no es verdad? ¡Dime qué clase de compensación, venga!

—Se ha dispuesto que cualquier alma que en la tierra haya buscado en vano un alma gemela ante la cual poder desnudar lo más íntimo de su ser la encuentre aquí y se una a ella por toda la eternidad.

Un grito de júbilo escapó de sus labios:

—¡Ah!, ¿voy a encontrarle por fin? —gritó exultante.

—Aquí está —dijo el Espíritu de la Vida.

Ella alzó los ojos y vio ante sí a un hombre cuya alma (bajo aquella luz desmesurada le parecía ver su alma con mayor claridad que su rostro) la atraía hasta él con una fuerza invencible.

—¿Eres tú realmente él?

—Soy él —respondió el otro.

Ella le tendió la mano y le condujo hasta el alféizar bajo el cual se extendía todo el valle.

—¿Bajaremos juntos a ese lugar maravilloso? —le preguntó ella—. ¿Lo veremos juntos como si tuviésemos los mismos ojos y nos diremos con las mismas palabras todo lo que pensemos y sintamos?

—Eso mismo he estado esperando y soñando yo hasta hoy —repuso.

—¿Cómo? —inquirió ella con creciente alegría—. Entonces, ¿tú también me has estado buscando?

—Toda mi vida.

—¡Qué maravilla! ¿Y nunca encontraste a nadie en el otro mundo que te comprendiera?

—No del todo… No como nos entendemos tú y yo.

—¿Así que tú también lo sientes así? ¡Oh, qué feliz soy! —suspiró ella.

Permanecieron con las manos entrelazadas, mirando por encima del alféizar hacia el radiante paisaje que se exponía ante sus pies en medio del espacio zafirino. El Espíritu de la Vida, que continuaba observando bajo el umbral, podía oír de vez en

cuando algún volátil retazo de su charla que regresaba demorado hasta él, como la golondrina extraviada que en ocasiones el viento aísla de su tribu migratoria.

—¿No has sentido nunca en el atardecer…?

—¡Oh, claro que sí! Pero nunca se lo escuché decir a nadie más. ¿Y tú?

—¿Recuerdas ese tercer verso del canto tercero del *Infierno* de Dante?

—Ah, ese verso, siempre fue mi favorito… ¿Es posible que…?

—¿Sabes cuál es la Victoria inclinada del friso de Atenea Niké?

—¿Te refieres a la que se ata la sandalia? ¿Entonces también tú te has dado cuenta de que todos los Botticelli y Mantegna están latentes entre los vaporosos pliegues de sus ropajes[4]?

—¿Has visto alguna vez tras una tormenta de otoño…?

—¡Sí, sí! Es curioso cómo ciertas flores evocan a ciertos pintores, el perfume del clavel a Leonardo, el de la rosa a Tiziano, el del nardo a Crivelli…

—Jamás imaginé que otra persona pudiese haberlo notado.

—¿No has pensado nunca…?

—¡Oh, sí! Más veces de las que crees, pero ni en sueños se me ocurrió que otro pudiese haber pensado lo mismo.

—Pero sin duda debes de haber sentido que…

—Oh, sí, sí… Y tú también…

—¡Qué hermoso! ¡Qué extraño…!

Sus voces subían y bajaban como el sonido de dos fuentes respondiéndose la una a la otra a través de un jardín sembrado de flores. Al cabo de un tiempo, en tono de dulce apremio, él se volvió hacia ella y le dijo:

—Amor, ¿por qué demorarnos aquí? Tenemos toda la eternidad por delante. Bajemos juntos hasta esos hermosos campos y levantemos una casa en alguna de esas colinas azules que se que alzan sobre el reluciente río.

Mientras el hombre hablaba, ella retiró instintivamente la mano que minutos antes había dejado abandonada en la suya, y él pudo advertir que una nube atravesaba el resplandor de su alma.

—¿Una casa? —repitió ella en voz queda—. ¿Una casa en la que vivir los dos juntos durante toda la eternidad?

—¿Por qué no, amor? ¿Acaso no soy el alma que la tuya ha estado buscando?

—Sssí… sí, lo sé… Pero, ya sabes, una casa no me parecería mi casa a no ser que…

—¿A no ser que…? —repitió él con un deje de asombro.

Ella se abstuvo de responder, pero mentalmente, en un arrebato de arbitraria sinrazón, concluyó para sí misma: «A no ser que cerrases la puerta de un portazo y llevases botas que chasqueasen al andar».

Pero él la había tomado nuevamente de la mano y, avanzando de modo apenas perceptible, la iba conduciendo hacia la refulgente escalinata que descendía hasta el valle.

—Vamos, ¡ay, alma de mi alma! —le imploraba él apasionadamente—. ¿Para qué perder un solo instante? Seguro que, al igual que yo, sientes que incluso la eternidad resulta corta para esta dicha nuestra. Ya me parece ver nuestro hogar. ¿Y acaso no lo he visto siempre en mis sueños? Es todo blanco, ¿no es verdad, amor?, con columnas suaves al tacto y una cornisa con relieves recortándose contra el azul del cielo. Rodean la casa arboledas de laurel y adelfas, así como macizos de rosas, pero desde la terraza por la que solemos pasear al caer la tarde la vista también alcanza a divisar bosques y frescos prados a través de los cuales, casi sepultado bajo primitivas frondas, un arroyo sigue su delicado curso en busca del río. Dentro de casa nuestros cuadros favoritos cuelgan de las paredes y los libros se alinean en los estantes de las habitaciones. Fíjate, querida, por fin tendremos tiempo de leerlos todos. ¿Por cuál empezaremos? Vamos, ayúdame a elegir. ¿Será *Fausto*, *La vida nueva*, *La tempestad*, *Los caprichos de Mariana* o el trigésimo primer canto del *Paraíso*, o tal vez el *Epipsychidion* o el *Lycidas*? Dime, querida, ¿cuál?

No había terminado de hablar cuando advirtió la sonrisa de ella vibrando ilusionada en sus labios. Sin embargo, se le borró al instante, justo antes del silencio que se produjo a continuación. Permaneció inmóvil, remisa a la invitación de la mano que él le tendía.

—¿Qué ocurre? —preguntó él en tono de súplica—. Aguarda un instante —dijo ella con una extraña vacilación en la voz—. Antes necesito saber, ¿estás completamente seguro de ti mismo? ¿No hay nadie en el mundo a quien recuerdes algunas veces?

—No desde el momento en que te vi —repuso él. Porque, para ser un hombre, era verdad que se había olvidado por completo.

Con todo, ella seguía sin moverse, y él vio oscurecerse la sombra que se abatía sobre su alma.

—Seguramente, amor —le reprochó él—, no es eso lo que de verdad te inquieta. Por lo que a mí respecta, ya he surcado el Lete[5]. El pasado se ha desvanecido como una nube sobre la luna. No fue vida lo que tuve hasta encontrarte.

Ella no respondió a sus ruegos, pero, al cabo de unos minutos, incorporándose con visible esfuerzo, se apartó de él y se acercó al Espíritu de la Vida, que todavía aguardaba junto al umbral.

—Quiero hacerte una pregunta —dijo ella, preocupada.

—Pregunta —respondió el Espíritu.

—Hace un rato —empezó a decir lentamente— me dijiste que cualquier alma que no hubiese encontrado su alma gemela en la tierra está llamada a hallar una aquí.

—¿Y no has encontrado ninguna? —preguntó el Espíritu.

—Sí, pero ¿le ocurrirá lo mismo al alma de mi esposo?

—No —contestó el Espíritu de la Vida—, porque tu esposo creyó haber encontrado en ti su alma gemela en la tierra. Y la eternidad carece de remedios para tales alucinaciones.

A ella se le escapó un pequeño grito. ¿De decepción o de triunfo?

—Entonces… ¿qué le pasará a él cuando llegue aquí?

—No sabría decírtelo. No cabe duda de que hallará cierto campo de acción y de felicidad, en justa proporción a su capacidad para ser activo y feliz.

Ella le interrumpió espetándole casi al borde de la cólera:

—Nunca será feliz sin mí.

—No estés tan segura de eso —contestó el Espíritu.

Como ella pareció hacer caso omiso, el Espíritu añadió:

—Tu marido no va a comprenderte aquí arriba mejor de lo que lo hizo en la tierra.

—No importa —dijo ella—. Yo seguiré siendo la única damnificada, puesto que él siempre pensó que me comprendía.

—Sus botas chasquearán igual que antes…

—Eso no me importa.

—Y dará portazos al salir…

—Seguramente.

—Y seguirá leyendo populares novelas de tren.

Ella le atajó con vehemencia:

—Bueno, muchos hombres hacen cosas peores.

—Pero acabas de decir —insistió el Espíritu— que no le amabas.

—Cierto —repuso ella sin vacilación. Pero ¿no te das cuenta de que no podría sentirme en casa sin él? Todo esto está muy bien para una o dos semanas… ¡pero para la eternidad! Al fin y al cabo los chasquidos de sus botas no me molestaban tanto, salvo cuando tenía jaquecas, y supongo que *aquí* no las tendré. Y además él se arrepentía enormemente cada vez que daba un portazo… Sólo que era *incapaz* de acordarse de no hacerlo. Por otra parte, ninguna otra persona sabría cuidar de él como yo… Es un ser tan desvalido… Nadie rellenaría nunca su tintero, se quedaría sin sellos de repente y sin tarjetas de visita. Nunca se acordaría de reforzar el paraguas o de preguntar el precio de algo antes de comprarlo. Vamos, ni siquiera sabría qué novelas leer. Siempre era yo quien tenía que escoger las que le gustaban, ésas con crímenes, falsificaciones y algún detective infalible.

Se volvió abruptamente hacia su alma gemela, que permanecía escuchando con cara de estupor y consternación.

—¿No entiendes que de ninguna manera me puedo ir contigo?

—Pero ¿qué piensas hacer? —preguntó el Espíritu de la Vida.

—¿Que qué es lo que pienso hacer? —repitió ella indignada—. Pues obviamente me dispongo a esperar a mi marido. Si él hubiese llegado primero, me habría esperado durante años, y le partiría el corazón no encontrarme aquí cuando llegase. —Señaló con desdén la mágica visión de la colina y el valle en las estribaciones de las translúcidas montañas—: Le importaría un rábano todo eso —añadió— si no me encontrase a mí aquí.

—Pero ten en cuenta —le advirtió el Espíritu— que ahora estás eligiendo para la

eternidad. Es un momento solemne.

—¡Eligiendo! —dijo ella con una media sonrisa triste—. ¿Aquí arriba todavía sigue vigente esa vieja falacia sobre la elección? Pensaba que precisamente *tú* sabrías a qué atenerte al respecto. ¿Qué puedo hacer? Él esperará encontrarme aquí cuando venga y jamás te creería si le dijeses que me he marchado con otra persona… Nunca, jamás.

—Sea pues —dijo el Espíritu—. Aquí, como en la tierra, uno tiene que elegir por sí mismo.

Ella se volvió hacia su alma gemela y le miró con afecto, casi con añoranza.

—Lo siento —dijo—. Me habría gustado volver a hablar contigo, pero sé que lo entenderás, y me atrevo a asegurar que encontrarás a alguien mucho más inteligente…

Y sin demorarse para escuchar su respuesta le dedicó un apresurado gesto de despedida y se volvió hacia el umbral.

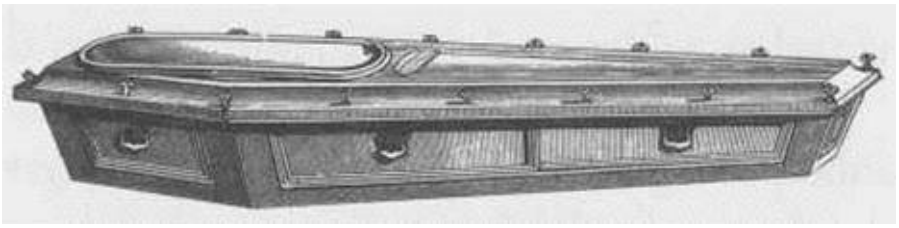
—¿Llegará pronto mi marido? —le preguntó al Espíritu de la Vida.

—Eso no estás llamada a saberlo —replicó el Espíritu.

—No importa —dijo ella alegremente—. Tengo toda la eternidad para esperar.

Y sola, sentada en el umbral, aún espera escuchar, de un momento a otro, el chasquido de sus botas.

UN VIAJE



Acostada en su litera, con la mirada prendida en las sombras que se cernían sobre su cabeza, el apremiante ritmo de las ruedas persistía en su cerebro sumiéndola en círculos cada vez más profundos de desvelada lucidez. El coche cama había sucumbido al silencio nocturno. A través de los húmedos cristales de las ventanas contemplaba las luces fugaces, los largos jirones de presurosa oscuridad. De vez en cuando giraba la cabeza y miraba entre las rendijas de las cortinas de su marido, al otro lado del pasillo…

Se preguntó inquieta si necesitaría algo, si podría oírle si él la llamaba. Su voz se había debilitado mucho a lo largo de los últimos meses y le irritaba que ella no le oyese. Aquella irritabilidad, aquella creciente petulancia infantil, parecía ser la forma de expresión que había adoptado el sutil distanciamiento entre ambos. Seguían estando cerca, como dos rostros que se contemplasen mutuamente a través del panel de un cristal y casi pudieran tocarse. Y, sin embargo, eran incapaces de escuchar o sentir la presencia del otro: se había roto la conductividad entre ambos. Al menos ella era consciente de tal separación y, en ocasiones, también le parecía verla reflejada en la mirada con la que él compensaba sus menguantes palabras. Indudablemente la culpa era de ella. Su salud era demasiado infranqueable como para que hiciesen mella en su persona las irrelevancias de la enfermedad. La ternura culpable que ella le dispensaba no le impedía percibir la irracionalidad del otro. Tenía la vaga sensación de que había algún propósito en sus irreprimibles tiranías. Lo brusco del cambio la había cogido completamente desprevenida. Hacía apenas un año el pulso de ambos había latido a un vigoroso unísono. Los dos habían sentido una confianza pródiga en un futuro que se les antojaba inagotable. En cambio, ahora, sus respectivas energías no marchaban al mismo ritmo: la suya continuaba incitándola hacia el porvenir, vislumbrando territorios de esperanza y de actividad que aún estarían aguardándola, mientras que la de él había quedado rezagada, luchando en vano por alcanzarla.

Cuando contrajeron matrimonio, ella tenía muchas cosas sin vivir de las que quería resarcirse. Sus días habían estado tan vacíos como el aula de paredes encaladas en la que se esforzaba por inculcarles datos de escaso provecho a niños remisos a aprender. La llegada de él había interrumpido el marasmo de sus circunstancias, ensanchando el presente hasta convertirlo en recipiente de las más remotas

posibilidades. Pero dicho horizonte se había angostado de modo imperceptible. La vida le guardaba rencor; nunca le sería permitido extender las alas.

Al principio, los médicos habían dicho que seis semanas de aire cálido bastarían para que él se recuperase del todo, pero, a su regreso, la certidumbre inicial fue matizada por la circunstancia de que también existieran inviernos en los climas secos. Así pues, ambos renunciaron a su bonita casa, almacenaron los regalos de boda y el mobiliario nuevo y se marcharon a Colorado. Ella odió aquel lugar nada más verlo. Nadie la conocía y a nadie le importaba lo más mínimo; no había nadie que se maravillase del buen matrimonio que había hecho, nadie que envidiase sus vestidos nuevos ni las tarjetas de visita que ni ella misma había dejado de admirar aún. Y cada día iba a peor. Se sentía asediada por dificultades demasiado difusas para afrontarlas con su habitual temperamento directo. Todavía quería a su marido, por supuesto, pero gradualmente y de un modo impreciso éste había empezado a dejar de ser él. El hombre con el que se había casado era fuerte, activo, delicadamente dominante… El típico varón cuyo mayor placer consiste en despejar el camino de los obstáculos prácticos de la vida. En cambio ahora a ella le había tocado el papel de protectora, era a él a quien había que evitarle cualquier molestia, a él a quien había que prepararle gotas o caldo de ternera aunque se les estuviese cayendo el mundo encima. La rutina de la habitación del enfermo la desconcertaba y aquella puntual administración de medicamentos se le antojaba tan fútil como un incomprensible rito religioso.

Pese a todo, no faltaban momentos en los que unos cálidos borbotones de lástima conseguían suprimir el instintivo resentimiento que le inspiraba el estado de su marido, en los que, al acariciarse ambos en medio de la densa atmósfera de la postración del enfermo, todavía hallaba ella en sus ojos a la persona que había sido. Pero tales momentos se habían vuelto cada vez más infrecuentes. En ocasiones su rostro demacrado e inexpresivo como el de un extraño, su voz apagada y ronca, su sonrisa de delgados labios, una mera contracción muscular llegaban incluso a darle miedo. Su mano evitaba el contacto con aquella piel húmeda y suave que había perdido la robustez de la salud y se sorprendía a sí misma observándole furtivamente como podría haber observado a un animal exótico. La estremecía advertir que aquél era el hombre al que amaba. A ratos tenía la sensación de que contarle a su marido sus propias tribulaciones habría sido la única vía de escape a sus temores.

Sin embargo, por lo general se juzgaba a sí misma con mayor indulgencia, diciéndose que tal vez había pasado demasiado tiempo sola con él, que se sentiría de otro modo una vez estuviesen de regreso en casa, rodeada de su fuerte y optimista familia. ¡Qué contenta se había puesto cuando los médicos dieron por fin su consentimiento para que él volviese a casa! Naturalmente, sabía lo que significaba aquella decisión. Ambos lo sabían. Significaba que él iba a morir, pero disfrazaron la verdad con esperanzados eufemismos y en ocasiones, en el alborozo de los preparativos, ella llegaba a olvidar el propósito de aquel viaje e incurría en espontáneas alusiones a cualquier plan concebido para el año siguiente.

Por fin llegó el día de la partida. La asaltó un miedo terrible a que nunca consiguieran marcharse, a que de algún modo él le fallase en el último momento, a que los médicos sacaran a relucir alguna de las muchas insidias a las que les tenían acostumbrados. Pero no sucedió nada. Llegaron en coche hasta la estación, instalaron al enfermo en su asiento con una manta sobre las rodillas y ella se apostó junto a la ventana dedicando gestos de despedida sin atisbo de nostalgia a aquellas amistades que nunca llegaron a gustarle.

Las primeras veinticuatro horas habían transcurrido bien. Él se había animado un poco e incluso le distrajo contemplar por la ventanilla la humareda que desprendía el vagón. Al segundo día empezó a aburrirse y a mostrar su fastidio ante la pertinaz mirada de indiferencia de la pecosa niña del chicle. Ella se vio en la obligación de explicarle a la madre de la niña que su marido estaba muy enfermo y que había que intentar molestarle lo menos posible, declaración esta que fue recibida por la dama con un resentimiento ostensiblemente compartido por el instinto maternal del vagón entero…

Aquella noche el enfermo durmió mal y a la mañana siguiente la fiebre le había subido tanto que no le cupo duda de que se estaba poniendo peor. El día prosiguió con lentitud, marcado por las pequeñas molestias del viaje. Detectaba en las contracciones del extenuado rostro de su marido cada una de las sacudidas y los traqueteos del tren, hasta tal punto que también el cuerpo de ella experimentó agitaciones de empática fatiga. Se daba cuenta de cómo miraban los otros al enfermo, por lo que no dejó de prodigarle atenciones para interponerse entre él y aquellos ojos inquisitivos. La niña pecosa le rondaba como una mosca. Los caramelos y los libros de fotografías que llegó a ofrecerle no consiguieron ahuyentarla: cruzó una pierna sobre la otra y siguió observando imperturbable a su marido. El mozo del tren se detuvo un momento a su paso y profirió vagas propuestas de ayuda, hostigado seguramente por más de un pasajero filantrópico henchido de aquella sensación de «deberíamos hacer algo». A un nervioso individuo con bonete incluso se le escuchó expresar de forma audible su preocupación sobre el posible efecto que todo aquello podría tener sobre la salud de su esposa.

Las horas transcurrían con una cansina falta de actividad. Al atardecer, ella se sentó junto a su marido y él puso su mano sobre las suyas. El roce la sobresaltó. Parecía como si él la estuviese llamando desde muy lejos. Ella le miró impotente, y la sonrisa de él la traspasó como un espasmo físico.

—¿Estás muy cansado? —le preguntó.

—No, no demasiado…

—Pronto estaremos en casa.

—Sí, muy pronto.

—A esta ahora mañana…

Él asintió con la cabeza y ambos se quedaron callados. Cuando lo hubo acostado y ella misma pudo escabullirse a su propia litera, intentó animarse con la perspectiva

de que en menos de veinticuatro horas llegarían a Nueva York. Toda su gente estaría en la estación para recibirla. Imaginaba sus rostros redondos y apacibles despuntando entre la multitud. Tan sólo confiaba en que no le comentasen a su marido de forma demasiado ostensible el espléndido aspecto que tenía y lo pronto que se encontraría repuesto del todo. La empatía bastante más sutil que ella había ido desarrollando a raíz de su prolongado contacto con el sufrimiento la hacía detectar cierta rudeza en la textura de la sensibilidad familiar.

De repente, le pareció que él la llamaba. Apartó las cortinas y aguzó el oído. No, se trataba únicamente de un hombre roncando al otro extremo del vagón. Sus ronquidos sonaban con una consistencia grasienta, como filtrados a través de sebo. Volvió a recostarse e intentó dormir… ¿No le había oído moverse? Se espabiló temblando… El silencio la arredraba más que cualquier otro ruido. Pudiera ser que él no consiguiese hacerse oír… Tal vez estuviera llamándola ahora… ¿Qué le hacía pensar tal cosa? Únicamente se trataba de la habitual tendencia de las mentes exhaustas a aferrarse a la opción más intolerable de entre los muchos presentimientos que las asedian. Sacando la cabeza hacia fuera volvió a escuchar, pero fue incapaz de distinguir la respiración de él de la de los otros pares de pulmones que la rodeaban. Deseaba levantarse para ir a verle, pero sabía que aquel impulso era tan sólo una válvula de escape para su desasosiego. La disuadía además el temor a perturbarle. Sin saber muy bien por qué, la tranquilizaba el movimiento regular de las cortinas del compartimento que él ocupaba. Recordó lo alegremente que él le había deseado buenas noches. La clara imposibilidad de soportar sus temores por más tiempo la llevó a desecharlos mediante un esfuerzo en el que intervino todo su cuerpo exhausto. Se acomodó en su litera y se quedó dormida.

De pronto se sentó, rígida, contemplando sin pestañear el amanecer. El tren atravesaba raudo una región de desarboladas lomas apiñadas contra un cielo apagado. Parecía el primer día de la Creación. El aire en el vagón estaba tan cargado que decidió abatir su ventana para que entrase el vientecillo cortante. Miró el reloj: eran las siete, y pronto la gente de alrededor comenzaría a despertarse. Se puso ropa limpia, se arregló un poco el cabello desgreñado y entró en el cuarto de aseo. Una vez se hubo lavado la cara y ajustado el vestido se sintió más animada. Le costaba un enorme esfuerzo no estar contenta por las mañanas. El ardor de sus mejillas contra la toalla áspera le producía placer, y el húmedo cabello en torno a sus sienes se le erizaba obstinadamente hacia arriba. Cada centímetro de su ser rebosaba vida y elasticidad. ¡Y en diez horas estarían en casa!

Se dirigió hacia la litera de su marido: era hora de que tomase su vaso de leche de la mañana. La persiana estaba bajada y en la encortinada penumbra tan sólo alcanzó a verle recostado de lado, con la cara vuelta del lado opuesto a ella. Se apoyó un poco en él para levantar la persiana. Al hacerlo rozó una de sus manos. Estaba fría… Se acercó más, poniéndole la mano en el brazo y llamándole por su nombre. No se movía. Le habló en voz más alta. Le agarró del hombro y lo sacudió con suavidad. Él

seguía sin moverse. Volvió a cogerle la mano, que se deslizó inerte de entre las suyas, como algo muerto. ¿Algo muerto? Contuvo el aliento. Tenía que verle la cara. Echó el cuerpo hacia delante, por encima del suyo, y con un movimiento perentorio y crispado, consciente de la asqueada aversión de su carne, puso sus manos sobre los hombros de su marido y lo giró. La cabeza del enfermo cayó hacia atrás dejando ver su rostro pequeño y suave. Sus ojos estaban fijos en ella.

Permaneció un buen rato sin moverse, sosteniéndole de aquella manera. Se miraban el uno al otro. De repente, retrocedió estremecida: casi se apoderó de ella el deseo de gritar, de avisar a alguien, de huir de él. Pero la contuvo una mano firme. ¡Cielo santo! Si llegaba a saberse que había muerto, les harían bajar del tren en la estación siguiente…

En un aterrador lapso retrospectivo le vino a la memoria una escena de la que había sido testigo en cierta ocasión en que se encontraba de viaje, cuando un matrimonio cuyo hijo había fallecido en el tren se había visto obligado a apearse sin más en una estación al azar. Los había visto de pie en el andén con el cuerpo del niño entre ambos. Nunca había podido olvidar la mirada de desolación con la que siguieron el movimiento del tren que se alejaba. Y eso mismo iba a sucederle a ella. En el transcurso de una hora podía encontrarse en el andén de alguna estación extraña, sola con el cuerpo de su marido. ¡Cualquier cosa menos eso! Era demasiado espantoso… Empezó a temblar como una criatura acorralada.

Mientras estaba allí, presa del pavor, sintió que el tren se movía más lentamente. Iba a suceder después de todo… ¡Se estaban acercando a una estación! Volvió a ver a la pareja inmóvil en aquel andén solitario y, con un gesto brusco, echó de nuevo la persiana para ocultar el rostro de su marido.

Mareada, se sentó al borde de la litera sin rozar el cuerpo estirado de él y corrió bien las cortinas, de modo que ambos quedaron encerrados en una especie de penumbra sepulcral. Intentó pensar. Debía ocultar a toda costa el hecho de que él estaba muerto. Pero ¿cómo? Su mente se negaba a actuar, no era capaz de planear nada ni de coordinar. No se le ocurría otra cosa que no fuera permanecer allí sentada, agarrando las cortinas todo el día…

Escuchó al mozo hacer su cama. La gente empezaba a moverse por el vagón. La puerta del cuarto de aseo no paraba de abrirse y cerrarse. Intentó incorporarse. Por fin, con un esfuerzo supremo, consiguió ponerse en pie y salir al pasillo del vagón echando las cortinas tras ella. Advirtió que éstas se separaban un poco con los movimientos del vagón y las sujetó firmemente con un alfiler que encontró en su vestido. Ahora estaba a salvo. Miró alrededor y divisó al mozo. Le pareció que la observaba.

—¿Su marido no se ha despertado todavía?

—No… —balbució ella.

—Ya tengo lista su leche, para cuando la quiera. Como me dijo que se la tuviese preparada para las siete…

Ella asintió con la cabeza y se dirigió hacia su asiento.

El tren llegó a Búfalo a las ocho y media. Para entonces los pasajeros estaban ya vestidos y las literas replegadas para el día. El mozo, yendo de arriba abajo con el montón de sábanas y almohadas, la miró fijamente al pasar por su lado. Al cabo de un momento, le dijo:

—¿No va a levantarse su marido? Sabe que tenemos instrucciones de recoger las literas lo antes posible.

Ella se volvió hacia él, helada de miedo. Justo estaban entrando en la estación.

—¡Oh, todavía no! —dijo con voz trémula—. No hasta que se haya tomado la leche. ¿Haría usted el favor de traerla?

—De acuerdo. En cuanto arranquemos de nuevo.

Cuando el tren se puso otra vez en marcha el hombre reapareció con la leche. Ella la cogió y se quedó sentada contemplándola como ausente durante un rato. Su cerebro se desplazaba con lentitud de una idea a otra, como si fuesen piedras de paso demasiado distantes entre sí enclavadas sobre un arroyo tempestuoso. Al cabo de un rato se percató de que el mozo continuaba mirándola expectante.

—¿Quiere que se la dé yo? —sugirió.

—¡Oh, no! Todavía está dormido…, creo…

Esperó hasta que se fue el mozo, luego desprendió el alfiler de las cortinas y se deslizó tras ellas. En la semioscuridad, el rostro de su marido la observaba fijamente como una máscara de mármol con ojos de ágata. Su mirada era terrible. Le colocó la mano encima y le cerró los párpados. De repente se acordó del vaso de leche que sostenía en la otra mano… ¿Qué iba a hacer con él? Pensó en abrir la ventana y arrojarlo al exterior, pero para hacerlo tendría que apoyarse en el cuerpo de él y acercar su cara a la suya. Resolvió tomarse ella la leche.

Volvió a su asiento con el vaso vacío y, al cabo de un rato, el mozo vino a recogérselo.

—¿Cuándo podré plegarle la cama?

—¡Oh!, todavía no, está muy delicado… ¿No puede usted dejar que se quede como está? Los médicos quieren que pase acostado el mayor tiempo posible.

El otro se rascó la cabeza:

—Bueno, si está realmente tan enfermo…

Cogió el vaso vacío y se marchó, explicándoles a los pasajeros que la persona que se encontraba tras las cortinas estaba demasiado enferma como para levantarse tan temprano.

Ella se sintió de pronto centro de múltiples miradas de simpatía. Una mujer de aspecto maternal con una solícita sonrisa se sentó a su lado.

—¡Cómo lamento enterarme de que su marido está enfermo…! Mi propia familia ha padecido gran cantidad de enfermedades y tal vez pueda serle de ayuda. ¿Podría verle un momento?

—Oh, no, no… Gracias. No se le debe molestar.

La dama aceptó con indulgencia la negativa.

—Claro, debe ser como usted dice, naturalmente, pero no me da la impresión de que sea usted una persona con demasiada experiencia con la enfermedad, y me habría encantado poder ayudarla. ¿Qué suele hacer cuando su marido se pone así de mal?

—Yo…, le dejo dormir.

—Tampoco es conveniente que duerma demasiado. ¿No le da ningún medicamento?

—Sí…, sí.

—¿No le despierta usted para dárselo?

—Sí.

—¿Cuándo le toca la siguiente dosis?

—No hasta dentro… de dos horas.

La señora pareció decepcionada.

—Bueno, si yo fuese usted intentaría dársela más a menudo. Es lo que hago yo con los míos.

Tras aquel comentario le dio la sensación de que una gran cantidad de rostros la presionaba. Los pasajeros se disponían a pasar al vagón comedor, y ella notó que al cruzar por el pasillo observaban con curiosidad las cortinas cerradas. Un hombre de cara larguirucha y ojos saltones se quedó parado delante e intentó que su mirada prominente se colase a través de la separación que quedaba entre los visillos. La niña pecosa, que volvía de desayunar, abordaba a cuantos pasaban por su lado agarrándolos con sus manos pringosas y susurrando por lo bajo: «Está enfermo». En un momento dado apareció el revisor pidiendo los *tickets*. Ella se encogió en su rincón y se puso a mirar a través de la ventana los raudos árboles y las casas, abstrusos jeroglíficos de un papiro que nunca terminaba de desplegarse.

De vez en cuando el tren se detenía y los recién llegados se quedaban mirando por turnos las cortinas cerradas. Le parecía que no paraba de pasar gente… Sus caras empezaban a adoptar formas fantásticas entremezcladas con las imágenes que surgían de su cerebro…

Avanzado el día, un hombre grueso apareció entre la bruma de rostros. De su estómago surgían sendos michelines y sus labios eran delicados y pálidos. Cuando logró encajarse en el asiento frente al suyo, ella vio que iba vestido con fino paño negro y que llevaba una corbata blanca llena de manchas.

—El marido anda malucho esta mañana, ¿no?

—Sí.

—Vaya, vaya. Eso es bastante preocupante, ¿verdad? —Una sonrisa apostólica dejó al descubierto su dentadura de oro.

—Seguro que ya sabe que no existe la enfermedad como tal. Un pensamiento bonito, ¿no es cierto? Incluso la muerte no es otra cosa que una ilusión de nuestros sentidos más básicos. Sólo hay que permanecer abierto al influjo del espíritu, dejarse llevar dócilmente por la acción de la fuerza divina, y la enfermedad y la disolución

dejarán de existir para uno. Si pudiese usted conseguir que su marido leyese este pequeño panfleto…

De nuevo los rostros de cuantos la rodeaban se volvieron indistinguibles. Vagamente creyó haber escuchado a la señora maternal y a la progenitora de la niña pecosa discutiendo sobre las relativas ventajas de probar varias medicinas a la vez o de tomarlas por turnos. La señora maternal sostenía que el sistema competitivo ahorraba tiempo, mientras que la otra argumentaba que de ese modo no podía saberse a qué remedio atribuir la curación. Sus voces no paraban nunca, como boyas de campana resonando tras un banco de niebla. El mozo reaparecía de vez en cuando con preguntas que ella no comprendía, pero que de algún modo debió responder porque el hombre se marchó sin tener que repetírselas. Cada dos horas la señora maternal le recordaba que su marido debía de tomar las gotas. Unos abandonaban el vagón y otros los reemplazaban…

La cabeza le daba vueltas, y trató de despejarse apresando sus pensamientos a medida que éstos desfilaban por su mente, pero se le escapaban como los matorrales al borde del escarpado precipicio por el que le parecía estar despeñándose. De pronto, su cerebro volvió a despejarse y se encontró a sí misma imaginando claramente lo que sucedería una vez el tren llegase a Nueva York. Se estremeció al pensar en lo frío que él debía de estar y en que alguien podría darse cuenta de que llevaba muerto desde por la mañana.

Se puso a pensar a toda prisa. «Si ven que no me sorprendo sospecharán algo. Me harán preguntas y no me creerán si les digo la verdad… ¡Nadie me creería! Será terrible…» Y se repetía a sí misma: «Tengo que fingir que no sé nada. Tengo que fingir que no sé nada. Cuando abran las cortinas me acercaré a él con naturalidad… y entonces daré un grito…». Le dio la sensación de que sería muy difícil fingir aquel grito.

Gradualmente se le fueron acumulando nuevos pensamientos, vividos y acuciantes. Intentaba separarlos y controlarlos, pero la acorralaban con éxito por todas partes, como sus alumnos de la escuela al final de un día caluroso, cuando ella se sentía demasiado cansada para hacerlos callar. En su cabeza reinó una creciente confusión y sintió un enfermizo temor a olvidar el papel que debía desempeñar, a delatarse mediante una palabra o una mirada no previstas. «Tengo que fingir que no sé nada», continuó murmurando. Aquellas palabras habían perdido todo su significado, pero las repetía mecánicamente, como si fuesen una fórmula mágica, hasta que de repente se escuchó a sí misma diciendo: «¡No me acuerdo, no me acuerdo!».

Su voz sonó muy alta y miró aterrada en derredor, pero nadie pareció percatarse de que había hablado. Al echar un vistazo al pasillo permaneció con la vista clavada en las cortinas de la litera de su marido y se quedó examinando el monótono arabesco entretejido en sus pesados pliegues. El dibujo era intrincado y difícil de trazar. Observó fijamente las cortinas y, al hacerlo, la gruesa tela acabó por volverse

transparente y vio a través de ella el rostro de su marido…, su rostro muerto.

Se esforzó en desviar la mirada, pero sus ojos se negaban a moverse y parecía que tuviese atornillada la cabeza. Al final, con un impulso que la dejó debilitada y temblorosa, apartó la vista. Pero fue inútil: ante ella, pequeño y delicado, seguía estando el rostro de su marido. Parecía suspendido entre ella y la mujer de trenzas postizas sentada enfrente. Mediante un gesto incontrolable estiró la mano para apartar el rostro e, inesperadamente, percibió el contacto de su piel suave. Reprimió un grito y a punto estuvo de saltar de su asiento. La mujer de las trenzas postizas miró en derredor y ella, creyendo que de algún modo debía justificar aquel movimiento, se levantó para coger su bolso de viaje del asiento de enfrente. Abrió el bolso y miró dentro, pero el primer objeto que encontró fue una petaca de su marido echada allí en el último momento, con las prisas del viaje. Ajustó el cierre del bolso y entornó los ojos. Allí estaba otra vez la cara de él, suspendida entre sus pupilas y sus párpados como una máscara de cera contra un cortinaje rojo…

Se incorporó con un escalofrío. ¿Se había desmayado o se había quedado dormida? Parecía que hubiesen transcurrido horas, pero todavía no había empezado siquiera a oscurecer y la gente que la rodeaba seguía allí sentada, en la misma actitud que antes.

Una repentina sensación de hambre la hizo caer en la cuenta de que no había probado bocado desde la mañana. Pensar en comida le produjo asco, pero temía que volviesen los mareos. Recordó que tenía galletas en el bolso, sacó una y se la comió. Se atragantó con las migas resecas y se apresuró a tomar un poco de *brandy* de la petaca de su marido. La quemazón de su garganta actuó como un bálsamo, aliviando momentáneamente la persistente tensión de sus nervios. La embargó a continuación un agradable calor, como si la abanicase un aire suave. Los apremiantes temores amainaron un poco, retrocediendo tras la quietud que la envolvía, una quietud reparadora como la dilatada calma de un día de verano. Se quedó dormida. En sueños sintió la impetuosa marcha del tren. Parecía que fuese la propia vida la que la arrastrara con vehemencia y con una fuerza inexorable, arrojándola hacia la oscuridad y el terror, hacia el pavor de unos días desconocidos… De repente, todo estaba en paz…, ni un sonido, ni una pulsación… Ella estaba a su vez muerta y yacía junto a él con rostro sosegado y mirando hacia lo alto. ¡Qué tranquilo estaba todo!… Y pese a ello, podía escuchar ruido de pasos acercándose, los pasos de los hombres que iban a llevárselos a ambos. También podía sentir… Sintió una vibración súbita y prolongada, una serie de bruscos balanceos y de nuevo otra inmersión en la oscuridad, la oscuridad de la muerte esta vez… Un negro torbellino en el que los dos daban vueltas como hojas, en frenéticas espirales sin fin, entre millones y millones de muertos…

Dio un brinco, presa del pánico. Su sueño debió de haber durado bastante, porque se había apagado el día de invierno y se habían encendido las luces. El vagón se encontraba sumido en el caos y cuando ella se hubo recompuesto un poco vio que los

pasajeros estaban recogiendo sus paquetes y bolsos de viaje. La mujer de las trenzas postizas había traído del cuarto de aseo una lánguida hiedra plantada en una botella y el científico cristiano se estaba remangando los puños de la camisa. El mozo del tren recorría el pasillo con su imparcial cepillo de barrer. Una figura impersonal tocada con una gorra de franja dorada le estaba pidiendo el billete de su marido. Una voz gritaba: «¡Equipaje exprés!», y se escuchaba el sonido metálico que producían los pasajeros al entregar sus pertenencias.

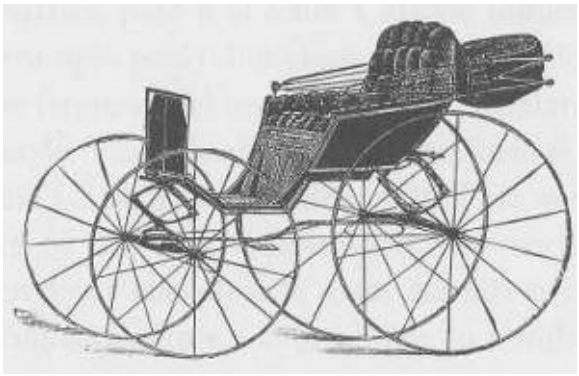
En aquel preciso instante, un enorme muro lleno de hollín bloqueó su ventana y el tren se adentró en el túnel de Harlem. El viaje tocaba a su fin, en unos minutos divisaría a su familia abriéndose paso alborozada entre el gentío de la estación. Su corazón se relajó. Había pasado el peor de sus terrores…

—Mejor que le levantemos ya, ¿no? —preguntó el mozo, tocándole en el brazo.

Llevaba en la mano el sombrero de su marido y le daba vueltas bajo el cepillo en actitud meditativa.

Ella miró el sombrero e intentó decir algo, pero de repente el vagón se quedó a oscuras. Levantó los brazos, intentando agarrarse a algo, y cayó boca abajo, golpeándose la cabeza contra la litera del muerto.

UN COBARDE



1

—Mi hija Irene —comentó la señora Carstyle haciendo rimar el nombre con «*tureen*[6]»— no ha gozado de oportunidades sociales, pero si el señor Carstyle hubiese optado… —Se interrumpió para mirar alusivamente el raído sofá que se encontraba frente a la chimenea como si se tratara del propio señor Carstyle. Vibart se alegró de que no fuese el caso.

La señora Carstyle era una de esas mujeres que vulgarizan lo elegante. Se refería invariablemente a su marido como «el señor Carstyle», y aunque sólo tenía una hija se cuidaba mucho de designar siempre a la joven por su nombre. Durante el almuerzo se había explayado a gusto sobre la necesidad de una mayor altura de miras en lo relativo a influencias y aspiraciones, alternando la conversación con sus excusas por el cordero reseco y fingiendo sorprenderse de que la criada (desconcertada a su vez) se hubiese olvidado de servir el café y los licores, «como siempre».

Vibart casi se arrepentía de haber ido. La señorita Carstyle seguía siendo preciosa, casi tan preciosa como la primera vez que la vio, hacía sólo dos días, enmarcada en el exuberante escenario de una de esas reuniones campestres tan habituales en el mes de junio. Pero las declaraciones y comentarios de su madre devaluaban la belleza de la joven de la misma forma que las señales de tráfico arruinan la armonía de un bosque. La mirada de la señora Carstyle viajaba de manera compulsiva de su hija hasta Vibart, como un taxi vacío en busca de pasajeros. La señorita Carstyle, concluyó el joven, era la clase de chica que resultaba irremediablemente eclipsada por su entorno. ¿O era quizá que la señora Carstyle tenía ese tipo de personalidad que colorea a cuantos se encuentran a su alcance? Sopesando aquella alentadora posibilidad desde su extremo de la mesa, Vibart acabó por convencerse de que, en cualquier caso, la dama había fracasado rotundamente al intentar colorear al señor Carstyle. Sin lugar a

dudas, aquello obedecía a que, más bien, había logrado decolorarlo por completo. El señor Carstyle era de por sí bastante incoloro, tanto que resultaría imposible adivinar su tono original. Si de algún modo había llegado a afectarle el carácter de su esposa, había sido negativamente: no se había disculpado por el cordero y, tras el almuerzo, se había retirado sin molestarse en aparentar que aguardaba la llegada del café y de los licores de sobremesa. Por otra parte, sus parcas contribuciones a la conversación mantenida durante el almuerzo no estuvieron orientadas hacia abstractas consideraciones sobre la vida. Mientras le observaba alejarse, con el paso ligeramente escorado y un encorvamiento que sugería el hábito de esquivar misiles, Vibart, que todavía estaba en edad de hacer cábalas, se sorprendió a sí mismo especulando sobre el sentido que podría tener la vida para alguien que a todas luces se había resignado a viajar con el viento a la espalda. Así pues, la referencia de la señora Carstyle a la falta de oportunidades de su hija (alusión hecha mientras Irene buscaba por toda la casa un cigarrillo que no acababa de encontrar) resultó de una exactitud que no se correspondía precisamente con la intención con que se había formulado.

—Si el señor Carstyle hubiese querido —repetía aquella señora—, habríamos tenido nuestra casa en la capital (en ningún momento empleó el vulgar sustantivo «ciudad»), e Irene podría haberse codeado con la sociedad que yo frecuentaba a su edad. —Y con un sentido suspiro vino a enfatizar aquel tiempo remoto en el que los jóvenes hacían cola al mediodía con el único propósito de visitarla.

Dicho suspiro atrajo la mirada de Vibart, y aquella mirada le llevó a la penosa conclusión de que, a decir verdad, Irene se parecía a su madre. Indiscutiblemente, no era la mustia rama paterna la responsable de la linda floración de la joven: era la señora Carstyle quien había aportado los toques definitivos a aquel lienzo.

La señora Carstyle interceptó su mirada y se la apropió con cierta complacencia de beldad suplente. Era consciente de la importancia de su propio aspecto personal para garantizar que Irene llegase a ser una mujer distinguida.

—Pero tal vez —continuó la dama retomando el hilo de sus divagaciones— haya oído hablar de la peculiar extravagancia del señor Carstyle. Él ya sabe que así la denomino yo, por decirlo de forma caritativa. —Dirigió una gélida mirada al raído sofá y otra rebosante de indulgencia al joven sentado en una esquina del mismo—. Puede parecerle extraño, señor Vibart, que, teniendo en cuenta que nos conocemos desde hace tan poco tiempo, le haga estas confidencias, pero, no sé por qué, no puedo evitar considerarle ya un amigo. Creo en las simpatías instintivas, ¿usted no? Nunca me han defraudado… —Entornó los párpados durante la fugaz retrospección—. Y, además, siempre le digo al señor Carstyle que en este tema jamás me andaré con tapujos. Soy inexorable en lo que a la verdad se refiere, y considero mi deber hacer saber a mis amigos que nuestro austero estilo de vida es por pura elección…, por elección del señor Carstyle. Cuando me casé con el señor Carstyle lo hice con la esperanza de residir en Nueva York y de disponer de mi propio carruaje. Y la verdad es que no hay ningún motivo para que no lo hagamos… No hay motivo, señor Vibart,

para que nuestra hija Irene se haya visto privada de las ventajas intelectuales de los viajes al extranjero. Deseo dejar esto bien claro. Es únicamente por libre decisión de su padre por lo que Irene y yo hemos vivido recluidas en los estrechos límites de la sociedad de Millbrook. No me quejo en lo que a mí respecta. Si el señor Carstyle elige anteponer a los demás a su propia esposa, no le corresponde a esta lamentarse. Puede incluso que su punto de vista sea noble…, quijotesco. No me permito opinar sobre eso, aunque otros consideran que sacrificar a la propia familia para favorecer a extraños es violar las normas más sagradas de la vida doméstica. Así lo creen mi director espiritual y algunos amigos íntimos. Pero, como suelo decirles a todos ellos, no pido nada para mí. En lo que concierne a mi hija Irene el asunto es diferente…

Fue un alivio para Vibart que en aquel preciso instante la reaparición de Irene interrumpiera la perorata de deber moral de la señora Carstyle. Irene había sido incapaz de encontrar un cigarrillo para el señor Vibart, y su madre, derrochando boba incongruencia, sugirió que en tal caso sería preferible que la joven le enseñase el jardín.

La casa de los Carstyle se ubicaba a escasos metros de la calle adoquinada de Millbrook y su jardín era minúsculo, salvo que, según parecía ser la intención de la señora Carstyle, uno acabase midiéndolo en función de los encantos de su hija. Tan notables eran estos que para cuando Vibart se dio cuenta de las limitaciones de la propiedad de los Carstyle, ya había recorrido media docena de veces, y de arriba abajo, la distancia entre el porche y la cancela. Sólo cuando Irene le acusó de ser un cínico, y tras confesarle que «las chicas» estaban furiosas con ella por haber permitido que él la acaparase tanto tiempo durante la reunión campestre en casa de su tía, reparó el joven en la angostura de su entorno. Con ligera irritación observó también el perfil indiferente del señor Carstyle, inclinado sobre un periódico al otro lado de una de las ventanas inferiores. Para Vibart lo normal habría sido que, mientras simulaba leer la prensa, el señor Carstyle hubiese contado el número de veces que su hija recorría con su acompañante el trayecto comprendido entre los setos de lilas. Por algún motivo difícil de precisar, le contrariaba más la desentendida vigilancia del señor Carstyle que la deliberada desaparición de la señora Carstyle. Para quien trata de agasajar a una chica atractiva la proximidad de un espectador neutral resulta a veces más desconcertante que la más flagrante connivencia. Y algo en la expresión del señor Carstyle delataba su cándida impasividad ante el ir y venir de Irene.

Cuando la cancela se hubo cerrado por fin tras Vibart, éste fue consciente de que su curiosidad por los Carstyle había desplazado su epicentro de la hija al padre. Acostumbrado como estaba a sorpresas emocionales de esta índole, había adquirido la habilidad de sacar partido de lo que pudiese surgir de ellas.

2

Los Carstyle pertenecían al Millbrook de las fábricas de papel, de los funiculares, de la pavimentación de calzadas, de las obras caritativas y demás actividades sociales que se sucedían a lo largo del año, mientras que la señora Vanee, la tía en cuya casa se alojaba Vibart, constituía un ornamento más de la colonia de veraneantes que desplegaba sus residencias de campo por entre los cerros circundantes. Pese a ello, la señora Vanee no tuvo dificultad alguna para satisfacer la curiosidad que las enigmáticas palabras de la señora Carstyle habían despertado en el joven. La señora Carstyle prefería desahogar su inmoderada franqueza con los tradicionalmente conocidos como «veraneantes»: no iba a tolerar que nadie en un radio de diez kilómetros de Millbrook dispusiera de carruaje sin dejar claro que también ella estaba en situación de poder permitirse uno. La señora Vanee comentó entre suspiros que las reivindicaciones anuales de la señora Carstyle para despejar posibles dudas sobre su estatus social regresaban siempre con la misma puntualidad que los impuestos y el pago de la contribución.

—Querido mío, el asunto se reduce a lo siguiente: cuando Andrew Carstyle se casó con ella hace años (sólo Dios sabe por qué lo hizo, siendo él uno de los Carstyle de Albany y ella una de las hijas del viejo diácono Ash, del sur de Millbrook)… Bueno, pues cuando contrajeron matrimonio, él disponía de una pequeña renta, y supongo que la recién casada esperaba establecerse en Nueva York y convertirse en uña y carne de todo el clan Carstyle. Pero ya fuese porque él se avergonzó de ella desde el principio o por cualquier otra razón inexplicable, optó por adquirir una casa en el campo, y allí se asentó de por vida. Durante unos cuantos años vivieron con considerable holgura… Ella disponía de un vestuario bastante elegante y siempre acudía en una victoria a visitar a los veraneantes. Más tarde, cuando la linda Irene tendría unos diez años, la muerte del único hermano del señor Carstyle reveló que se había apropiado de considerables fondos que tenía en fideicomiso. Fue un asunto horrible: desaparecieron más de trescientos mil dólares y, naturalmente, la mayor parte pertenecía a viudas y huérfanos. Tan pronto como los hechos se hicieron públicos, Andrew Carstyle declaró que repondría lo que había sustraído su hermano. Vendió su casa de campo y el carruaje de su mujer y se mudaron a la casita en la que viven ahora. Seguramente los ingresos del señor Carstyle no son tan grandes como le gustaría hacer creer a la señora Carstyle, y pese a que, según tengo entendido, destina cada año una considerable cantidad a satisfacer las deudas de su hermano, imagino que ésta tardará todavía algún tiempo en liquidarse. Para ayudarse un poco abrió un bufete (estudió Derecho en su juventud), pero aunque dicen que es un hombre inteligente, he escuchado que no le sobra el trabajo precisamente. Su carácter hosco y reservado intimida a la gente. Nadie cree en un hombre que no cree en sí mismo, y el señor Carstyle parece estar siempre espiando a través de una rendija de su celo profesional. A la gente no le gusta eso. A su mujer no le gusta. Creo que ella habría

accedido a la venta de la casa de campo y del carruaje si él hubiese explicado abiertamente su postura, haciéndole comprender que de ese modo cumplía con su deber. Pero el hecho de que él se hubiese tomado el asunto a la ligera acabó por sacar a su esposa de sus casillas. ¿Qué objeto tiene realizar proezas como si fuese lo más sencillo del mundo? Compadezco a la señora Carstyle. Perdió su casa y su carruaje, y ni siquiera se le permitió ser una heroína.

Vibart había estado escuchando con atención.

—Me gustaría saber lo que piensa de todo esto la señorita Carstyle —murmuró pensativo.

La señora Vanee le miró con una maliciosa sonrisa:

—Y a mí me gustaría saber qué piensas *tú* de la señorita Carstyle —preguntó a su vez.

Su respuesta la tranquilizó:

—Creo que se parece a su madre —dijo él.

—¡Ah! —exclamó su tía en tono jocoso—. En tal caso no me veo obligada a escribirle a tu madre, y además ¡no hay problema en seguir invitando a Irene a todas mis reuniones!

La señorita Carstyle constituía un elemento esencial en el marco de las restringidas combinaciones sociales al alcance de una anfitriona de Millbrook. Resultaba muy útil contar con una belleza local durante las prolongadas recepciones de fin de semana, y la atractiva Irene solía ser ofrecida como asidua novedad a los huéspedes de la colonia veraniega víctimas del tedio.

Como había recalcado la tía de Vibart, Irene resultaba perfecta hasta que se ponía a flirtear. Y nunca flirteaba antes del tercer día.

Con semejante panorama, parecía natural que Vibart frecuentase la compañía de la joven y, sin darse apenas cuenta, se encontró en la anómala situación de pasar por pretendiente de la hija con objeto de congraciarse con el padre. La señorita Carstyle era guapa, Vibart joven, y los días se hacían eternos en la amplia y suntuosa casa de su tía. Pero era más bien el deseo de saber más del señor Carstyle lo que llevaba al joven a compartir tan asiduamente el churruscado cordero de aquel anfitrión. La imaginación de Vibart se conmovía al descubrir que, lejos de viajar con el viento a favor, aquel hombrecillo escorado afrontaba permanentemente un temporal doméstico nada desdeñable. El que el señor Carstyle hubiese querido saldar la deuda de su hermano le parecía al joven una hazaña más o menos comprensible, pero lo que en verdad se le antojaba modelo de un heroísmo sin precedentes era soportar que a dicha cantidad de dinero vinieran a sumarse de manera sistemática e incesante los recurrentes reproches sobre el insuficiente vestuario de Irene o las excusas por parte de la señora Carstyle en relación al cordero. El señor Carstyle era tan inaccesible como cualquier padre americano medio, y llevaba una vida tan ajena a la de las mujeres de su casa que Vibart encontró ciertas dificultades para atraer su atención. Para el señor Carstyle él sólo era uno más de los jovenzuelos de turno que

merodeaban por la casa desde que Irene abandonase la escuela, y los esfuerzos de Vibart por desmarcarse de aquel abstracto concepto de pretendiente se veían entorpecidos por la alborozada asunción por parte de la señora Carstyle de que él y no otro era *el* pretendiente, así como por la naturalidad con que Irene se sentía destinataria de sus visitas.

Así las cosas y de un día para otro, Vibart percibió un sutil pero determinante cambio en la actitud de las señoras.

Irene, en lugar de andar acusándole de cínico y antipático, y de confesarse incapaz de creer cualquier palabra que él pronunciase, empezó a acoger sus comentarios con la anodina sonrisa que Vibart la había visto adoptar con los varones casados en las veladas en casa de su tía. Por su parte, la señora Carstyle, hablando por encima de la coronilla de Vibart como si se dirigiese a un interlocutor invisible pero claramente compresivo y empático, debatía la conveniencia de que Irene aceptase una invitación para pasar el mes de agosto en Narragansett. Cuando Vibart, en un acceso de audacia, se arrogó los derechos sobre aquel oscuro oráculo manifestando que unas semanas en la costa supondrían un beneficioso cambio para la señorita Carstyle, las señoras le miraron y rompieron a reír.

Fue justo entonces cuando, por primera vez, Vibart se sintió observado por el señor Carstyle. Estaban todos reunidos en torno a los restos de un almuerzo que concluyó su repertorio tras el estofado de ternera, lo cual dio pie a que la señora Carstyle volviese a lamentar la ineptitud de la pobre cocinera en cuestión de postres, especialmente cuando recibían invitados. El señor Carstyle, con las manos embutidas en los bolsillos y los enjutos hombros encorvados por el contacto con el respaldo de su silla, permanecía sentado contemplando a su invitado con una sonrisa de inequívoca aprobación. Cuando Vibart interceptó su mirada, dicha sonrisa se desvaneció, y el señor Carstyle, deslizando sus gafas sobre el puente de su fina nariz, se puso a mirar por la ventana como quien trata de disimular a toda costa. Pero Vibart estaba seguro de haberle visto sonreír: se había establecido entre él y su anfitrión una complicidad que el simulado desinterés del señor Carstyle no hacía sino corroborar.

Animado por dicho incidente, Vibart se presentó unos días después en la oficina del señor Carstyle. Para no suscitar suspicacia, el joven alegó que iba de parte de su tía para informarse sobre un asunto que la señora Vanee tenía pendiente con la compañía telefónica de Millbrook. Pero en realidad lo que le movía a hacer de intermediario no era sino la esperanza de retomar el contacto con el señor Carstyle en el punto en el que lo había dejado la sonrisa en cuestión. Vibart no se vio defraudado. En una deslucida oficina, con una única ventana que daba a una pared vacía, encontró al señor Carstyle, vestido con un abrigo de alpaca y leyendo a Montaigne.

Obviamente, ni se le pasó por la cabeza que Vibart hubiese ido a hablar de negocios y, por la complacencia con que fue recibido, el joven sintió como si le hubiese dado la oportunidad de decir la última palabra en una hipotética disputa conyugal de la que, para variar, el señor Carstyle hubiese salido airoso.

Una vez dirimido el tema legal, Vibart centró su atención en Montaigne: ¿conocía el señor Carstyle la colección de ensayos del joven fulano de tal? Había uno sobre Montaigne con un enfoque original, con una curiosa perspectiva. A Vibart le asombró comprobar que el señor Carstyle sabía quién era fulano de tal. Los jóvenes instruidos son muy dados a creer que sus mayores nunca pasaron de Macaulay. No obstante, el señor Carstyle parecía lo bastante familiarizado con la literatura moderna para no tomarla demasiado en serio. Aceptó el ofrecimiento que le hizo Vibart de la colección de fulano de tal, admitiendo que su biblioteca personal no estaba precisamente actualizada.

Vibart salió de allí sumido en especulaciones. Regresó al día siguiente con la colección de ensayos. De forma tácita, quedó sobreentendido que podía acercarse cuando quisiera por la oficina para ver al señor Carstyle, cuyos compromisos legales no interferían seriamente con sus intereses literarios.

Durante una semana o diez días y siempre en presencia de Vibart, la señora Carstyle continuó dirigiéndose a su confidente ficticio para debatir el tema de la visita de su hija a Narragansett. Una o dos veces dejó caer Irene su insulsa sonrisa para dar a entender ante Vibart que no le importaba si iba o dejaba de ir. La señora Carstyle escogió un momento de *têt-à-têt* para confesarle que la pobre criatura detestaba la idea de marcharse, y que sólo lo hacía porque su amiga, la señora Higby, no dejaba de insistirle. Naturalmente, de no ser por las excentricidades del señor Carstyle, habrían tenido su propia residencia en la playa (en Newport, probablemente, pues la señora Carstyle prefería el postín de Newport) e Irene no habría tenido que depender de la caridad de sus amistades. Pero, tal como estaban las cosas, debían estar agradecidos por estas pequeñas muestras de generosidad, y verdaderamente la señora Higby era muy amable a su manera y, aun tratándose de Narragansett, gozaba de una buena posición social.

Tales confidencias pronto fueron sustituidas por diálogos entre madre e hija llenos de alusiones, cada vez más frecuentes, a los atractivos de Narragansett, a la popularidad de la señora Higby y al encanto de su casa. La señora Carstyle incluso llegó a hacer una referencia de pasada a la posibilidad de que, como siempre, se encontrase allí Hewlett Bain (¿no le había comentado la señora Higby a Irene que él estaría allí?). Dicha observación fue decisiva para hacer partir finalmente a la señorita Carstyle y dejar a Vibart en la grata compañía de su padre.

Vibart nunca había sido aficionado a las diversiones veraniegas de Millbrook. El compromiso familiar por el cual se veía forzado a pasar unos meses al año con su tía (la señora Vanee era viuda y sin hijos, y él desempeñaba el sacrificado puesto de sobrino favorito) confería también cierta sensación de obligatoriedad a las triviales ocupaciones con las que rellenaba su tiempo libre. La señora Vanee, pese a que confesaba sentirse sola cuando él se encontraba ausente, estaba demasiado ocupada con notas, telegramas e invitados yendo y viniendo como para otra cosa que no fuese dedicarle una apresurada sonrisa al verle o implorarle que llevase a dar un paseo en

calesa a la chica más aburrida de sus reuniones (y, camino de Millbrook, ¿sería tan encantador de pasar un momento por el mercado para preguntar por qué no habían llegado las langostas?). Ni la casa en sí ni los invitados que iban y venían de ella como el público ajetreado de las estaciones de tren proporcionaban un instante de paz a sus pensamientos. Algunas casas resultan cómplices naturales: las paredes, las estanterías de libros, las propias sillas y mesas poseen la cualidad de la empatía. Sin embargo, los interiores de la señora Vanee eran tan impersonales como el escenario de un drama clásico.

Tales circunstancias favorecieron un asiduo intercambio de libros entre Vibart y el señor Carstyle. El joven se acercaba casi a diario a la modesta casa de la ciudad donde la señora Carstyle, que ya le recibía con el aire despreocupado de quien lleva los bigudíes puestos, y que a primera vista no era raro que le confundiese con el afinador de pianos, no se molestaba en detenerle cuando se dirigía hacia el despacho de su esposo.

3

En ciertas ocasiones, cuando Vibart se disponía a despedirse, el señor Carstyle se calaba un raído sombrero panamá y acompañaba al joven durante un par de kilómetros en su camino de regreso a casa. La carretera que llevaba hasta la casa de la señora Vanee discurría entre uno de los barrios más apacibles de Millbrook, y el señor Carstyle, caminando a paso tranquilo, con el sombrero echado hacia atrás y arrastrando su bastón tras de sí, parecía complacerse filosóficamente en el aspecto de los cuidados parterres y de los opulentos jardines.

Vibart no conseguía nunca que su acompañante prolongara su paseo hasta el salón de la señora Vanee, pero una tarde, cuando las montañas se perfilaban a lo lejos tras los arqueados olmos encendidos por la luz crepuscular, ambos hombres continuaron andando hasta adentrarse en el campo y llegar hasta las hospitalarias columnas de la puerta de la dama en cuestión.

Era un día apacible, la calle estaba desierta, y el más mínimo sonido se filtraba nítidamente en el aire. El señor Carstyle se encontraba en mitad de una disquisición sobre Diderot cuando irguió la cabeza y se quedó inmóvil.

—¿Qué es eso? —dijo—. Escuche.

Vibart se puso a escuchar y percibió un distante rumor de cascos de animal al trote. Al cabo de un momento, una calesa tirada por un par de rocines dobló peligrosamente la esquina. Estaba a unos cuarenta metros de distancia y se dirigía velozmente hacia ellos. El hombre que conducía estaba inclinado hacia delante con los brazos extendidos. Junto a él iba sentada una niña.

De repente Vibart vio que el señor Carstyle se ponía de un salto en mitad de la

carretera, frente a la calesa. Se quedó allí clavado, con los brazos extendidos y las piernas separadas, en actitud de irreductible resistencia. Casi al mismo tiempo, Vibart advirtió que el conductor de la calesa tenía sus caballos bajo control.

—¡No están desbocados! —gritó, saltando a la carretera y agarrando la manga de alpaca del señor Carstyle. Éste miró vagamente en derredor: parecía ido.

—¡Vamos, señor! —voceó Vibart tirándole del brazo.

La calesa pasó rauda de largo y el señor Carstyle se quedó en medio de la polvareda observando cómo se alejaba.

Por fin sacó su pañuelo y se limpió la frente. Estaba lívido, y Vibart vio que le temblaba la mano.

—Un aviso justo a tiempo, ¿verdad, señor? Supongo que pensó que se habían desbocado.

—Sí —dijo el señor Carstyle con lentitud—, pensé que se habían desbocado.

—Desde luego eso pareció en un primer momento. Sentémonos, ¿quiere? Yo también estoy sin resuello.

Vibart notó que su amigo apenas podía tenerse en pie. Se sentaron sobre el tronco de un árbol, al pie de la carretera. El señor Carstyle continuaba enjugándose la frente sin decir palabra.

Al cabo de un rato se volvió hacia Vibart y le soltó de improviso:

—Me he plantado en medio de la carretera, ¿no? Si se hubiese tratado de una estampida, ¿habría podido detenerlos?

Vibart lo miró atónito.

—Lo habría intentado, sin duda. Si alguien no hubiese podido apartarle a tiempo…

El señor Carstyle enderezó sus estrechos hombros.

—En cualquier caso, no ha habido vacilación por mi parte, ¿verdad? ¿No…, no pareció que quisiera esquivarlo?

—Yo diría que no, señor. Fui yo quien se lo impidió.

El señor Carstyle guardó silencio. Había inclinado la cabeza, parecía un anciano.

—¡Ha sido otra vez mi maldita suerte! —exclamó de repente en voz alta.

Por un momento, Vibart pensó que estaba desvariando, pero el otro levantó la cabeza y siguió hablando con mayor coherencia.

—Apuesto a que hace un instante le he parecido bastante ridículo, ¿eh? Tal vez usted se percató desde un principio de que los caballos no venían al galope. Sus ojos son más jóvenes que los míos y, por otra parte, usted no está siempre pendiente de eventuales fugitivos, como lo estoy yo. ¿Sabe que en treinta años no he presenciado ni una estampida?

—Es usted afortunado —dijo Vibart todavía desconcertado.

—¿Afortunado? Hombre, por Dios, rezo para ver una. No una estampida necesariamente, sino cualquier accidente grave que supusiera un peligro para la vida de la gente. Ocurren accidentes constantemente en todo el mundo, ¿por qué no iba yo

a toparme con uno? ¡No habrá sido por no haberlo intentado! Hubo un tiempo en que vigilaba los teatros con la esperanza de detectar incendios… Los incendios en los teatros tienen muchas posibilidades de resultar fatales. Pues, bueno, ¿quiere creerlo? Estuve en el teatro de Brooklyn la noche antes de que saliera ardiendo y salí del antiguo Madison Square Garden media hora antes de que se desplomaran los muros. Y lo mismo me ocurre con los accidentes de la calle… ¡Me los pierdo siempre, no hay vez que no llegue tarde! El año pasado un muchacho resultó arrollado por un funicular en nuestra esquina. Llegué a mi puerta justo en el momento en que le trasladaban en una camilla. Y siempre me pasa lo mismo. Si hubiese sido otro el que hubiera ido caminando por la calzada, esos caballos habrían venido desbocados. Y había una niña en la calesa, demasiado… ¡Era sólo una niña!

El señor Carstyle volvió a hundir la cabeza.

—Se está preguntando qué significa todo esto —prosiguió tras otra pausa—. Por un momento me he sentido confuso… Debo de haberle parecido un demente. —Su voz se había aclarado, e hizo un esfuerzo por recomponerse—. En fin, una vez me comporté como un maldito cobarde y desde entonces intento vivir con eso.

Vibart le miró incrédulo y el señor Carstyle respondió a su mirada con una sonrisa.

—¿Por qué le extraña? ¿Acaso me parezco a Hércules? —Levantó una mano pellejuda y su esmirriada muñeca—. No estoy hecho para ese papel, desde luego que no, pero eso da igual. Lo que importa es el alma invicta del hombre[7] y todo eso… En fin, que yo me comporté como un rematado cobarde en cada partícula de mi ser, en cuerpo y alma.

Dejó de hablar y miró a uno y otro lado de la carretera. No había nadie a la vista.

—Sucedió cuando yo era un jovenzuelo recién salido del instituto. Me encontraba de viaje por el mundo con otro amigo de mi edad y con un hombre mayor, Charles Meriton, que desde entonces ha adquirido una notable reputación. Puede que haya oído hablar de él…

—¿Meriton, el arqueólogo? ¿El que hace poco descubrió las ruinas de unas ciudades africanas?

—El mismo. Por entonces él era tutor de instituto, y mi padre, que le conocía desde niño y que le tenía en gran estima, le pidió que nos acompañase en nuestro viaje. Ambos, mi amigo Collins y yo, sentíamos una inmensa admiración por Meriton. Era la clase de tipo que despierta el entusiasmo de cualquier muchacho: frío, rápido, impasible… De los que siempre están preparados para entrar en acción. Sus exploraciones le habían llevado a los lugares más peligrosos del mundo y había dado muestras de una combinación extraordinaria de calculadora paciencia y de arrojo. Jamás hablaba de sus hazañas. Nos enterábamos de ellas por casualidad a través de las personas que fuimos conociendo en el viaje. Había estado en todas partes, conocía a todo el mundo y todo el mundo tenía algo emocionante que contar de él. Seguro que esta descripción parece exagerada, tal vez lo sea. No le he visto desde entonces. Pero

en aquella época me parecía un tipo formidable, una especie de Ayax de la ciencia. En cualquier caso, era un compañero de viaje insustituible: afable, alegre, con sentido del humor, sin asomo de esa jactancia de estar de vuelta de todo que les resulta tan cargante a los jóvenes. Nos hacía sentir como si para él todo fuese tan nuevo como lo era para nosotros. Jamás truncaba nuestro entusiasmo ni nos aguaba las sorpresas. No había nadie cuya opinión me importase más que la suya: él era el sumun.

»De vuelta a casa, Collins enfermó de difteria. Nos encontrábamos en el Mediterráneo, cruzando las Espóradas en una falúa. Mi amigo se sintió mal en Chios. La enfermedad se presentó de repente y el riesgo nos disuadía de llevarle de vuelta a Atenas en la falúa. Nos hospedamos en la posada de Chios, donde el pobre chico estuvo convaleciendo durante semanas. Afortunadamente, en la isla había un médico bastante bueno, e hicimos traer de Atenas a una monja enfermera para que nos ayudase a asistirle. El pobre Collins estaba fatal: a la difteria le siguió una parálisis parcial. El doctor nos aseguró que el peligro había pasado, que paulatinamente recobraría el control de sus miembros. Pero la recuperación sería lenta. También la hermana nos infundía ánimos… Había visto casos igual de severos con anterioridad, y, a decir verdad, él mejoraba un poquito cada día. Meriton y yo nos habíamos turnado con la hermana para cuidarle, pero, tras presentarse la parálisis, no había mucho que pudiésemos hacer y nada impedía que Meriton pudiese dejarnos solos durante un día o dos. Había recibido noticias de Asia Menor sobre el descubrimiento de una interesante tumba en algún lugar del interior. No se había ofrecido a llevarnos consigo porque el viaje no era seguro, pero ahora que estábamos retenidos en Chios no había razón que impidiese que él fuese a echar un vistazo. La expedición no duraría más de tres días, Collins estaba convaleciente y tanto el médico como la enfermera nos aseguraban que no había motivo para inquietarse. Así que, una tarde a la hora del ocaso, Meriton se marchó. Le acompañé y vi cómo embarcaba en la falúa. La perspectiva del peligro me atraía tanto que habría dado lo que fuera por partir con él.

»“No dejarás que Collins se quede nunca solo, ¿verdad?”, se volvió a gritarme cuando el barco ya abandonaba la bahía. Recuerdo que aquella recomendación me molestó.

»Volví caminando a la posada y me acosté. La enfermera permaneció toda la noche asistiendo a Collins. A la mañana siguiente, la relevé a la hora habitual. Era un día bochornoso, con un extraño cielo plomizo. El aire era sofocante. A mitad del día la enfermera regresó para sustituirme mientras yo iba a comer. De vuelta en la habitación de Collins la enfermera me dijo que iba a salir a tomar un poco el aire.

»Me senté junto a la cama de Collins y empecé a refrescarle con el abanico que había estado usando la hermana. El calor le hacía estar inquieto, y le recosté sobre el otro lado de la cama porque él todavía no podía valerse: tenía todo el costado derecho insensible. Al poco tiempo se quedó dormido y yo me acerqué a la ventana y me senté a mirar la plaza que quedaba más abajo, desierta a causa del calor, en la que

unos cuantos asnos y sus dueños dormitaban a la sombra del muro del convento de enfrente. Recuerdo haber advertido los caireles azules en los cogotes de los asnos… ¿Alguna vez ha vivido un terremoto? ¿No? Yo tampoco lo había vivido nunca. Es una sensación indescriptible… Hay en el ambiente un presagio de Día del Juicio Final. Todo empezó cuando los burros se despertaron temblando. Me percaté de ello y me pareció raro. Poco después los dueños de los animales se incorporaron de un salto… Advertí el terror en sus caras. A continuación un rugido… Recuerdo haber visto cómo una gran grieta negra resquebrajaba el muro del convento de enfrente…, una grieta en zigzag, como un rayo abriendo un tajo en la madera. Eso pensé en aquel momento también. Entonces empezaron a sonar todas las campanas del lugar… Producían una algarabía pavorosa… Vi gente corriendo por la plaza… Ruidos de derrumbe inundaban el aire. El suelo se hundió ante mí de forma vertiginosa, y luego resurgió lanzándome contra el techo, pero ¿*dónde* estaba el techo? ¿Y la puerta? Me dije a mí mismo: "Estamos en una segunda planta, las escaleras tienen el ancho justo para una persona…". Dirigí una rápida mirada a Collins: estaba en la cama, completamente despierto, los ojos fijos en mí. Eché a correr. Algo me golpeó la cabeza cuando me lancé escaleras abajo…, pero seguí corriendo. Supongo que el golpe me dejó aturdido, porque apenas recuerdo nada hasta que me encontré en un viñedo a más de un kilómetro del pueblo. Me despertó la sangre tibia que corría por mi nariz… Me oía a mí mismo explicándole a Meriton lo que había sucedido exactamente…

»Cuando, casi arrastrándome, pude volver al pueblo, me dijeron que todas las casas próximas a la posada estaban derruidas y que una docena de personas había perecido. Ni que decir tiene que entre ellos estaba Collins. Se le había caído el techo encima.

El señor Carstyle se secó la frente. Vibart continuaba sentado evitando mirarle.

—Dos días después regresó Meriton. Empecé a contarle la historia, pero él me interrumpió.

»—Entonces, ¿no había nadie con él en ese momento? ¿Le habíais dejado solo?

»—No, no estaba solo.

»—¿Quién estaba con él?

»—Yo.

»—… ¿Tú estabas con él…?

»Nunca olvidaré la mirada de Meriton. Creo que intenté explicarme, acusarme, proclamar la agonía de mi alma, pero me di cuenta de que era inútil. Se había cerrado una puerta entre uno y otro. Ninguno de los dos volvió a pronunciar palabra. Fue muy amable conmigo en el camino de regreso a casa: cuidó de mí con un celo maternal mucho más duro de soportar de lo que lo habría sido su flagrante desprecio. Me daba cuenta de que el hombre intentaba de corazón compadecerse de mí, pero no servía de nada… simplemente era incapaz.

El señor Carstyle se incorporó despacio, con cierta rigidez.

—¿Volvemos a casa? Quizá le estoy retrasando.

Caminaron un trecho en silencio. Al rato él retomó la palabra.

—Aquel incidente alteró toda mi vida. No debí haberlo permitido, naturalmente…, porque eso es otra forma de cobardía. Pero ya no podía verme a mí mismo de otro modo que no fuese a través de los ojos de Meriton… Una de las peores desgracias de la juventud es la de estar siempre intentando ser otro. Yo había pretendiendo ser un Meriton… Comprendí que lo mejor era volverme a casa y estudiar Derecho…

»Sé que es una fantasía pueril, un reducto del primitivo salvaje, si usted quiere, pero desde aquel instante hasta hoy he añorado día y noche la oportunidad de redimirme, de enderezar al hombre que quise ser. Quiero demostrarle a dicho hombre que todo fue un accidente…, una desviación inexplicable de mis instintos naturales, que el haber sido cobarde una vez no significa que uno sea cobarde por naturaleza… Y no puedo, ¡no puedo!

De forma imperceptible, el tono del señor Carstyle había pasado de la desazón a la ironía. Había recuperado la objetividad que era consustancial a su carácter.

—En resumidas cuentas, soy una rama de olivo perfecta —concluyó con su risa mordaz e indulgente—. Hasta los bebés dejan de llorar cuando me acerco… Arrastro a mi paso una especie de milenio[8]… Me haría rico como agente de la Sociedad para la Paz. Me iré a la tumba sin haber podido convencer a ese otro hombre.

Vibart regresó caminando con él hasta Millbrook. En la puerta de su casa se encontraron con la señora Carstyle, sofocada y envuelta en plumas, con un tarjetero en la mano y con las botas llenas de polvo.

—No le invito a entrar —le dijo a Vibart en tono de disculpa—, porque esta noche no respondo de la cena. La criada principal dice que se marcha a un baile…, ¡cosa que yo no he hecho en años! Y además sería inhumano pedirle a usted que pase una tarde tan calurosa en nuestra agobiante casita… El aire es mucho más fresco en casa de su tía. Salude de mi parte a la señora Vanee, y dígale cuánto lamento no poder incluirla ya en mi ronda de visitas. Cuando disponía de carruaje veía a toda la gente que quería, pero, ahora que tengo que ir andando, mis posibilidades de alternar en sociedad son más restringidas. De joven no tuve necesidad de hacer mis visitas a pie, y mi médico afirma que caminar es un ejercicio de lo más perjudicial para las personas habituadas a desplazarse en carruaje. —Dirigió a su marido una mirada cargada de rencorosa dulzura—. Afortunadamente —concluyó—, al señor Carstyle caminar le sienta bien.

TERCERA PARTE

1

¿No se ha sentido nunca inquieto ante la alta fachada con persianas echadas de una vieja casa italiana? ¿Esa impávida máscara, uniforme, muda y engañosa como el semblante de un cura tras el cual continúan zumbando los secretos escuchados en el confesionario? Hay casas que proclaman la actividad que albergan; son la clara y expresiva cutícula de una vida que fluye próxima a la superficie. Pero el palacio en su callejón o la villa oculta entre cipreses en su colina resultan impenetrables como la muerte. Los ventanales asemejan ojos ciegos, y el portón, una boca cerrada. En el interior tal vez podría brillar el sol, oler a fragantes arrayanes… O podría percibirse algún latido de vida recorriendo las arterias de la colosal estructura. O una soledad mortal en cuyo seno se hospedan los murciélagos, entre las desencajadas piedras, donde las llaves se oxidan en las cerraduras de puertas sin franquear…

2

Desde la galería con sus desvaídos frescos, mirando hacia la avenida flanqueada por una escalera de sombras de ciprés, divisé el escudo ducal y los desportillados jarrones de la verja. El mediodía caía de plano sobre los jardines, sobre las fuentes, sobre los pórticos y las grutas. Al pie de la terraza, donde un liquen color cromo había tapizado

la balaustrada como si se tratase de *laminae*[9] de oro, se sucedían los viñedos inclinándose hacia el fértil valle encajado entre montañas. Las lomas más bajas aparecían salpicadas de blancas aldeas, como estrellas cubriendo de lentejuelas una noche de verano. Y algo más allá, cadenas de azulados montes, livianos contra el cielo de gasa. El aire de agosto era débil, pero ligero y vivificante en contraste con la enrarecida atmósfera de las estancias por las que me habían conducido. Sentí su frescor y acogí agradecida el calor del sol.

—Los aposentos de la duquesa están al otro lado —dijo el anciano.

Era el hombre más viejo que había visto en mi vida. Tan engullido por el pasado que más parecía un recuerdo que un ser vivo. El único rasgo que le vinculaba al presente era la fijeza con que sus pequeños ojos saurios vigilaban el bolsillo del que, nada más entrar, yo había sacado una lira para el hijo del conserje. Prosiguió sin apartar la vista:

—Nada ha cambiado en los aposentos de la duquesa en los últimos doscientos años.

—¿Y no vive nadie ahora aquí?

—Nadie, señor. El duque pasa el verano en Como.

Me había apartado hacia el extremo opuesto de la galería. Más abajo, entre el boscaje en suspensión, tejados y cúpulas de color blanco destellaban como sonrisas.

—¿Y ésa es Vicenza?

—*Proprio!* —El viejo extendió unos dedos tan escuálidos como los de las manos desdibujadas que se encontraban en las paredes, a nuestras espaldas—. ¿Ve usted allí el tejado del palacio, a la izquierda de la basílica? ¿El que tiene esa fila de estatuas que parecen pájaros a punto de alzar el vuelo? Ese, el palacio del duque en la ciudad, fue construido por Palladio.

—¿Y se aloja el duque allí alguna vez?

—Nunca. En invierno se marcha a Roma.

—Entonces ¿el palacio y la villa están siempre cerrados?

—Siempre… Como puede comprobar usted mismo.

—¿Desde cuándo están así?

—Desde que yo puedo recordar.

Le miré a los ojos, espejuelos de metal opaco que no reflejaban nada.

—Mucho tiempo debe de ser ése —dije sin querer.

—Mucho —corroboró el anciano.

Dirigí la mirada hacia los jardines. Una profusión de dalias desbordaba las jardineras intercaladas entre cipreses que cortaban la luz del sol como lanzas de basalto. Las abejas remoloneaban sobre la lavanda, las lagartijas se exponían al sol sobre los bancos para escurrirse luego entre las grietas de las resecas piletas. Por todas partes quedaban rastros de la fantástica horticultura cuyo arte ha perdido nuestra indolente era. A lo largo de las galerías, las mutiladas estatuas extendían sus brazos como filas de mendigos lastimeros. Fáunicas hermas sonreían entre los

arbustos y, por encima de los muros cubiertos de laurentino, se alzaba lo que parecía el trampantojo de un templo derruido, el cual exponía abiertamente su condición de auténtica ruina bajo aquel aire fulgente y pulverizador. La luz resultaba cegadora.

—Entremos —dije.

El anciano empujó una pesada puerta tras la cual acechaba el frío, cortante como un cuchillo.

—Los aposentos de la duquesa —anunció.

Por encima de nuestras cabezas y a nuestro alrededor se repetían de manera interminable los mismos frescos evanescentes; a nuestros pies, las mismas volutas de escayola. Las vitrinas de caoba revestidas de hermosos mármoles en engañosa perspectiva se alternaban a lo largo de la estancia con una profusión de deslustradas consolas de oro que sostenían monstruos chinescos. Desde la repisa de la chimenea nos ignoraba un altivo caballero ataviado con hábito español.

—El segundo duque de Ercole —explicó el anciano—, pintado por el Fraile Genovés[10].

Tenía un rostro de frente estrecha, cetrino como una esfinge de cera, nariz prominente y pestañas recelosas, como si efectivamente hubiese sido modelado por unas manos monacales. Más que crueles, los labios parecían insuficientes y altivos; una boca regañona que, ante el más mínimo error verbal, habría chasqueado como una lagartija cazando moscas, y que sin embargo nunca habría llegado a adoptar la redondeada forma requerida para articular un sí o un no. Una de las manos del duque descansaba sobre la cabeza de un enano, una criatura simiesca con pendientes de perlas y estrafalaria vestimenta; la otra volvía las páginas de un gran libro apoyado sobre una calavera.

—Ahí detrás está el dormitorio de la duquesa —me recordó el anciano.

Las persianas apenas dejaban pasar al interior dos rayos de luz, dos barras doradas hendiendo aquella penumbra submarina. La cama con baldaquino se alzaba adusta, nupcial e impersonal sobre una tarima. Un Cristo amarillento agonizaba entre las cortinas y, desde la otra punta de la habitación, desde el frontispicio de la chimenea, nos sonreía una dama.

El anciano descorrió una de las persianas y la luz cayó sobre el rostro de la mujer. ¡Y menudo rostro!, con aquel esbozo de sorna atravesándolo como atraviesa la brisa una pradera en el mes junio… Un rostro de actitud sumisa, singularmente dulce, ¡como si alguna de las afables diosas de Tiépolo se hubiese embutido en el rígido armazón de un traje del siglo XVII!

—Nadie más ha dormido nunca aquí, a excepción de la duquesa Violante…

—¿Y ella era…?

—Aquella dama de allí. La primera mujer del segundo duque de Ercole.

Sacó una llave de su bolsillo y abrió una puerta que quedaba al fondo de la habitación.

—La capilla —anunció—. Y ésta es la terraza de la duquesa.

Cuando me giré para ir tras él, la duquesa me dirigió una sonrisa de soslayo.

Caminando sobre un entarimado que crujía a mi paso, entré en la capilla festoneada con estuco. Entre las pilastras se intercalaban esculpidos santos bituminosos. Las rosas artificiales de los jarrones del altar se habían vuelto grises de polvo y tiempo, y un nido de pájaros colgaba de las rosetas cubiertas de telarañas de la cúpula. Había ante el altar una fila de sillones con el tapizado hecho jirones, y retrocedí al ver una figura arrodillada junto a ellos.

—La duquesa —susurró el anciano. Del *cavaliere* Bernini.

Era la imagen de una mujer envuelta en pieles con rica gorguera; tenía la mano levantada y el rostro de cara al tabernáculo. Había algo siniestro en la estampa de aquella presencia inmóvil perpetuamente encerrada en oración ante un sagrario abandonado. Su rostro estaba oculto, y me pregunté si sería dolor o gratitud lo que la hacía elevar las manos y dirigir la vista hacia el altar, donde ningún otro orante correspondía a su marmórea invocación. Bajé en pos de mi guía los escalones del entarimado, impaciente por comprobar qué místicas versiones de aquellas gracias terrenales habría reproducido el ingenioso artista. El *cavaliere* Bernini era maestro en tales artes. La actitud de la duquesa era de arrobamiento, como si unas brisas celestiales alborotaran sus encajes y los mechones que se le salían de la cofia. Advertí la forma admirable en que el autor había captado la pose de su cabeza, la suave curva de los hombros. Entonces me acerqué y miré su cara…, su expresión de petrificado horror. Nunca antes había visto al odio, la rebeldía y la angustia apoderarse así de un semblante humano…

El anciano se santiguó mientras arrastraba los pies sobre el mármol.

—La duquesa Violante —repitió.

—¿La misma del cuadro?

—Eh… La misma.

—Pero, esa cara…, ¿qué significa?

Se encogió de hombros y me miró poniendo los ojos en blanco. Seguidamente barrió con la mirada aquel espacio sepulcral, me agarró de la manga y susurró pegado a mi oreja:

—No siempre ha sido así.

—¿El qué?

—Esa cara… tan terrible.

—¿La cara de la duquesa?

—La estatua. Cambió después de…

—¿Después de qué?

—De que la pusieran aquí.

—¿Que la cara de la estatua *cambió*?

Él, confundiendo mi estupor con incredulidad, apartó de mi manga su dedo confidencial.

—Bueno, es lo que se dice. Yo sólo le cuento lo que he oído por ahí. ¡Qué sé yo!

—Volvió a arrastrar sus pasos seniles por el mármol—. Este no es buen lugar para quedarse, nadie entra nunca aquí. Hace demasiado frío. Pero como el caballero dijo *que quería verlo todo…*

Hice tintinear la lira:

—Y es lo que deseo… Verlo y escucharlo todo. Y esta historia de la que me habla, ¿a quién se la ha escuchado usted?

Señaló con una mano tras su espalda.

—A alguien que lo presenció.

—¿Que lo presenció?

—Mi abuela, para más señas. Soy muy viejo…

—¿Su abuela? ¿Su abuela era…?

—La criada personal de la duquesa, con todos mis respetos.

—¿Su abuela? ¿Hace doscientos años?

—¿Es demasiado tiempo? Alabado sea Dios. Soy muy viejo, y ella era muy vieja cuando yo nací. Cuando murió se puso tan negra como una virgen milagrosa y su aliento silbaba como el viento a través de una cerradura. Me contó la historia cuando yo era pequeño. Me la contó ahí fuera, en el jardín, sentados los dos en un banco junto al estanque de los peces, una noche de verano del año en que murió. No creo que me lo haya inventado, porque puedo enseñarle el banco en el que estuvimos sentados.

3

El mediodía caía perpendicularmente sobre los jardines. No se trataba de la adormecedora canícula a la que estamos acostumbrados nosotros: era la reseca exhalación del verano que se acaba. Incluso las estatuas parecían dormitar como enfermeros ante un lecho de muerte. Las lagartijas surgían raudas del suelo resquebrajado como si fuesen llamas, y la oquedad del laurel aparecía recubierta con el barniz azulado de los cuerpos de moscas muertas. Ante nosotros se hallaba el estanque de los peces, un pozuelo de mármol ambarino erigido sobre secretos en descomposición. La villa se erguía justo enfrente, pacífica como el semblante de un difunto, flanqueada por cipreses que semejaban velas.

4

—¿Imposible, dice usted, que la madre de mi madre fuera la criada de la duquesa? Y qué sé yo… Hace tanto tiempo que aquí no ocurre nada que las cosas pasadas tal vez nos parezcan más recientes a nosotros que a quienes viven en las ciudades… Pero

¿cómo si no llegó a saber ella lo de la estatua? ¡Respóndame usted a eso, señor! Puedo jurar que ella lo vio con sus propios ojos y que no volvió a sonreír (según me contó ella misma) hasta que le pusieron en los brazos a su primer hijo. Sí, porque la tomó por esposa el hijo del administrador, Antonio, el que se ocupaba de traer el correo… Pero ¿por dónde iba? Ah, sí, cuando la duquesa murió, ella, mi abuela, no era más que una cría, sobrina de Nencia, la gobernanta, pero sintió mucho lo de la duquesa por la gran cantidad de chistes y canciones divertidas que sabía la señora. ¿Es posible, se preguntará usted, que hubiese escuchado a otros lo que al cabo del tiempo acabó por creer que había visto ella misma? Cómo pudo ser eso no le corresponde decirlo a un hombre sin estudios como yo, pero por otra parte incluso yo mismo creo haber visto muchas de las cosas que ella me contó. Este es un lugar extraño. Nadie viene por aquí, nada cambia, y los viejos recuerdos persisten con la misma fuerza que las estatuas del jardín.

»Todo empezó el verano en que volvieron de la Brenta. El duque de Ercole se había casado con una señora de Venecia, como quizá sepa usted. Por entonces aquélla era una ciudad bulliciosa, según cuentan, de risas y música constantes sobre las aguas, y los días discurrían como barcazas arrastradas por la marea. Pues bien, a fin de complacerla, el duque regresó con ella el siguiente otoño a la Brenta. Al parecer el padre de la señora tenía allí un palacio grandioso, con jardines, boleras, cuevas artificiales y casinos como no se han visto jamás. Había góndolas meciéndose al pie de los embarcaderos, caballerizas atestadas de coches de punto revestidos de oro, un teatro con muchos actores, y cocinas y comedores con incontables cocineras y lacayos para servir chocolate a lo largo de todo el día a las elegantes damas vestidas con máscaras y faralaes que pasaban por allí con sus perritos falderos, sus criaditas negras y sus abates. ¡Vaya! Me lo conozco todo como si yo mismo hubiese estado allí, porque Nencia, ya sabe, la tía de mi abuela, acompañó allí a la duquesa y volvió con los ojos redondos como platos y sin dirigirle la palabra durante el resto del año a ninguno de los muchachos que la andaban cortejando aquí en Vicenza.

»Lo que pasó allí, yo no lo sé. Mi abuela no era capaz de sacar nada en claro porque Nencia era una tumba en lo que se refería a su señora, pero en cuanto regresaron a Vicenza el duque ordenó arreglar la villa, y en primavera trajo a la duquesa y la dejó aquí. Ella no parecía disgustada, decía mi abuela, ni tampoco daba motivos para que nadie le tuviera lástima. Tal vez, después de todo, era mejor que estar encerrada en Vicenza, en aquellas habitaciones de altas paredes por las que transitaban los curas con sigilo de gatos a la caza de pájaros. El duque estaba permanentemente recluido en su biblioteca, conversando con hombres instruidos. Era una persona culta, ¿no se ha fijado en que le retrataron con un libro? Bueno, los que saben leer afirman que estos están llenos de cosas maravillosas, como el que va a una feria cruzando los montes y vuelve contándoles a los suyos que aquello no se puede comparar con nada que ellos vayan a ver en sus vidas.

»En cuanto a la duquesa, vivía para la música, las representaciones y la compañía

de gente joven. El duque era un hombre reservado, que se movía sin hacer ruido y con los ojos bajos, como si acabase de regresar de confesarse. Cuando el perrito chillón de la duquesa le ladraba en los talones, brincaba de tal modo que parecía que le estuviese acosando un enjambre de abejorros. Si la duquesa reía, él se encogía sobresaltado, como si alguien hubiese arrojado un diamante contra el cristal de una ventana. Y la duquesa reía continuamente.

»En los primeros tiempos, nada más llegar a la villa, ella estuvo muy ocupada disponiendo los jardines, diseñando grutas artificiales, plantando la arboleda y planeando toda suerte de amenas sorpresas, como aspersores de agua que le empapaban a uno cuando menos lo esperaba, ermitaños en las cuevas o salvajes que surgían de la espesura para echársete encima. Tenía mucho gusto para esa clase de cosas, pero pasado un tiempo se aburrió, y como no tenía con quien hablar aparte de las criadas y del capellán (un hombre torpón y ensimismado en sus libros), pues, claro, acabó rodeándose de artistas ambulantes de Vicenza, de charlatanes y pitonisas de feria, de médicos de paso y de astrólogos, así como de todos los animales amaestrados que pueda usted imaginar. A pesar de todo, saltaba a la vista que la pobre señora estaba necesitada de compañía. Las mujeres que la atendían, que la apreciaban de verdad, se alegraron de corazón cuando el *cavaliere* Ascanio, primo del duque, se instaló en el viñedo que quedaba al otro lado del valle… ¿Ve usted aquella casa rosada de allá, encima de las moreras, la del tejado rojo y el palomar?

»El *cavaliere* Ascanio era el benjamín de una de las grandes familias venecianas, *pezzi Grossi*[11] del libro de oro. Estaba predestinado a la Iglesia pero, qué se le va a hacer, era más amigo de combates que de rezos y, por si fuera poco, se cruzó en su camino el capitán de los *bravi*[12], el duque de Mantua, a su vez de buena cuna veneciana, aunque más bien enemistado con la justicia. Por lo que yo sé, el *cavaliere* regresó a Venecia, quizá con la reputación perjudicada a causa de su relación con este otro caballero del que le hablo. Algunos dicen que intentó secuestrar a una novicia del convento de la Santa Croce. No tengo ni idea de cómo fue la cosa exactamente, pero mi abuela aseguraba que tenía enemigos allí, y lo cierto es que con un pretexto u otro los Diez[13] acabaron por desterrarlo a Vicenza. Siendo como era un caballero de su misma clase, el duque no tuvo más remedio que comportarse de manera civilizada. Y fue así como llegó a la villa.

»Era un joven de buen porte, bello como un san Sebastián, un músico singular que tocaba el laúd y cantaba canciones compuestas por él mismo de tal forma que lograba derretir el corazón de mi abuela, haciéndolo correr por todo su cuerpo como si fuese un vino cálido y aromático. Además, siempre tenía una palabra amable para todo el mundo, vestía a la moda francesa y olía como un sembrado de habas. Todos estaban encantados de verle aparecer por allí.

»Bien, pues al parecer también la duquesa lo acogió con entusiasmo. La juventud a la juventud llama y la alegría busca la alegría, así que los dos congeniaron como los candelabros de un altar. La duquesa… Bueno, ya ha visto usted su retrato, señor,

aunque por lo que decía mi abuela se le parecía lo mismo que un huevo a una castaña. Como buen poeta, el *cavaliere* la comparaba en sus romanzas con todas las diosas paganas de la Antigüedad, y ni que decir tiene que éstas eran mucho más agradables a la vista que las mujeres normales y corrientes. También lo era la duquesa, según parece. Si es verdad lo que decía mi abuela, a su lado las demás mujeres se asemejaban a la muñeca de estilo francés que se exponía en la *piazza* durante los días de la Ascensión. No era, sin embargo, de las que necesitan excesivo perifollo para estar bellas. Cualquier vestido que se pusiera le quedaba tan natural como las plumas a los pájaros. Y el pelo no había adquirido ese color claro por andar blanqueando en el tejado, precisamente. Brillaba de forma natural, como los hilos de una casulla de Pascua. Tenía la piel blanca como el mejor pan de trigo y su boca era dulce como un higo maduro…

»En fin, señor, que resultaba del todo imposible mantenerlos a ambos a distancia, tan imposible como mantener a las abejas lejos de la lavanda. Siempre estaban juntos, cantando, jugando a los bolos, al boliche, paseando por los jardines, visitando las pajareras, y consintiendo a los monos y a los perros amaestrados de su excelencia. A la duquesa se la veía feliz como un potrillo, gastando bromas y riendo todo el tiempo, vistiendo a sus mascotas como si fuesen cómicos de circo, disfrazándose ella misma de campesina o de monja (debería haberla visto usted el día en que se hizo pasar ante el capellán por una hermana de la orden mendicante), o enseñando a los muchachos y a las mozas de los viñedos a bailar y cantar madrigales juntos. El *cavaliere* tenía un especial talento para ese tipo de pasatiempos y les faltaban horas en el día para tantas distracciones. Pero hacia finales de verano la duquesa se volvió taciturna y escuchaba únicamente música triste. Ambos se sentaban a menudo en el cenador situado al otro extremo del jardín. Allí los encontró el duque cierto día que volvió de Vicenza en su carruaje. Sólo acudía a la villa una o dos veces al año y, como decía mi abuela, quiso la mala suerte que justo aquel día la pobre señora se hubiese puesto aquel vestido veneciano de hombros al descubierto que siempre hacía fruncir el ceño al duque, y que llevase el cabello con los bucles sueltos y empolvados de oro. Los tres tomaron chocolate en el cenador y lo que pasó a continuación no lo sabe nadie, pero lo cierto es que cuando el duque se marchó instó a su invitado a compartir asiento en el carruaje. El *cavaliere* no regresó nunca más.

»En vista de que se acercaba el invierno y de que la pobre señora volvía a encontrarse tan sola como antes, las mujeres que la servían barruntaban que no tardaría en sumirse en un estado de ánimo más sombrío. Pero lejos de ser éste el caso, la duquesa dio tales muestras de buen humor y estabilidad de carácter que mi abuela se sintió un poco resentida al comprobar que no dedicaba un solo pensamiento al joven que mientras tanto estaría penando en la casa al otro lado del valle. Bien es cierto que la duquesa dejó de lado los vestidos de encaje dorado y empezó a usar velo para ocultar su rostro, pero, en opinión de Nencia, aquel cambio la hacía parecer incluso más bella, lo cual disgustaba más si cabe al duque. Por su parte, él empezó a

ir más a menudo por la villa y, aunque siempre encontraba a su señora ocupada con tareas como el bordado o la música, o bien jugando a las cartas con otras damas, volvía a marcharse con una expresión amarga en la mirada, no sin antes haberle susurrado algo al capellán. En cuanto a dicho capellán, mi abuela admitía que su excelencia no siempre había estado acertada en su trato con él. Y es que, según Nencia, parece que su reverencia, de continuo sepultado entre libros como un ratón dentro de un queso, no se acercaba jamás a la duquesa… Y un día tuvo la desfachatez de abordarla para pedirle cierta suma de dinero, una considerable suma, para comprar libros, según contaba Nencia, un arcón de libros que le había traído un vendedor ambulante. La duquesa, que no soportaba los libros, soltó una carcajada ante semejante petición y retomando por un instante sus pasadas chanzas le espetó:

»—Santa Madre de Dios, ¿es que todavía voy a tener más libros a mi alrededor? Casi me ahogo en ellos durante mi primer año de matrimonio… —Y, viendo que el capellán enrojecía por la afrenta, añadió—: Puede comprarlos, faltaría más, mi querido capellán, siempre que encuentre usted el dinero, porque en lo que a mí respecta todavía estoy buscando la manera de pagar mi collar de turquesas, la estatua de Dafne que está al final del campo de bolos y el loro indio que mi joven sirviente negro me trajo de las Bohemias el año pasado por San Miguel… De modo que, como usted comprenderá, no dispongo de dinero para gastar en tonterías.

»Ya se retiraba el otro de su presencia, visiblemente molesto, cuando va ella y le suelta por encima del hombro:

»—¡Debería usted pedirle a santa Blandina que abra el bolsillo del duque!

»Ante lo cual, sin apenas alzar la voz, respondió el capellán:

»—Me parece admirable la recomendación de su excelencia. Ya me había encomendado yo a esta bendita mártir para que le abra al duque el entendimiento.

»Según me contó Nencia, que estaba presente, aquel comentario hizo que la duquesa se sonrojase violentamente y que despidiera al capellán con un displicente gesto de la mano. A continuación, se volvió hacia mi abuela y la llamó con impaciencia.

»—¡Rápido! —le dijo (a ella le encantaba que la llamase para aquel tipo de recados)—. Búscame a Antonio, el ayudante del jardinero, que estará con los cajones de flores. Tengo que hablar una cosa con él referente a los nuevos claveles dentados.

»Puede, señor, que tal vez no le haya contado que en la cripta que se encuentra bajo la capilla ha habido durante más generaciones de las que alguien sería capaz de recordar una sepultura de piedra que contiene un hueso femoral de la bendita santa Blandina de Lyon; reliquia ofrecida, según tengo entendido, por un gran duque de Francia a alguno de nuestros propios duques cuando combatieron juntos a los turcos. Desde entonces dicha pieza se convirtió en objeto de particular veneración en el seno de esta ilustre familia. De hecho, desde que la duquesa se vio obligada a prescindir de otra compañía que no fuese la suya propia, se despertó en ella una ferviente devoción hacia la reliquia que la llevaba a orar asiduamente en la capilla. Incluso mandó

sustituir la puerta de piedra que cubría la entrada de la cripta por una de madera para poder bajar cuando quisiera a postrarse ante el catafalco. Su actitud fervorosa fue un ejemplo a seguir para todos los miembros de la casa, y de manera particular tendría que haber complacido al capellán pero, con todos mis respetos, él era de esa clase de personas que se las arregla para volver amargo el mordisco de la manzana más dulce.

»En cualquier caso, tan pronto se hubo librado del capellán, se vio a la duquesa correr en dirección a los jardines, donde mantuvo una seria conversación con el joven Antonio sobre los claveles dentados. Durante el resto del día permaneció sentada sin salir de casa arrancando dulces notas al virginal[14]. Nencia siempre mantuvo que su excelencia cometió un error al rechazar la petición del capellán, pero no le dijo nada a ella porque hacer entrar en razón a la duquesa era igual de inútil que orar pidiendo lluvia en temporada de sequía.

»Aquel año el invierno llegó prematuramente: para el Día de Todos los Santos ya había nieve en las cumbres, el viento desarboló los jardines y los limoneros fueron pronto puestos a cubierto en los invernaderos. Durante esta estación sombría, la duquesa permanecía encerrada en su habitación, sentada junto a la lumbre, bordando, leyendo libros piadosos (algo que nunca antes había hecho), y orando frecuentemente en la capilla. En lo que respecta al capellán, no pisaba aquel sitio salvo para celebrar la misa dominical a la que la duquesa asistía desde el palco, y los sirvientes, aquejados de reumatismo, sentados sobre el suelo de mármol. A su vez, el capellán detestaba el frío y corría todo cuanto podía para acabar pronto la misa, como alma perseguida por un hatajo de brujas. Pasaba el resto del día en su biblioteca, inclinado ante un brasero, con sus sempiternos libros…

»Se preguntará usted, señor, si voy a llegar alguna vez al meollo de esta historia. Y la verdad es que voy lento, lo admito, por miedo a lo que viene a continuación. Pues eso, el invierno fue largo y duro. Cuando hacía frío, el duque no solía venir desde Vicenza, y la duquesa no tenía a nadie con quien hablar salvo sus doncellas y los jardineros de la villa. Y a pesar de todo era asombroso, según decía mi abuela, cómo mantenía la señora el buen color y alegre el estado de ánimo. El único cambio que todos pudieron apreciar fue que pasaba cada vez más tiempo en la capilla, tanto que se mantenía encendido un brasero a lo largo del día para ella. Cuando a los jóvenes se les niegan sus goces naturales, suelen refugiarse en la religión. Con todo, aseguraba mi abuela que fue providencial que la duquesa, que no tenía ni un solo pecador vivo con quien poder conversar, hallase tanto alivio en la compañía de una santa muerta.

»Aquel verano mi abuela la vio poco, porque aunque ante todos exhibía un talante jovial, cada vez se aislaba más del resto. Sólo consentía tener cerca a Nencia, e incluso a ella la despachaba cuando se disponía a orar. Y es que su fervor llevaba la impronta de la devoción verdadera: no deseaba ser observada. En consecuencia, Nencia tenía instrucciones estrictas de avisar enseguida a su señora si aparecía el capellán mientras ella se encontraba orando.

»Bueno, ya había pasado el invierno y estaba bien avanzada la primavera cuando mi abuela, cierta noche, se llevó un buen susto. No voy a negar que la culpa la tuvo ella misma por estar paseando por el limonar con Antonio cuando su tía la hacía cosiendo en su habitación. Resulta que, viendo de pronto una luz encendida en la ventana de la habitación de Nencia, le entró miedo de ser descubierta en su desobediencia y atravesó rauda el bosquecillo de laureles para entrar en la casa. De camino hacia su dormitorio tenía que pasar por delante de la capilla, y cuando cruzaba sigilosamente con intención de escabullirse a través del vestíbulo de la cocina, tanteando el camino porque la oscuridad se había echado encima y apenas había luna, escuchó algo desplomándose justo a sus espaldas, como si alguien se hubiese caído desde una ventana de la capilla. A la pobre tonta le dio un vuelco el corazón, pero mientras corría miró hacia atrás y aseguró haber visto a un hombre huyendo por la terraza. Mi abuela juraba haber distinguido el revuelo de los faldones del capellán justo cuando doblaba la esquina de la casa. Aquello era bastante extraño, no cabe duda… ¿Por qué iba a salir el capellán por la ventana de la capilla en lugar de hacerlo por la puerta? Como habrá usted advertido, señor, hay una puerta que conduce de la capilla al salón de la primera planta. Sólo existía otra salida, a través del palco de la duquesa.

»Mi abuela le dio vueltas al asunto en su cabeza y en la siguiente ocasión en que se reunió con Antonio en el paseo del limonar (lo cual no ocurrió hasta pasados unos días, tan grande había sido el susto que se había llevado) puso en su conocimiento lo que había pasado. Para su sorpresa, el otro se echó a reír y le dijo:

»—Mira que eres bobita: no estaba saliendo por la ventana, sino intentando mirar dentro.

»Ella no fue capaz de sacarle ni una palabra más al respecto.

»Así las cosas, la estación seguía su curso hasta que, entrada Pascua, llegó la noticia de que el duque se había marchado a Roma para pasar allí aquella festividad santa. Sus idas y venidas no afectaban en nada a la villa y, pese a ello, no había quien no se sintiese mejor sabiendo que su rostro bilioso estaba en la otra punta de los Apeninos, a excepción, tal vez, del capellán. Pues bien, un día de mayo en que la duquesa había estado paseando un rato con Nencia por la terraza, disfrutando con antelación del plan y del agradable aroma de los alhelíes plantados en los jarrones de piedra, se retiró hacia mediodía a sus habitaciones, dando instrucciones de que se le sirviese la cena en su alcoba. Mi abuela ayudó a llevar los platos y no pudo dejar de advertir, según dijo, la singular belleza de su ama, quien, en homenaje al buen tiempo, se había puesto un vestido con incrustaciones de plata y había rodeado con perlas sus hombros desnudos, como si se dispusiera a asistir a un baile en la corte de un emperador. También había pedido una cena poco habitual en una dama que se preocupaba tan poco por lo que comía: gelatinas, empanadas de carne, fruta en almíbar, dulces condimentados y una jarra de vino griego. Asintió con entusiasmo y aplaudió cuando las mujeres le pusieron todo aquello delante, repitiendo una y otra

vez: “Hoy quiero comer bien”.

»Pero, de repente, se produjo en ella un cambio de humor, le dio la espalda a la mesa, pidió su rosario y le dijo a Nencia:

»—El buen tiempo me ha hecho descuidar mis oraciones. Debo rezar una letanía antes de cenar.

»Despidió a las mujeres y echó el pestillo a la puerta, como era su costumbre. Nencia y mi abuela bajaron a hacer la colada. Desde la lavandería, que da al patio, mi abuela vio acercarse a una extraña comitiva. En primer lugar venía el carruaje del duque (a quien todos hacían en Roma), y tras él, tirado por una larga reata de mulas y bueyes, un carro transportando lo que parecía ser una figura arrodillada y envuelta en ropajes luctuosos. Tan estrambótico resultaba aquello que la chica quedó paralizada por la impresión, tanto que, antes de poder dar aviso de su llegada, el carruaje del duque ya se había detenido ante la puerta. Al verlo, Nencia se puso lívida y salió corriendo de la habitación. Demudada del susto, mi abuela fue tras ella, y ambas atravesaron volando el corredor hasta llegar a la capilla. Por el camino se toparon con el capellán, que, completamente absorto en un libro, les preguntó sorprendido adónde iban con tanta prisa. Al responderle ellas que a anunciar la llegada del duque, el hombre quedó tan profundamente desconcertado, les hizo tantas preguntas y prorrumpió en tantos “ohs” y “ahs”, que para cuando finalmente las dejó pasar el duque casi les pisaba los talones. Nencia llegó la primera a la puerta de la capilla y anunció a voz en grito que había llegado el duque. Antes de obtener respuesta, el aludido estaba junto a ella seguido del capellán.

»Un momento después se abrió la puerta y tras ella apareció la duquesa. Sostenía el rosario en una mano y sus hombros, aunque cubiertos con un chal, relucían bajo la tela como la luna entre la niebla. Su rostro resplandecía de belleza.

»El duque le tomó la mano al tiempo que le hacía una inclinación de cortesía:

»—Señora, nada podría haberme proporcionado mayor felicidad que sorprenderla ocupada de este modo en sus rezos.

»—Y mi propia felicidad —repuso ella— habría sido mayor si su excelencia la hubiese prolongado mediante el anticipado anuncio de su llegada.

»—Señora —dijo—, si me hubiese estado esperando no se habría esforzado tanto en arreglarse para la ocasión. Pocas damas conozco de su juventud y belleza que se acicalen para venerar a un santo como si se dispusieran a reunirse con su amante.

»—Señor —contestó ella—, puesto que nunca he gozado de la oportunidad de lo segundo, no me queda más remedio que esmerarme en lo primero. ¡¿Qué es eso?! —gritó de pronto retrocediendo espantada al tiempo que se le caía el rosario de la mano.

»Se había producido un fuerte ruido al otro extremo del salón, como si se estuviese arrastrando un objeto por el corredor, y justo en aquel momento una docena de hombres aparecieron en el umbral descargando del carro de bueyes aquella cosa cubierta con una especie de mortaja. El duque la señaló con un gesto de la mano.

»—Este, señora —dijo—, es un tributo a su extraordinaria piedad. Me ha

producido una singular satisfacción saber de la devoción que les profesa a las santas reliquias de la capilla, y para honrar un tesón que no han debilitado ni los rigores del invierno ni el bochorno estival, he dispuesto que, ante el altar, a la entrada de la cripta, sea colocada una escultura a imagen suya, maravillosamente tallada por el *cavaliere* Bernini.

»La duquesa, que se había puesto pálida, no dejó de sonreír y bromear al respecto.

»—Por lo que se refiere a honrar mi piedad —dijo—, advierto claramente una de las galanterías de su excelencia…

»—¿Galantería? —la interrumpió el duque, al tiempo que hacía una señal a los hombres, los cuales casi habían llegado ya hasta la entrada de la capilla. En un instante cayeron los paños que cubrían la figura y apareció ante ellos la duquesa arrodillada como si fuese a cobrar vida en un instante. Un clamor de asombro surgió de entre los allí reunidos, pero la duquesa se puso blanca como el mármol.

»—Como ve, no se trata de ninguna galantería —dijo el duque—, sino de otro éxito del cincel incomparable de Bernini. El modelo se tomó del retrato en miniatura que le hizo la divina Elisabetta Sirani, que yo mismo envié al maestro hace unos seis meses con los resultados que ahora todos admiramos.

»—¡Seis meses! —exclamó la duquesa, que se hubiera desplomado de no haber sido porque su excelencia la sujetó de la mano.

»—Nada puede producirme mayor placer que la desbordante emoción que manifiesta, pues la genuina piedad es siempre discreta y esta manera suya de expresar gratitud, señora, no podría ser más acorde a su persona. Y ahora (les indicó a los hombres) pongan la imagen en su sitio.

»Para entonces la duquesa parecía haberse recobrado del pasmo, y le respondió con una marcada reverencia:

»—Como su excelencia acaba de admitir, es propio de mi condición abrumarme ante una gracia tan inesperada, y puesto que por encima de todo me complace aceptar lo que corrobore su criterio, pediría que en virtud de esa misma modestia se coloque la imagen en el rincón más apartado de la capilla.

»Ante aquello, el duque adoptó una expresión sombría.

»—¡Cómo! ¿Acaso va a quedar esta obra maestra, fruto del cincel más reputado, y que (no voy a negarlo) me ha costado el precio de una viña en monedas de oro, arrumbada para que nadie la vea como si se tratara de la obra de un picapedrero local?

»—Es mi semblante, no la obra del escultor lo que deseo ocultar.

»—Si es usted apta para mi casa, señora, lo es también para la de Dios. Y en ambos sitios merece un lugar destacado. ¡Traigan para acá la estatua, haraganes! —les gritó a los hombres.

»La duquesa retrocedió sumisa:

»—Tiene razón, señor, como siempre, pero al menos me gustaría que la estatua estuviese a la izquierda del altar, de modo que, con sólo alzar la vista, mirase hacia el

asiento que su excelencia tiene en el palco.

»—Un bonito pensamiento, señora, el cual agradezco. Sin embargo, tengo intención de poner en breve una imagen mía, gemela a la suya, al otro lado del altar y, como bien sabe, el lado de la esposa es siempre a la derecha de su esposo.

»—Cierto, señor, pero, insisto, si mi humilde representación va a gozar del inmerecido honor de arrodillarse junto a la suya, ¿por qué no colocar ambas imágenes ante el altar, que es donde acostumbramos a rezar los vivos?

»—¿Y dónde nos íbamos a arrodillar nosotros, señora mía, si las esculturas ocupasen nuestro lugar? Además —añadió el duque, sin abandonar su tono neutro—, tengo otro motivo más particular para desear poner la estatua a la entrada de la cripta. Y es que, de ese modo, no sólo dejaría yo constancia de la especial devoción de mi señora hacia las santas reliquias que aquí reposan, sino que, al quedar bloqueada la entrada que da acceso al corredor, tendría asegurada la perpetua conservación de los huesos de la santa mártir, los cuales han estado hasta la fecha demasiado alegremente expuestos a sacrílegas tentativas.

»—¿Qué tentativas, mi señor? —exclamó la duquesa—. Nadie entra en la capilla sin mi permiso.

»—Eso tengo entendido y bien que me lo creo por cuanto he oído acerca de su perseverante piedad. Aun así, cualquier noche podría colarse un malhechor por la ventana, señora, sin que se percatase de ello su excelencia.

»—Tengo el sueño ligero —dijo la duquesa.

»El duque le dirigió una mirada de preocupación:

»—¿De veras? Mala señal a su edad. Me ocuparé de que le proporcionen algún brebaje para dormir.

»Los ojos de la duquesa rebosaban estupor:

»—¿Privándome así del consuelo de visitar esas venerables reliquias?

»—Preferiría teneros a vos como eterna guardiana de las mismas, pues no conozco nadie más apto para confiárselas.

»Ya había sido arrastrada la imagen hasta la losa de madera que cubría la entrada de la cripta cuando la duquesa, dando un salto hacia delante, se interpuso en el camino.

»—Señor, permitid que la estatua sea colocada en su sitio mañana, consintiendo así en que pueda yo orar esta noche junto a esos sagrados huesos.

»El duque dio unos pasos colocándose al instante junto a ella:

»—Bien pensado, señora. Bajaré ahora mismo con usted y rezaremos juntos.

»—¡Ay, señor mío! Sus prolongadas ausencias han fomentado en mí el hábito del rezo en solitario. Debo confesar que la presencia de cualquier otra persona supone para mí motivo de distracción.

»—Señora mía, acepto de buen grado el reproche. Es cierto que hasta ahora las responsabilidades propias de mi posición me han obligado a largas ausencias, pero de aquí en adelante voy a permanecer a su lado mientras usted viva. ¿Bajamos, pues,

juntos a la cripta?

»—No, temería que le retornasen las fiebres. El aire ahí es excesivamente húmedo.

»—Razón de más para que usted misma deje de exponerse a él. Y para evitar la intemperancia de su fervoroso tesón voy a hacer que dicho lugar sea clausurado de inmediato. Ante aquellas palabras, la duquesa cayó de rodillas sobre la losa de piedra, llorando desconsoladamente y elevando las manos al cielo.

»—¡Oh, qué cruel es usted, señor, al privarme del acceso a estas santas reliquias que hicieron posible que pudiese sobrellevar con resignación la soledad a la que me condenaron las muchas responsabilidades de su excelencia! Y si la oración y las meditaciones me proporcionan alguna autoridad para pronunciarme en la materia, permítame la osadía de advertirle, señor, que temo firmemente que la bendita santa Blandina nos castigue por abandonar sus venerables y santas reliquias.

»Ante aquello, el duque pareció vacilar, pues era hombre piadoso. A mi abuela le pareció ver que intercambiaba una fugaz mirada con el capellán, el cual, avanzando vacilante hacia ellos y con la mirada gacha, dijo:

»—En verdad, no deja de haber sabiduría en las palabras de su excelencia, pero me permito sugerir, señor, que respetando los píos deseos de la señora y para que la santa pueda ser honrada de manera más abierta, se trasladen las reliquias de la cripta a algún lugar bajo el altar.

»—¡Cierto! —gritó el duque—. ¡Y que se haga sin la menor dilación!

»Pero en ese momento la duquesa se puso de pie con una terrible expresión en el semblante.

»—¡No, por Dios santo! —gritó ella a su vez—. Que no se diga que, tras haber rechazado su excelencia cada una de mis peticiones, acato yo su consentimiento para una petición que no ha partido de mí.

»El capellán se puso rojo, y amarillo el duque. Durante unos instantes ninguno articuló palabra.

»A continuación el duque repuso:

»—Ya está bien de palabras, señora. ¿Desea o no que las reliquias sean trasladadas desde la cripta?

»—No quiero que se haga nada que implique la intervención de terceras personas.

»—Pongan, pues, la imagen en su sitio —dijo furioso el duque. A continuación fue y acompañó a su gracia hasta una silla.

»Allí se sentó ella, decía mi abuela, tensa como una flecha, con las manos entrelazadas, la cabeza erguida, los ojos fijos en el duque, mientras la imagen era arrastrada hasta ser colocada en su lugar.

»Acto seguido se levantó y se marchó de allí. Al pasar junto a Nencia quiso susurrarle: “Avísame a Antonio”, pero antes de que las palabras hubiesen salido de su boca el duque se interpuso entre ambas.

»—Señora —dijo el duque ahora ya todo sonrisas—, he venido directamente

desde Roma para traerle lo antes posible esta prueba de mi estima. Hice noche en Monselice y estoy en camino desde el alba. ¿Es que no va a invitarme a cenar?

»—Sin duda, señor —respondió la duquesa—. En una hora la cena estará servida en el comedor.

»—¿Por qué no en su alcoba y enseguida, señora? Creo que es su costumbre cenar allí.

»—¿En mi alcoba? —dijo la duquesa desconcertada.

»—¿Tiene algo en contra? —preguntó él.

»—Por supuesto que no, señor, si me da un poco de tiempo para arreglarme…

»—Esperaré en su antecámara.

»Decía mi abuela que la duquesa adoptó una expresión similar a la que adoptarían las almas del infierno tras haberse cerrado ante ellas las puertas de Nuestro Señor. A continuación llamó a Nencia y entró en su dormitorio.

»Lo que sucedió allí dentro no llegó a saberlo mi abuela, salvo que la duquesa se vistió a toda prisa y con extraordinario esplendor, empolvándose el pelo de oro, pintándose el rostro y el escote y cubriéndose de joyas hasta brillar como Nuestra Señora del Loreto. Apenas había completado tales preparativos cuando el duque, que aguardaba en la antecámara, entró seguido de los criados que traían la cena. La duquesa despidió a Nencia y lo que ocurrió después sólo lo supo mi abuela por el pinche de cocina, el cual les llevó los platos y se mantuvo a la espera en la antecámara.

»Pues bien, señor, según este muchacho, que estuvo todo el tiempo observando y escuchando con los cinco sentidos (por así decirlo y dado que nunca antes se le había permitido estar tan cerca de la duquesa), parece que la noble pareja se sentó a la mesa con bastante buen humor, regañando la duquesa entre bromas a su marido por sus largas ausencias mientras el duque juraba que el deslumbrante aspecto que ella presentaba era la mejor forma de castigarle. En ese mismo tono prosiguió la charla, con similares bromas por parte de la duquesa y similares galanterías cariñosas por la del duque, tanto así que el chico declaró que a todas luces parecían una pareja de enamorados cortejándose en una noche de verano en los viñedos. Y así siguió la cosa hasta que el criado les sirvió el vino aromático.

»—¡Ah! —comentaba el duque justo en aquel momento—. Esta agradable noche me compensa por las muchas veladas tediosas que he tenido que pasar lejos de usted. Tampoco recuerdo haber disfrutado de unas risas así desde aquella tarde del año pasado en que bebimos chocolate en el cenador del jardín con mi primo Ascanio. Y, hablando del tema —dijo—, ¿está mi primo bien de salud?

»—No tengo noticias suyas —contestó la duquesa—. Pero su excelencia debería probar estos higos rellenos de malvasía…

»—Estoy dispuesto a probar cualquier cosa que me ofrezca —dijo él, y mientras ella le servía los higos, añadió—: De no ser porque mi felicidad es ahora mismo absoluta, casi desearía que estuviese con nosotros mi primo Ascanio. El tipo resulta

una grata compañía, de las que no abundan, para amenizar las cenas. ¿Y si enviamos a buscarle?

»—¡Ah! —exclamó la duquesa con un suspiro y adoptando una expresión compungida—. Veo que su excelencia ya se ha cansado de mí.

»—¿Yo, señora? Ascanio es sin duda un buen hombre, pero en lo que a mí respecta su mayor mérito en este momento es su ausencia. Y dicha ausencia me predispone hacia él de forma tan entrañable que podría brindar ahora mismo a su salud.

»En tal punto el duque alzó su copa e hizo señas al criado para que rellenase la de la duquesa.

»—Por el primo —dijo, elevando la voz y poniéndose de pie—, que tiene el buen gusto de mantenerse a distancia cuando no se requiere su presencia. Brindo por su larga vida… ¿Y usted, señora?

»La duquesa, que había permanecido sentada mirándole fijamente con una expresión extraña en el semblante, se levantó a su vez y se llevó su copa a los labios.

»—Y yo brindo por que llegue a tener una muerte dichosa —dijo con voz audaz. Y, mientras hablaba, la copa vacía cayó de su mano y ella se desplomó en el suelo.

»El duque llamó a gritos a las mujeres al servicio de la duquesa diciéndoles que se había desvanecido, y ellas acudieron y la llevaron a la cama. Padeció horriblemente durante toda aquella noche, contaba Nencia, retorciéndose como un hereje en una pira, y sin que se la oyese pronunciar una sola palabra. El duque velaba junto a ella y, al despuntar el día, mandó buscar al capellán. Pero para entonces ella estaba inconsciente y así, con los dientes apretados, no había forma de que el cuerpo de Nuestro Señor pasase a través de ellos.

»El duque anunció a sus parientes que su señora había fallecido tras haber compartido alegremente con él un vino aromático y una tortilla de huevas de carpa, en el transcurso de una cena que ella misma había dispuesto con motivo de su regreso. Y al año siguiente trajo una nueva duquesa a la casa, la cual le dio un hijo y cinco hijas.

5

El cielo se había vuelto plomizo y, contra él, la villa se alzaba cetrina e inescrutable. Un vientecillo se colaba entre los jardines, arrancándole aquí y allá una hoja amarilla a los sicomoros. Al otro lado del valle, las cimas de las montañas despuntaban cárdenas como nubes de tormenta.

—¿Y la estatua…? —pregunté.

—¡Ah, la estatua! Bueno, señor, esto es lo que me contó mi abuela aquí, en este mismo banco en el que estamos usted y yo sentados. La pobre muchacha, que

adoraba a la duquesa como cabe esperar que una chica de su edad adore a un ama tan bella y atenta, pasó la noche aterrorizada, como se puede usted imaginar, expulsada de la habitación de su señora, escuchando los lamentos que de allí salían y observando, acurrucada en un rincón, el ir y venir de las mujeres con caras desquiciadas, el enjuto rostro del duque asomado a la puerta y al capellán recorriendo de un lado a otro la antecámara con los ojos clavados en su breviario. Nadie le echó cuenta a mi abuela ni aquella noche ni durante la mañana siguiente. Y al caer la tarde, cuando todos sabían que la duquesa ya no estaba entre ellos, la desdichada criatura sintió el compasivo deseo de orar por su difunta señora. Se dirigió a hurtadillas hacia la cripta y se coló dentro sin que nadie la viera. El lugar estaba vacío y en penumbra, pero a medida que avanzaba escuchó un apagado gemido. Una vez frente a la estatua observó que su rostro, tan dulce y risueño el día anterior, tenía esa expresión que ya conoce usted…, y el gemido parecía salir de sus labios. Mi abuela se quedó petrificada, pero algo (según contaría ella más tarde) le impidió avisar a los demás o ponerse a gritar. Se dio la vuelta y salió corriendo. En mitad del pasillo cayó desmayada y, cuando recobró el sentido, ya en su habitación, oyó decir que el duque había mandado cerrar con llave la capilla y prohibido a todo el mundo poner un pie allí… El lugar no volvió a abrirse hasta la muerte del duque unos diez años más tarde y fue entonces cuando otros criados, al servicio del nuevo heredero, tuvieron oportunidad de contemplar el espanto que mi abuela había conservado en su pecho…

—¿Y la cripta? —quise saber yo—. ¿No ha vuelto a abrirse?

—¡Dios no lo quiera, señor! —exclamó el viejo, persignándose—. ¿Acaso no fue expreso deseo de la duquesa que no se perturbasen nunca las reliquias?

LA MISIÓN DE JANE

1

Algún cambio difícil de precisar en el aspecto de la señora Lethbury provocó que la mirada conyugal de su esposo, habitualmente indiferente, se demorara aquella noche sobre ella, por encima de la mesa dispuesta para la cena.

—¡Qué atractiva te encuentro hoy! ¿Es nuevo ese vestido?

Ella le correspondió con una mirada vagamente resentida, como ofendida por que él la juzgase capaz de incurrir en la extravagancia de despilfarrar en un vestido sólo para él y, justo entonces, su marido cayó en la cuenta de que el cambio que había detectado iba más allá de la anécdota indumentaria. Un rubor sutil y amedrentado le demostró que su esposa era, a su vez, consciente de tal cambio. Una de las ventajas del infantilismo crónico de la señora Lethbury era que todavía se sonrojaba con la candidez de los dieciocho años. También su cuerpo había sido bendecido para no exceder a su mente, por lo que el uno y la otra, pensaba Lethbury, estaban destinados a surcar juntos una eterna adolescencia.

—No sé a qué te refieres —repuso ella.

Nunca parecía saberlo, y a su esposo no dejaba de asombrarle que semejante respuesta sonase invariablemente igual que una renovada crítica hacia su persona. Sin embargo, como su asombro carecía de resentimiento, le respondió de buen talante:

—Es que estás tan deslumbrante que pensé que te habías puesto tus diamantes.

Ella suspiró y se ruborizó aún más.

—Debe de ser —continuó él— que has estado en la inauguración del taller de alguna modista. Irradias el placer de lo prohibido.

Ella volvió a mirarle perpleja, esta vez confundida por el adjetivo. Los adjetivos de su esposo, que se le antojaban ininteligibles y llenos de resonancias impúdicas, siempre lograban desconcertarla.

—En resumen —concluyó el señor Lethbury—, que has estado haciendo algo de lo que te avergüenzas profundamente.

Para su sorpresa, ella le replicó:

—¡No veo por qué debería avergonzarme!

Lethbury se reclinó hacia atrás con una sonrisa socarrona. Le gustaba prestar atención a las explicaciones de su esposa cuando no tenía nada mejor que hacer.

—¿Y eso…? —preguntó.

Ella empezó a sofocarse y a proferir acusaciones:

—Sé que te vas a reír… ¡Todo te lo tomas a broma!

—¡Vaya, no me agües la fiesta antes de tiempo! —intervino él.

Pero ella, haciendo caso omiso, le espetó:

—¡Es tan fácil reírse del mundo!

—Ah —murmuró Lethbury aliviado—, eso es de la tía Sophronia, ¿no?

La mayor parte de las expresiones de su esposa eran reliquias de familia, y a él le producía un inusitado placer averiguar la procedencia de cada una de ellas. La señora Lethbury se enorgullecía por lo arcaizante de tales expresiones y no veía razón para desecharlas mientras continuasen siendo útiles. Indudablemente, algunas eran tan exquisitas que, al igual que la porcelana Crown Derby de la bisabuela, debían reservarse para ocasiones especiales. Pero el lote de frases hechas que su esposa había heredado de la dama conocida como tía Sophronia eran de uso corriente y todavía conservaban la vigencia del primer día. En cambio, según había comprobado la señora Lethbury, su esposo sustituía constantemente sus propias sentencias. Al principio de su matrimonio ella esbozó una sutil tentativa de reproche, pero hacía tiempo que él la había silenciado para los restos con una sola respuesta: «Querida, no soy un hombre rico, pero si puedo evitarlo no uso la misma frase dos veces».

Así pues, la señora Lethbury debía conformarse con rumiar para sus adentros las deficiencias morales de su esposo, de entre las que destacaba especialmente su negativa a tomarse las cosas en serio. En aquella ocasión, sin embargo, un propósito de mayor envergadura la disuadía de seguirle el juego.

—¡No estoy en absoluto avergonzada! —repitió ella con aire de quien hace ondear una bandera al viento. No obstante, la placidez de la aplastante atmósfera doméstica hizo que la bandera se abatiese con exigua heroicidad.

—Eso —dijo Lethbury en tono judicial— me lleva a inferir que deberías estarlo y, por ende, que te has permitido el lujo de hacer algo que, sin duda, yo no aprobaría.

Ella reaccionó con una franqueza casi solemne:

—No —dijo—. No lo aprobarías. Ya contaba con eso.

—¡Ah! —replicó él soltando su copa de licor—. Así que ya has solucionado el problema, ¿no?

—Eso creo.

—¡Qué interesante, para variar! ¿Y de qué se trataba?

Ella le miró impasible:

—De un bebé.

Pocas veces había conseguido sorprender a su esposo, pero esta vez, desde luego, se colgó una medalla.

—¿Un bebé?

—Sí.

—¿Un bebé… humano?

—¡Naturalmente! —protestó ella con el virtuoso reproche de una mujer que jamás permitiría que entraran perros en su casa.

La mirada atónita de Lethbury se diluyó en una franca sonrisa:

—¿Un bebé que yo no aprobaría? Bueno, tengo que reconocer que en términos abstractos no pienso mucho en ellos, la verdad. ¿Se trata de un bebé abstracto?

El adjetivo la hizo fruncir de nuevo el ceño, pero había alcanzado tal punto de exaltación que ningún obstáculo habría podido detenerla.

—¡Del bebé más precioso…! —murmuró.

—¡Ah, entonces se trata de uno concreto! Existe. Respira con dolor en este mundo ingrato[15]…

—¡Es el bebé más saludable que he visto en mi vida! —le corrigió ella indignada.

—¿Lo has visto?

Volvió a embargarla un rubor traicionero.

—Sí, lo he visto.

—¿Y a quién pertenece el ínclito?

Y esta vez la respuesta de su mujer logró confundirlo por completo:

—A mí…, espero —declaró.

Él echó la silla hacia atrás y murmuró con dificultad:

—¿A… ti?

—A… nosotros —rectificó ella.

—¡Santo cielo! —exclamó él. Si hubiese habido el más ligero indicio de locura en la mirada transparente de su esposa… Pero no, su mirada seguía tan clara, tan despejada, tan accesible como la primera vez que se sorprendió a sí mismo fondeando en ella.

Tal vez estuviera tratando de ser graciosa… Sabía a ciencia cierta que no hay nada más críptico que el sentido del humor de quienes carecen de él.

—¿Es una broma? —farfulló.

—Espero que no. Deseo tanto que se convierta en realidad…

Sonriendo fugazmente ante las limitaciones de un mundo en el que las bromas no fuesen realidades, Lethbury prosiguió:

—Pero ya lo es, según parece…

—Una realidad para nosotros, quiero decir, para ti y para mí. Quiero… —le tembló la voz y, con ella, la mirada—. Siempre he ansiado tan desesperadamente… Ha sido una decepción tan grande no poder…

—Ya veo —dijo Lethbury con delicadeza.

Pero no, no lo había visto con anterioridad. En aquel instante le pareció extraño que nunca antes se le hubiese pasado por la cabeza que su esposa pudiese sentirse así, que jamás hubiese sospechado de alguna complejidad oculta bajo su exuberante simpleza. Se sentía como si hubiese activado un resorte secreto de su mente.

Siguió un momento de silencio, lacrimoso y trémulo por parte de ella, algo embarazoso y vagamente contrariado por la de él.

—Supongo que te has sentido sola —empezó él. Se le hacía raro tener que tratar de repente con la extraña que le miraba con aquellos ojos despojados de la trivialidad que él conocía.

—De vez en cuando —repuso ella.

—Lo siento.

—No ha sido culpa tuya. Los hombres estáis tan ocupados…, y las mujeres listas o bonitas…, bueno, supongo que eso también cuenta como una ocupación. A veces me da la impresión de que una vez servida la cena no me queda nada más que hacer hasta el día siguiente.

—Vaya… —se lamentó él.

—No ha sido culpa tuya —insistió la esposa—. No te lo había dicho hasta ahora pero cuando elegí aquel papel rosado para la primera habitación del piso de arriba, siempre pensé que…

—¿Sí…?

—Que era un color precioso para que un bebé despertase rodeado de él… Eso fue hace ya dos años, claro está, pero resultó un papel bastante caro… Y no se ha descolorido lo más mínimo… —dijo ella entrecortadamente.

—¿No se ha descolorido?

—No… Y entonces pensé que… como no usamos la habitación para nada desde que murió tía Sophronia… Pensé que podría…, que tú podrías… Oh, Julian, ¡si hubieses podido verla al despertarse en su cuna!

—¿Ver… qué, dónde? ¡No tendrás un bebé arriba…!

—¡Oh, no… todavía no! —contestó ella con su peculiar risa…, esa fresca risa adolescente que al principio le pareció uno de sus mayores encantos. En aquel momento se le ocurrió a Lethbury que últimamente no le había proporcionado a su esposa muchos motivos para reír. Pero, por otra parte, ella precisaba de cosas muy elementales y a él le resultaba tan difícil de entretener como un salvaje. De modo que había acabado por concluir que el problema radicaba en que él no era lo bastante simple.

—Alice —dijo en un tono más bien grave—, ¿qué quieres decir exactamente?

Ella vaciló unos instantes. Lethbury observó cómo reunía valor para un esfuerzo supremo. A continuación, con voz pausada y sentenciosa, como si recitase una oración sacramental, le explicó:

—Me siento tan sola sin un hijo que pensé que tal vez me dejarías adoptarlo… Está en el hospital… Su madre ha muerto… Y yo la he mimado, vestido, cuidado… Y es un bebé tan bueno… Puedes preguntarle a cualquiera de las enfermeras… Nunca, nunca te molestaría con su llanto…

2

Lethbury acompañó a su esposa al hospital con una docilidad insospechada. Ni por un momento se le había ocurrido oponerse a su deseo. Naturalmente, sabía que a él le tocaría la peor parte de todo aquello: las bromas en el club, las preguntas, las explicaciones. Se vio a sí mismo en el cómico papel de padre adoptivo, y lo aceptó como si fuese una suerte de expiación. Y es que una veloz reconstrucción del pasado le devolvió una imagen de sí mismo bastante menos grata de lo que le habría gustado admitir. Siempre había sido intolerante con los necios y, en justo castigo, era condenado por su necedad. Mientras recorría mentalmente los años que mediaban entre su matrimonio y la inesperada paternidad que acababa de asumir, y a la luz de su imaginación exaltada, detectó numerosos síntomas de extraordinaria estulticia. No es que hubiese dejado de creer que su esposa fuese necia: *era* necia, limitada e inflexible, pero le producían cierta ternura los forcejeos de su mente obtusa, la manera en que éstos buscaban a ciegas las emociones primarias. Siempre había creído que la señora Lethbury sería más feliz con un hijo, pero lo había pensado de forma mecánica, sólo porque así lo había pensado alguien previamente, sólo porque estaba en la naturaleza de las cosas el pensar así de las mujeres, sólo porque su esposa pertenecía tan indefectiblemente a su especie que se ajustaba a todos los tópicos que existían sobre su sexo. Pero Lethbury había considerado tales tópicos como un claro ejemplo del triunfo de la tradición sobre la experiencia. Sin duda, la maternidad era la función suprema de la mujer primitiva, el único fin hacia el cual tendía su organismo entero. Sin embargo, con el paso de los siglos, ambos sexos se habían visto afectados por la ley de la progresiva complejidad, y él no se había planteado seriamente que semejantes tópicos pudiesen seguir arraigados en el imaginario femenino más allá del mundo de la ficción navideña y del arte anecdótico. Ahora comprendía que ambas artes se mantenían vivas gracias a la fuerza de los sentimientos a los que, en último término, apelaban.

En efecto, Lethbury había experimentado un rápido proceso de readaptación. Su matrimonio había sido un fracaso, pero había mantenido hacia su esposa la fidelidad en los actos que supuestamente justifica cualquier posible desviación de los

sentimientos. Así pues, durante años, el vínculo entre ellos había consistido principalmente en abstenerse de hacer el amor a otras mujeres. Estando el mundo tan increíblemente bien surtido de la clase de mujeres con las que uno debió casarse y no lo hizo, la abstención no siempre le había resultado fácil. También Lethbury se había sentido tentado por estas alternativas. Compró su inmunidad al precio de recluirse en la atmósfera más bien enrarecida de sus propias percepciones. En un mundo tan limitado como el suyo había concedido excepcional importancia a los detalles, compensando así la estrechez de su horizonte con la minuciosidad de lo inmediato. Lo impetuoso rara vez se atrevía a posar su atolondrado pie en su universo de sutiles penumbras y exquisitas proporciones, un universo donde el festín de la razón jamás se veía perturbado por el inmoderado flujo del espíritu. Naturalmente, su mujer no estaba invitada a aquel banquete. El menú no habría sido de su agrado y con toda probabilidad habría puesto objeciones al resto de invitados. Pero puesto que, pese a sus evidentes errores de cálculo, Lethbury creía haber satisfecho plenamente todas las necesidades de su esposa, pensaba que se había ganado el derecho de disfrutar a placer de su comilona sin que nadie viniese a mendigar a su puerta. Sin embargo, ahora se figuraba constantemente a la señora Lethbury presionando su rostro hambriento contra las ventanas de su vida, y la viva imaginación de Lethbury inculcaba a la escena un dramatismo exacerbado por culpa de sus propias omisiones.

Una vez en el hospital su fantasía prosiguió su curso con más brío. Veía a su esposa con ojos nuevos. Antes de eso, ella sólo había sido para Lethbury un racimo de negaciones, un laberinto de paredes sordas y de puertas con cerrojo. No había nada tras aquellas paredes, y las puertas no conducían a ningún sitio. Él las había tanteado y auscultado lo suficiente para cerciorarse de ello. Y, sin embargo, ahora se sentía como el viajero que al explorar unas antiguas ruinas tropieza con una cámara secreta, preservada del expolio general, decorada con imágenes que revelaban las pretéritas funciones del recinto.

Su esposa se detuvo al fin en una de las salas, junto a una cuna blanca. En la cuna había un bebé de un año, según les informó la enfermera, aunque a Lethbury le pareció un simple fragmento de humanidad sin fecha que se perfilaba contra un fondo de conjeturas. La señora Lethbury se inclinó sobre aquella anónima partícula de vida con un éxtasis en su rostro similar al que en *La noche*, de Correggio, dimana del cuerpo del niño al semblante de la madre. Una luz que emanaba de ella y, a la vez, la iluminaba. Alzó la vista para atender una pregunta de Lethbury, pero, cuando sus miradas se encontraron, éste advirtió que ella había dejado de verle, que se había vuelto tan invisible para su esposa como ella lo había sido para él durante mucho tiempo. Tuvo que dirigir su pregunta a la enfermera:

—¿Cómo se llama el bebé?

—Nosotras la llamamos Jane —respondió aquélla.

3

En un principio Lethbury se había mostrado remiso a una adopción legal, pero no tardó en retirar sus objeciones al comprobar que su esposa, con una mente inusitadamente limitada, no consideraría a la niña como propia hasta que no lo ratificase un trámite legal. Tan sólo se mantuvo inflexible en un punto: el cambio de nombre de la huérfana. La señora Lethbury había expresado desde el principio su deseo de rebautizarla. Se debatía entre Muriel y Gladys, y aplazaba el momento de la decisión como una damisela indecisa entre dos sombreros. Pero Lethbury se mostró implacable al respecto. En la absoluta claudicación de sus prejuicios aquél fue el único que resistió.

—Pero Jane es tan horrible… —protestaba su esposa.

—Bueno, no sabemos si ella misma acabará siendo horrible. Puede acabar siendo una Jane[16].

Su esposa replicó resentida:

—Dice la enfermera que es el bebé más lindo…

—¿Y acaso no es eso lo que se dice siempre? —preguntó pacientemente Lethbury. Ahora que había encontrado un firme asidero al que agarrar su oposición, estaba dispuesto a ser paciente hasta la extenuación.

—Es cruel llamarla Jane —suplicó la señora Lethbury.

—Es ridículo llamarla Muriel.

—La enfermera está convencida de que debe de tratarse de la hija de alguna dama.

Lethbury hizo una mueca de disgusto. Hasta aquel momento había evitado pensar en el tema de la ascendencia.

—Muy bien, dejemos que lo demuestre ella misma —dijo con creciente impaciencia. Se preguntaba cómo se había dejado enredar en un asunto así. Percibió por primera vez lo irónico de todo aquello. Se imaginó a sí mismo regresando a un hogar que olía a linaza y a paregórico[17], y en el que era recibido por un aullido crónico cuando subía las escaleras para cambiarse para la cena. Nunca había sido un hombre de club social, pero tenía el terrible presentimiento de que ahora iba a convertirse en uno.

Sin embargo, no se cumplieron sus peores vaticinios; el bebé estaba inusualmente sano y era inusualmente tranquilo. Los remedios infantiles que le administraban no eran tan fuertes como para que pudiesen percibirse más allá de la habitación del bebé. Y cuando lograban convencer a Lethbury para que entrase en el santuario, no encontraba nada enervante en la serena y sonrosada presencia de su hija adoptiva. Indudablemente, ocasionaba ciertos trastornos inevitables en la alterada rutina de la casa, pero sólo afectaban a la señora Lethbury y a las niñeras. Jane contribuía poco a ello, apenas con una plácida mirada que habría bastado para disuadir a quienes acudían a perturbarla.

Fiel a su propósito de desagraviar a su esposa y aguzando sus percepciones, Lethbury no tardó en advertir el efecto que el cambio de circunstancias iba operando en el carácter de aquélla. Pronto constató que se había equivocado al creer que se produciría alguna transformación en ella. Tan sólo se magnificaron sus peculiaridades anteriores. Era como una esponja seca en agua: se dilataba pero no cambiaba de aspecto. Desde una perspectiva científica resultaba curioso comprobar cómo sus atesorados instintos respondían a la llamada seudomaternal. Su esposa superaba cualquier axioma aplicable a la ocasión. Uno percibía en ella el epítome, la consumación de siglos de maternidad animal, de tal forma que aquella mujer menuda, que chillaba a la vista de un ratón y vivía siempre temerosa de ladrones, vino a encarnar a la madre cavernícola que trituraba a su presa para dársela de comer a su criatura.

Menos fácil era abordar los efectos prácticos de su sobrevenida maternidad desde un punto de vista filosófico. Lethbury comprobó estupefacto que se estaba volviendo una mujer positiva y segura de sí. Ya no encarnaba el lado negativo de la vida; mostraba, más bien, cierta tendencia a proferir afirmaciones inconvenientes. Poco a poco había ido ampliando su asunción de la maternidad hasta absorber la parte que le correspondía a él en dicha relación, de tal manera que, de un día para otro, se encontró convertido para todo el mundo en el padre de Jane. No había previsto dicha contingencia, y tuvo que hacer acopio de toda su filosofía para aceptarla. Sin embargo, no faltaron ocasiones para sentirse compensado, porque sin duda la señora Lethbury era feliz por primera vez en años, y pensar que él había contribuido tardíamente a dicho fin le reconciliaba con lo paradójicos que habían sido los medios para alcanzarlo.

Al principio solía censurarse a sí mismo por contemplar la situación desde fuera, por actuar como espectador en lugar de como parte implicada. Durante un tiempo le había atraído la idea de ver múltiples manos reunidas al borde de la cuna, tal como certifican todas las fuentes de la ficción doméstica. Pero, a su entender, el hecho de que se tratase de una cuna prestada provocó que dicha conjunción no llegara a producirse nunca. La pequeña no le incomodaba. Para él no había dejado de ser una presencia hipotética, un interrogante más que un hecho. Sin embargo, su proximidad no le resultaba desagradable, y había instantes en los que sus balbuceos, sus pasos tambaleantes parecían disolver las resecas excrecencias que envolvían su ser más recóndito. Pero ni siquiera en dichos momentos (que él propiciaba y cuidaba con celo) conseguía la niña acercarle lo más mínimo a su esposa. Sólo ahora era consciente de que le había hecho determinado hueco en su vida a la señora Lethbury, y que ella había dejado de encajar en él. Era demasiado tarde para ensanchar el espacio y, en consecuencia, ella iba invadiendo y usurpando el suyo propio. Lethbury luchaba contra la sensación de estar sumergido. Dejaba caer barrera tras barrera, cada vez cedía más intimidad, pero la personalidad de su esposa continuaba expandiéndose. Ya no era ella sola: eran ella y Jane. Poco a poco, en una monstruosa

fusión de identidades, ella se transfiguraba en ella misma, en él y en Jane, y Lethbury, en lugar de tratar de instalar a su esposa en alguna rendija disponible de su personalidad, se encontró a sí mismo incrustado de cualquier manera en el más ínfimo compartimento de la vida doméstica.

4

Lethbury se convencía a sí mismo de que se daba por satisfecho si su esposa era feliz, y hasta que la niña no cumplió diez años no albergó ninguna duda respecto a dicha felicidad.

Jane había sido una niña excepcionalmente buena. Durante aquellos años no había causado a sus padres adoptivos ningún motivo de inquietud, aparte de los relacionados con la habitual sucesión de enfermedades infantiles. Sus desconocidos progenitores la habían dotado de una constitución robusta que la hizo salir incólume del sarampión, de la varicela y de la tos ferina. La señora Lethbury, cuya fiebre subía y bajaba con la de la paciente, sufrió de esta forma indirecta todos sus padecimientos y no podía ver estornudar a Jane sin vislumbrar un ángel de mármol llorando sobre una columna rota[18]. Pero aunque las prontas recuperaciones de Jane desmentían continuamente este tipo de premoniciones, aunque su existencia discurría sin sobresaltos, con buena salud y mejor conducta, el grado de satisfacción de su esposa no se correspondía con dicha prosperidad. En un principio, Lethbury estuvo tentado de sumar la decepción de su mujer a la larga lista de inconsistencias femeninas a partir de las cuales elaboran sus tópicos quienes tienden a analizar la vida desde premisas dogmáticas. Pero en esta ocasión las circunstancias le obligaron a adoptar una visión más indulgente.

Hasta ese mismo momento su esposa le había considerado un factor prescindible en la evolución de Jane. Aparte de proporcionar el sustento económico para la manutención de su hija adoptiva y de pasar inadvertido en su presencia, no se esperaba que contribuyese de otra forma al bienestar de la niña. Pero, a medida que pasaba el tiempo, su esposa comenzó a verle bajo una luz distinta. Era él quien debía educar a Jane. En materia intelectual la señora Lethbury era la primera en confesar sus deficiencias, incluso en proclamarlas con un deje de virtuosa superioridad. Admitía sin pudor, y sin que nadie contradijera la verdad del aserto, que ella no era una persona inteligente. Sin embargo ahora intentaba por todos los medios hacer aún más ostensibles las limitaciones que ya antes admitía sin problema. Tener que hacer frente a la educación de Jane le producía un enorme pánico.

—Yo siempre he sido una ignorante, ya lo sabes —le dijo a Lethbury con una humildad inusual en ella—. Tengo miedo de no saber qué es lo mejor para Jane. Estoy segura de que tiene unas aptitudes maravillosas, y me reprocharía para siempre

no haberle dado todas las oportunidades. —Ella le miraba angustiada—. Dime tú lo que hay que hacer.

Lethbury no se negó a complacerla. En alguna parte de su desván mental enmohecía cierta teoría sobre la educación, de esas que suelen encontrarse entre los trastos inservibles de quienes no tienen hijos. La recuperó, la restauró y se la aplicó a Jane. Al principio pensó que su esposa no había sobrevalorado la capacidad de la niña. Jane parecía extraordinariamente inteligente. Su precoz sagacidad resultaba alentadora para su inexperto preceptor. Carecía de problemas de atención, y Lethbury percibía que cada dato que impartía quedaba grabado a fuego en su mente. Ayudó a su esposa a contratar a los mejores profesores y, durante un tiempo, siguió mostrando un interés extraoficial por los estudios de su hija adoptiva. Pero poco a poco ese interés fue decayendo. Las ideas de Jane no progresaban con los conocimientos que ponían a su alcance. Su mente infantil era un simple receptáculo de información, una especie de cámara frigorífica de la cual podía sacarse en cualquier momento algo que se hubiera conservado dentro, intacto pero congelado. Por otra parte, desarrolló un desmesurado orgullo respecto a la capacidad de su almacén mental, así como cierta propensión a esparcir indiscriminadamente su contenido entre su público. En una ocasión la sorprendieron burlándose de su niñera por ignorar ésta cuándo había caído la Heptarquía Anglosajona[19], y aturdía o deprimía alternativamente a la señora Lethbury con la abundancia de sus referencias cronológicas. Pero no mostraba interés alguno por el significado de la información que acumulaba, se limitaba a coleccionar fechas como cualquier otro chiquillo coleccionaría sellos o canicas. A su madre adoptiva le parecía un prodigio de sabiduría, pero Lethbury notaba, con secreta simpatía incipiente, que eran precisamente las aptitudes elogiadas por la señora Lethbury las que poco a poco la iban distanciando de su propietaria.

—Se está volviendo demasiado lista para mí —le comentó su esposa tras una de las históricas peroratas de Jane—, pero me alegra mucho que pueda convertirse en una buena compañía para ti.

Lethbury se estremeció interiormente. No ansiaba en modo alguno la compañía de Jane. Seguía siendo una niña irreprochable, pero había algo mecánico y rígido en su afabilidad, como si fuese una especie de calistenia moral en la que se ejercitaba con el único fin de exhibir su agilidad. Un conocimiento precoz de la virtud provocó además que se erigiera en guardiana natural y consejera de sus mayores. Antes de cumplir los quince ya se había puesto a reformar la casa. En primer lugar la emprendió con la señora Lethbury. A continuación extendió sus esfuerzos al personal de servicio con desastrosas consecuencias para la armonía doméstica, y, por último, se consagró al mismo Lethbury en cuerpo y alma. Apoyándose en las estadísticas, le demostró a su padre que fumaba demasiado y que era perjudicial para el nervio óptico leer en la cama. Le reprendía por no asistir con mayor regularidad a la iglesia y le señalaba los perjuicios de la lectura no sistemática. Le explicó que un ritmo de estudio regular estimularía su concentración mental, sugiriendo que el pensamiento

arbitrario era sintomático de vejez inminente.

Igualmente pertinentes eran las instrucciones que Jane dispensaba a su madre adoptiva. Aleccionó a la señora Lethbury sobre cómo hacer un caldo de ternera más sabroso y la instruyó en las cualidades antihigiénicas de las alfombras. Le proporcionó tediosos datos sobre bacilos y hongos, demostrando que las cortinas y los portarretratos eran el caldo de cultivo perfecto para determinados microorganismos animales. Se aprendió de memoria los componentes nutritivos de los principales elementos de una dieta, y revolucionó la cocina intentando establecer un promedio científico entre féculas y fosfatos. Cuatro cocineras abandonaron sus trabajos en el transcurso del experimento, y el señor Lethbury adoptó la costumbre de cenar en su club.

El padre adoptivo probó a frenar el ímpetu de Jane en un par de ocasiones, pero sus esfuerzos sólo conseguían herir los sentimientos de su esposa. Jane nunca se daba por aludida y a la señora Lethbury la ofendía cualquier intento por parte de su esposo de protegerla de su hija. Al final comprobó que ella soportaba su sentimiento de inferioridad imaginando lo que debía de significar para él la compañía intelectual de Jane. Por su parte, él trataba de mantener viva dicha ilusión sobrellevando con la mayor delicadeza posible el azote de las edificantes disertaciones de Jane.

5

Mientras Jane continuaba creciendo, Lethbury se torturaba preguntándose si su esposa aún lamentaría no haberla llamado Muriel. Jane no era fea; por el contrario, desarrolló una especie de belleza radical que bien podría haber sido una proyección de su mente. Poseía una encomiable colección de bellos rasgos, pero hubiera sido necesario inventariarlos para llegar a la conclusión de que resultaba atractiva. Faltaba en el conjunto la gracia que los habría hecho armónicos.

La señora Lethbury siguió con conmovedor orgullo los primeros pasos de su hija en el mundo. Confiaba en que el aspecto de Jane le haría ganarse a quienes no lograse seducir con su saber. Pero la sonrosada frescura de Jane no causó estragos perceptibles. Ya fuese porque los jóvenes sospecharan el constante axioma al borde de sus labios, porque detectaran la enciclopedia en sus ojos o porque simplemente no hallaran interés intrínseco alguno en su fisonomía, lo cierto es que, pese a los heroicos esfuerzos de su madre y a las incesantes apelaciones a la cartera de Lethbury, al término de su primera temporada social Jane se había quedado inevitablemente relegada. Unas cuantas chicas más aburridas que ella la encontraron interesante, y un par de jóvenes se acercaron por la casa con objeto de conocer a otro par de chicas. Pero la realidad era que Jane se estaba convirtiendo a marchas forzadas en la típica supernumeraria social a la que sólo se invita a salir de vez en cuando

porque figura en la lista de compromisos de alguien.

Fue un amargo revés para la señora Lethbury, si bien la idea de que el fracaso de Jane era sólo debido a su inteligencia excesiva la consolaba bastante. Probablemente Jane compartía dicha convicción. En cualquier caso no parecía en absoluto consciente de su fracaso. Desarrolló una notable afición por la vida social e, invierno tras invierno, incansable y obstinada, redobló sus salidas a diversos eventos sociales mientras la señora Lethbury intentaba seguir sus pasos con esfuerzo, prodigando atenciones a las anfitrionas olvidadizas. A Lethbury le parecía que había a la vez algo trágico y exasperante en la imagen que daban las dos; la una conciliadora, porfiada la otra, persiguiendo ambas con celo indesmayable el esquivo trofeo de la popularidad. Incluso empezó a sentir un interés personal en el empeño, no en lo referente a Jane, pero sí en lo que afectaba a su esposa. Se daba cuenta de que ésta era víctima de la decepción de Jane, de que la joven no aspiraba a otra cosa que a la burda satisfacción de *penalizar* a su madre. La experiencia frenaba su impulso de acudir en defensa de su esposa, y cuando el resentimiento de Lethbury llegó a su punto álgido, Jane le desarmó renunciando a presentar batalla.

La capitulación de la joven se produjo sin mediar palabra, pero Lethbury no pudo dejar de advertir que habían cesado las visitas a la vez que disminuían las facturas de las modistas. Por otra parte, la señora Lethbury le informó de que Jane empezaba a interesarse por las obras de caridad. La conversación de la muchacha no tardó mucho en confirmar dicho dato. Lethbury se alegró inicialmente por el cambio, pero la domesticidad que aquello conllevaba pronto empezó a agobiarle. Durante las mañanas la joven solía ausentarse en misiones salvadoras, pero por las tardes se quedaba siempre en casa. Al principio ella y la señora Lethbury se instalaban en el salón y Lethbury se quedaba fumando en la biblioteca, pero últimamente Jane había adquirido el hábito de reunirse allí con él, y Lethbury empezó a temer que la joven le hubiese incluido entre los destinatarios de su filantropía.

La señora Lethbury corroboró su sospecha.

—Jane se está volviendo muy responsable —dijo—. Cree que no te ha prestado mucha atención en el pasado y, a su manera, intenta resarcirte. No la decepciones —añadió sin ningún atisbo de malicia.

Aquella súplica dejó a Lethbury a merced de los desvelos de su hija. Pronto se encontró a sí mismo calculando las horas que pasaba con ella en función del alivio que esas mismas horas le reportaban a su madre. Había momentos en los que incluso intuía una gratitud furtiva en la mirada de la señora Lethbury.

Pero Lethbury no era ningún héroe, y casi había alcanzado el límite de la paciencia que se había impuesto cuando sucedió algo maravilloso. Nunca supieron después cómo había sucedido o quién había sido el primero en detectarlo, pero cierto día la señora Lethbury formuló en voz trémula aquello que ambos venían sospechando.

—Por supuesto —dijo—, él viene por aquí para ver a Elise.

La joven en cuestión, amiga de Jane, era dueña de una serie de encantos que constituían la única explicación plausible para la presencia de visitantes masculinos en la casa.

Lethbury se aventuró a contradecirla:

—No creo que sea por eso —declaró.

—Pero todos piensan que Elise es muy atractiva —insistió ella.

—Ante eso no hay nada que hacer —comentó Lethbury con terquedad.

Percibió una sutil sonrisa en los ojos de su esposa, pero ella comentó distraídamente:

—El señor Budd sería un gran partido para Elise.

Lethbury apenas pudo reprimir la carcajada: advertía claramente que ella se proponía granjearse de algún modo el favor de los dioses.

Durante un par de semanas ninguno de los dos volvió a mencionar el tema, pero transcurrido cierto tiempo la señora Lethbury retomó el asunto.

—Hace ya un mes que Elise se marchó al extranjero —dijo.

—¿Tanto?

—Y parece que el señor Budd sigue viniendo por aquí con la misma asiduidad…

—Ah —contestó Lethbury con heroica indiferencia.

Su esposa cambió apresuradamente de tema.

El señor Winstanley Budd era un joven que adolecía de un exceso de modales. La cortesía emanaba de él a borbotones incluso en las temporadas más áridas. Siempre estaba organizando torneos de galantería de salón, y la proximidad de la dama más anodina le provocaba unos aspavientos que constituían un verdadero peligro para el mobiliario. Sus rasgos, del tipo querúbico, no se ajustaban a su papel, pero eventualmente parecía dominarlos hasta lograr encajarlos en un ideal aquilino. El amplio radio de acción de la prodigalidad social del señor Budd hacía que no fuese tarea sencilla identificar a su principal destinataria. Extendía su manto de manera tan indiscriminada que uno no siempre conseguía interpretar sus intenciones. Por su parte, el talante impasible de Jane obligaba al joven a redoblar sus esfuerzos, abocándole a unas cortesías que rayaban en el paroxismo.

En un principio, las galanterías del pretendiente invadieron toda la casa, pero poco a poco se hizo evidente que sus efectos más deslumbrantes iban dirigidos exclusivamente a Jane. Lethbury y su esposa contenían el aliento y evitaban mirarse. Fingían no advertir lo asiduo de las visitas del señor Budd, y luchaban contra la imprudente tentación de dejar a la joven pareja demasiado tiempo a solas. Extraían sus conclusiones a partir de una vigilancia subrepticia, pues ninguno de los dos se arriesgaba a ser sorprendido espiando al señor Budd. Actuaban como naturalistas tras el rastro de una mariposa exótica.

En sus esfuerzos por ignorar al señor Budd, Lethbury concentraba su atención en Jane. Y fue precisamente en aquel momento crucial cuando la muchacha logró suscitar en él una especie de admiración furtiva. Mientras sus padres se las

ingeniaban para poder ocultar sus emociones, ella no parecía tener ninguna que esconder. No traslucía ni ansiedad ni sorpresa. Tan genuina era su indiferencia que había instantes en los que Lethbury temía que se tratase de simple y llana estupidez, y reprimía las ganas de susurrarle que había llegado la hora de echar la red.

Por su parte, el dinamismo de las contorsiones del señor Budd fue en aumento con el frenesí del cortejo: sus modales se volvieron tan incandescentes que Jane se sintió súbitamente el centro de un espectáculo pirotécnico que culminó con la «traca final» de una proposición de matrimonio.

Una noche, después de que se hubiese acostado su hija, la señora Lethbury le dio la noticia a su esposo. El anuncio fue transmitido y acogido con cierta pose flemática, como si ambos temiesen que les traicionase un regocijo impropio. Pero tan pronto su esposa hubo terminado de darle la noticia, Lethbury no pudo reprimir la pregunta:

—¿Y han decidido ya la fecha?

La señora Lethbury, que ejercía mayor control sobre sus gestos, se las ingenió para fingir asombro:

—¿Pero cómo se te ocurre…? ¡Se le ha declarado a las cinco de esta misma tarde!

—Claro, claro… —farfulló Lethbury—, pero es que hoy en día los noviazgos son tan breves…

—¿Noviazgo? —repitió su esposa en tono solemne—. Aún no hay ningún noviazgo.

A Lethbury se le cayó el cigarro.

—¿Qué demonios quieres decir?

—Jane se lo está pensando.

—¿Que se lo está pensando?

—Ha pedido un mes de margen antes de decidirse.

Retrepándose en su asiento Lethbury exhaló un suspiro. ¿Extravagancia o enajenación? No era capaz de decidirlo. Las siguientes palabras de la señora Lethbury revelaron hasta qué punto ella compartía su desazón:

—Lógicamente no quiero presionar a Jane…

—Por supuesto que no —convino él.

—Pero le he hecho ver que un joven de carácter impulsivo como el señor Budd podría desanimarse fácilmente…

—Claro. ¿Y qué ha dicho ella?

—Ha dicho que si merece que la conquisten, también merece que la esperen.

6

El período de prueba no fue tan acongojante para el señor Budd como para sus potenciales suegros.

La señora Lethbury intentó, valiéndose de diversas artimañas, reducir en lo posible el tiempo de suplicio, pero Jane se mostró inflexible. Cada mañana Lethbury bajaba a desayunar esperando encontrar una nota de claudicación del desalentado pretendiente.

Cuando finalmente llegó el día decisivo y, al caer la noche, la señora Lethbury entró en la biblioteca con aire de alegría reprimida, los dos permanecieron un momento sin decir nada. A continuación la señora Lethbury cumplió con el oportuno decoro anunciando entre sollozos:

—Será terrible tener que renunciar a ella…

Lethbury no pudo evitar un gesto de extrañeza, pero su estupor no le impidió constatar que la desolación de su mujer era sincera.

—Claro, claro —dijo rebuscando inútilmente en su propia planicie emocional una aflicción a la altura de la de su mujer. ¡Y eso que había sido su esposa quien más había sufrido a causa de Jane!

Lethbury había imaginado que tales sufrimientos se disiparían en la atmósfera más sosegada de sus últimas semanas juntas. Pero la felicidad no apaciguó a Jane. Ni por un instante atenuó su despotismo, simplemente lo amplió para acoger a una nueva víctima. El señor Budd se encontró a sí mismo obedeciendo órdenes como los demás. Un nuevo temor atenazó a Lethbury cuando vio a Jane asumir el control prenupcial de su prometido. Él nunca se había interesado personalmente por el señor Budd, pero, como futuro marido de Jane, el joven gozaba de su simpatía. Para su sorpresa, descubrió que la señora Lethbury compartía el mismo sentimiento.

—Temo que pueda encontrar a Jane un poco exigente —comentó tras una tarde de tormentosas discusiones sobre los preparativos de la boda—. Verdaderamente ella debería hacer algunas concesiones. Si él quiere casarse con levita negra en lugar de gris oscura… —Se detuvo y miró dubitativa a su esposo.

—¿Qué puedo hacer yo al respecto? —preguntó él.

—Podrías explicarle a él…, decirle que Jane no es siempre tan…

Lethbury hizo un gesto de impaciencia.

—¿De qué tienes miedo? ¿De que descubra cómo es ella o de que no lo descubra?

La señora Lethbury se sonrojó:

—Lo expresas de un modo tan espantoso…

Su esposo reflexionó durante unos segundos y, a continuación, dijo en tono de jubilosa hipocresía:

—Después de todo, Budd es bastante mayor para cuidar de sí mismo.

Pero al día siguiente la señora Lethbury le dio una sorpresa. Ya avanzada la tarde, entró en la biblioteca, jadeante y expresándose con tanta dificultad que él presintió alguna catástrofe.

—¡Lo he hecho! —exclamó.

—¿Que has hecho qué?

—Se lo he dicho. —Señaló la puerta con la cabeza—. Acaba de marcharse. Jane

había salido y he tenido ocasión de hablar con él a solas.

Lethbury le acercó una silla y ella se sentó cómodamente.

—¿Qué le has dicho? ¿Que ella no siempre es…?

La señora Lethbury le miró con expresión dramática.

—No, le he dicho que ella siempre es…

—¿Que siempre… es?

—Sí.

Se produjo un silencio. Lethbury apeló a sus provisiones de filosofía. De repente imaginó a Jane reinstalada en su butaca junto a la chimenea de la biblioteca. Pero reaccionó con súbita emoción ante el heroísmo de su esposa.

—Bueno…, ¿y qué ha dicho él?

La señora Lethbury pareció todavía más inquieta. Estaba claro que había ocurrido lo peor.

—Dijo… que nosotros nunca habíamos entendido a Jane…, que no la valorábamos.

Las sílabas finales se extraviaron en su pañuelo. Seguidamente la señora Lethbury abandonó la habitación, dejando a su esposo sumido en un total desconcierto acerca de las motivaciones femeninas.

Después de aquello, Lethbury afrontó el futuro sin más remordimientos. Habían cumplido con su deber…, o al menos su esposa había cumplido con el suyo, y ahora recolectaban la habitual cosecha de ingratitud con un entusiasmo impropio de lo cosechado. Se produjo un cambio sustancial en la actitud del señor Budd, y su creciente frialdad transmitía una sensación de bienestar que se propagaba por el organismo entero de Lethbury. Resultaba más fácil aguantar a Jane a la luz de la actitud reprobadora que hacia ellos había adoptado el señor Budd.

Y verdaderamente hubo mucho que aguantar durante los últimos días, siendo la señora Lethbury quien se llevó la peor parte. Jane inauguró su transición al estado de casada con una preceptiva aunque incongruente exhibición de nervios. Le dio por ponerse sentimental, histérica y negativa. Se peleó con su prometido amenazando con devolverle el anillo. La señora Lethbury se vio obligada a intervenir, y Lethbury sintió la espada de Damocles pendiendo sobre su cabeza. Pero el desastre logró evitarse. La galantería del señor Budd resistió los caprichosos embates de su prometida, si bien tanta devoción conseguía exacerbar la crueldad de la joven. Lethbury temía que Budd fuese demasiado leal, demasiado permisivo, y anhelaba instarle a cambiar de táctica. Finalmente Jane reapareció con el anillo en el dedo y consintió en probarse el traje de novia. Pese a todo, sus titubeos y sus reacciones extemporáneas se prolongaron hasta la víspera.

Cuando amaneció el tan esperado día, Lethbury continuaba sumido en la zozobra. Ahora que se sentía razonablemente seguro respecto a los actores principales, sus temores se centraban en las posibles contingencias: el sacerdote podría sufrir un infarto, la iglesia podría venirse abajo a causa de un incendio o podría surgir alguna

irregularidad con la licencia. Hizo todo lo humanamente posible para combatir dichos riesgos, pero siempre quedaba pendiente ese otro factor impredecible conocido como la mano de Dios. A Lethbury le parecía sentirla revoloteando sobre su cabeza.

Una vez en la iglesia la mano divina estuvo a punto de agarrarle por el cogote. El señor Budd se retrasaba y, durante cinco agónicos minutos, Lethbury y Jane tuvieron que enfrentarse a una feligresía rebosante de conjeturas. Al final apareció el novio, azorado pero galante, explicándole a su suegro por lo bajo que se le había desgarrado un guante y había tenido que volver a buscar otro.

—A ver si vas a perder también el anillo —le susurró Lethbury. Pero el señor Budd sacó el objeto al instante, y unos minutos más tarde llevaba cautiva a su portadora a lo largo del pasillo.

En el transcurso del desayuno nupcial, Lethbury advirtió que su esposa le clavaba una mirada de discreto reproche, y comprendió que su hilaridad excedía los límites de lo decoroso. Se recompuso e intentó moderar el tono, pero su júbilo burbujeaba como una copa de champán cuyo contenido no deja de renovarse. Cuanto más bebía, más elevaba la voz.

El punto culminante se produjo cuando, dispersándose ya los últimos invitados, Jane bajó vestida para el viaje y se desplomó sobre el cuello de su madre.

—¡No puedo dejarte! —se lamentó entre sollozos, e instantáneamente Lethbury se sintió tan sobrio como hubiera podido estarlo alguien bajo el chorro de una ducha. Pero si la novia parecía indecisa, su captor se mostró implacable. Nunca antes había estado el señor Budd más arrogante y aquilino. Los últimos temores de Lethbury se disiparon cuando el joven apartó bruscamente a Jane del regazo de su madre y la condujo hasta el carruaje.

El carruaje se alejó, la última empleada abandonó su puesto en el guardarropa, se plegó la alfombra roja y se cerró la puerta de la casa. Lethbury permaneció unos minutos en el vestíbulo a solas con su esposa. Cuando se volvió hacia ella, reparó en la mirada de vencido heroísmo de sus ojos, en las marcadas arrugas de su rostro. Todo en ella traslucía con tanta exactitud lo que él mismo sentía que no pudo evitar enternecerse. La tensión nerviosa había sido formidable. Se acercó a su esposa y ésta, por un impulso recíproco, apoyó una mano en su brazo. Él la retuvo allí durante unos instantes.

—Salgamos a cenar los dos tranquilamente a un restaurante —propuso él.

Hubo un tiempo en que una proposición así habría constituido para ella una reprobable improvisación. Pero esta vez aceptó sin pensarlo.

—¡Oh, estupendo! —murmuró con un profundo suspiro de alivio y bienestar.

Después de todo, Jane había cumplido su misión: había conseguido unirlos.

LOS OTROS DOS

1

De pie junto a la chimenea del salón, Waythorn esperaba a que su esposa bajase a cenar. Era la primera noche que ambos pasaban en casa de él, y le embargaba un inusitado nerviosismo juvenil. No es que fuese mayor (las gafas le añadían poco más de los treinta y cinco años que admitía tener su esposa), pero a él le gustaba pensar que ya había alcanzado la edad de la madurez. Ahí estaba, sin embargo, aguardando el sonido de los pasos de ella, emocionado por lo que presagiaban. Las guirnaldas nupciales que adornaban las jambas de la puerta habían avivado en su interior un rescoldo de sentimentalismo que quedó flotando en el aire, y que le hacía gozar doblemente de la acogedora estancia en la que se encontraba y de la grata cena dispuesta en la contigua.

La enfermedad de Lily Haskett, hija del primer matrimonio de la señora Waythorn, había provocado el precipitado regreso de la pareja de su luna de miel. La pequeña había sido trasladada a casa de Waythorn por expreso deseo de éste el mismo día de la boda de su madre. Nada más llegar, el doctor les confirmó que se trataba de fiebre tifoidea, si bien declaró que los síntomas parecían favorables. Lily había cumplido doce años de salud impecable, por lo que el caso prometía ser benigno. También la enfermera les habló en términos tranquilizadores, de manera que, tras la alarma inicial, la señora Waythorn se adaptó a la situación. Aunque adoraba a Lily (tal vez había sido dicho fervor lo que más había atraído a Waythorn), era dueña de sus emociones, virtud que había heredado su hija y que la alejaba del prototipo de mujer que malgasta pañuelos en preocupaciones estériles.

Así pues, Waythorn se disponía a verla aparecer de un momento a otro, con un ligero retraso debido a una visita de última hora a Lily, pero tan serena y comedida como si hubiese depositado su beso de buenas noches sobre la frente de la salud

personificada. Su entereza constituía un alivio que contrarrestaba la contumaz suspicacia de Waythorn. Al imaginarla inclinada sobre la cama de la niña, pensaba en lo reconfortante que habría de resultar su presencia durante períodos de enfermedad: el mero rumor de sus pasos debía de ser como un presagio de curación.

La vida de Waythorn había sido gris, más debido a su carácter que a las circunstancias, y ella le había atraído precisamente por aquella innata alegría que la mantenía jovial y activa a una edad en que la mayor parte de actividades femeninas se tornaban apáticas o febriles. Sabía lo que se decía de ella, porque, aunque gozaba de simpatías, siempre había persistido un vago trasfondo de detracción. Cuando, nueve o diez años antes, había irrumpido en Nueva York como la preciosa señorita Haskett desenterrada por Gus Varick de no se sabía dónde (¿de Pittsburg o de Utica?), la sociedad, al tiempo que se apresuraba a aceptarla, se reservó el derecho a recelar de su propia indulgencia. Las pesquisas, sin embargo, establecieron sin ningún género de dudas su relación con cierta familia socialmente imperante, y justificaron su reciente divorcio como el resultado natural de una boda a los diecisiete con fuga incluida. Y puesto que nada se sabía del señor Haskett, era fácil formarse una mala opinión de él.

El segundo matrimonio de Alice Haskett con Gus Varick constituyó para ella el pasaporte a la élite cuya aceptación anhelaba y, durante algunos años, los Varick fueron la pareja más popular de la ciudad. Por desgracia, la unión resultó breve y tormentosa y, en esta ocasión, el marido también contaba con un buen número de partidarios. Pese a todo, incluso los defensores más acérrimos de Varick admitieron que éste no había nacido para el matrimonio. Por su parte, los motivos aducidos por la señora Varick fueron de envergadura suficiente como para superar con éxito la inspección de los tribunales neoyorquinos. Un divorcio en Nueva York equivalía a un diploma de virtud y, en la cuasi viudedad que siguió a aquella segunda separación, la señora Varick adoptó tal aire de santidad que incluso le estuvo permitido desahogar sus penas en los oídos más escrupulosos de la ciudad. No obstante, cuando se supo que iba a casarse con Waythorn, estalló una reacción pasajera. Sus mejores amigas habrían preferido continuar viéndola en ese papel de esposa agraviada que le resultaba tan favorecedor como el tejido de crepé a las pieles sonrosadas.

En realidad, había transcurrido un tiempo prudencial, y ni siquiera llegó a insinuarse nunca que Waythorn hubiese suplantado a su predecesor. Pese a ello, la gente movía desaprobadoramente la cabeza en presencia de él, y cierto amigo, a quien Waythorn había confesado que daba aquel paso con los ojos bien abiertos, se vio obligado a replicarle con gravedad oracular: «Sí, y con los oídos bien cerrados».

Waythorn se permitía desdeñar aquel tipo de insinuaciones. En jerga de Wall Street: les había «desbancado» a todos en cuanto a progresismo. Sabía que la sociedad no se había adaptado todavía a los efectos del divorcio, y que hasta que no se produjera dicha adaptación cada mujer que ejercitaba la libertad que le concedía la

ley debía autojustificarse socialmente. Waythorn tenía gozosa confianza en la habilidad de su mujer para justificarse a sí misma. Sus expectativas se vieron cumplidas y, antes de que tuviese lugar la boda, el círculo de Alice Varick la había respaldado públicamente. Ella lo asumió todo con entereza: la acompañaba la virtud de ir superando obstáculos de los que parecía no ser consciente. Todo lo contrario de Waythorn, el cual rememoraba perplejo cómo en el pasado había llegado a enajenarse por asuntos baladíes. Le embargaba la sensación de haber hallado refugio en una naturaleza más tupida y cálida que la suya, y a dicha satisfacción contribuía ahora el saber que su mujer, una vez atendida Lily en todo lo posible, no sentiría remordimiento maternal por disfrutar con él de una agradable cena.

Pero, cuando finalmente se reunió con él, lo que traslucía el adorable semblante de la señora Waythorn no era entusiasmo precisamente. Aunque se había puesto su traje de noche más atractivo, se había olvidado de adoptar la sonrisa a juego, y Waythorn pensó que era la primera vez que detectaba en ella algo parecido a la preocupación.

—¿Qué ocurre? —preguntó—. ¿Le pasa algo a Lily?

—No. Acabo de estar con ella y todavía duerme. —La señora Waythorn vaciló—. Pero ha ocurrido algo bastante embarazoso.

Él la tomó de ambas manos y, al hacerlo, advirtió que arrugaba un papel entre ellas.

—¿Y esta carta?

—Sí… El señor Haskett ha escrito… Su abogado, quiero decir.

A su pesar, Waythorn sintió que se ruborizaba. Soltó las manos de su mujer.

—¿Qué dice?

—Habla de ver a Lily. Ya sabes, el juez…

—Sí, sí —la interrumpió con impaciencia.

Nada se sabía de Haskett en Nueva York. Vagamente se daba por hecho que permanecía en la brumosa periferia de la cual había sido rescatada su mujer. Waythorn era de los pocos que estaban al corriente de que había liquidado sus negocios en Utica para seguirla hasta Nueva York y poder así estar cerca de su pequeña. Muchas veces, durante el noviazgo, Waythorn había coincidido con Lily en los escalones de la entrada de su casa, sonrosada ella y risueña, lista «para ver a papá».

—Lo siento muchísimo —murmuró la señora Waythorn.

Él se puso en pie.

—¿Qué quiere? —preguntó.

—Quiere verla. Ya sabes que debe pasar un rato con él una vez por semana.

—Bueno… No esperará verla ahora, ¿no?

—No… Se ha enterado de su enfermedad. Pero espera poder venir aquí.

—¿Aquí?

La señora Waythorn enrojeció ante la reacción de su esposo. Ambos desviaron las

miradas.

—Me temo que tiene derecho… Míralo tú mismo… —Ella hizo ademán de ofrecerle la carta.

Waythorn se apartó con un aspaviento de rechazo. Se quedó contemplando la habitación sutilmente iluminada que hasta hacía unos instantes irradiaba intimidad nupcial.

—Lo siento tanto… —repitió ella—. Si pudiésemos trasladar a Lily…

—Eso ni pensarlo —atajó él con vehemencia.

—Ya…, claro.

Al advertir el temblor de los labios de ella se sintió un palurdo.

—Que venga, por supuesto —dijo—. ¿Qué día le toca?

—Mañana, me temo.

—Muy bien. Envíale una nota por la mañana.

El mayordomo entró para anunciar la cena. Waythorn se volvió hacia su esposa.

—Vamos… Debes de estar cansada. Es un asunto molesto, pero procura olvidarlo —le dijo tomándole la mano y pasándola por debajo de su brazo.

—¡Qué bueno eres, querido! Lo intentaré —le susurró ella.

Enseguida se le despejó el semblante, y al mirarle por encima del centro floral, entre las sombras rosáceas de las velas, Waythorn percibió en sus labios una sonrisa incipiente.

—¡Qué precioso está todo! —suspiró embelesada.

Él se dirigió al mayordomo:

—El champán enseguida, por favor. La señora Waythorn está cansada.

Sus miradas se cruzaron durante unos segundos por encima de las copas burbujeantes. La de ella parecía serena y despreocupada, por lo que él dedujo que había seguido su consejo y olvidado el incidente.

2

A la mañana siguiente Waythorn bajó antes de lo habitual. Era improbable que Haskett llegase antes del mediodía, pero le espoleó el instinto de huida. Tenía intención de pasar todo el día fuera, pensaba cenar en el club. Al cerrarse la puerta tras de sí, cayó en la cuenta de que antes de que volviese a abrirla aquel umbral habría acogido a otro hombre con tanto derecho a entrar como él mismo. La idea le desagradó profundamente.

Tomó el tren elevado a la hora de los oficinistas y pronto se encontró apretujado entre dos bloques de humanidad colgante. A la altura de la calle octava el hombre que tenía delante se escabulló y otro ocupó su lugar. Al levantar la vista, Waythorn comprobó que se trataba de Gus Varick. Ambos estaban tan cerca que fue imposible

ignorar la sonrisa de reconocimiento que afloró a la atractiva y jactanciosa cara de Varick. Y después de todo…, ¿por qué no? Siempre se habían tratado con cordialidad, y Varick se había divorciado antes de que empezaran las atenciones de Waythorn hacia su esposa. Intercambiaron algún comentario sobre la crónica mortificación de los trenes atestados y cuando, milagrosamente, quedó libre un asiento doble a su lado, el instinto de conservación impulsó a Waythorn a ocuparlo, al igual que había hecho Varick.

Este último lanzó un profundo suspiro de alivio.

—¡Dios! Empezaba a sentirme como una flor machacada. —Se retrepó en el asiento, mirando distraídamente a Waythorn—. Siento que Sellers esté otra vez fuera de combate.

—¿Sellers? —repitió Waythorn, sobresaltado al oír el nombre de su socio.

Varick pareció sorprenderse.

—¿No sabe que está con gota?

—No, he estado fuera… Regresé anoche. —Presintiendo la sonrisa del otro, Waythorn se sintió enrojecer.

—Oh…, claro, naturalmente. Hace sólo dos días del ataque de Sellers. Me temo que está bastante mal. Muy inoportuno para mí, además, porque me estaba tramitando un asunto importante.

—¿Sí? —Waythorn se preguntaba desde cuándo estaría Varick metido en «asuntos importantes». Hasta entonces se había limitado a realizar incursiones en las aguas poco profundas de la especulación, terreno éste en el que no solía involucrarse la oficina de Waythorn.

Se le ocurrió entonces que Varick podría estar hablando por hablar, para aliviar el malestar de la proximidad. A Waythorn la tensión se le hacía cada vez más insoportable. A la altura de la calle Cortland divisó a un conocido y, de repente, le dio por pensar en la imagen que él y Varick estarían ofreciendo a quienes estuviesen al tanto de su situación. Se puso en pie de un salto farfullando una excusa.

—Espero que encuentre mejor a Sellers —dijo Varick cortésmente.

A lo que él replicó con un titubeante:

—Si yo puedo serle de alguna utilidad… —Y luego se dejó arrastrar hacia el andén entre el gentío que salía.

Una vez en su oficina le confirmaron que, en efecto, Sellers había sufrido un ataque de gota y que probablemente no podría salir de casa en unas semanas.

—Siento mucho que haya ocurrido esto, señor Waythorn —dijo el encargado con afables intenciones—. Al señor Sellers le sabía muy mal la idea de darle tanto trabajo extra precisamente ahora.

—¡Oh, no tiene importancia! —se apresuró a decir Waythorn. En su interior agradecía la presión de trabajo adicional. Pensó que cuando acabara la ardua jornada y, camino a casa, le haría una visita a su socio.

Como se le hizo tarde para almorzar, entró en el restaurante más próximo en lugar

de dirigirse al club. El local estaba abarrotado y el camarero le apremió hacia la zona del fondo para que ocupara la única mesa disponible. Al principio, entre la nube de humo de tabaco, Waythorn no distinguía a sus vecinos de mesa, pero pronto, mirando a su alrededor, divisó a Varick sentado a escasos metros. En esta ocasión, por fortuna, había demasiada distancia entre ellos para entablar conversación. Podría ser que Varick, que miraba hacia otra parte, ni siquiera le hubiese visto. No obstante, no dejaba de resultar paradójica aquella recurrente cercanía de ambos.

Se comentaba que a Varick le gustaba la buena vida, y, mientras Waythorn despachaba su almuerzo a toda prisa, vigilaba de soslayo, y casi con envidia, la parsimonia con que el otro degustaba el suyo. Cuando reparó en él se encontraba ensimismado ante un trozo de Camembert en su punto óptimo de fundición y ahora, una vez retirado el queso, se estaba sirviendo un café doble de una pequeña cafetera de barro. Su perfil rubicundo se inclinaba sobre la tarea: lo vertía con lentitud, sujetando con una mano blanca y enjoyada la tapa de la cafetera. A continuación alargó la mano hacia la botella de coñac que tenía junto al codo, llenó un vaso de licor, dio un sorbo tentativo y vertió el *brandy* en su taza de café.

Waythorn le observaba con algo parecido a la fascinación. ¿En qué estaría pensando? ¿Tan sólo en el sabor del café y del licor? ¿Es que el encuentro de la mañana había dejado tan poca secuela en sus pensamientos como en su fisonomía? ¿Estaba ya su esposa tan borrada de la vida de Varick como para que el encuentro con su actual marido, a una semana de la boda, sólo fuese un incidente más en su jornada? Y mientras Waythorn elucubraba le asaltó otra idea: ¿alguna vez se habría encontrado Haskett con Varick de la misma forma que se habían encontrado Varick y él? Pensar en Haskett le soliviantó. Se levantó y abandonó el restaurante dando un rodeo para rehuir la plácida ironía del saludo de Varick.

Eran más de las siete cuando Waythorn llegó a casa. Le pareció que el criado que le abrió la puerta le miraba de modo extraño.

—¿Cómo se encuentra la señorita Lily? —le preguntó con brusquedad.

—Muy bien, señor. Un caballero…

—Dígale a Barlow que retrase la cena media hora —e interrumpió Waythorn lanzándose escaleras arriba.

Fue directo a su habitación y se cambió antes de ver a su mujer. Cuando llegó al salón ella ya estaba allí, relajada y radiante. Lily había pasado bien el día, el doctor no tendría que acudir aquella noche.

Durante la cena, Waythorn le habló de la enfermedad de Sellers y de sus consecuencias. Ella escuchó con interés, aconsejándole que no se dejara sobrecargar de trabajo y haciendo preguntas, típicamente femeninas, sobre su rutina laboral. Seguidamente le refirió la jornada de Lily. Le trasladó las palabras textuales de médico y enfermera, y le informó de quiénes se habían interesado por la salud de la niña. Nunca la había visto él tan sosegada y apacible. Con algo de remordimiento, reparó en lo feliz que se la veía cuando estaba con él; tan feliz que revivir los triviales

acontecimientos del día le producía un regocijo infantil.

Tras la cena se dirigieron a la biblioteca. El criado depositó el café y los licores en una mesita auxiliar delante de ella y se marchó. Se la veía singularmente delicada y aniñada con aquel vestido rosa pálido que destacaba contra uno de los sillones de soltero tapizado en piel oscura. Un día antes aquel contraste habría complacido a Waythorn.

Se giró, sin embargo, eligiendo un puro con afectada concentración.

—¿Vino Haskett? —le preguntó vuelto de espaldas.

—Oh, sí… Ha venido.

—No le habrás visto, naturalmente.

Ella vaciló un instante:

—Hice que le atendiese la enfermera.

Eso fue todo. No había nada más que preguntar. Se volvió súbitamente hacia ella, acercando una cerilla a su cigarro. Bueno, al menos durante una semana la cuestión estaba zanjada. Procuraría no pensar demasiado en ello. Algo más arrebolada de lo habitual, alzó la vista hacia él, con una sonrisa en la mirada.

—¿Quieres ya el café, querido?

Apoyado sobre la chimenea, observó cómo ella levantaba la tapa de la cafetera. La luz de la lámpara centelleaba sobre sus pulseras, haciendo brillar su pelo sedoso. ¡Qué frágil y delicada era y con qué naturalidad se acompasaban sus gestos! Parecía una criatura toda hecha de armonías. A medida que se desvanecía el recuerdo de Haskett, Waythorn volvía a sucumbir al deleite de la posesión. Le pertenecían a él aquellas manos blancas y sus revoloteos de mariposa, el delicado lustre de su pelo, los labios y los ojos…

Ella soltó la cafetera, después alcanzó la botella de coñac y, usando como medida un vasito de licor, lo vertió sobre la taza de él.

De repente, Waythorn lanzó una exclamación.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella sobresaltada.

—Nada, es que no tomo coñac con el café.

—¡Oh, qué boba soy! —se lamentó ella, consternada.

Sus ojos se encontraron y ella se ruborizó embargada por una repentina vergüenza.

3

Diez días después, Sellers, todavía confinado en casa, le pidió a Waythorn que pasara a verle de camino al centro.

El veterano socio, con el pie vendado y colocado en alto junto al fuego, recibió a su colega con aire de sentirse cohibido por algo.

—Lo siento, querido amigo, pero tengo que pedirte que hagas por mí algo un poco embarazoso.

Waythorn aguardaba, y el otro, tras una pausa aparentemente destinada a reorganizar sus frases, prosiguió:

—Es que, justo cuando me quedé fuera de combate con lo del pie, acababa de embarcarme en un asunto bastante complicado con… Gus Varick.

—¿Y? —dijo Waythorn intentando evitarle la tensión.

—Bueno, la cuestión es la siguiente: Varick vino a verme el día anterior a mi ataque. Alguien con información de primera mano debió de darle un soplo que le hizo ganar cien mil dólares. Vino para asesorarse y yo le aconsejé que invirtiera en Vanderlyn.

—¡Vaya! —exclamó Waythorn vislumbrando en una fracción de segundo lo que había sucedido. La inversión era interesante, pero requería cierta negociación. Escuchó atentamente mientras Sellers le exponía el caso y, cuando éste concluyó, preguntó—: ¿Crees que yo debería quedar con Varick?

—Me temo que yo no estoy en condiciones de hacerlo aún. El médico ha sido tajante. Y esto no puede esperar. Odio tener que pedirte esto, pero nadie más en la oficina conoce a fondo el tema.

Waythorn guardó silencio. Le importaba un rábano que Varick saliese airoso de su aventura, pero tenía que considerar el buen nombre de la oficina y, por otra parte, se sentía obligado con su socio.

—De acuerdo —dijo—. Lo haré.

Esa tarde, tras haber sido citado por teléfono, Varick acudió a la oficina. Waythorn, que esperaba en su despacho privado, se preguntaba qué pensarían los demás.

Los días previos a que la señora Waythorn contrajera matrimonio los periódicos habían proporcionado a sus lectores exhaustivos detalles sobre sus anteriores incursiones conyugales, y Waythorn imaginaba a los empleados sonriendo a espaldas de Varick mientras le invitaban a pasar.

Varick se condujo de forma admirable. Se comportó de modo natural sin parecer indecoroso, y Waythorn fue consciente de que él mismo no estuvo ni mucho menos a su altura. Varick no tenía experiencia en los negocios, por lo que la charla se prolongó durante casi una hora en el transcurso de la cual Waythorn le explicó con escrupulosa precisión los detalles de la transacción que le proponían.

—Le estoy profundamente agradecido —dijo Varick incorporándose—. La verdad es que no estoy acostumbrado a tener una cantidad importante de dinero de la que preocuparme y no quiero hacer el tonto… —Sonrió, y Waythorn no pudo dejar de reconocer que había algo grato en su sonrisa—. Se me hace increíblemente raro tener dinero suficiente para pagar facturas. ¡Hace cuatro años habría vendido mi alma por ello!

La alusión suscitó una mueca de contrariedad en Waythorn. Le había llegado el

rumor de que la falta de fondos había sido una de las causas determinantes en la separación de Varick, pero no pensó que sus palabras hubiesen sido malintencionadas. Más probable parecía que el deseo de eludir temas espinosos le hubiese precipitado fatídicamente hacia uno. Waythorn no quiso parecer menos cortés:

—Bueno, haremos por usted todo lo que podamos —dijo—. Creo que este negocio en el que se ha metido puede resultar interesante.

—¡Oh, estoy seguro de que saldrá de maravilla! Ha sido tremendamente amable por su parte… —Varick se interrumpió, indeciso—. Supongo que el asunto está zanjado, pero si…

—Si sucede algo antes de que Sellers se haya incorporado, volveremos a vernos —dijo Waythorn con calma. Le complacía ser él, finalmente, quien diese muestras de mayor aplomo.

La enfermedad de Lily proseguía su curso sin complicaciones y, según pasaban los días, Waythorn se iba acostumbrando a la visita semanal de Haskett. La primera vez se había ausentado hasta bien tarde, interrogando a su mujer a su regreso acerca de la visita. Ella le había respondido sin vacilar que Haskett sólo se había entrevistado abajo con la enfermera, puesto que el médico no admitía a nadie en la habitación de la niña hasta que la crisis hubiese remitido.

La semana siguiente, Waythorn también se había preparado para el día de la visita de Haskett, pero para cuando regresó a casa a la hora de la cena se había olvidado por completo del tema. Días antes, con un súbito descenso de la fiebre, había concluido el período crítico de la enfermedad, confirmándose que la niña estaba fuera de peligro. En medio del alborozo general, a Waythorn no se le ocurrió volver a pensar en Haskett, de manera que una tarde, tras entrar en la casa con su propia llave, se dirigió directamente a la biblioteca sin reparar en el ajado sombrero ni en el paraguas que se encontraban en el vestíbulo.

Ya en la biblioteca descubrió a un hombrecillo de aspecto insignificante, con barba gris y rala, sentado al filo de una silla. El desconocido bien podría ser un afinador de pianos, o cualquiera de esas personas misteriosamente eficaces a quienes se avisa con urgencia para arreglar cualquier minucia de los aparatos domésticos. Al advertir la presencia de Waythorn, parpadeó nerviosamente a través de sus gafas de montura dorada y dijo en tono apenas audible:

—El señor Waythorn, supongo… Soy el padre de Lily.

Waythorn se sonrojó.

—Oh… —farfulló incómodo. A su pesar, lamentando parecer grosero, enmudeció. En su interior intentaba conciliar al Haskett de carne y hueso con la imagen proyectada por los recuerdos de su mujer. A Waythorn siempre le habían hecho creer que el primer marido de Alice era un desalmado.

—Siento molestar —dijo Haskett con cortesía de tendero.

—No, en absoluto —respondió Waythorn recuperando la compostura—. Supongo

que ya habrán avisado a la enfermera…

—Eso creo. No me importa esperar —dijo Haskett. Hablaba de forma resignada, como si la vida ya le hubiese arrebatado toda su capacidad de resistencia.

Waythorn permanecía plantado bajo el umbral, quitándose atribuladamente los guantes.

—Lamento que le hayan hecho esperar. Enseguida llamo a la enfermera —dijo y, al tiempo que abría la puerta, añadió haciendo un esfuerzo—: Me alegro de que podamos darle informes favorables de Lily. El «podamos» le provocó un ligero espasmo que Haskett pareció no advertir.

—Gracias, señor Waythorn. Para mí han sido unos días de intensa preocupación.

—Sí, bueno, ya pasó. Pronto podrá volver a estar con la niña. —Waythorn se excusó con una inclinación de cabeza y salió.

Ya en su habitación, se sentó profiriendo un gemido. Odiaba aquella susceptibilidad suya, propia de mujeres, que le hacía tan vulnerable a las grotescas casualidades de la vida. Cuando se casó, sabía que los dos maridos anteriores de su mujer aún vivían y que, en la multiplicidad de relaciones de la existencia moderna, había mil probabilidades contra una de toparse con uno u otro. No obstante, su breve encuentro con Haskett le había irritado profundamente, como si alguna ley hubiese desatendido su obligación de eliminar los obstáculos que habían propiciado el encuentro.

Waythorn se levantó de un brinco y empezó a dar vueltas por la habitación presa de los nervios. No lo había pasado ni la mitad de mal en sus dos encuentros con Varick. Era la presencia de Haskett en su propia casa lo que hacía la situación intolerable. Se detuvo al escuchar pasos en el corredor.

—Por aquí, por favor. —Oyó decir a la enfermera.

Así que conducían a Haskett hasta arriba… ¡No le estaba vedado ni un rincón de la casa! Waythorn se desplomó en otra silla mirando distraídamente ante sí. Sobre el tocador había una fotografía de Alice, tomada cuando él la conoció. Por entonces todavía era Alice Varick. ¡Qué elegante y distinguida le había parecido! Las que llevaba al cuello eran las perlas de Varick. Se las devolvieron, a instancias de Waythorn, antes del matrimonio. ¿Le habría regalado Haskett alguna baratija? ¿Y qué habría sido de ella?, se preguntaba Waythorn. Reparó de repente en lo poco que sabía de la situación pasada o presente de Haskett. Sin embargo, del aspecto y de la forma de hablar del hombre se discernía con curiosa precisión el contexto del primer matrimonio de Alice. Le desconcertó pensar que ella hubiese podido tener en su pasado una existencia tan distinta a todo cuanto él le había proporcionado. Varick, pese a sus defectos, era un caballero, en el sentido tradicional y convencional del término, justo en el sentido que, por raro que pudiese parecer, más consideración le merecía a Waythorn. Él y Varick tenían los mismos hábitos sociales, hablaban el mismo lenguaje, entendían las mismas alusiones. Pero este otro individuo… Sobre todo, y paradójicamente, le inquietaba que Haskett luciese una corbata raída, de esas

que se venden ya confeccionadas, sujeta con un elástico. ¿Por qué un detalle tan ridículo habría de definir a la persona? A Waythorn le exasperaba su propia mezquindad, pero el detalle de la corbata se amplificaba, se superponía a lo demás convirtiéndose en algo así como la llave del pasado de Alice. Podía vislumbrarla en la «salita» tapizada con tejido de felpa, con una pianola y una copia de *Ben Hur* sobre la mesa de centro. La imaginaba también yendo al teatro con Haskett, quizá incluso a algún acto social de la parroquia, ella con pamela y Haskett con levita oscura, algo arrugada, y con la corbata prefabricada sujeta con elástico. De regreso a casa, se detendrían a mirar los escaparates iluminados, demorándose ante las fotografías de actrices neoyorquinas. Los domingos por la tarde Haskett la llevaría a pasear, empujando ante ellos el cochecito esmaltado en blanco de Lily. Waythorn incluso tuvo una visión de la gente con la que se detendrían a conversar. Podía figurarse lo guapa que estaría Alice, con un vestido copiado con acierto de alguna revista de moda de Nueva York, mirando con desdén a otras mujeres, renegando de su vida, sintiendo en lo más recóndito de su ser que ella pertenecía a un sitio con más clase.

Pero, fundamentalmente, prevalecía en Waythorn el estupor por la manera en que ella se había desprendido de la etapa de su existencia que había supuesto su matrimonio con Haskett. Era como si su apariencia completa, cada gesto, cada inflexión, cada alusión, fuese una estudiada negación de aquel período de su vida. Si llegase a negar haber estado casada con Haskett probablemente se debería menos a una mentira que al hecho de haberse olvidado por completo de la remota mujer que había sido la esposa de aquel hombre.

Waythorn se incorporó, interrumpiendo el análisis que hacía de los motivos de ella. ¿Qué derecho tenía él a crearse una efigie ficticia y ponerse a juzgarla? De una forma imprecisa, ella se había referido a su matrimonio como infeliz, insinuando con prudente reticencia que Haskett había arruinado sus ilusiones juveniles… Desafortunadamente, la paz mental de Waythorn se había visto alterada por el aspecto inofensivo de Haskett, y por la luz distinta que dicho detalle arrojaba sobre la naturaleza de aquellas ilusiones. Como cualquier otro hombre, también él prefería creer que su esposa había sido vilipendiada por su primer marido a pensar que las cosas habían sucedido a la inversa.

4

—Señor Waythorn, no me gusta la institutriz francesa de Lily.

Haskett, sumiso y como haciéndose perdonar, se plantó en la biblioteca delante de Waythorn, dando vueltas en la mano a su gastado sombrero.

Waythorn, sorprendido en su sillón con el periódico de la tarde, le devolvió a su visitante una mirada atónita.

—Disculpe que haya acudido a verle —continuó Haskett—, pero ésta es mi última visita y pensé que sería preferible hablar con usted antes que escribir al abogado de la señora Waythorn.

Waythorn se levantó incómodo. Tampoco a él le gustaba la institutriz francesa, pero eso era irrelevante.

—No estoy tan seguro de eso —contestó desabrido—, pero puesto que así lo desea, le daré su mensaje a… mi esposa. —Cuando hablaba con Haskett no podía evitar titubear con el pronombre posesivo.

El otro dejó escapar un suspiro:

—No creo que sirva de mucho. No se mostró conforme cuando hablé con ella.

Waythorn se ruborizó.

—¿Cuándo habló con ella? —preguntó.

—No he vuelto a hacerlo desde el primer día que vine a ver a Lily… Justo después de que cayera enferma. Entonces le comenté que no me gustaba la institutriz.

Waythorn no respondió. Recordaba con claridad que, después de aquella primera visita, le había preguntado a su esposa si había visto a Haskett. En dicha ocasión ella le había mentido, pero en lo sucesivo había respetado sus deseos. El incidente arrojaba una luz inaudita sobre el carácter de su esposa. Estaba convencido de que ella no se habría entrevistado con Haskett aquel día de haber previsto que Waythorn pondría objeciones, pero el hecho de que no lo hubiese previsto le resultaba a éste tan desagradable como descubrir que le había mentido.

—No me gusta esa mujer —repetía Haskett con mansa insistencia—. No es adecuada, señor Waythorn… Enseñará a la niña a ser taimada. He notado cierto cambio en Lily… Se muestra demasiado ansiosa por complacer…, y no siempre dice la verdad. Antes era una niña muy sincera. Señor Waythorn… —se interrumpió con la voz ligeramente ronca—, no deseo sino que tenga una educación apropiada —concluyó.

Waythorn estaba conmovido.

—Lo siento, señor Haskett, pero francamente no veo qué puedo hacer yo.

Haskett vaciló. A continuación dejó su sombrero sobre la mesa y avanzó hacia la alfombra extendida junto a la chimenea, donde estaba Waythorn. No había nada agresivo en su actitud, pero tenía la solemnidad de un hombre tímido resuelto sobre un asunto importante.

—Hay algo que podría hacer, señor Waythorn —dijo—. Podría recordarle a la señora Waythorn que, por decisión judicial, mi opinión cuenta en lo que respecta a la educación de Lily. —Hizo una pausa y prosiguió en un tono más desaprobador—: No soy de los que tratan de hacer prevalecer sus derechos, señor Waythorn. Le habla alguien que no siempre ha sabido defender los derechos que le correspondían, pero este asunto de la niña es diferente. Ahí nunca he cedido…, y no tengo intención de hacerlo.

La escena dejó a Waythorn profundamente agitado. A través de terceras personas,

y para su vergüenza, había estado investigando a Haskett. Y todo lo que había averiguado era positivo. Aquel hombre insignificante había vendido su participación en un próspero negocio en Utica, aceptando un modesto puesto de oficinista en una fábrica de Nueva York, para poder estar cerca de su hija. Se hospedaba en una calle humilde y tenía escasas amistades. Su pasión por Lily llenaba su vida. A Waythorn le parecía que espiar a Haskett de aquel modo era como adentrarse a tientas, con una débil linterna, en el pasado de su esposa. Pero ahora caía en la cuenta de que había rincones que su linterna no había alcanzado. Nunca había preguntado sobre las verdaderas circunstancias de la primera ruptura matrimonial de su esposa. Desde fuera todo parecía razonable. Ella obtuvo el divorcio y el juez le concedió la custodia de la niña. Pero Waythorn sabía cuántas ambigüedades podía encubrir un veredicto así. El simple hecho de que Haskett hubiese conservado cierto derecho sobre su hija apuntaba hacia un convenio fuera de lo común. Waythorn era un idealista. Se negaba a aceptar contingencias negativas sin verificarlas por sí mismo, y cuando esto sucedía le parecía que dichas contingencias arrastraban una espectral cadena de consecuencias. Pasó los días siguientes sumido en estas cavilaciones, y decidió hacer frente a los fantasmas conjurándolos en presencia de su mujer.

Cuando le comunicó la petición de Haskett un relámpago de cólera cruzó por el semblante de ella, pero lo reprimió al instante, comentando con cierta ofuscación de maternidad ofendida:

—Ha sido muy poco considerado por su parte.

El calificativo sacó a Waythorn de sus casillas.

—No se trata de si ha sido esto o lo otro. Es una simple cuestión de derechos.

—Pero si él ni siquiera supone un apoyo importante para Lily… —murmuró ella.

Waythorn enrojeció. La respuesta le fastidiaba aún más.

—La cuestión es —repitió— qué derechos tiene sobre la niña.

Ella bajó la vista, revolviéndose un poco en su asiento.

—Estoy dispuesta a verle… Pensé que no estabas de acuerdo —dijo insegura.

En un instante comprendió que ella estaba perfectamente al tanto de las exigencias de Haskett. Quizá no fuese la primera vez que se enfrentaba a ellas.

—Que yo esté o no de acuerdo no tiene nada que ver —contestó con frialdad—. Si Haskett tiene derecho a que se le consulte, debes consultarle.

Ella rompió a llorar y él percibió claramente que esperaba ser tratada como una víctima.

Haskett no abusó de sus derechos. A su pesar, Waythorn siempre estuvo convencido de que no lo haría. Pese a todo, la institutriz fue despedida y, de vez en cuando, el hombre pedía entrevistarse con Alice. Ella, tras la reticencia inicial, aceptó la situación con su adaptabilidad habitual. En cierta ocasión Haskett le había recordado a Waythorn a un afinador de pianos y, transcurridos un par de meses, también la señora Waythorn pareció haberle catalogado como tal en el entorno doméstico. Waythorn no podía evitar respetar el tesón paterno de Haskett. En un

principio quiso alimentar la sospecha de que tramaba algo, que tenía algún motivo para querer asegurar su presencia en la casa. Pero en su interior Waythorn estaba seguro de la integridad de Haskett. Incluso creía percibir en él un sutil desprecio por las prebendas que pudieran derivarse de su relación con los Waythorn. La honestidad de sus intenciones hacía a Haskett invulnerable, y su sucesor terminó aceptándole como si se tratase de un gravamen sobre su propiedad.

Al señor Sellers le enviaron a Europa para reponerse de su gota y los asuntos de Varick recayeron definitivamente en manos de Waythorn. Las negociaciones fueron arduas. Ambos hombres se vieron obligados a entrevistarse con regularidad y los intereses de la empresa impidieron que Waythorn sugiriese a su cliente el traslado de la transacción a otra entidad.

Varick se desenvolvió bien en el transcurso de la operación. En momentos de relax surgía su faceta más desinhibida y Waythorn temía su sociabilidad, pero en la oficina se contenía, tenía las ideas claras y mostraba una aduladora deferencia hacia el criterio de Waythorn. Siendo tan cordial su relación profesional habría sido absurdo que ambos se ignorasen en sociedad. La primera vez que se encontraron en una recepción, Varick entabló conversación con él en el mismo tono relajado, y la mirada de gratitud de la anfitriona hizo que Waythorn respondiera en consonancia. Después de aquello, se cruzaron con bastante frecuencia, y cierto día, en un baile, merodeando Waythorn por las habitaciones más apartadas, se encontró a Varick sentado junto a su esposa. Ella se sonrojó un poco e interrumpió lo que estaba diciendo. Varick, sin levantarse, saludó a Waythorn con un gesto de cabeza y éste siguió deambulando por las estancias.

En el carruaje, camino a casa, estalló sin poder contenerse:

—No sabía que hablabas con Varick.

Ella respondió con voz trémula:

—Es la primera vez… Estaba casualmente a mi lado. No sabía qué hacer. Es tan embarazoso encontrarse con él en todas partes… Y dijo que tú habías sido muy amable en no sé qué negocio.

—Eso es distinto —dijo Waythorn.

Ella hizo una breve pausa.

—Haré lo que tú digas —contestó conciliadora—. Creí que sería menos incómodo hablar con él cuando coincidiésemos.

Su docilidad empezaba a ponerle enfermo. ¿Es que no tenía voluntad propia, ninguna teoría sobre su relación con esos hombres? Había aceptado a Haskett, ¿se proponía aceptar a Varick? Era «menos incómodo», había dicho ella, y su instinto natural era evitar dificultades o vadearlas. Waythorn vislumbró con repentina lucidez cómo se había desarrollado dicho instinto. Ella era tan fácil de llevar como unos zapatos viejos…, unos zapatos que habían calzado demasiados pies. Su elasticidad era el resultado de una tensión sostenida en demasiados frentes. Alice Haskett, Alice Varick, Alice Waythorn… Había sido una cada vez y, adherido a cada nombre, había

dejado un poco de su intimidad, un poco de su personalidad, un poco del yo más recóndito, aquél en el que habita el dios desconocido[20].

—Sí… Es mejor hablar con Varick —repuso Waythorn con desgana.

5

Avanzaba el invierno, y la sociedad se beneficiaba de que los Waythorn hubiesen aceptado a Varick. Las consternadas anfitrionas les agradecían que hubiesen superado dicho escollo social, y la señora Waythorn fue ascendida a portentoso modelo de diplomacia. Algunas almas empíricas no pudieron resistir la diversión de favorecer la cercanía de Varick con la que fuera su esposa, y hubo incluso quienes opinaron que él disfrutaba con el contubernio. Sin embargo, la conducta de la señora Waythorn siguió siendo irreprochable. Ni eludía ni buscaba la compañía de Varick. Incluso Waythorn tuvo que admitir que había logrado solventar el problema de aceptación social que venía arrastrando.

Waythorn se había casado con ella sin pensar demasiado en el asunto. Había imaginado que una mujer podía desprenderse de su pasado igual que un hombre. Pero ahora se daba cuenta de que Alice continuaba ligada al suyo, tanto por las circunstancias que la abocaban repetidamente a él como por las secuelas que había dejado en su carácter. Waythorn se equiparaba con sombría ironía al accionista de una empresa. Disponía de muchas acciones de la personalidad de su mujer, y sus predecesores eran sus socios. Si la transacción hubiese incluido algún elemento pasional, se habría sentido menos afectado, pero el hecho de que Alice cambiase de marido con la naturalidad con que cambia el tiempo degradaba la situación hasta hacerla parecer vulgar. Él podría haberle perdonado errores, excesos, haberse enfrentado a Haskett, haber sucumbido a Varick, cualquier cosa excepto su aquiescencia y su tacto. Le recordaba a una lanzadora de cuchillos, sólo que sus cuchillos eran romos y ella sabía que nunca iban a cortarle.

Y entonces, poco a poco, la costumbre fue creando una membrana protectora sobre la susceptibilidad de Waythorn. Pagando cada día de calma con la calderilla de sus ilusiones, fue aprendiendo a valorar más la placidez y a restar importancia a la moneda. Terminó contrayendo un vínculo indolente con Haskett y Varick, e ironizaba sobre su situación como una especie de venganza barata. Incluso empezó a considerar las ventajas añadidas de dicha situación, a preguntarse si no era preferible poseer la tercera parte de una esposa que sabía hacer feliz a un hombre a disponer al cien por cien de una que no había tenido ocasión de aprender el arte. Porque se trataba de un *arte*, adquirido, como todos los demás, a fuerza de renuncias, concesiones y simulación, de luces sabiamente orientadas y de sombras difuminadas con habilidad. Su mujer sabía muy bien cómo manipular las luces, y él conocía a la perfección el

adiestramiento que había contribuido a su pericia. Incluso jugó a averiguar la procedencia de los favores que ella le dispensaba, a discernir entre las influencias que concurrían en su felicidad doméstica. Descubrió así que la vulgaridad de Haskett era responsable de la fascinación que Alice sentía por la elegancia, mientras que la concepción liberal que Varick tenía del matrimonio la inclinaba a exaltar las virtudes conyugales. Resultaba, al fin y al cabo, que se encontraba claramente en deuda con sus predecesores por aquella entrega de una esposa que hacía de la suya una vida cómoda aunque escasamente estimulante.

De aquella fase Waythorn pasó a la de total aceptación. Dejó de ridiculizarse a sí mismo porque el tiempo desvirtuó lo irónico de la situación y el sarcasmo perdió gracia a medida que se evaporaba su veneno. Ni siquiera la visión del sombrero de Haskett en la mesa del recibidor tenía ya resonancias de epigrama. En efecto, se empezó a ver el sombrero más asiduamente por allí, porque todos habían decidido que era preferible que el padre de Lily visitara a la niña a que ésta se desplazara hasta su hospedería. Waythorn, que había accedido a este arreglo, se sorprendía de la escasa trascendencia del cambio de situación. Haskett pasaba inadvertido, y las personas que se cruzaban con él en la escalinata de la entrada desconocían su identidad. Waythorn ignoraba con qué frecuencia vería a Alice, pero con él mismo rara vez tuvo contacto.

No obstante, una tarde, nada más llegar, le informaron de que el padre de Lily aguardaba para verle. Encontró a Haskett en la biblioteca, ocupando una silla con su habitual actitud de provisionalidad. A Waythorn siempre le aliviaba que no se reclinase sobre el respaldo.

—Espero que me disculpe, señor Waythorn —dijo levantándose—. Quería hablar con la señora Waythorn en relación a Lily, y su sirviente me indicó que esperase aquí a que ella regresara.

—Claro, por supuesto —dijo Waythorn recordando que una repentina fuga de agua tenía el salón tomado por los fontaneros desde aquella misma mañana.

Abrió su pitillera y se la ofreció al visitante. Haskett aceptó, lo cual parecía inaugurar una nueva etapa en sus relaciones. Era una tarde fría de primavera, y Waythorn incitó a su invitado a acercar su silla al fuego de la chimenea. Pensaba inventar una excusa para alejarse de Haskett lo antes posible, pero estaba cansado y aterido y, después de todo, aquel hombrecillo había dejado de enervarle.

Ambos estaban enfrascados en la intimidad del humo de sus cigarros cuando se abrió la puerta y entró Varick. Waythorn se puso en pie de un salto. Era la primera vez que Varick venía a su casa y el impacto de verle, junto a la excepcional inoportunidad de su llegada, volvieron a crispar los nervios que tanto le había costado domeñar. Se quedó mirando al recién llegado sin articular palabra.

—¡Querido amigo! —exclamó Varick en su tono más expansivo—. Lamento mucho irrumpir de esta manera pero no llegaba a tiempo de pillarle en el centro y pensé…

Se detuvo en seco al advertir la presencia de Haskett, y su color rubicundo se

acentuó con un azoramiento intenso que se extendió hasta la raíz de su ralo pelo claro. No obstante, se rehízo enseguida y saludó con un escueto movimiento de cabeza. Haskett devolvió el saludo con una ligera inclinación, y todavía estaba Waythorn intentando recuperar el habla cuando entró el criado con una mesita de té plegable.

La intrusión le proporcionó a Waythorn la oportunidad de descargar sus nervios:

—¿Para qué demonios trae esto aquí? —preguntó con brusquedad.

—Le pido disculpas, señor, pero los fontaneros continúan en el salón, y la señora Waythorn dijo que tomaría el té en la biblioteca.

El tono perfectamente respetuoso del criado obligó a Waythorn a adoptar una actitud más comedida.

—¡Ah, de acuerdo! —dijo resignado, y el criado procedió a desplegar la mesita de té y a colocar sus minuciosos accesorios. Durante el interminable proceso los tres hombres permanecieron de pie, inmóviles, observando absortos hasta que Waythorn, para romper el silencio, se dirigió a Varick:

—¿Le apetece un cigarro?

Sacó la pitillera que acababa de ofrecerle a Haskett y Varick cogió uno sonriendo. Waythorn miró alrededor en busca de cerillas y, al no encontrarlas, le ofreció lumbre de su propio cigarro. Haskett, en un rincón, sostenía lo que quedaba del suyo, inspeccionando la punta de vez en cuando, adelantándose justo a tiempo de sacudir las cenizas en el fuego.

Una vez se hubo retirado el criado, Varick empezó a decir:

—Si pudiese hablar con usted sólo un momento de la inversión…

—Por supuesto —balbuceó Waythorn—. En el comedor…

Pero tan pronto puso la mano en la puerta esta se abrió desde el lado opuesto y su esposa apareció bajo el umbral.

Entró radiante y risueña, con su vestido y sombrero de paseo, dejando tras de sí la fragancia del *foulard* del que venía desprendiéndose.

—¿Tomamos entonces el té aquí, querido? —empezó—. Advirtió entonces la presencia de Varick, y se acentuó su sonrisa, encubriendo el imperceptible temblor que le causaba la sorpresa.

—Vaya, ¿qué tal? —dijo evidentemente complacida.

Mientras estrechaba la mano de Varick reparó en Haskett, de pie detrás de él. Su sonrisa se esfumó momentáneamente, pero la recuperó al instante, dirigiendo a Waythorn una fugaz mirada de soslayo.

—¿Cómo está, señor Haskett? —dijo estrechándole la mano con una cordialidad algo más contenida.

Los tres hombres permanecieron de pie ante ella en actitud embarazosa, hasta que Varick, siempre más dueño de sí mismo, se lanzó a dar explicaciones:

—Nosotros… Yo tenía que ver un momento a Waythorn para un asunto de negocios —dijo entrecortadamente, colorado como un ladrillo desde la barbilla hasta

la nuca.

Haskett dio un paso hacia delante con su aire de mansa terquedad:

—Siento haber interferido, pero me citó usted a las cinco… —Su mirada sumisa se dirigió hacia el reloj de la chimenea.

Ella disolvió la turbación general con un encantador gesto de hospitalidad.

—Lo lamento mucho… Siempre me retraso, pero hacía una tarde tan bonita… —Seguía de pie, quitándose los guantes, conciliadora y resuelta, irradiando en torno suyo una normalidad y una familiaridad que disipaban lo que la situación tenía de grotesco.

—Pero, antes de hablar de trabajo, seguro que a todos les apetece un té —añadió sonriendo.

Se dejó caer en su silla baja junto a la mesita de té, y los dos invitados, alentados por su sonrisa, se acercaron para recibir las tazas que les ofrecían.

Ella buscó a Waythorn con la mirada, y éste cogió la tercera taza al tiempo que dejaba escapar una carcajada.

EL MEJOR HOMBRE

1

Había caído la tarde. Sólo el haz de luz proyectado por la lámpara del escritorio del gobernador Mornway rescataba de la oscuridad reinante su imponente corpulencia mientras se hallaba recostado en una cómoda butaca en la actitud relajada que solía adoptar a esa hora.

Cuando el gobernador de Midsylvania descansaba, lo hacía a conciencia. Cinco minutos antes había estado inclinado sobre la mesa de su oficina, como un Atlas con el peso del Estado sobre sus hombros. Ahora, concluidas sus horas de trabajo, ofrecía el aspecto de quien ha pasado el día holgazaneando a placer y se dispone a terminarlo disfrutando de una buena cena. Su indolencia atenuaba la crónica agitación de su hermana, la señora Nimick, la cual, fuera del círculo de luz de la lámpara, quedaba sumida en la acogedora penumbra de la chimenea. De vez en cuando, llamas con inquisitivos destellos iluminaban su rostro.

Por lo general la presencia de la señora Nimick no invitaba al descanso, pero la serenidad del gobernador no era de las que se perturban fácilmente. Se comportaba con el aplomo de quien sabe que hay un mosquito en la habitación pero se encuentra a salvo con el mosquitero echado por encima de la cabeza. Su calma se reflejó en el tono con el que, reclinándose hacia atrás para sonreírle a su hermana, comentó:

—Ya sabes que no voy a concertar ninguna cita esta semana.

Era el día posterior a la gran victoria reformista que, por segunda vez, había colocado a John Mornway al frente del Estado, un triunfo que hacía parecer insignificante la tremenda batalla de su primera elección. Ahora se arrellanaba en su

asiento con la sensación de imperturbable placidez que sobreviene tras un esfuerzo recompensado.

La señora Nimick farfulló una disculpa:

—No entiendo… He visto en los periódicos de la mañana que se había elegido al fiscal general.

—¡Oh, Fleetwood…! Su reelección formaba parte de la campaña. ¡Representa uno de los principios que yo mismo encarno!

La señora Nimick sonrió con escepticismo:

—Resulta raro que alguien identifique al señor Fleetwood con algún tipo de principio.

En la sonrisa del gobernador no había nada parecido a una recíproca acritud. La mención del nombre del fiscal general hizo aflorar nuevamente la adrenalina de la contienda, y se preguntó cómo podía ser que Fleetwood no hubiese pasado todavía por su casa para estrecharle la mano por el triunfo de ambos.

—No —dijo de buen talante—. Hace un par de años el nombre de Fleetwood no se habría asociado a principio alguno, pero yo creo en él, y mira lo que ha hecho por mí. Le consideré un hombre suficientemente inteligente para saber ver a tiempo que el trabajo de Estado va mucho más allá de la política práctica, y ahora que le he dado la oportunidad de descubrirlo, va camino de convertirse en el modelo de estadista que el país necesita.

—¡Oh, es mucho más fácil y gratificante creer en las personas! —replicó la señora Nimick con una voz cargada de veladas indirectas—. Y, naturalmente, todos sabíamos que el señor Fleetwood era el aspirante con más posibilidades.

El gobernador permaneció impasible ante aquellas palabras:

—Bueno, en cualquier caso, no va a ocupar él mismo todas las oficinas del Estado. Probablemente quedarán una o dos libres una vez haya tomado posesión del cargo y, llegado el momento, pensaré en tu candidato. Le tendré en cuenta.

La señora Nimick se animó visiblemente.

—Oh, supondría un cambio *tan* grande para Jack… ¡Para el pobre muchacho sería de vital importancia que saliera elegido el señor Ashford!

El gobernador levantó una mano en un ademán disuasorio.

—¡Oh!, ya sé, una no debe decir eso o, al menos, tú no deberías escucharlo. Le temes tanto al nepotismo… Pero no estoy pidiendo nada para Jack… Nunca he pedido ni una migaja para nosotros, gracias a Dios. Nadie puede acusarme a mí de… —La señora Nimick se interrumpió bruscamente para proseguir en un tono más impersonal—: Pero estoy segura de que no hay nada malo en hablar en favor del señor Ashford, cuando es de sobra sabido que se le baraja como aspirante al cargo. Y no entiendo que el hecho de que Jack trabaje en su oficina deba impedirme expresar mi opinión.

—Todo lo contrario —dijo el gobernador—. Denota, por tu parte, un conocimiento personal de la cualificación del señor Ashford que puede serme de gran

utilidad para tomar una decisión.

La señora Nimick no sabía nunca a qué atenerse cuando él adoptaba aquel tono, y a las trémulas llamas de la chimenea su semblante pareció por un momento la viva imagen de la incertidumbre. Seguidamente, se aventuró a espetarle:

—Bueno, en cualquier caso, tengo la promesa de Ella.

El gobernador se irguió en su asiento:

—¿La promesa de Ella?

—Sí, de apoyarme en esto. ¡Ella le aprueba incondicionalmente!

El gobernador sonrió:

—¡Hablas como si Ella tuviese un *salón* político y repartiese *lettres de cachet*[21]! Celebro que le guste Ashford, pero si crees que es mi esposa la que hace los nombramientos por mí… —Lo innecesario de aquella aclaración le hizo reír.

La señora Nimick se sonrojó:

—Una nunca sabe cómo vas a tomarte los comentarios más simples. ¿Qué hay de malo en decir que Ella aprueba al señor Ashford? Pensaba que te gustaba que se interesara por tu trabajo.

—Me encanta. Pero no puedo permitir que se interese de esa forma.

—¿De qué forma?

—La de prometer usar su influencia en la designación de cargos. Y es que hablas de política en el mismo lenguaje que los tribunales europeos. Gracias a Dios, Ella tiene menos imaginación. Obviamente, tiene sus preferencias, pero no espera que afecten a la organización de las oficinas.

La señora Nimick recogió su abrigo de piel con un aire a un tiempo contrito y resentido:

—Lo siento… Parece que siempre termino metiendo la pata. Te aseguro que vine con la mejor de las intenciones… Es normal que tu hermana quiera estar a tu lado en un momento tan dichoso.

—¡Pues claro, querida! —exclamó afable el gobernador, levantándose para tomarle las manos con las que ella se ajustaba nerviosamente sus prendas de abrigo.

La señora Nimick, que vivía a cierta distancia del centro y cuyas visitas a su hermano eran, según solía dar a entender, resultado de un esfuerzo colosal y de misteriosas complicaciones, había venido a felicitarle por su victoria, así como para saber qué posibilidades tenía el abogado en cuya oficina trabajaba su hijo mayor de hacerse con un puesto bastante codiciado. En la vehemencia de este último cometido casi había perdido de vista el primero, pero su rostro se distendió cuando el gobernador, con sus manos retenidas entre las suyas, y adoptando esa inflexión de voz con la que solía conferirle la mejor de las intenciones a los motivos de su hermana, le dijo:

—Estaba seguro de que serías una de las primeras en darme tu bendición.

—Oh, tu éxito… ¡Nadie lo celebra más que yo! —suspiró la señora Nimick, que siempre se sentía a sus anchas en clave emocional—. Yo me mantengo al margen. No

hago ruido, no pido nada, pero ¡nadie impedirá jamás que me alegre de los triunfos de mi hermano…! Pase lo que pase.

Las felicitaciones de la señora Nimick siempre albergaban un matiz condicional, una mirada dirigida de soslayo hacia oscuras contingencias. El gobernador, sonriendo ante aquella familiar manera de expresarse, replicó risueño:

—No veo por qué querría nadie privarte de ese privilegio.

—No podrían…, no podrían… —afirmó la señora Nimick con heroica resistencia.

—Bueno, en cualquier caso, permaneceré dos años más en mi puesto, de modo que puedes alegrarte todo lo que quieras.

—¡Pase lo que pase…, pase lo que pase! —sollozó la señora Nimick contra el pecho de su hermano.

—Lo único que puede pasar en este momento es que pierdas tu tren si permito que continúes diciéndome cosas agradables.

La señora Nimick se secó los ojos, se ciñó de nuevo su abrigo y barrió la habitación con una mirada sentimental mientras su hermano pedía su carruaje.

—Me llevo una bonita imagen tuya —murmuró—. Es asombroso lo que has conseguido hacer con este espantoso lugar.

—¡Ah, no he sido yo, sino Ella…! Ahí sí que es la reina indiscutible —admitió él, recorriendo también con la mirada la biblioteca, que tenía cierto aire de estancia permanente, de intimidad adquirida día a día con sus ocupantes, y que contrastaba con la ostensible impersonalidad de los clásicos apartamentos para ejecutivos.

—¡Oh, Ella es maravillosa, maravillosa! Veo que ha comprado las cortinas de damasco importadas que estuvo mirando el otro día en Fielding’s. Cuando me preguntan cómo lo hace, siempre digo que no tengo la menor idea —murmuró la señora Nimick.

—Es un arte como cualquier otro —dijo el gobernador con una sonrisa—. Ella se acostumbró a vivir en jaimas y tiene la habilidad de darles un asombroso aire de permanencia.

—Desde luego, consigue las gangas más extraordinarias… Y no basta la habilidad para hacerse con semejantes cortinas y alfombras.

—¿Son caras? Me alegra oírlo. Pero ni todas las cortinas y las alfombras del mundo garantizan que una casa sea cómoda para vivir. Eso es a lo que me refiero cuando hablo de habilidad.

Con un estremecimiento, recordó sus tristes años en el Congreso, antes de casarse, cuando la señora Nimick vivía con él en Washington y alternaba la lucha diaria en la Casa Blanca con conflictos domésticos casi igual de recurrentes. La oferta de una misión en el extranjero, si bien le desconectó de la política activa, tuvo la ventaja de eximirle de la tutela de su hermana. En Europa, donde permaneció dos años, conoció a la dama que llegaría a ser su esposa. La señora Rendfish era la viuda de uno de los muchos diplomáticos que languidecen como perpetuos secretarios en

las diversas embajadas americanas. La vida que había llevado le había aportado mucho mundo sin hacerla caer en la frivolidad, así como un sentido de la trascendencia política poco habitual entre las señoras de su nacionalidad. Consideraba la vida pública como la más noble y absorbente de las vocaciones y, con enorme versatilidad social, combinaba un mismo don para leer libros de leyes y analizar debates. Tanto disfrutaba con esto último que no lamentó sustituir las distracciones de su vida europea, poblada de pintorescas amistades, por la anodina capital midsylvana. Ayudó a Mornway en su lucha por la gobernación como a los hombres les gusta que les ayuden las mujeres: con buen tacto, aspecto impecable, memoria ágil para recordar caras, ingenio para decir la cosa apropiada a la persona apropiada y capacidad para llevar a cabo tareas invisibles y arduas a la sombra de la actividad pública del cónyuge. Pero, por encima de todo, su esposa le ayudaba haciendo su vida doméstica apacible y armónica. Para ser un hombre que se desentendía por completo de su bienestar personal, Mornway era particularmente sensible a las comodidades domésticas. Servicio solícito, cenas en punto, chimeneas con buen fuego y alguna esencia floral en el ambiente… Ese tipo de detalles materiales, que casi se habían convertido en una prolongación de la personalidad de su esposa, en el resultado natural de su proximidad, le resultaban, tras cinco años de matrimonio, tan placenteros como la primera vez que descubrió con asombro su existencia. La señora Nimick llevaba la casa con un estilo brusco y estridente; Ella realizaba la misma tarea de forma sigilosa e imperceptible, y los resultados hablaban a favor de este último método. Aunque ni el gobernador ni su esposa disponían de grandes medios, bajo la dirección de la señora Mornway la casa adoptaba un aire de lujo sobrio que resultaba tan del agrado de su esposo como enojoso para su cuñada. La maquinaria doméstica marchaba como la seda. No había sobresaltos ni deudas ni períodos de carestía en la cocina entre intervalos de pródiga hospitalidad. La rutina casera discurría sobre raíles de placidez y discreta elegancia, tras lo cual sólo el ojo clínico de una buena ama de casa habría podido advertir una progresiva escalada de gastos.

Dicho ojo clínico inspeccionaba en ese mismo instante el entorno del gobernador, y el resultado de dicha exploración quedó de manifiesto en la forma en que la señora Nimick repitió desde el umbral:

—¡Insisto en que no sé cómo lo hace!

Aunque el tono no pasó inadvertido al gobernador, no llegó a inquietarle más de lo que lo habría hecho el zumbido de un insecto aturdido. ¡Pobre Grace! Él no tenía la culpa de que su marido se dedicara a inversiones quiméricas, de que sus hijos no fuesen «satisfactorios» ni de que no le durasen las cocineras. Pero era comprensible que tales circunstancias contrastaran de forma irritante con la paz y la armonía de la vida que él disfrutaba en casa. Y aún compadecía más a su hermana, porque era consciente de que su envidia le impedía acceder a la esencia de la felicidad de la que él gozaba, sabía que ella se quedaba en la antesala de aquellos signos externos de bienestar que tan poco computaban en la suma total de sus placeres. La vida de la

señora Nimick parecía doblemente anodina y miserable cuando uno recordaba que, bajo su pobre superficie, no existían riquezas espirituales que pudiesen compensarla.

2

La guardiana de aquellos tesoros secretos del gobernador interrumpió en ese momento sus cavilaciones. La señora Mornway, radiante tras su paseo matutino, irrumpió en la estancia con ese aire cordial y espontáneo que parecía desprender calidez en torno suyo: guapa, esbelta, cercana, tan moldeada y pulida por una provechosa experiencia vital que cualquier jovenzuela parecía torpe a su lado. Miró a su marido y sacudió la cabeza.

—Me prometiste reservarte la tarde para ti solo y he sabido que ha estado aquí Grace.

—Pobre Grace… No se ha quedado mucho tiempo, y habría sido un desaire no atenderla.

Se retrepó en su sillón, abarcando la atractiva imagen de su esposa, que, de un plumazo, había logrado que se desvaneciera el inquieto fantasma de la señora Nimick.

—Supongo que ha venido a felicitarte, ¿no?

—Sí, y a pedirme que haga algo por Ashford.

—Ah… Para ayudar a Jack. ¿Qué quiere para él?

El gobernador se echó a reír:

—Dijo que tú estabas al tanto del asunto…, que la respaldabas. Parecía creer que tu apoyo garantizaría su éxito.

La señora Mornway sonrió. Su sonrisa, siempre cargada de sutiles implicaciones, denotaba a un tiempo un gesto de ternura hacia su esposo y una discreta burla hacia su hermana.

—¡Pobre Grace! Imagino que la sacaste de su error.

—¿Respecto a tu influencia sobre mí? Le dije que era astronómica en lo que te corresponde.

—¿Y en qué lo es?

—En la elección de cortinas y alfombras. Parece que las nuestras son incluso *demasiado* buenas.

—¡Gracias por el cumplido! ¿Demasiado buenas para qué?

—Para nuestro nivel de vida, supongo. Al menos Grace pareció alarmada.

—¡Pobre Grace! Siempre se preocupa por mí. —Hizo un inciso mientras se quitaba los guantes, pensativa, y, acercándose por detrás, puso sus manos finas y largas sobre los hombros de su esposo—. ¿Así que no crees en Ashford?

Percibiendo que él se sobresaltaba ligeramente, retiró las manos para echar hacia

atrás el velo de su sombrero.

—¿Qué te hace pensar que no creo en Ashford?

—Preguntaba sólo por curiosidad. Por si ya habías decidido algo al respecto.

—No, y no pienso hacerlo en esta semana. Estoy agotado, y quiero abordar la cuestión con la cabeza despejada. Sólo haré una excepción con la cita de Fleetwood, claro.

Ella se apartó de él y empezó a atusarse delicadamente el peinado en el espejo que colgaba sobre la chimenea.

—¿Estás seguro? —preguntó al cabo de un momento.

—¿De George Fleetwood? ¡Y la pobre Grace cree que tú estás al tanto de todas mis cosas! Estoy tan seguro de reelegir a Fleetwood como lo estoy de haber sido elegido yo mismo. Nunca he ocultado que si querían que yo volviese tendrían que nombrarle a él también.

—¡Eres increíblemente generoso! —susurró ella.

—¿Generoso? ¡Qué raro que emplees esa palabra! Fleetwood es mi mejor opción…, el único en quien puedo confiar para que lleve a cabo mis ideas cueste lo que cueste.

Ella meditó sobre aquello, sonriendo vagamente.

—Por eso digo que eres generoso… ¡Cuando pienso cómo te desagradaba hace dos años!

—¿Y qué? Tenía prejuicios contra él, lo admito; o mejor dicho, sentía una desconfianza razonable hacia un hombre con un pasado como el suyo. ¡Pero hay que ver la forma tan espléndida en que ha sabido borrarlo! ¡Menudo expediente ha escrito en la página en blanco que me prometió empezar si le daba la oportunidad! ¿Sabes? —El gobernador se interrumpió riendo con gratas reminiscencias—, me enfadé bastante con Grace cuando insinuó que le habías prometido apoyar a Ashford… Le dije que no aspirabas a hacer de mecenas de nadie. Pero bien podría haberme replicado mi hermana, de haberlo sabido, que fuiste precisamente tú quien me convenció para que le diese dicha oportunidad a Fleetwood.

La señora Mornway se giró con un rubor incipiente.

—Grace…, ¿cómo habría podido enterarse ella?

—De ninguna manera, por supuesto, a no ser que mi cara me traicionase. Pero ¡no te habrás molestado por una broma tan tonta!

—Es sólo que me disgusta la idea preconcebida que Grace tiene de mí como una manipuladora. ¿Por qué habría de pensar ella que yo la ayudaría a apoyar a Ashford?

—¡Oh!, Grace siempre ha sido una conspiradora mediocre e ineficaz, y piensa que todas las demás mujeres están hechas de la misma pasta. En cambio, tú sí que le conseguiste el puesto a Fleetwood, ya lo creo —repitió él con jubilosa insistencia.

—Tenía más fe que tú en la naturaleza humana, eso es todo. —Hizo un inciso y añadió—: Personalmente, siempre me ha resultado más bien antipático, ya lo sabes.

—Oh, jamás he dudado de tu desinterés. Pero no irás ahora a ponerte en contra de

tu candidato, ¿verdad?

Ella vaciló:

—No estoy segura, las circunstancias cambian las cosas. Cuando hace dos años hiciste a Fleetwood fiscal general él era el hombre indiscutible para el cargo.

—Y… ¿es que hay ahora otro mejor?

—No digo que lo haya… No es asunto mío fijarme en eso, en cualquier caso. Lo que quiero decir es que por entonces valía la pena apostar por Fleetwood… Ahora no estoy tan segura.

—Pero, aunque no valiese la pena, ¿qué puedo arriesgar nombrándole ahora? No entiendo lo que quieres decir. Si él no me ha costado mi reelección, ¿qué puede costarme una vez que ya estoy dentro?

—Es una persona tremendamente impopular. Supondrá una lacra para tu buen nombre, y tú nunca has fingido menospreciar ese aspecto.

—No, ni nunca he sacrificado por ello nada que fuese esencial. ¿De verdad me estás pidiendo que renuncie a Fleetwood por ese motivo?

—No te estoy pidiendo que hagas nada… Salvo considerar si él es esencial. Has dicho que estabas extenuado y que querías abordar el tema de los demás nombramientos con la mente despejada. ¿Por qué no aplazas también éste?

Mornway se giró en su sillón y miró con curiosidad a su esposa.

—Esto no tiene más remedio que significar algo, Ella. ¿Qué has oído por ahí?

—Lo mismo que tú, seguramente, sólo que yo he prestado mayor atención. El expediente del que tú te enorgulleces tanto le ha granjeado a Fleetwood muchos enemigos en los últimos dos años. Los de la Compañía del Plomo están decididos a arruinarle, y si se oponen a su reelección tú no saldrás bien parado.

—¿Oponerse a su reelección? ¿La prensa, quieres decir?

Ella no contestó enseguida.

—Ya sabes que al *Espía* se le da de maravilla sabotear una campaña. Y, como bien dices tú mismo, Fleetwood tiene un pasado.

—Que era del dominio público mucho antes de que yo le nombrara. Nadie gana nada hurgando en su antiguo historial político. Todo el mundo sabe que no llegó a mí con las manos limpias, pero para poder atacarle ahora el *Espía* tendría que endosarle un nuevo escándalo, y eso no les resultaría fácil.

—¡Pero les resultaría fácil inventar uno!

—Las acusaciones sin fundamento no significan nada contra un hombre de probada capacidad. Su mejor aval es su expediente de los últimos dos años. Eso es en lo que se fija la gente.

—La gente se fija en lo que denuncia la prensa. Además, tienes que considerar tu propio futuro. Sería una pena sacrificar una carrera como la tuya sólo por apoyar a alguien, incluso a alguien tan válido como Fleetwood. —Hizo una pausa, como cohibida por el incipiente ceño fruncido de su esposo, pero prosiguió con renovado ardor—: Oh, no hablo de ambición personal, pienso en el bien que puedes hacer.

¿Garantizará la reelección de Fleetwood lo mejor para todos si su impopularidad te afecta a ti hasta el punto de obstaculizar tu carrera?

Despejado el frunce de su frente, el gobernador se levantó sin dejar de sonreír:

—Querida, tu razonamiento es admirable, pero debemos dejar que mi carrera cuide de sí misma. Sea lo que sea el día de mañana, hoy por hoy soy el gobernador de Midsylvania y mi deber como gobernador es designar como fiscal general a la persona más idónea para el cargo… Y esa persona es George Fleetwood, a no ser que tengas otro candidato mejor que proponerme.

Ella se tomó esto con ostensible buen humor:

—No, ya te he dicho que eso no es asunto mío. Pero tengo un candidato propio para otra de las oficinas, de manera que Grace no andaba tan equivocada, después de todo.

—Y bien, ¿quién es tu candidato y para qué oficina? ¡Mientras no desees cambiar de cocineras…!

—¡Oh, eso ya lo hago sin tu permiso! Y nunca te darías cuenta. —Ella vaciló y a continuación añadió con exultante franqueza—: Deseo que hagas algo por el pobre Gregg.

—¿Gregg? ¿Rufus Gregg? —preguntó él mirándola perplejo. ¡Qué petición tan inaudita! ¿Qué puedo hacer por un tipo al que he tenido que despedir por falta de honradez?

—No demasiado, tal vez, sé que es difícil. Pero, después de todo, tu despido arruinó su vida.

—Su deslealtad fue la que arruinó su vida. Percibía un buen sueldo como mi taquígrafo personal y, si no hubiese vendido aquellas cartas al *Espía,* aún seguiría percibiéndolo.

Su esposa hizo un gesto desdeñoso con la mano:

—Al fin y al cabo no se demostró nada… Él siempre lo negó todo.

—¡Por el amor de Dios, Ella! ¿Es que alguna vez has dudado de su culpabilidad?

—No…, no. No quiero decir eso. Pero, como es natural, su mujer y sus hijos creen en él y piensan que fuiste cruel, y él lleva ya tanto tiempo sin trabajar que están pasando hambre…

—En tal caso, envíales un poco de dinero. Me sorprende que hayas creído que debías consultarme al respecto.

—No lo habría creído necesario, pero no es dinero lo que quiero. La señora Gregg es orgullosa y resulta difícil ayudarla de esa forma. ¿No podrías darle trabajo a él en lo que sea…, un pequeño puesto en un rincón apartado?

—Mi querida chiquilla, los pequeños puestos en rincones apartados son precisamente aquéllos en los que la honestidad resulta más indispensable. ¡No acecha el ladrón al pie de una farola! Además, ¿cómo puedo recomendar a un hombre al que yo mismo he despedido por hurto? No seré yo quien diga una palabra para impedir que obtenga un empleo, pero, en conciencia, no puedo proporcionarle uno.

Ella calló unos instantes y se dirigió lentamente hacia la puerta sin dar muestras de contrariedad. Pero, ya en el umbral, se tomó el tiempo suficiente para decir:

—¡Sin embargo sí le diste una oportunidad a Fleetwood!

—¿A Fleetwood? ¿Comparas a Fleetwood con Gregg? ¿Al mejor hombre del Estado con un insignificante ladronzuelo de tres al cuarto? ¡Está claro que tienes poca experiencia en esto de enchufar gente, en caso contrario mostrarías más perspicacia!

Ella acogió el comentario entre risas:

—No parece que vaya a poder adquirir mucha experiencia si mi primer intento es un fracaso total. Bueno, veré si la señora Gregg me permite ayudarla un poco… Supongo que no puede hacerse otra cosa.

—Nosotros no. Si Gregg quiere un empleo, será mejor que lo busque entre la plantilla del *Espía*. Les sirvió a ellos mejor que a mí.

3

El gobernador contemplaba la tarjeta con el ceño fruncido. Había transcurrido media hora desde que su esposa subiese a cambiarse para una de las grandes cenas de las que a él le exoneraban sus muchas obligaciones oficiales, y permanecía sentado junto al fuego antes de prepararse para su propia cena en solitario. No esperaba a nadie aquella noche excepto a su viejo amigo Hadley Shackwell, con quien desde hacía años solía comentar sus derrotas y triunfos en la calma posterior a la tempestad. Y Shackwell no aparecería hasta las nueve. La extraña quietud de la habitación y el saber que tenía ante sí una tarde tranquila suscitaban en el gobernador una gozosa sensación de paz. El mundo le parecía un buen sitio en el que estar, y sólo ensombrecía su complacencia el resquemor de que quizá había estado un poco desabrido al rehusar la intercesión de su esposa en favor del taquígrafo. Con oportuna justicia aparecía ahora en su mano la tarjeta del individuo en cuestión y, tras un suspiro, el gobernador dio instrucciones de hacer pasar a Gregg.

Gregg seguía siendo el mismo sinvergüenza de gentiles andares y piel de cordero, y Mornway sintió una profunda repulsión en cuanto lo vio entrar. Pero como no había forma de evitar la entrevista permaneció sentado mientras el otro le exponía su caso.

Según la señora Mornway, el taquígrafo atravesaba graves apuros económicos y estaría dispuesto a aceptar cualquier trabajo que se le ofreciera fuera cual fuese, pero, aunque su aspecto parecía corroborar lo que ella le había dicho, era obvio que la visión del tipo de su propia situación no era tan desesperada. El gobernador descubrió con asombro que tenía puestos los ojos en un empleo de secretario en una de las oficinas del Gobierno, cargo que prácticamente se le había prometido antes del incidente de las cartas. Aducía que la acusación del gobernador, pese a no haber podido probarse, había dañado tanto su reputación que sólo podía aspirar a limpiarla

desempeñando un pequeño puesto en la administración. Después de eso ya no le sería difícil acceder al empleo que quisiese.

Gregg acogió civilizadamente la negativa del gobernador, pero, tras un inciso, comentó:

—No esperaba esto, gobernador. La señora Mornway me dio a entender que podría hacerse algo al respecto.

El tono del gobernador fue terminante:

—La señora Mornway lo lamenta por su esposa y por sus hijos, y por el bien de ellos se alegraría de poder encontrar un trabajo para usted, pero de ningún modo puede haberle hecho creer que había alguna posibilidad de conseguir una secretaría.

—Pues fue exactamente así: me dijo que pensaba que podría arreglarlo.

—Ha malinterpretado usted el interés de mi esposa por su familia. La señora Mornway no tiene nada que ver con la adjudicación de oficinas gubernamentales —le espetó el gobernador, contrariado por tener que aclarar dos veces en un día una realidad tan evidente.

Siguió un minuto de silencio al cabo del cual, en un tono de voz perfectamente tranquilo, Gregg repuso:

—Siempre ha sido usted severo conmigo, gobernador, pero yo no actúo con maldad. Me acusó de vender aquellas cartas al *Espía*…

El gobernador hizo un gesto de impaciencia.

—No pudo probar sus acusaciones —prosiguió Gregg imperturbable—, pero tenía razón respecto a una cosa. Fui confidente del *Espía*. —Hizo una pausa y miró a Mornway, cuyo semblante permanecía impasible—. Todavía sigo siéndolo, y estoy dispuesto a que se beneficie usted de ello si me da la oportunidad de recuperar mi buen nombre.

Pese a su irritación, el gobernador no fue capaz de reprimir una sonrisa.

—En otras palabras, jugará usted sucio a favor mío si yo me comprometo a convencer a la gente de que es usted la personificación de la honradez.

Gregg sonrió a su vez.

—Siempre hay dos maneras distintas de ver las cosas. ¿Por qué no describirlo como un mero ejemplo de dar y recibir a cambio? Yo quiero algo y puedo pagar por ello.

—No en la misma moneda que empleo yo —replicó el gobernador apoyando la espalda contra su sillón.

Gregg vaciló. A continuación añadió:

—Tal vez no tenga usted intención de volver a nombrar a Fleetwood. —Como el gobernador guardaba silencio, él continuó—: Pero si piensa hacerlo, no debería despedirme por segunda vez. No le estoy amenazando… Le hablo como amigo. La señora Mornway ha sido amable con mi esposa y me gustaría ayudarla.

El gobernador se incorporó, agarrando con firmeza el respaldo de su asiento.

—Tenga la amabilidad de dejar el nombre de mi mujer fuera de esta discusión.

Suponía que me conocía usted lo suficiente como para saber que no compro secretos de prensa a ningún precio, ¡y mucho menos con dinero público!

Gregg, que también se había puesto de pie, permaneció a unos cuantos metros de distancia, mirándole de forma inescrutable.

—¿Es ésa su última palabra, gobernador?

—Por supuesto que sí.

—Bien, buenas noches, entonces.

4

Shackwell y el gobernador estaban sentados en torno a la lumbre nocturna. Eran más de las diez, y el criado había retirado el café y los licores, dejando a ambos hombres fumando unos puros. Mornway había vuelto a acomodarse en su sillón y, con los pies estirados hacia delante, miraba plácidamente a su amigo.

Shackwell era un adusto hombrecillo de cincuenta años, de tez amarillenta y pecosa como una pera de invierno, con un bigote mustio y ojos sagaces y melancólicos.

—Me alegro de que te hayas permitido un día de descanso —comentó mirando al gobernador.

—Bueno, no es que me hiciera falta. La victoria conlleva tanta felicidad que nunca me he sentido más descansado.

—Ah, aunque la guerra no ha hecho más que empezar.

—Lo sé…, pero estoy preparado para ella. Te refieres a la campaña contra Fleetwood, supongo. Entiendo que va a desencadenar una bronca enorme. Bueno, él y yo estamos acostumbrados a las broncas.

Shackwell hizo una pausa inspeccionando su puro.

—¿Sabías que el *Espía* quiere encabezar el ataque?

—Sí. Esta tarde me han brindado la oportunidad de echar un vistazo a dicha información.

Shackwell se incorporó, inquieto:

—¿Y te negaste?

Mornway relató el incidente de la visita de Gregg.

—Difícilmente podía comprar mi información a ese precio —dijo—, y además, en esta ocasión el tema le compete a Fleetwood, en realidad. Imagino que ya conoce el informe, pero no parece preocuparle. Creí que se pasaría por aquí hoy para charlar sobre el tema, pero no ha aparecido.

Shackwell acariciaba el puro entre sus dedos amarillentos sin acordarse de encenderlo.

—¿Estás decidido a volver a nombrar a Fleetwood? —preguntó al cabo de un

minuto.

El gobernador respondió al instante:

—¡Eres la cuarta persona que me hace esa pregunta hoy! No habrás perdido la confianza en él, ¿verdad, Hadley?

—¡Ni un ápice! —respondió enfáticamente el otro.

—Bueno, en tal caso, ¿en qué estáis pensando todos para creer que puede intimidarme un poco de prensa? Además, si Fleetwood no está acobardado, ¿por qué habría de estarlo yo?

—Porque te verás involucrado en el asunto junto con él.

El gobernador se echó a reír.

—¿Qué tienen ahora en mi contra?

Poniéndose en pie, Shackwell se colocó delante de su amigo en actitud grave.

—Que Fleetwood compró su nombramiento hace dos años.

—Ah… ¿Que me lo compró a mí, dices? ¿Y por qué no salió a la luz en su momento?

—Porque entonces no se sabía. Se ha descubierto recientemente.

—¿Se ha sabido…, se ha descubierto? ¡Esto es genial! ¿Cuál fue mi precio y qué hice con el dinero?

Shackwell paseó la mirada por la habitación y volvió a fijarla en el rostro de Mornway.

—Mira, John, Fleetwood no es el único hombre en el mundo.

—¿El único hombre?

—El único fiscal general. El *Espía* tiene detrás a la Compañía del Plomo, así como los medios para presentar una batalla salvaje. La mala reputación no se restituye fácilmente y…

—Hadley, ¿es esto una conspiración? Me estás diciendo lo mismo que me ha dicho Ella esta tarde.

Un silencio se instaló entre ambos cuando surgió el nombre de la señora Mornway. El gobernador se rebulló incómodo en su sillón.

—No estarás aconsejándome que le dé la patada a Fleetwood porque el *Espía* pueda acusarme de haberle vendido su primer nombramiento… —dijo al cabo de un rato.

Shackwell exhaló un hondo suspiro.

—Tú mismo has dicho que la señora Mornway te aconsejó lo mismo esta tarde.

—Bueno, ¿y qué? ¿Es que crees que mi mujer asig…? —El gobernador se interrumpió con una carcajada nerviosa.

Apoyado contra la chimenea, Shackwell miraba las brasas.

—Yo no he dicho que el *Espía* se proponga acusarte a ti de haberle vendido el cargo.

Mornway se incorporó lentamente, con los ojos fijos en la cara vuelta de su amigo. Las cenizas caían de su puro formando un pequeño reguero sobre la alfombra

que había suscitado la envidia de la señora Nimick.

—La asignación de cargos es potestad mía. Si yo no vendí ninguno, ¿quién lo hizo? —le requirió.

Shackwell le puso una mano en el brazo.

—Por el amor de Dios, John…

—¿Quién lo hizo? ¿Quién? —repitió violentamente el gobernador.

Los dos hombres se encontraban frente a frente en el silencio de la fastuosa estancia, en penumbra tras las cortinas echadas. La mirada de Shackwell vagaba otra vez en derredor, como incitando a las paredes a facilitar una respuesta. Acto seguido, dijo:

—Tengo información fidedigna de que el *Espía* no hablará si no nombras a Fleetwood.

—¿Y qué dirá si lo nombro?

—Que él le compró su primer nombramiento a tu esposa.

El gobernador permaneció callado, inmutable, mientras la sangre ascendía lentamente desde su cuello hasta sus sienes. Rió una vez de forma extemporánea, para después tensar los labios y quedarse absorto en las llamas. Al rato miró la punta de su cigarro y sacudió con cuidado el cono de cenizas dentro de la chimenea. Acababa de volverse hacia Shackwell cuando se abrió la puerta y el mayordomo anunció:

—El señor Fleetwood.

A Shackwell empezó a darle vueltas la habitación y cuando vino a recobrarse del vahído, Mornway avanzaba lentamente con la mano extendida para recibir a su invitado.

Fleetwood era más bajo que el gobernador, un hombre recio y robusto cuyo rostro derrochaba hosca energía, y que parecía impulsarse por la fuerza de sus rasgos prominentes, como si éstos fuesen el arma con la que se abría paso en el mundo. Vestía traje de etiqueta, escrupulosamente elegido, pero se le veía pálido y tenso. Mornway parecía el más sereno de los dos.

—Pensaba que vendrías antes —dijo.

Fleetwood correspondió a su apretón de manos y estrechó también la de Shackwell.

—Sabía que necesitabas estar solo. No pensaba haber venido esta noche, pero quería hablar contigo de un asunto.

Al oír esto, Shackwell, que se había replegado en un rincón, hizo ademán de marcharse, pero el gobernador le detuvo.

—No tenemos secretos para Hadley, ¿no es cierto, Fleetwood?

—Desde luego que no. Me alegra que se quede. Sólo he venido a decir que he estado pensando en mis planes futuros y que creo que no me será posible continuar en el cargo.

Siguió una larga pausa, durante la cual Shackwell no dejó de observar a

Mornway. El gobernador se había puesto lívido, pero cuando habló su voz sonó decidida y firme.

—No me esperaba esto —dijo.

Fleetwood, apoyado sobre una silla de respaldo alto, palpaba su repujado ornamental con dedos inquietos.

—Sí…, es inesperado. Yo…, existen diversos motivos.

—¿Y uno de tus temores tiene que ver con lo que pueda llegar a publicar el *Espía*?

El fiscal general se sonrojó profusamente y se alejó unos pasos.

—Estoy harto de calumnias —murmuró.

—¡George Fleetwood! —exclamó Mornway. Se había acercado a su amigo y ambos permanecieron mirándose las caras, desentendidos ya de la presencia de Shackwell.

—No es sólo eso, claro está. He estado trabajando en exceso. Mi salud se ha resentido…

—¿Desde ayer?

Fleetwood esbozó una sonrisa forzada.

—Mi querido amigo, ¡eres un explotador! ¿No tiene uno derecho a descansar?

—No un soldado en vísperas de la batalla. Nunca antes me habías fallado.

—Y no quiero fallarte ahora. Pero no estamos en víspera de la batalla… Tú estás inmerso en ella, y eso es lo que importa.

—Lo que importa en este momento es que me prometiste estar a mi lado, y que quiero saber el verdadero motivo que tienes para romper tu palabra.

Fleetwood hizo un gesto de protesta.

—Mi querido gobernador, si tú supieras… Te estoy haciendo un favor retractándome.

—Un favor…, ¿por qué?

—Porque me detestan…, porque la Compañía del Plomo quiere mi sangre y querrá también la tuya si me nombras.

—¡Ah!, ésa es la verdadera razón, entonces… ¿Tienes miedo del *Espía*?

—¿Miedo…?

El gobernador prosiguió con deliberada aspereza.

—Es obvio, en tal caso, que sabes lo que se proponen argumentar.

Fleetwood se echó a reír.

—¡No hace falta saberlo para intuir que será abominable!

—¿A quién le importa lo abominable que sea si no es cierto?

Fleetwood se encogió de hombros y guardó silencio. Desde un sillón apartado, Shackwell emitió un murmullo de protesta, pero ninguno le hizo caso. El gobernador permanecía plantado frente a Fleetwood, con las manos en los bolsillos.

—¿Es verdad, entonces?

—¿Si es verdad qué?

—Lo que se propone publicar el *Espía*…, que compraste la influencia de mi esposa para tu primer nombramiento.

En medio del silencio, Shackwell se puso bruscamente en pie. Sonaron las ruedas de un carruaje perturbando la paz de la calle, se le oyó detenerse y acto seguido bordear la rotonda de acceso a la entrada de la residencia oficial.

—¡John! —avisó Shackwell.

El gobernador se volvió con gesto impaciente, se escucharon los pasos de un criado en el recibidor, seguidos de la apertura y cierre de la puerta de entrada.

—¡Tu esposa…, la señora Mornway! —exclamó alarmado Shackwell.

Más pasos, acompañados de rumor de faldas, se aproximaban a la biblioteca.

—¿Mi esposa? ¡Que pase!

5

Ella apareció ante ellos con un deslumbrante vestido de noche, con cierto esplendor retenido en su aspecto, como la gota de una fuente súbitamente convertida en hielo. Dirigió una mirada fugaz a uno y a otro, mientras Shackwell se deslizaba tras ella para cerrar la puerta.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó.

Shackwell empezó a hablar, pero el gobernador intervino con aplomo.

—Fleetwood ha venido a decirme que no desea permanecer en el cargo.

—¡Ah! —murmuró ella.

Se produjo un nuevo silencio, que Fleetwood rompió diciendo:

—Se hace tarde. Si quieres verme mañana…

El gobernador escrutó su semblante y, a continuación, el de Ella.

—Sí, mejor vete ahora —dijo.

Shackwell, tras los pasos de Fleetwood, se dirigió también hacia la puerta. La señora Mornway continuaba con la cabeza erguida, sonriendo débilmente. Estrechó las manos de ambos. A continuación se acercó hasta el sofá y soltó allí su flamante abrigo. Todos sus gestos eran pausados y gráciles, pero, al levantar la mano para desabrocharse la chaqueta, su esposo dejó escapar una repentina exclamación:

—¿De dónde has sacado esa pulsera? No la recuerdo.

—¿Ésta? —Ella lo miró atónita—. Era de mi madre. No me la pongo muy a menudo.

«¡Ay…! Ahora voy a sospechar de todo», se lamentó él.

Se dio la vuelta y se dejó caer cabizbajo en la silla que había ante su escritorio. Deseaba recuperar el control, interrogarla, llegar hasta el fondo de la abominable sima sobre la que planeaba su imaginación. Pero ¿con qué objeto? ¿Qué importaban los hechos? Sólo tenía que reunir sus recuerdos, y éstos le conducían directamente a

la verdad. Todos los incidentes de la mañana parecían un mismo dedo acusador apuntando en una única dirección, desde la alusión de la señora Nimick a las adamascadas cortinas de importación a la confiada petición de Gregg de ser readmitido.

«Si crees que es mi esposa la que hace los nombramientos por mí…», se escuchó repetir a sí mismo ridículamente, y parecía como si su voz reverberase en las risas reprimidas de su hermana y de Gregg. Escuchó a Ella levantarse del sofá y alzó bruscamente la cabeza.

—¡Quédate ahí sentada! —ordenó. Ella volvió a sentarse sin decir palabra, y él apartó el rostro una vez más. Los meses, los años pasados danzaban como en un aquelarre en torno a él. Ahora recordaba mil detalles significativos… «¡Oh, Dios!», gimió para sí, si al menos ella no le mintiese al respecto… Recordó de pronto cómo había compadecido a la señora Nimick por no ser capaz de acceder a la esencia última de la felicidad que él disfrutaba. ¡Esas mismas palabras había empleado! Se oyó a sí mismo riendo en voz alta. Sonó el reloj…, y siguió sonando de manera interminable. Al cabo de un rato sintió que su mujer volvía a levantarse diciendo con repentina autoridad:

—John, dime qué pasa.

Con autoridad… Ella le hablaba con autoridad. Volvió a darle la risa y a través de sus carcajadas escuchó el ininteligible sonido de sus propias palabras: «Si crees que es mi esposa la que hace los nombramientos por mí…».

Alzó la mirada desolado y vio a Ella frente a él. ¡Si al menos no le mintiera!

—Ya has visto lo que ha pasado.

—Supongo que alguien te ha contado lo del *Espía*.

—¿Quién te lo ha dicho? ¿Gregg? —la interpeló él.

—Sí —dijo ella con calma.

—¿Ese es el motivo por el que querías…?

—¿Por el que quería ayudarle? Sí.

—¡Oh, Dios!… ¿No quería dinero?

—No, no quería dinero.

Él permaneció sentado y en silencio, observándola, advirtiendo con morbosa minuciosidad el exquisito acabado de su vestido, ese acabado que parecía formar parte de ella misma, hasta el punto de que nunca antes se le había ocurrido que se tratase sólo de un accesorio que podía comprarse con dinero. ¡Tenía tan poca idea de lo que costaban los vestidos de las mujeres! Se perdió un instante en vagas especulaciones al respecto. Finalmente dijo:

—¿Por qué lo hiciste?

—¿Por qué hice qué?

—Aceptar dinero de Fleetwood.

Al cabo de una pausa de unos cuantos segundos ella dijo:

—Si me dejaras explicar…

Entonces Mornway cayó en la cuenta de que había esperado que ella lo desmintiera todo. Una opresiva oscuridad se abatió sobre él, sintió que le costaba respirar. A continuación, obligándose a ponerse en pie, dijo:

—¿Fue amante tuyo?

—Oh, no, no… ¡No! —exclamó ella con rotundidad. Mornway apenas podía dilucidar si la tiniebla estaba despejándose o si se volvía más densa. Su predisposición a creerla le desconcertaba más aún. De repente advirtió que ella continuaba hablando, y empezó a escucharla, captando una frase aquí y allá entre el fragor de sus propios pensamientos.

Sus explicaciones podrían resumirse en que, justo después de la primera elección de su esposo, cuando el grupo de partidarios de Fleetwood respaldaban en vano su candidatura a la fiscalía general, la señora Mornway coincidió casualmente con él en un par de cenas. Un día, en virtud de dichos encuentros, él se presentó en su casa y le preguntó abiertamente si no podría ayudarle con su marido. Le confesó todo acerca de su pasado pero adujo que, bajo el mando de un hombre como Mornway, creía poder borrar sus pecados políticos y redimirse a sí mismo al tiempo que servía al partido. Ella sabía que el partido necesitaba talentos como el suyo, y creyó en él… Estaba convencida de que cumpliría su palabra. Habría hablado en su favor de manera incondicional…, habría empleado toda su influencia para vencer los prejuicios de su marido, y fue sólo por casualidad, en el transcurso de una de aquellas conversaciones, cuando inesperadamente le dio él un «incentivo» (sus contactos del pasado aún le eran útiles para cosas así); «incentivo» que ella, en vista de las apremiantes deudas adquiridas en la elección de Mornway, no había tenido el valor de rechazar. Fleetwood la había hecho ganar algún dinero, en efecto…, unos treinta mil dólares. Ella le devolvió lo que él le había prestado y no hubo después entre ellos más transacciones similares. Pero, al parecer, antes de ser despedido, Gregg se había apoderado de un talonario donde se recogía parte de la historia y había terminado atando cabos con ayuda de un empleado de la oficina de Fleetwood. El *Espía* disponía ahora de dicha información, pero no haría uso de ella si Fleetwood no resultaba elegido, puesto que la Compañía del Plomo no albergaba enemistad personal alguna contra Mornway.

Ahí concluía su historia. La señora Mornway permaneció sentada y en silencio mientras él continuaba con la vista clavada en ella. Había perdido tanto en el naufragio de su confianza que no le concedía demasiado valor a lo que pudiese quedar de ella. Poco importaba que él la creyese cuando la verdad era tan sórdida. Después de todo, más allá de lo que había percibido la señora Nimick, no había nada por lo que él pudiese ser envidiado: la esencia de su vida era tan miserable y desdichada como la de su hermana…

—John… —dijo ella, poniendo una mano sobre su hombro.

Él alzó hacia ella una mirada de derrota:

—Será mejor que te retires a dormir —la interrumpió.

—No me mires de ese modo. Estoy preparada para que te enojes conmigo… Cometí un tremendo error y asumiré mi castigo, el castigo que quieras infligirme. Pero antes debes pensar en ti mismo, debes escapar tú del daño. ¿Por qué estás tan descorazonado? ¿No entiendes que, habiéndose comportado el señor Fleetwood de forma tan correcta, estamos bastante seguros? Y te juro que le he devuelto hasta el último penique.

6

Tres *días* después Shackwell fue convocado por teléfono a la oficina del gobernador en el Capitolio. Durante dicho tiempo no habían mantenido ningún tipo de contacto, y los periódicos se habían mantenido en silencio o evasivos.

En el vestíbulo, Shackwell se encontró con Fleetwood, que salía del edificio. Por un instante pareció que el fiscal general iba a hablarle, pero finalmente saludó con una inclinación de cabeza y pasó de largo, dándole a Shackwell la impresión de que, más que nunca, proyectaba el rostro hacia delante como una flecha.

El gobernador se encontraba sentado ante su escritorio a la clara luz del sol otoñal. Comparado con Fleetwood, se le veía relajado y resuelto, pero el semblante que le mostró a su amigo conservaba una pálida mirada convaleciente. Con súbita preocupación, Shackwell se preguntó si él y Fleetwood habrían estado juntos.

Sin decir palabra se quitó el abrigo, y cuando se giró de nuevo hacia Mornway se sobresaltó al comprobar que éste le observaba sonriendo.

—Me alegra verte, Hadley —dijo el gobernador.

—He esperado a que me mandases llamar. Sabía que cuando me necesitaras me lo harías saber.

—No te he mandado llamar antes a propósito. De haberlo hecho, podría haberte pedido consejo, y no quería más consejo que el mío. —El gobernador hablaba con seguridad, pero tal vez con una voz excesivamente firme para ser natural—. He pasado tres días reunido conmigo mismo —prosiguió—, y ahora que todo está zanjado quiero que me hagas un favor.

—Claro —asintió Shackwell. Los detalles íntimos del asunto aún continuaban para él envueltos en misterio, pero ni por un momento había albergado dudas respecto a cuál sería su solución pública, por lo que no le fue difícil barruntar el tipo de favor que habría de hacer. Aunque su corazón se dolía sinceramente por Mornway, se alegraba de que el paso inevitable se diera sin más dilación.

—Todo está zanjado —repitió—, y quiero que le comuniques a la prensa que he decidido reelegir a Fleetwood.

Shackwell saltó de su silla.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó.

—He reelegido a Fleetwood —recalcó el gobernador— porque en el actual estado de cosas él es la única persona apta para el cargo. El trabajo que iniciamos juntos no ha concluido, y no puedo terminarlo sin él. Acuérdate de los frentes abiertos en la investigación de la Compañía del Plomo… Él, y nadie más, sabe en qué dirección van. Debemos proseguir con esas averiguaciones, cueste lo que cueste, así que te he llamado para que lleves esta carta al *Espía*.

La mano de Shackwell se resistía a tomar el sobre que le tendía.

—Dices que no quieres mi consejo, pero no pretenderás que cumpla esta misión con los ojos cerrados. ¿A dónde demonios quieres ir a parar? Indudablemente Fleetwood insistirá en renunciar.

Mornway sonrió.

—Sí, insistió…, durante tres horas. Pero cuando se marchó de aquí hace un rato me dio su palabra de aceptar.

Shackwell emitió un gemido:

—En ese caso me enfrento a dos locos en vez de a uno.

El gobernador se echó a reír.

—Mi pobre Hadley, eres peor de lo que pensaba. Creía que me comprenderías.

—¿Comprenderte? ¿Cómo iba a hacerlo, por todos los santos, cuando ni siquiera comprendo la situación?

—¿La situación…, la situación? —repitió Mornway en voz queda—. ¿Cuál? ¿La suya o la mía? Yo tampoco la comprendo… No he tenido tiempo de pensar mucho en ello.

—¿En qué diablos has estado pensando entonces?

El gobernador se levantó para dirigirse a la ventana, a través de la cual y por encima de la loma de los jardines del Capitolio, los tejados y los capiteles de la ciudad proyectaban su vaporosa silueta contra el cielo claro.

—En todo lo demás —respondió—. En todo salvo en Fleetwood y en mí mismo.

—Ya… —murmuró Shackwell.

Mornway se dio la vuelta y se dejó caer en su sillón.

—¿Es que no ves que es de eso justamente de lo que tenía que ocuparme? Se mire como se mire, ¡el Estado…, el país es muy grande y hay otros muchos huecos que llenar! Mis paredes se me quedaron pequeñas, así que me vi obligado a salir fuera. No puedes hacerte idea de cómo se simplificaron enseguida las cosas. Todo cuanto tuve que hacer fue decirme a mí mismo: «Adelante, haz lo mejor por tu país». El aspecto personal simplemente no existía.

—Sí… ¿Y entonces?

—Entonces durante tres días le di vueltas a este asunto de la fiscalía general. No percibía que nada hubiese cambiado… ¿Cómo iba a verse afectado el tema por *mis* sentimientos? Fleetwood no ha traicionado al Estado. No hay ni una mácula en su expediente público… Sigue siendo el mejor hombre para el puesto. Mi deber es designar al mejor hombre que encuentre, y no encuentro a ninguno mejor que

Fleetwood.

—Pero… pero… ¿y tu mujer?

El gobernador alzó la vista sorprendido. Shackwell habría jurado que, efectivamente, se había olvidado del aspecto personal.

—Mi esposa está dispuesta a asumir las consecuencias.

Shackwell volvió a su inicial escepticismo.

—Pero ¿y Fleetwood? Fleetwood no tiene derecho a sacrificar…

—¿A sacrificar a mi mujer por el Estado? Oh, cuidado con las palabras grandilocuentes. También Fleetwood estuvo tentado de hacer uso de ellas al principio, pero me las arreglé para hacerle recuperar el sentido de la proporción. Le hice ver que ahora nuestras vidas privadas apenas ocupan un par de metros cuadrados y que, en verdad, para respirar con libertad uno debe despojarse de ellas y lanzarlas al aire. —Se interrumpió y prosiguió con súbita vehemencia—: ¡Por Dios, Hadley!, ¿es que no entiendes que Fleetwood debía obedecerme?

—Sí… Entiendo lo que dices —replicó Shackwell con renovada terquedad—. Pero si has llegado tan alto llevándole a él contigo me parece que, desde esa privilegiada posición, deberíais ser capaces de ver más claramente lo insensato de vuestra postura. Dices que has tomado la determinación de sacrificar tus sentimientos y los de tu esposa…, pero no estoy tan seguro de tu derecho a decidir por ella en este asunto. ¿Y si sacrificas también al partido y al Estado en este intento trascendental tuyo de distinguir entre honor público y privado? Tendrás que contestarme a eso antes de pedirme que entregue esta carta.

El gobernador no se amilanó ante el ataque.

—Creo que la carta te proporcionará la respuesta —contestó sin alterarse.

—¿La carta?

—Sí. Contiene algo más que la notificación del nombramiento de Fleetwood. —Mornway hizo un inciso y se quedó mirando fijamente a su amigo—. Te asusta que pueda haber una investigación, una acusación por prevaricación. Bien, pues la carta se anticipa a dicha posibilidad.

—¿Cómo, por todos los santos?

—Exponiendo abiertamente los hechos. Mi esposa me ha dicho que, en efecto, aceptó un préstamo de Fleetwood. Éste realizó algunas especulaciones con ese dinero a favor de ella y consiguió una suma considerable, de la cual ella le reembolsó el préstamo. La acusación del *Espía* es cierta. Si se pudiese probar que mi esposa me persuadió para nombrar a Fleetwood, se podría aducir que ella le vendió el nombramiento. Pero eso no se puede probar, y el *Espía* no malgastará energías en intentarlo porque mi declaración dejará sin veneno sus argumentos. Me propongo anticiparme a su ofensiva exponiendo los hechos claramente en sus columnas, y pidiéndole al público que juzgue. Por un lado, está la circunstancia privada de que mi esposa aceptó un préstamo de Fleetwood sin mi conocimiento, justo antes de que yo le nombrara para un puesto importante; por otro lado están su expediente público y el

mío. Quiero que la gente sopese ambos aspectos y que decida por sí misma, pero no ante los focos sensacionalistas de una denuncia de prensa, sino a la luz diáfana del sentido común. Por lo general, los cargos contra la moral privada de un personaje público se producen en medio de tal fragor de titulares y de nubarrones de difamación que es imposible que pueda hacerse oír la voz que el aludido eleva en su defensa. En este caso quiero que el público escuche lo que tengo que decir antes de que empiecen los bramidos. Mi carta deshinchará el aire de las velas del *Espía*, y si el veredicto sale en mi contra, el asunto se habrá solventado por sus propios méritos, y no por el dictamen de los artífices del sensacionalismo. Aun en el caso de que no consiga mi propósito, sería bueno que, por una vez, el público pueda meditar sin apasionamientos hasta qué punto debería permitirse que una calamidad en el ámbito privado repercuta en una carrera de probada utilidad pública. Al menos, el próximo que tenga que pasar por lo que estoy pasando yo me estará agradecido, aunque sea el único.

Shackwell permaneció unos instantes sentado y en silencio, con el eco de estas últimas palabras resonando en sus oídos. De repente se levantó, extendió la mano y dijo:

—Dame esa carta.

El gobernador contestó solícito con un brillo en los ojos:

—¿De acuerdo, entonces? ¿La entregarás?

Shackwell le devolvió una mirada de triste incertidumbre.

—Creo que estoy delante de un formidable suicida, pero es la clase de muerte que a mí mismo no me importaría tener.

Se puso el abrigo sin más y se metió la carta en uno de los bolsillos, pero, cuando ya se encaminaba hacia la puerta, el gobernador le llamó en tono festivo:

—Por cierto, Hadley, ¿no dais tú y la señora Shackwell una recepción mañana?

Shackwell se detuvo en seco, sobresaltado.

—Creo que sí… ¿por qué?

—Porque si hay sitio para dos más, a mi mujer y a mí nos gustaría asistir.

Shackwell asintió con un gesto de cabeza y se dio la vuelta sin responder. Cuando abandonó el vestíbulo y salió a la radiante luz crepuscular, observó una victoria que ascendía por la amplia avenida de acceso al Capitolio y se detenía en la rotonda central. Él bajaba la escalinata y la señora Mornway, envuelta en pieles, se inclinó para saludarle.

—Vengo a buscar a mi esposo —anunció risueña—. Me prometió que terminaría a tiempo para dar un paseo por el parque antes de cenar.

EL VEREDICTO

Siempre pensé que, aunque buen tipo, Jack Gisburn era un genio mediocre, por lo que no me sorprendió enterarme de que había abandonado la pintura en la cima de su gloria, que se había casado con una viuda rica y se había establecido en la Riviera. (A mi entender, Roma o Florencia habrían sido más idóneas).

«La cima de su gloria…», así lo expresaban las mujeres. Me parecía estar oyendo a la señora de Gideon Thwing, su última modelo en Chicago, deplorando su inexplicable abdicación. «Indudablemente mi retrato se revalorizará, pero yo no pienso en eso, señor Rickham… En lo único que puedo pensar es en la pérdida que supone para el Arrrrte». En labios de la señora Thwing la palabra multiplicaba sus erres como si se reflejaran sobre un infinito paisaje de espejos. Y no eran exclusivamente señoras Thwing quienes lamentaban tamaña pérdida. ¿Acaso no se había detenido junto a mí, ante las *Bailarinas bajo la luna*, de Gisburn, durante la última exposición en la Galería Grafton, la sofisticada Hermia Croft para comentar con los ojos arrasados de lágrimas que «ya no volveremos a ver algo así»?

Pero… incluso a través del prisma de las lágrimas de Hermia, me sentía capaz de abordar el asunto de forma ecuánime. ¡Pobre Jack Gisburn! Las mujeres lo habían creado, era natural que le llorasen. Entre los de su propio sexo se escucharon escasos lamentos, y entre sus compañeros de profesión, apenas un murmullo. ¿Celos profesionales? Tal vez. Por si acaso, el honor corporativo fue convenientemente defendido por el enjuto Claude Nutley, que, con su mejor voluntad, escribió en el *Burlington* un bonito «obituario» sobre Jack —uno de esos artículos rimbombantes, saturado de arbitrarios tecnicismos que también he escuchado (no diré a quién) en relación a la pintura de Gisburn—. Así pues, como su veredicto parecía incontestable, la polémica fue languideciendo gradualmente y, tal como había vaticinado la señora Thwing, se disparó el precio de los Gisburn.

No fue hasta tres años después, en el transcurso de unas semanas de vacaciones en la Riviera, cuando de repente se me ocurrió preguntarme por qué habría abandonado Gisburn la pintura. Bien pensado, era un enigma inquietante. Lo más fácil habría sido culpar a su esposa…, pero ni siquiera ese consuelo les quedó a sus clientas. No pudieron afirmar que la señora Gisburn lo hubiese «retirado», pues la

señora Gisburn como tal no existió hasta casi un año después de que Jack hubiese tomado su decisión. A él le gustaba vivir con comodidad, por lo que era bastante posible que se hubiese casado porque no quería seguir pintando. Por el contrario, era difícilmente demostrable que hubiese dejado la pintura por haber contraído matrimonio.

Aunque su mujer no había contribuido a retirarle, resultaba evidente que tampoco había logrado «relanzarle», como argumentaba la señorita Croft… No había sabido devolverle al caballete. Poner de nuevo el pincel en su mano…, ¡qué vocación para una esposa! La señora Gisburn, sin embargo, parecía haberla desdeñado… Y a mí me parecía que podía ser interesante descubrir el motivo.

La vida ociosa en la Riviera se presta a este tipo de lucubraciones intelectuales, y habiendo vislumbrado entre los pinares las terrazas porticadas de Jack cuando me dirigía a Montecarlo, me las arreglé para plantarme allí al día siguiente.

Encontré a la pareja tomando el té bajo las palmeras, y la bienvenida de la señora Gisburn fue tan cálida que seguí disfrutándola durante las semanas posteriores. No es que mi anfitriona fuese «interesante», en cuyo caso no habría tenido más remedio que darle la razón a la señorita Croft. Era precisamente porque no era interesante (si se me permite el desvarío) por lo que a mí me lo parecía. Y es que Jack había estado toda su vida rodeado de mujeres interesantes: ellas habían promovido su arte, el cual terminó de florecer en el invernadero de la adulación femenina. Resultaría curioso, por tanto, verificar el efecto que sobre él estaba teniendo «aquel empobrecedor ambiente de mediocridad» (cito textualmente a la señorita Croft).

He mencionado que la señora Gisburn era rica, y se percibía de forma inmediata que dicha circunstancia suscitaba en su marido una sutil pero definitiva satisfacción. Por regla general, es precisamente la gente que desprecia el dinero la que más se beneficia de él, y el elegante desdén de Jack hacia la fortuna de su esposa le permitía invertirla en arte y en artículos de lujo sin perder sus educadas maneras. Hacia los segundos, debo añadir, Jack mostraba relativa indiferencia. Sin embargo, adquiría bronces del Renacimiento y pintura del siglo XVIII con una discriminación a la altura de los más desahogados recursos.

«El dinero sólo se justifica si hace circular la belleza», fue uno de los axiomas que él mismo dejó caer sobre la plata y la porcelana de Sèvres de una mesa primorosamente dispuesta para el almuerzo, cuando, al día siguiente, me acerqué de nuevo a visitarles desde Montecarlo. Mirándole con arrobo y para ayudarme a comprender, la señora Gisburn había añadido: «Jack es morbosamente sensible hacia cualquier forma de belleza».

¡Pobre Jack! Su destino era hacer que las mujeres dijesen de él cosas semejantes: aquello debería constar como atenuante. Lo que me sorprendió en aquella ocasión fue que, por primera vez, a él le molestase el tono. Le había visto tantas veces regodearse con cumplidos similares… ¿Era el tono conyugal lo que le impedía disfrutar ahora de ellos? No…, porque, por extraño que pueda parecer, era obvio que apreciaba a la

señora Gisburn… Tanto como para no reparar en su absurdez. Era su propia absurdez la que le provocaba una mueca de disgusto…, su propia actitud como objeto de laureles e incienso.

«Querida, desde que abandoné la pintura nadie dice esa clase de cosas sobre mí… Se dicen sobre Victor Grindle…», fue su única protesta, al tiempo que se levantaba de la mesa y se alejaba hacia la asoleada terraza.

Me quedé mirándole, impresionado por sus últimas palabras. Victor Grindle se estaba convirtiendo, ciertamente, en el hombre del momento… Como el propio Jack había sido, por así decirlo, el hombre del instante. Se decía que el joven artista se había formado a los pies de mi amigo, y me preguntaba si tras la enigmática renuncia de éste no subyacía una ráfaga de envidia. Pero no… Porque los Grindle comenzaron a exponerse en las salas rosadas de Dubarry tras haberse producido tal renuncia.

Me volví hacia la señora Gisburn, que se demoraba en el comedor dándole un terrón de azúcar a su spaniel.

—¿Por qué dejó Jack la pintura? —le pregunté abruptamente.

Ella alzó las cejas con un atisbo de desenfadada sorpresa.

—¡Oh!, ahora no *tiene por qué* hacerlo, ya sabes, y quiero que disfrute de su tiempo. —Se limitó a contestar.

Contemplé la espaciosa habitación de paneles blancos en la que me encontraba, con sus jarrones *famille-verte*[22] a tono con las pálidas cortinas adamascadas y sus pinturas al pastel del siglo XVIII en sus desvaídos marcos.

—¿También ha dejado de pintar para sí mismo? No he visto ningún cuadro suyo aquí.

Una fugaz sombra de vacilación atravesó el apacible semblante de la señora Gisburn.

—Es todo por su ridícula modestia, ¿entiendes? Dice que no son adecuados para nuestra casa. Se ha deshecho de todos excepto de uno, de mi retrato… Y ése quiere que lo tenga arriba.

Su ridícula modestia…, ¿Jack modesto sobre sus cuadros? Mi curiosidad crecía como la mata de haba. En tono persuasivo, le dije a mi anfitriona:

—¿Sabes qué? Tengo que ver ese retrato.

Casi temerosa, dirigió una mirada a la terraza donde su marido, arrellanado en una silla con parasol, había encendido un puro y colocaba entre sus rodillas la cabeza del podenco ruso.

—Bueno, ven, ahora que no nos ve —dijo con una risa que trataba de ocultar su nerviosismo. Y seguí sus pasos entre los emperadores de mármol del recibidor, y por la amplia escalera adornada con impávidas ninfas de terracota que asomaban entre las flores de los rellanos.

En el rincón más umbrío del vestidor de la señora Gisburn, entre la profusión de delicados y selectos objetos, colgaba uno de los famosos lienzos ovales, enmarcado con las consabidas guirnaldas. ¡La mera visión del marco traía a la memoria el pasado

entero de Gisburn!

La señora Gisburn corrió las cortinas, retiró una jardinera rebosante de azaleas de color rosa y comentó al tiempo que apartaba un sillón:

—Desde aquí podrás verlo mejor. Yo lo había colgado sobre la chimenea, pero él no quiso que se quedase allí.

Sí, *podía verlo*, ¡el único retrato de Jack que tenía que contemplar realizando un esfuerzo! Generalmente, sus cuadros gozaban de lugares de honor… En el panel central de una sala Dubarry de suaves tonos amarillos o rosas, por ejemplo, o sobre un caballete monumental colocado de forma que recibiera la luz a través de cortinas de antiguo encaje veneciano. En este entorno más modesto, el cuadro destacaba más. Pese a ello, a medida que mis ojos se habituaban a la media luz, se iban revelando los familiares rasgos: las vacilaciones disfrazadas de audacia, los trucos de prestidigitación mediante los cuales, y con ayuda de consumada técnica, se las ingeniaba el artista para desviar la atención de lo principal y centrarla en algún bonito detalle irrelevante. La señora Gisburn (de por sí insípido motivo de inspiración que se contagiaba al alma de su propio retrato) había contribuido en gran medida a resaltar el falso virtuosismo. El cuadro era uno de los más «agresivos», como lo habrían definido sus admiradores, de Jack. En él se apreciaban músculos prominentes, venas congestionadas y un equilibrio vacilante e impostado que recordaba los histriónicos esfuerzos con que los payasos de circo fingen levantar una pluma. En síntesis, el cuadro cumplía las expectativas de la mujer bella que, harta de parecer «delicada», aspira a ser retratada de forma «agresiva», pero que, al mismo tiempo, no desea perder un átomo de dicha delicadeza.

—Es el último que pintó, ¿sabes? —dijo la señora Gisburn con comprensible orgullo—. El penúltimo —rectificó—, pero ese otro no cuenta porque lo destruyó.

—¿Lo destruyó? —Me disponía a insistir en ello cuando escuché unos pasos y vi al propio Jack en el umbral.

Allí de pie, con las manos en los bolsillos de su batín de terciopelo y el fino cabello castaño peinado hacia atrás, despejado de la pálida frente, con las bronceadas mejillas fruncidas por la sonrisa que le curvaba las puntas de su espléndido bigote, percibí hasta qué punto se beneficiaba él de la misma cualidad de sus cuadros: la de parecer más listo de lo que era.

Su mujer le miró en actitud afligida, pero los ojos de Gisburn la ignoraron para posarse sobre el retrato.

—El señor Rickham deseaba verlo —empezó a decir ella tratando de disculparse.

Él se encogió de hombros, sin dejar de sonreír.

—¡Oh!, Rickham me descubrió hace tiempo —dijo con ligereza. Seguidamente, añadió cogiéndome del brazo—: Ven a ver el resto de la casa.

Me la fue mostrando con una especie de complacencia infantil de clase media: cuartos de baño, intercomunicadores, vestidores, prensas para pantalón… Todas las complejas simplificaciones domésticas de los millonarios. Y cada vez que yo pagaba

el esperado tributo de mi admiración, respondía él sacando un poco el pecho:

—Sí, verdaderamente no entiendo cómo se las arregla la gente para vivir sin todo esto.

Al fin y al cabo, éste era el final que cualquiera habría previsto para Gisburn. La cuestión era que, para bien y para mal, el tipo seguía siendo el que fue por y a pesar de sus cuadros… Tan atractivo, tan encantador, tan irresistible que a uno le entraban ganas de suplicarle: «¡No te resignes a esta vida ociosa!», de la misma forma que en el pasado a uno le habían entrado ganas de suplicarle: «¡No te resignes a un trabajo como éste!».

Pero, justo cuando la súplica se esbozaba en mis labios, mi diagnóstico experimentó un brusco retroceso.

—Esta es mi guarida particular —dijo conduciéndome, tras la deslumbradora gira, hasta una habitación anodina y oscura. Era cuadrada, marrón y tapizada en piel; sin «piezas», sin antiguallas, sin nada que revelase un ambiente de posado previo a su plasmación en un cuadro semanal y, sobre todo, sin el menor atisbo de haber sido jamás utilizada como estudio.

Este hecho me confirmó la definitiva ruptura de Jack con su vida anterior.

—¿Alguna vez pintas algo? —le pregunté buscando todavía en torno a mí algún indicio de dicha actividad.

—Jamás.

—¿Ni siquiera acuarelas o aguafuertes?

Sus ojos apacibles se entrecerraron y sus mejillas palidecieron un poco bajo el bonito bronceado.

—Nunca pienso en ello, querido amigo. Es como si no hubiese cogido un pincel en toda mi vida.

Por el tono en que lo dijo adiviné enseguida que en realidad no pensaba en otra cosa.

Me aparté por instinto, incómodo por aquel insospechado descubrimiento. Al volverme reparé en un cuadro pequeño colgado sobre la chimenea, el único objeto que rompía el monótono revestimiento en roble de la habitación.

—¡Santo Dios! —exclamé.

Se trataba del boceto de un burro, un burro viejo y cansado, de pie junto a un muro bajo la lluvia.

—¡Santo Dios! —repetí—. ¡Un Stroud!

Él guardó silencio, pero podía sentirle pegado a mi espalda, con la respiración algo agitada.

—¡Qué maravilla! Apenas doce trazos pero sobre cimientos recios. Eres afortunado, amigo. ¿Dónde lo conseguiste?

—Me lo regaló la señora Stroud.

—¡Ah, no tenía ni idea de que conocieras a los Stroud! Él era un ermitaño incorregible.

—No los conocía hasta que… Ella me buscó para que le pintara tras su muerte.

—¿Tras su muerte? ¿A ti?

Mi sorpresa debió de traslucir un asombro excesivo, porque Jack reaccionó con una risa embarazosa:

—Sí, bueno, ya sabes… Ella, la señora Stroud, es de lo más simple. Su única obsesión era que lo retratase un pintor de moda, pobre Stroud… Creía que era el único modo de proclamar su grandeza, de metérsela por los ojos a un público miope. Y en aquel momento yo era *el* pintor de moda.

—Pobre Stroud…, como tú dices. ¿Esa fue su historia?

—Esa fue su historia. Ella creía en él, se vanagloriaba de él…, o eso creía. Pero no soportaba no controlar todas las salas de exposiciones. No soportaba que alguien pudiese acercarse demasiado para ver sus cuadros durante los días de barnizado. ¡Pobre mujer! Sólo es un fragmento en busca de más fragmentos. Stroud fue la única persona completa en sí misma que he conocido.

—¿Que has conocido? Pero acabas de decir…

En la mirada de Gisburn había un júbilo enigmático.

—¡Oh, sí, le conocí…! Y él me conoció a mí… Sólo que fue después de su muerte.

Bajé la voz instintivamente:

—¿Cuando ella te mandó buscar?

—Sí, por irónico que parezca. Ella quería que se reivindicase su nombre para la posteridad y deseaba *que yo* lo hiciese.

Volvió a reír, echando la cabeza hacia atrás para contemplar el boceto del burro.

—Hubo días en los que no podía mirarlo, colocarme frente a él. Pero me obligué a colgarlo aquí, y ahora me ha curado…, me ha curado. Ese es el motivo por el que ya ni siquiera me acerco a la pintura, querido Rickham. O quizá el motivo sea Stroud.

Por primera vez mi frívola curiosidad por mi amigo se tornó en genuino deseo de querer comprenderle.

—Me gustaría que me contaras cómo ocurrió.

Gisburn continuaba mirando el boceto, haciendo rodar entre los dedos un cigarrillo que había olvidado encender. De repente se volvió hacia mí:

—Me apetece contártelo…, porque siempre he sospechado que detestas mi trabajo.

Inicié un gesto de protesta que él atajó con un espontáneo encogimiento de hombros.

—¡Oh!, no me importaba en absoluto cuando yo creía en mí mismo… ¡y ahora es un vínculo más entre los dos!

Se rió un poco, sin amargura, y empujó hacia delante uno de los sillones:

—Toma, ponte cómodo… Aquí tienes los puros que te gustan.

Los dejó junto a mi codo y se puso a caminar por la habitación, deteniéndose de vez en cuando bajo el cuadro.

—¿Que cómo ocurrió? Te lo puedo contar en cinco minutos… Lo que pasó tampoco transcurrió en mucho más tiempo… Recuerdo lo sorprendido y halagado que me sentí al recibir la nota de la señora Stroud. Por supuesto, en lo más profundo de mi ser, siempre *supe* que no había otro como él…, sólo que me dejé llevar, me hice eco de las típicas trivialidades que se decían sobre él, casi hasta llegué a creer que era un fraude, uno más de los que se quedan en el camino. Y ya lo creo que se quedó en el camino…, ¡porque él llegó para quedarse! Los demás seríamos barridos o sepultados, pero él nadaba muy por encima de la corriente… Sobre cimientos recios, como bien has apuntado tú.

»Pues bien, llegué a la casa en actitud regia…, ¡casi conmovido, que Dios me perdone, por el dramatismo de la fracasada carrera de Stroud, coronada por la gloria de haber sido retratado por mí! Naturalmente, tenía intención de hacer el retrato sin cobrar… Se lo dije a la señora Stroud en cuanto ésta empezó a balbucir algo respecto a sus apuros económicos. Recuerdo que salí del paso con una frase airosa sobre que realmente el honor era mío… ¡Oh, estuve formidable, querido Rickham, posando para mí mismo como una de mis modelos!

»A continuación me condujeron hasta donde estaba Stroud y me dejaron a solas con él. Había enviado todos mis bártulos por adelantado, sólo tenía que montar el caballete y ponerme a trabajar. Llevaba sólo veinticuatro horas muerto y había fallecido de repente, de enfermedad coronaria, por lo que no había habido actividad destructiva previa… Su rostro estaba despejado e intacto. Le había visto una o dos veces antes, hacía años, y me había parecido insignificante y gris. En cambio en ese momento me pareció soberbio.

»En un principio me alegré por mera complacencia estética. Me satisfacía poner mi mano sobre semejante “motivo”. Pero más tarde la extraña impresión de que parecía estar vivo empezó a afectarme de manera inquietante… Cuando esbozaba su cabeza sentía que él observaba cómo lo hacía. Por si aquella sensación no fuese suficiente se me ocurrió preguntarme qué diría de mi forma de trabajar si verdaderamente estuviese mirándome. Mis trazos se tornaron imprecisos…, me sentía nervioso e inseguro.

»Cierta vez, al alzar la mirada, me pareció detectar una sonrisa bajo su barba cana, como si él estuviera en posesión del secreto y me lo estuviera ocultando. Esto aún me exasperó más. ¿El secreto? ¡Por Dios, yo tenía un secreto que valía más que veinte de los suyos! Me apliqué al lienzo con furia e intenté poner en práctica algunos de mis atrevidos subterfugios. Pero me fallaron, se me desmoronaron. Observé que él no les daba importancia a mis minucias exhibicionistas, que no conseguía desviar su atención, sino que mantenía la mirada fija en los arduos entresijos. Eran ésos precisamente los que yo siempre había logrado esquivar o cubrir con algo de pintura engañosa. ¡Y cómo logró ver Stroud a través de mis engaños!

»Alcé de nuevo la vista y reparé en el boceto del burro que colgaba de una pared junto a su cama. Luego su esposa me contó que era lo último que había hecho, un

simple apunte realizado con mano temblorosa mientras estuvo en Devonshire, convaleciente de un ataque cardíaco anterior. ¡Un simple apunte! Sin embargo, revela toda su trayectoria. Hay años de paciente e implacable perseverancia en cada línea. Alguien que nada con la corriente jamás habría aprendido ese prodigioso trazo a contracorriente…

»Volví a mi tarea, seguí probando y buscando. Entonces miré de nuevo al burro y me di cuenta de que, a la primera pincelada, Stroud ya sabía cuál iba a ser el final. Había poseído a su sujeto, lo había absorbido y recreado. ¿Cuándo había hecho yo eso mismo con mis cosas? Mis creaciones no habían nacido de mí… Las había adoptado, ni más ni menos…

»Imagínate, Rickham, no era capaz de dar la siguiente pincelada con aquel rostro mirándome. La pura verdad era que no sabía hacia dónde dirigirla… ¡Nunca lo había sabido! Entre mis clientas y mi público una intrépida mancha de color bastaba para disimular dicha realidad… Me limitaba a aplicar pintura a sus rostros… Pues resulta que aquellos ojos muertos sabían mirar precisamente a través de esa pintura. Y veían hasta los más frágiles cimientos. ¿Sabes cuando uno habla en un idioma extranjero cómo, aunque lo haga con fluidez, la mitad de las veces no es capaz de comunicar lo que quiere decir sino sólo lo que puede? Pues así mismo pintaba yo. Y, mientras él yacía allí mirándome, eso que todos denominaban mi "técnica" se me vino abajo como un castillo de naipes. Entiéndeme, no es que él me pusiese cara de desprecio, pobre Stroud… Sólo estaba allí, observando en silencio, pero de sus labios, a través de la barba gris, me pareció escuchar la pregunta: "¿Estás seguro de saber adónde quieres ir a parar?".

»Si hubiese sido capaz de pintar aquel rostro, con la pregunta reflejada en él, habría realizado algo grandioso. Sin embargo, igualmente grandioso fue percatarme de que no era capaz de hacerlo… Me fue concedida esa última gracia. Pero ¡ay, Rickham!, en ese momento, ¿qué no habría dado yo por tener a Stroud vivo delante de mí y escucharle decir: "No es demasiado tarde…, yo te enseñaré cómo lograrlo"?

»*Era* demasiado tarde… Lo habría sido incluso aunque él hubiese estado vivo. Recogí mis bártulos, bajé y se lo dije a la señora Stroud. Naturalmente no le conté *aquello*. Le habría sonado a chino. Le conté simplemente que no podía pintarle, que estaba demasiado conmovido. A ella le agradó la idea… ¡Es tan romántica! Por eso se decidió a regalarme el burro. Pero le preocupaba terriblemente no tener el retrato… ¡Deseaba tanto que lo "trabajase" alguien en boga!

»Al principio me temí que no conseguiría librarme…, y tan agobiado estaba que le sugerí a Grindle. Sí, yo fui el que lanzó a Grindle: le dije a la señora Stroud que era "un talento en alza". Ella se lo dijo a otra persona, y así es como llegó a ser verdad… Grindle pintó a Stroud sin pestañear y ella colgó el cuadro al lado de las obras de su marido…

Se desplomó en el sillón que estaba junto al mío, echó hacia atrás la cabeza y, enlazando los brazos tras ella, contempló el cuadro que estaba sobre la chimenea.

—Me gusta imaginar que, si aquel día hubiese podido decir lo que pensaba, Stroud me lo habría encomendado a mí.

Y, en respuesta a mi casi obligada pregunta sobre si empezaría de nuevo, se apresuró a contestar:

—¿Empezar de nuevo? ¿Ahora que lo único que me asemeja remotamente a él es haber tenido la lucidez de claudicar? —Se puso en pie y apoyó su mano en mi hombro riendo—. Lo más irónico de todo esto es que todavía *sigo* pintando… ¡Porque Grindle lo hace por mí! Los Stroud son excepcionales y ocurren sólo una vez, pero no hay forma de exterminar a artistas como nosotros.

DESPUÉS

1

—¡Oh, por supuesto que hay uno! Pero jamás lo reconoceréis.

Aquella afirmación, hecha alegremente seis meses antes en el marco de un radiante jardín en el mes de junio, volvió a la memoria de Mary Boyne con toda la fuerza de su eventual significado cierta noche de diciembre mientras aguardaba en la biblioteca a que le trajesen los candiles.

Tales palabras las había pronunciado una amiga de ambos, Alida Stair, durante una merienda que se había dispuesto sobre la explanada de su casa de Pangbourne, y precisamente hacían referencia a la casa en la que la biblioteca en cuestión constituía el «elemento» más notorio. Cuando a su llegada a Inglaterra Mary Boyne y su marido decidieron emprenderla búsqueda de una casa de campo por los condados del sur o del suroeste, solicitaron la ayuda de Alida Stair, pues ella misma había resuelto con éxito su propia búsqueda. Sin embargo, después de que ellos rechazaran de modo bastante arbitrario varias ofertas rentables y juiciosas, su amiga anunció:

—Bueno, os queda Lyng, en Dorsetshire. Pertenece a los primos de Hugo, y podríais haceros con ella a un precio de ganga.

Los motivos que justificaban que la casa pudiese adquirirse en semejantes condiciones (lejanía de las estaciones de tren, ausencia de luz eléctrica, de agua caliente y de otras necesidades básicas) fueron determinantes para convencer a aquellos dos americanos románticos que, con morbosa obstinación, gustaban de las

incomodidades que los de su clase asociaban alborozados con ciertos anacronismos arquitectónicos.

—No creería estar viviendo en una casa antigua a menos que me sintiese absolutamente incómodo —insistía con jocosidad Ned Boyne, el más extravagante de los dos—. Ante la más mínima sensación de confort me invadiría la impresión de haber adquirido la casa en una exposición, con todas sus estancias numeradas y recién montadas de nuevo.

A continuación se pusieron a glosar con cómica precisión sus muchas aprensiones y exigencias, resistiéndose a creer que la casa que su amiga[23] les recomendaba fuese realmente Tudor hasta que les aseguraron que carecía de calefacción, que la iglesia local estaba literalmente en ruinas, o hasta que les corroboraron la deplorable inconstancia del abastecimiento de agua.

—¡Es demasiado incómoda para ser real! —Saltaba Edward Boyne, que cuantos más inconvenientes conseguía sonsacarle a la señora Stair más exultante se mostraba. Sin embargo, interrumpió bruscamente su rapsodia para preguntar con súbita desconfianza—: ¿Y fantasma? ¡Nos has estado ocultando el hecho de que no hay fantasma!

En aquel instante Mary también se había echado a reír, pero dotada como estaba para las percepciones simultáneas y pese a la hilaridad general, no había podido dejar de percibir un repentino desfallecimiento en la burlona respuesta de Alida:

—¡Oh!, en Dorsetshire hay fantasmas por todas partes, ya lo creo.

—Sí, sí, pero eso no me sirve. No quiero tener que viajar quince kilómetros para ver el fantasma de otro. Quiero uno mío en mi propia casa. ¿Hay o no fantasma en Lyng?

Su ocurrencia provocó la carcajada de Alida, y fue entonces cuando ella salió con aquella respuesta inquietante:

—¡Oh, por supuesto que hay uno! Pero jamás lo reconoceréis.

—¿Que nunca lo reconoceremos? Pero ¿qué otra cosa justifica a un fantasma sino el hecho de que se sepa que lo es?

—No lo sé, pero ésa es la leyenda.

—¿Que existe un fantasma pero nadie sabe que lo es?

—Bueno… No hasta después, si acaso…

—¿Hasta después?

—Hasta mucho, mucho después.

—Pero una vez identificado como presencia ultraterrena, ¿cómo es que no se han transmitido sus señas de identidad de generación en generación? ¿Cómo se las ha arreglado el tal fantasma para preservar su anonimato?

Alida se había limitado a menear la cabeza:

—No me preguntéis cómo, pero así ha sido.

—¿Y entonces un buen día… —la voz de Mary irrumpió como si emergiera de las cavernosas profundidades de la adivinación—, un buen día, digo, al cabo del

tiempo, se dice uno a sí mismo: «Aquél era el fantasma»?

La estremeció el silencio sepulcral que su pregunta provocó en el regocijo de los otros, y percibió la sombra de aquella misma desazón aleteando en las claras pupilas de Alida:

—Supongo que sí. Uno sólo tiene que esperar.

—Oh, ¡al cuerno con esperar! La vida es demasiado corta para disfrutar de un fantasma de forma retrospectiva. ¿No podríamos encontrar algo mejor, Mary?

Pero al parecer no estaban destinados a encontrarlo, porque tres meses después de su conversación con la señora Stair la pareja se hallaba instalada en Lyng, iniciando la vida con la que habían soñado hasta el punto de haberla planeado hasta en sus mínimos detalles cotidianos. Sentarse en la densa noche de diciembre junto a la chimenea de amplia cornisa, bajo las oscuras vigas de roble; sentir que oscurecía la campiña al otro lado de los cuarterones de cristal de las ventanas contribuyendo a la sensación de aislamiento… Por la recompensa final de placeres como aquéllos había soportado Mary Boyne durante casi catorce años la tediosa fealdad del Medio Oeste, y había resistido estoicamente Boyne en su puesto de ingeniero hasta que, de forma tan intempestiva que a Mary aún le costaba creerlo, el venturoso golpe de suerte de la mina Blue Star les había servido en bandeja la vida y el tiempo para gozar de ella. En ningún momento se habían planteado que su nuevo estado consistiría en sucumbir a la holgazanería absoluta. Sin embargo, sí era intención de ambos dedicarse exclusivamente a actividades placenteras. Ella se veía a sí misma dedicada a la pintura y a la jardinería (en un entorno de paredes grises), y él aspiraba a poner en marcha su libro *Fundamento económico de la cultura*, largamente planeado. Con un trabajo tan absorbente por delante la existencia no podía ser excesivamente alienante: ni les sería posible apartarse demasiado del mundo ni sumirse demasiado en el pasado.

Dorsetshire les atrajo desde el principio porque parecía más recóndita de lo que correspondía a su ubicación geográfica. Aquella isla increíblemente abigarrada (nido de condados, como lo expresaban ellos…) tenía para los Boyne, entre sus muchos encantos, el de convertir cualquier pequeño detalle en algo decisivo. Así, por ejemplo, unos pocos kilómetros sumaban una considerable distancia, pero, al mismo tiempo, en esa exigua distancia radicaba la diferencia.

—Es como si —había explicado Boyne con entusiasmo en cierta ocasión— se magnificaran sus efectos y se realzaran sus contrastes más insignificantes. Parece igual que si se hubiese untado una generosa capa de mantequilla en cada delicioso bocado.

Y era bien cierto que en Lyng la mantequilla se había untado profusamente. El viejo caserón gris, oculto bajo una loma, conservaba vestigios de una larga relación con el pasado. A ojos de los Boyne, el mero hecho de no ser ni desproporcionado ni en modo alguno excepcional lo hacía más apreciable en un sentido único: el de haber sido a lo largo de los siglos una reserva de existencia íntima y olvidada.

Probablemente la vida de que gozó en su día no habría sido de las más apasionantes. Sin duda, durante largas temporadas, el tiempo habría descendido sobre la casa, tan calladamente como habría caído la llovizna de otoño hora tras hora sobre el estanque rodeado de tejos.

Pero, de cuando en cuando, en el parsimonioso abismo de aquel remanso de vida se producirían inesperados chispazos de emoción, y, desde el primer momento, Mary Boyne había podido sentir el roce accidental de un pasado más intenso.

Nunca había sido dicha percepción más aguda que la tarde de diciembre que Mary se levantó de donde había estado sentada y permaneció un rato de pie entre las sombras que proyectaba la lumbre de la biblioteca esperando la llegada de los mencionados candiles. Su marido había salido después del almuerzo a dar una de sus largas caminatas por la campiña. Últimamente ella había notado que prefería no ir acompañado en tales ocasiones y, con la convicción fruto de la larga convivencia, había llegado a la conclusión de que estaba preocupado con el libro y que necesitaba las tardes para reflexionar a solas sobre cuestiones no resueltas durante las mañanas de trabajo. A decir verdad, el tema del libro no marchaba tan bien como ella había imaginado, y las líneas de ansiedad que ahora se habían instalado en el ceño de su esposo no habían sido visibles durante sus días como ingeniero. Por aquel entonces el cansancio le dejaba a menudo al borde de la enfermedad, pero el demonio interior de la desazón jamás había hecho mella en su frente. No obstante, las escasas páginas que hasta el momento le había leído a ella (la introducción y una sinopsis del capítulo inicial) evidenciaban una firme posesión de su persona por parte de aquel demonio, así como una creciente fe en sus poderes.

Aquello la tenía sumida en un profundo desconcierto, porque, ahora que él había liquidado el negocio y sus molestas contingencias, quedaba eliminado el único motivo de ansiedad posible. A no ser que se tratase de su salud… Pero su aspecto físico había mejorado considerablemente desde que se mudaron a Dorsetshire. Se le veía más saludable, más lozano, con la mirada más despejada. Hacía apenas una semana que Mary había advertido en él aquel cambio indescriptible que la desasosegaba durante su ausencia y que en su presencia la dejaba taciturna como si fuese ella quien tuviese algún secreto que guardar.

De repente, en un rapto de lucidez, la asaltó la duda de que pudiese existir un secreto entre ellos. Contempló la amplia habitación en penumbra que la rodeaba.

«¿Será la casa?», se preguntó pensativa.

Incluso aquella misma habitación podría contener indecibles misterios. A medida que caía la tarde éstos parecían acumularse, como sucesivas capas de aterciopeladas sombras cayendo desde el techo, desde las sombrías paredes repletas de libros, desde la escultura de la chimenea ennegrecida por el humo…

«Claro…, ¡la casa está encantada!», pensó.

El fantasma, el esquivo fantasma de Alida, había sido objeto de divertidas especulaciones durante los dos primeros meses de su estancia en Lyng, pero ambos lo

fueron olvidando poco a poco por considerarlo escasamente estimulante para su fantasía. Por supuesto, nada más convertirse en huésped de una casa encantada, Mary había hecho las oportunas averiguaciones entre sus exiguos vecinos rurales, pero, más allá de un lacónico «eso cuentan, señora», los lugareños no parecían tener mucho que decir. Por lo visto el escurridizo fantasma no había llegado a adquirir entidad suficiente como para consolidar una leyenda, y al cabo de cierto tiempo los Boyne anotaron entre bromas el asunto en su cuenta de pérdidas y ganancias, coincidiendo ambos en que Lyng era una de las pocas casas suficientemente satisfactorias en sí mismas como para poder prescindir de alicientes sobrenaturales.

—Y supongo, pobre e ineficaz demonio —bromeó Mary zanjando la cuestión—, que ése es el motivo por el cual haces batir en vano tus hermosas alas en medio del vacío.

—O tal vez sea —secundó Ned en el mismo tono— que entre tanto elemento fantasmagórico no consigue reivindicar una existencia autónoma como *el* fantasma.

Su inquilino fue así desapareciendo de sus temas de conversación, tan numerosos por otra parte que poco tardaron en dejar de echarlo en falta.

En aquel instante, sin embargo, de pie junto al fuego, la curiosidad inicial de Mary renacía con una percepción distinta respecto a sus implicaciones, una percepción adquirida paulatinamente a través del contacto diario con la escena del eventual enigma. Era la casa en sí, no cabía duda, la que poseía la facultad de revelar sus fantasmas, la que conectaba visual pero secretamente con su propio pasado. Y si uno era capaz de compenetrarse lo suficiente con la casa podría atrapar su misterio y adquirir a su vez la facultad de detectar fantasmas. Quizá su marido la hubiese adquirido ya durante sus largas horas en aquella habitación en la que ella no solía entrar hasta después del almuerzo y estuviese cargando él solo con el peso del espanto de lo que le hubiese sido revelado. Mary estaba lo bastante versada en el código del mundo espectral como para saber que uno no habla de los fantasmas que ve. Hacerlo supondría una falta de buen gusto comparable a la de mencionar a una dama en un club. Pero, en realidad, aquella explicación no la satisfacía mucho. Después de todo, ¿para qué iba a querer su marido unos viejos fantasmas sino para divertirse un poco con el escalofrío que provocan? Sin embargo, una vez más se dio de bruces contra el dilema fundamental: poco importaba la mayor o menor sensibilidad de uno hacia las influencias espectrales, porque cuando alguien llegase a ver un fantasma en Lyng no sería capaz de reconocerlo.

«No hasta mucho después», había dicho Alida Stair. Bueno, bien pudiera ser que Ned hubiese visto uno nada más llegar a la casa, pero que hiciera tan sólo una semana que era consciente de lo que le había sucedido. Más sugestionada a medida que caía la noche, volvió sus inquisitivos pensamientos a los primeros días de su estancia, en principio únicamente con el propósito de recordar la alegre algarabía que había supuesto desembalar, ordenar, organizar los libros y llamarse el uno al otro desde remotas esquinas de la casa a medida que se les iban mostrando los sucesivos tesoros

de su residencia. En aquella particular retrospección, le vino a la memoria cierta cálida tarde del pasado octubre en la que, superada ya la fase inicial de exploración frenética, se encontraba ella efectuando una inspección más sosegada del viejo caserón cuando, cual heroína de novela, presionó un panel que se abrió a su contacto, dejando al descubierto unas angostas escaleras que conducían a un saliente del tejado; el mismo tejado que, visto desde abajo, parecía desplegarse en empinadas pendientes a uno y otro lado, demasiado abruptas como para que se aventurasen a trepar por ellas unos pies inexpertos.

La vista desde aquel secreto balcón resultó ser deliciosa, y Mary se había lanzado escaleras abajo para arrancar a Ned de sus papeles y brindarle el regalo de su descubrimiento. Todavía recordaba cómo, de pie sobre el estrecho alféizar, la había rodeado él con sus brazos mientras las miradas de ambos volaban hacia la larga y ondulada línea del horizonte de la campiña, para luego volver a posarse complacidas en el arabesco de los tejos que bordeaban el estanque y en la sombra que el cedro proyectaba sobre el césped.

«Y ahora del otro lado», había dicho él haciéndola girar con suavidad en el hueco de su brazo. Pegada al cuerpo de él, Mary se había quedado ensimismada ante lo que se le antojaba un bonito y enorme boceto, ante el panorama del patio de paredes grises, ante los gordezuelos leones de las cancelas y ante la avenida de tilos que se prolongaba hasta la carretera bajo las lomas.

Justo entonces, mientras miraban abrazados, sintió ella que se relajaba el brazo de Boyne, y escuchó un enérgico «¡vaya!» que hizo que se volviera a mirarle.

Sí, recordaba claramente haber percibido entonces una sombra de angustia, de estupor más bien, atravesando su semblante. Siguiendo la mirada de él había podido divisar la figura de un hombre vestido (según le pareció distinguir) con ropa gris y desaliñada descendiendo a paso lento por la avenida de tilos en dirección al patio, con los andares vacilantes de quien busca el camino de entrada. Su corta vista no alcanzó sino a componer la borrosa impresión de alguien de aspecto anodino y constitución enjuta, con cierto aire extranjero, o al menos no local, en su persona y en su atuendo. Pero parecía que su marido había visto más allá, tanto como para apartarla a un lado con un brusco «¡espera aquí!», y precipitarse por la escalera de caracol sin preocuparse de tenderle una mano para ayudarla a bajar.

Un ligero vértigo la obligó a detenerse unos instantes, sujetándose a la chimenea contra la que ambos habían estado apoyados previamente para luego seguir a su marido hasta abajo extremando la cautela. Una vez en el ático se detuvo de nuevo por algún motivo más difícil de precisar y, reclinada sobre la barandilla de roble, aguzó la mirada hacia abajo, hacia la profundidad oscura y moteada por el sol. Permaneció allí hasta que oyó cerrarse una puerta en algún rincón de aquella sima. A continuación bajó mecánicamente los tramos de escalera hasta alcanzar el vestíbulo de la planta baja.

La puerta de entrada permanecía abierta a la tibia luz del patio, y tanto el

vestíbulo como el patio parecían vacíos. La puerta de la biblioteca se encontraba asimismo abierta y, tras aguardar en vano por si escuchaba el sonido de voces provenientes del interior, cruzó en un instante el umbral y encontró a su marido solo, hurgando distraídamente entre los papeles de su mesa.

Él alzó la vista, como sorprendido por su entrada repentina, pero había desaparecido de su expresión la sombra de angustia. Incluso le pareció a Mary que se le veía algo más radiante y relajado de lo habitual.

—¿Qué pasaba? ¿Quién era? —preguntó ella.

—¿Quién? —repitió él sin haberse repuesto aún del sobresalto.

—El hombre que vimos caminando en dirección a la casa.

Pareció meditarlo largamente:

—¿El hombre? Ah, creí haber visto a Peters. Corrí tras él para comentarle un par de cosas sobre los desagües de los establos, pero cuando bajé ya se había esfumado.

—¿Esfumado? Pero si cuando le vimos desde arriba venía caminando muy lentamente…

Boyne se encogió de hombros:

—Eso mismo pensé yo, pero en el intervalo debió de entrarle prisa. ¿Qué te parece si intentamos subir hasta el monte Meldon antes de que se ponga el sol?

Ahí había quedado la cosa. En un principio, el incidente apenas significó nada. La fascinación que experimentó ante la que fuese su primera panorámica desde el monte Meldon, una cima que habían deseado ascender desde que habían divisado su limpio contorno alzándose sobre los achaparrados tejados de Lyng, hizo que a Mary se le borrase instantáneamente de la memoria. Sin duda, que aquel suceso hubiese tenido lugar el mismo día del ascenso al Meldon fue la causa de que hubiese permanecido retenido en el pliegue del subconsciente del que ahora emergía. Porque, en sí mismo, nada había tenido de particular. En aquel momento le había parecido lo más natural que Ned bajase corriendo desde el tejado para dar alcance a los informales técnicos que llegaban a la casa. Era la fase en la que continuamente estaban a la espera de alguno de los peritos que trabajaban en la comarca, siempre aguardándoles sentados y asediándoles a preguntas, recriminaciones o recordatorios. Y, a decir verdad, vista desde lejos, la figura gris se parecía bastante a Peters.

Sin embargo ahora, al repasar la fugaz escena, Mary se percataba de que la explicación de su marido contradecía la inquietud que había visto reflejada en su semblante. ¿Por qué habría de ponerle tenso la familiar presencia de Peters? Y si tan urgente era tratar con aquel perito el tema de los desagües de los establos, ¿por qué pareció aliviado de no haber podido encontrarle? Mary admitía que inicialmente no había reparado en tales consideraciones. Sin embargo, dada la prontitud con que ahora reaparecían en sus cavilaciones, tuvo la repentina impresión de que siempre habían estado ahí, aguardando su momento.

2

Abrumada con tales pensamientos, se acercó a la ventana. La biblioteca se encontraba ahora completamente a oscuras y le sorprendió que el mundo exterior aún retuviera tanta luz crepuscular. Mientras miraba hacia fuera, a través del patio, una figura cobró forma en afilada perspectiva de escuetas líneas: parecía una mancha gris oscura contra fondo gris y, por un instante, a medida que se aproximaba hacia ella, se le aceleró el corazón con una repentina ocurrencia: «¡Es el fantasma!».

En el lapso de aquel largo instante, Mary tuvo tiempo de presentir que el hombre que viese dos meses atrás de forma fugaz y borrosa estaba a punto de manifestarse ahora, en su predestinado momento, como alguien bien distinto a Peters. Se le cayó el alma a los pies ante el miedo de aquel descubrimiento inminente. Pero, casi coincidiendo con el sonido del segundero del reloj y a medida que iba cobrando densidad y personalidad, la difusa silueta se fue perfilando ante su precaria vista como la de su marido. Se volvió hacia él en cuanto entró para hacerle partícipe de su tonto error.

—¡Es completamente ridículo —bromeó ella desde el umbral—, pero nunca me acuerdo!

—¿De qué? —preguntó Boyne cuando estuvo a su lado.

—De que uno nunca reconoce al fantasma de Lyng cuando lo ve.

Mary había apoyado la mano en su manga y allí la dejó él sin que ninguna respuesta modificara su gesto o la expresión de su semblante preocupado y exhausto.

—¿Creíste verlo? —preguntó al cabo de una pausa considerable.

—¡Bueno, en realidad, querido, en mi loca obsesión por descubrirlo te confundí a ti con él!

—¿A mí…, ahora? —Dejó caer los brazos y se apartó de ella coreando débilmente su risa—. Realmente, querida, será mejor que desistas, es lo que deberías hacer.

—Sí, desisto, desisto. ¿Y tú? —preguntó volviéndose súbitamente hacia él.

Acababa de entrar la doncella con unas cartas y un candil, por lo que la luz cayó de lleno sobre el rostro de Boyne al inclinarse este sobre la bandeja que había traído aquélla.

—¿Y tú? —insistió malévolamente Mary cuando la criada se retiró para proseguir con su tarea de iluminar el resto de la casa.

—¿Yo, qué? —contestó Boyne como ausente. Mientras inspeccionaba las cartas la luz realzaba el inconfundible signo de ansiedad de su entrecejo.

—Si tú ya has renunciado a ver al fantasma. —A ella le latía un poco de más el corazón a causa del experimento que estaba realizando.

Su marido, apartando las cartas a un lado, avanzó hacia la penumbra de la chimenea.

—Yo nunca lo he intentado —dijo desprendiendo el envoltorio de uno de los

periódicos.

—Bueno, claro —insistió ella—. Lo desesperante es que no sirve de nada intentarlo, puesto que uno no tiene constancia de que lo ha visto hasta mucho después.

Él comenzó a desplegar el diario como si apenas le prestase atención pero, tras una pausa durante la cual no dejaban de crujir espasmódicamente entre sus manos las hojas del periódico, levantó la cabeza para preguntar de forma intempestiva:

—¿Tienes idea de cuánto tiempo después?

Mary se había sentado en una silla baja junto al fuego. Alzó la mirada desde su asiento, sobrecogida al comprobar cómo el perfil de su marido se proyectaba sombríamente contra el aro de luz del candil.

—No, ninguna. ¿Y tú? —repuso ella, retomando su anterior pregunta con mayor ahínco.

Boyne estrujó el periódico doblándolo una y otra vez y, contra toda lógica, se aproximó con él hacia el candil.

—No, por el amor de Dios —se explicó con cierta impaciencia—, sólo me refería a si existe alguna leyenda o tradición al respecto.

—No que yo sepa —respondió ella. El impulso de añadir «por qué lo preguntas» se vio interrumpido por la reaparición de la doncella portando el té y un segundo candil.

Al disiparse las sombras, gracias a la repetición de la diaria rutina doméstica, Mary Boyne logró atenuar la angustia que le producía aquella sensación de algo acechante y oculto que la había consternado durante la tarde. Permaneció unos minutos enfrascada en los detalles de su labor de punto y, al levantar la vista, el cambio operado en el semblante de su marido la desconcertó causándole un profundo desasosiego. Se había sentado junto al candil más apartado y estaba absorto en la inspección de su correspondencia. Pero ¿fue algo que había leído las cartas o un mero cambio en la percepción de Mary lo que hizo que el rostro de Boyne recobrase su expresión habitual? Cuanto más le observaba, más se afianzaba dicho cambio. Se había disipado la penosa tensión, y los únicos signos de fatiga que quedaban eran claramente atribuibles a la concentración mental. Como atraído por la pertinaz observación de su mujer, levantó los ojos y la miró con una sonrisa.

—¿Sabes qué? Me muero por un té. Y hay una carta para ti —dijo.

Ella tomó la carta que le tendía, al tiempo que le ofrecía a él su taza. De nuevo en su sillón, despegó el lacre con el lánguido ademán del lector cuyos intereses se circunscriben al círculo de una única y estimada presencia.

Su siguiente movimiento consciente fue ponerse en pie de un salto para mostrarle a su marido un amplio recorte de prensa, dejando caer la carta al suelo.

—¡Ned! ¿Qué es esto? ¿Qué significa?

Él se levantó a la vez, como si hubiese escuchado el grito antes incluso de que ella lo profiriera. Durante un perceptible espacio de tiempo se midieron el uno al otro,

como adversarios buscando ventaja, en la distancia que mediaba entre el sillón de ella y el escritorio.

—¿Qué es qué? ¡Casi salto del susto! —dijo Boyne al fin, avanzando hacia ella con una risa repentina y medio exasperada. De nuevo se apoderó de su rostro la sombra de aprensión, patente no sólo en la mirada de presentimiento ineludible, sino también en aquella oscilante tensión de labios y ojos, como si se sintiera atenazado por algo invisible.

Tanto le temblaba a ella la mano que apenas podía entregarle el recorte.

—Este artículo…, del *Waukesha Sentinel*…, dice que un hombre llamado Elwell ha interpuesto una demanda contra ti, que hubo algo raro en el asunto de la mina Blue Star. Apenas entiendo nada más.

Mientras hablaba, ambos continuaban frente a frente, y ella advirtió con estupor que sus palabras lograban disipar al instante la suspicacia que había detectado en la mirada de Boyne.

—¡Ah, eso! —Él echó un vistazo al recorte impreso y lo dobló con el ademán de quien maneja un asunto inocuo y familiar—: ¿Qué te pasa esta tarde, Mary? Imaginé que habías recibido malas noticias.

Ella permaneció de pie ante él, sintiendo que su impreciso terror remitía lentamente ante su reconfortante serenidad.

—Entonces, ¿—ya lo sabías?… ¿No pasa nada?

—Naturalmente que lo sabía. Y no pasa nada.

—Pero ¿de qué se trata? No lo entiendo. ¿De qué te acusa ese hombre?

—Oh, prácticamente de todos los delitos habidos en lo que va de año… —Boyne había soltado el recorte y se había acomodado en una butaca junto al fuego—. ¿Quieres escuchar la historia? No es particularmente fascinante… Un conflicto de intereses en la Blue Star.

—Pero ¿quién es el tal Elwell? No me suena ese nombre.

—Eh…, es un tipo al que metí en el negocio, le eché una mano. Te hablé de él en su momento.

—¡Qué raro! Lo habré olvidado. —En vano intentó ella forzar la memoria—. Pero si le ayudaste, ¿por qué te corresponde él de esta forma?

—¡Oh! Seguramente lo enganchó algún picapleitos listillo y lo convenció. Todo es bastante técnico y complejo. Creía que te aburrían ese tipo de cosas.

Su mujer sintió una punzada de culpabilidad. En teoría, desaprobaba la inhibición de las esposas americanas respecto de los asuntos profesionales de sus maridos, pero en la práctica siempre le había costado seguir con atención la información de Boyne sobre las transacciones que llevaba a cabo. Por otra parte, desde el primer momento había sido de la opinión de que, en un entorno donde las comodidades de la existencia únicamente se podían lograr a costa de esfuerzos tan titánicos como los invertidos por su esposo en sus asuntos profesionales, los escasos momentos de ocio que uno podía disfrutar debían emplearse en evadirse de las preocupaciones

inmediatas, escapando hacia la vida que siempre soñaron vivir. Una o dos veces, desde que esta nueva vida les envolviera en su círculo mágico, se había preguntado Mary si había hecho bien. Pero, hasta la fecha, tales conjeturas no habían sido más que incursiones retrospectivas propias de una imaginación vigorosa. Ahora, por primera vez, la asombraba descubrir lo poco que en realidad sabía acerca de los pilares materiales sobre los que se asentaba su felicidad.

Volvió a mirar de soslayo a su marido, aliviada por la placidez de su semblante. Pese a ello, sintió la necesidad de apuntalar su tranquilidad con argumentos más sólidos.

—Pero ¿no te inquieta esa demanda? ¿Por qué no me has hablado nunca de ello?

Él respondió a ambas preguntas a la vez:

—Al principio no te hablé de ello precisamente porque me preocupaba… Me irritaba, mejor dicho. Pero todo es ya agua pasada. Quien te escribe debe de haber cogido un número atrasado del *Sentinel*.

Mary sintió un alivio instantáneo:

—¿Quieres decir que ya pasó todo? ¿Perdió el caso?

La respuesta de Boyne se hizo esperar un poco:

—Se retiró la demanda… Eso es todo.

Ella volvió a insistir, como para evitarse el remordimiento de haberse dejado convencer con excesiva facilidad:

—¿La retiró porque sabía que no tenía posibilidades?

—Oh, no tenía ninguna posibilidad.

Ella aún trataba de vencer una vaga incredulidad rezagada en sus pensamientos:

—¿Cuánto hace que fue retirada?

Él vaciló, como si retornaran fugazmente sus anteriores recelos:

—Acaban de notificármelo, pero lo esperaba desde hace tiempo.

—¿Ahora mismo… en una de tus cartas?

—Sí, en una de mis cartas.

Ella no dijo nada. Simplemente advirtió que al cabo de unos minutos él se levantó para cruzar la habitación y sentarse junto a ella en el sofá. Sintió que le pasaba el brazo por encima, que su mano buscaba la suya y la estrechaba y, al volverse ella lentamente, atraída por la calidez de su mejilla, encontró la risueña claridad de su mirada.

—¿Está todo bien…, está todo bien? —le preguntó desde la marejada de sus temores a medio desvanecer.

Boyne la atrajo hacia sí riendo:

—¡Te doy mi palabra de que todo está mejor que nunca!

3

De entre la gran cantidad de cosas rematadamente extrañas que sucedieron al día siguiente, lo que ella acabaría recordando como lo más desconcertante fue la repentina y total recuperación de su sentido de la seguridad. Estaba ya en el aire cuando despertó en la oscura habitación de techo bajo; la había seguido hasta la mesa del desayuno en la planta baja, la emitía el chisporroteo de la chimenea, y se reproducía en los contornos de la tetera georgiana y en sus estriados relieves.

Como en un tiovivo desfilaron ante ella los imprecisos temores del día anterior, incluido el momento de intensa ofuscación suscitada por el artículo de prensa. Era como si su transitoria desazón ante el futuro y su intempestiva evocación del pasado hubiesen saldado entre sí viejas deudas en relación a alguna obligación moral pendiente. Si se había mostrado indolente respecto a los asuntos de su marido había sido (ahora alcanzaba a verlo con claridad) porque su instintiva confianza en él justificaba dicha indolencia. Y por la manera en que su marido había reaccionado ante sus temores y suspicacias parecía quedar bien claro que merecía tal confianza. Nunca le había visto ella más entero, más dueño de sí mismo, con su habitual actitud desinhibida y natural, que tras el interrogatorio al que le había sometido: era como si hubiese sido consciente de las dudas subrepticias de su esposa y hubiese deseado tanto como ella despejar por completo el ambiente.

Gracias a Dios, el ambiente estaba ahora tan despejado como la radiante luz, casi veraniega, del día que recibió a Mary al salir esta de la casa para iniciar su ronda diaria por los jardines. Había dejado a Boyne ante su escritorio, permitiéndose al pasar junto a la puerta de la biblioteca echar una última mirada a su rostro relajado mientras se quedaba allí, inclinado sobre sus papeles con su pipa en la mano. Mary se disponía ahora a acometer sus propios quehaceres matutinos. En días de invierno tan extraordinarios como aquél, tales quehaceres consistían en vagar sin rumbo por los diferentes rincones de su propiedad como si la primavera estuviese ya actuando sobre arbustos y setos. Se abrían aún tantas posibilidades inagotables ante ella, tantas oportunidades de reavivar la gracia aletargada de aquel viejo lugar sin incurrir en desatinos, que los meses de invierno apenas le daban para planificar lo que habría de llevarse a cabo en primavera y otoño. Por otra parte, la recobrada sensación de seguridad que la embargaba esa mañana confería una satisfacción adicional a sus paseos por aquel tranquilo y entrañable entorno. Se dirigió primero al jardín anexo a la cocina, donde las espalderas de los perales trazaban complejas geometrías sobre las paredes, y donde revoloteaban las palomas hurgando entre sus plumas sobre el tejado de pizarra del palomar. Se había producido una avería en las canalizaciones del invernadero y estaba esperando a un técnico de Dorchester que debía desplazarse hasta allí en tren y luego en automóvil para dar su opinión sobre el estado de la caldera. Pero cuando se adentró en el calor húmedo del invernadero, entre híbridos aromas y aterciopelados rosas y rojos de ancestrales flores exóticas (¡en Lyng incluso la flora era excepcional!), comprobó que el tipo en cuestión no había llegado y, siendo el día demasiado espléndido como para malgastarlo en una atmósfera

artificial, volvió a salir y caminó lentamente a través del mullido césped del campo de bochas[24] hasta los jardines traseros de la casa. En el extremo más apartado se levantaba un terraplén de hierba desde el cual, por encima del estanque y de los setos de tejo, se disfrutaba de una bonita perspectiva de la fachada de la casa, con sus chimeneas torneadas y las azuladas sombras proyectadas por los ángulos de sus tejados, bañado todo en la dorada humedad del aire.

Vista desde allí, tras la línea uniforme de los tejos, bajo la luz suave y envolvente, con las ventanas abiertas y las chimeneas humeando acogedoras, la casa se le antojaba a Mary una hospitalaria presencia humana, un cerebro que hubiese madurado de forma gradual hasta transformarse en un asoleado muro de experiencia. Nunca antes había tenido ella un sentimiento tan intenso de intimidad con la casa, ni mayor convicción de que todos sus secretos eran bienintencionados, guardados, como se les solía decir a los niños, «por el bien de uno»; nunca antes había creído tan firmemente en el poder de la casa para mezclar su vida y la de Ned con las armónicas vicisitudes de la larguísima historia que iba forjando allí, plantada al sol.

Oyó unos pasos a sus espaldas y se giró esperando encontrar al jardinero acompañado por el ingeniero de Dorchester. Pero una única silueta se recortó ante su vista, la de un hombre de constitución menuda y aspecto juvenil que, por razones imposibles de precisar en aquel instante, no se correspondía en absoluto con su idea preconcebida de un técnico en calderas para invernaderos. Al verla, el recién llegado se quitó el sombrero y se detuvo con aire de caballero (viajante, tal vez) deseoso de dejar claro lo antes posible que su intromisión es involuntaria. Ocurría a veces que la fama local de Lyng atraía a los turistas más avispados, y Mary casi esperaba que el forastero ocultase una cámara fotográfica, o que justificase su presencia allí sacando una de un momento a otro. Pero no hizo ademán de nada de eso y, al cabo de unos segundos, ella preguntó en un tono acorde con las educadas maneras de él:

—¿Desea usted ver a alguien?

—Venía a ver al señor Boyne —contestó. Más que su acento fue su entonación la que resultaba vagamente americana y, ante el deje familiar, Mary le observó con mayor detenimiento. El ala de su sombrero de fieltro le tapaba el rostro, que, así oscurecido y según pudo apreciar ella con su corta vista, parecía circunspecto, como el de alguien que viene por negocios, con actitud civilizada pero plenamente al tanto de sus derechos.

Ciertas experiencias pasadas habían familiarizado a Mary con este tipo de peticiones, pero ella respetaba escrupulosamente las horas matutinas de su marido y dudaba que él le hubiese concedido a alguien permiso para perturbarlas.

—¿Tiene una cita con el señor Boyne? —preguntó.

Él vaciló, como si no hubiese esperado la pregunta.

—No es exactamente una cita.

—Entonces me temo que no podrá recibirle en este momento, pues está trabajando. ¿Quiere dejarle un mensaje o prefiere volver más tarde?

Levantando otra vez el sombrero, el visitante respondió que volvería más tarde, y se marchó en dirección a la entrada de la casa. Cuando su silueta se alejaba descendiendo el sendero flanqueado por los setos de tejos, Mary le vio detenerse un instante para contemplar la plácida fachada bañada por el tenue sol invernal. La asaltó de repente el tardío remordimiento de que habría sido más considerado preguntarle si venía de lejos y, en tal caso, ofrecerse a averiguar si su marido podía recibirle. Pero mientras reflexionaba sobre ello el hombre desapareció de su vista tras un seto con forma piramidal. Además, en aquel preciso instante reclamó su atención la llegada del jardinero acompañado de un técnico en calderas de Dorchester de barba entrecana.

La reunión con el técnico derivó en cuestiones tan complejas que finalmente éste tuvo que retrasar su regreso en tren, tras haber conminado a Mary a pasar la mañana en su compañía para debatir largamente sobre los invernaderos. Concluidas las deliberaciones, Mary cayó en la cuenta de que faltaba poco para la hora del almuerzo. Se apresuró hacia la casa casi esperando que su marido saliese a su encuentro. Pero en el patio no encontró más que a un ayudante del jardinero que rastrillaba la gravilla. Al entrar, encontró el vestíbulo tan silencioso que supuso que Boyne todavía estaría trabajando tras las puertas de la biblioteca.

Sin querer molestarlo, regresó al salón y allí, en su escritorio, se abstrajo en nuevas consideraciones sobre el presupuesto resultante de las decisiones tomadas aquella mañana. Aún gozaba de la novedosa sensación de poder permitirse semejantes dispendios. En contraste con los ambiguos miedos de los días previos, aquel detalle práctico consolidó su recobrada seguridad, contribuyendo a la sensación de que, tal como había afirmado Ned, las cosas nunca les habían ido mejor.

Todavía estaba entregada a la lujuria del fastuoso juego de números cuando, desde el umbral, la interrumpió la criada preguntando tímidamente sobre la conveniencia de servir el almuerzo. Ambos compartían la broma de que Trimmle anunciaba el almuerzo como si estuviese divulgando algún secreto de Estado, y Mary, absorta en sus papeles, se limitó a murmurar un distraído consentimiento.

Percibió que Trimmle titubeaba inexpresiva en el umbral, como resentida por aquel asentimiento displicente. Poco después resonaron los pasos de la criada alejándose por el pasillo y, dejando a un lado sus papeles, Mary cruzó el vestíbulo en dirección a la puerta de la biblioteca. Aún permanecía cerrada, y ahora era ella quien vacilaba: por un lado detestaba molestar a su marido, pero por otro le preocupaba que excediera su dosis habitual de trabajo. Mientras continuaba allí, sopesando sus opciones, apareció de nuevo la siniestra Trimmle anunciando el almuerzo, lo que sirvió de pretexto a Mary para decidirse a abrir la puerta y entrar en la biblioteca.

Boyne no estaba ante su escritorio, y ella miró en derredor esperando encontrarle entre las estanterías, en algún rincón de la amplia estancia. Su llamada no obtuvo respuesta y enseguida resultó evidente que su marido no se encontraba en la biblioteca.

Se volvió a la criada.

—El señor Boyne debe de estar arriba. Por favor, dígale que el almuerzo está servido.

La criada pareció vacilar entre su irrenunciable obligación de obedecer y el igualmente irrenunciable convencimiento de lo inútil de la orden. Resolvió su pugna interna diciendo en tono apocado:

—Si me permite, señora, el señor Boyne no está arriba.

—¿No está en su habitación? ¿Está usted segura?

—Estoy segura, señora.

Mary consultó el reloj:

—¿Dónde está, entonces?

—Ha salido —anunció Trimmle con el aire de superioridad de quien espera respetuosamente la primera pregunta que habría formulado un cerebro coherente.

En tal caso, la conjetura inicial de Mary había sido correcta. Boyne debió de haber salido a los jardines a buscarla y, en vista de que no se habían encontrado, habría tomado el acceso más corto por la puerta lateral, en lugar de atravesar todo el patio. Ella cruzó el *hall* en dirección a las puertas de cristal que daban directamente al jardín de los tejos, pero la criada, tras otro instante de debate interno, se atrevió a intervenir:

—Si me lo permite, señora, el señor Boyne no se marchó por ahí.

Mary se volvió:

—¿A dónde fue? ¿Y cuándo?

—Se marchó por la puerta principal y subió por la avenida, señora. —En Trimmle no responder a más de una pregunta a la vez era cuestión de principios.

—¿Subió por la avenida? ¿A estas horas? —Mary se dirigió a su vez a la puerta principal y escudriñó el patio dirigiendo la mirada hacia el túnel de desnudos tilos. Pero aquella perspectiva resultó tan infructuosa como la inspección que había llevado a cabo previamente antes de entrar en la casa.

—¿No dejó el señor Boyne ningún mensaje?

Trimmle pareció sucumbir a una última batalla contra las fuerzas del caos.

—No, señora. Simplemente salió con el caballero.

—¿Con el caballero? ¿Qué caballero? —Mary se giró en redondo, como dispuesta a hacer frente a esta nueva contingencia.

—El caballero que vino a visitarle, señora —dijo Trimmle con resignación.

—¿Cuándo ha venido un caballero a visitarle? ¡Explíquese, Trimmle!

Únicamente el hecho de que estaba hambrienta y deseosa de exponerle a su marido el asunto de los invernaderos justificaba aquella inusual severidad hacia la criada. Y, pese a todo, era lo suficientemente objetiva como para advertir en los ojos de Trimmle el desafío incipiente del subordinado sumiso al que se ha presionado en exceso.

—No sabría decirle la hora exacta, señora, porque no fui yo quien abrió al

caballero —replicó con aire de haber decidido obviar magnánimamente el inusitado arrebato de su señora.

—¿No le abrió usted la puerta?

—No, señora. Cuando sonó el timbre me estaba cambiando y Agnes…

—En ese caso, vaya y pregúntele a Agnes —la interrumpió Mary.

Trimmle conservó su expresión de paciente indulgencia:

—Agnes no lo sabe, señora, porque lamentablemente se quemó la mano ajustando la mecha del nuevo candil que trajeron de la ciudad. —Mary era consciente de que Trimmle había renegado desde el principio del nuevo candil—. Y entonces la señora Dockett envió en su lugar a la pinche.

Mary consultó de nuevo el reloj.

—¡Son más de las dos! Vaya a preguntarle a la pinche si el señor Boyne dejó algún recado.

Sin más demora, se dispuso a almorzar. Trimmle le trajo noticias de que, según la pinche, el caballero había llegado hacia la una, y que el señor Boyne se había marchado con él sin dejar ningún recado. La pinche ni siquiera sabía el nombre del visitante, porque éste lo había anotado en un trozo de papel que acto seguido había doblado pidiendo que se le entregara inmediatamente al señor Boyne.

Mary continuó especulando sobre el tema durante el almuerzo. Cuando terminó de comer y Trimmle le llevó el café al salón, sus elucubraciones habían adquirido un punto de desasosiego. No era propio de Boyne ausentarse sin avisar a una hora tan intempestiva, y la dificultad de identificar al visitante que le había requerido hacía su desaparición aún más inexplicable. La experiencia de Mary como esposa de ingeniero, sujeto a llamadas urgentes y horarios irregulares, la había curtido para aceptar con filosofía aquel tipo de imprevistos, pero al retirarse de los negocios Boyne había adoptado un ritmo de vida benedictino. Como compensación por los años de dispersión y ajetreo, de almuerzos de pie y cenas engullidas entre los traqueteos del vagón-comedor del tren, cultivaba los placeres de la puntualidad y de la rutina, lo cual contrastaba con el gusto de su esposa por la improvisación.

Mantenía que los espíritus exquisitos hallaban infinitos grados de delectación en la previsible y constante repetición de sus hábitos.

No obstante, puesto que ninguna vida puede protegerse por completo contra lo imprevisto, resultaba evidente que las precauciones de Boyne fallaban de vez en cuando, y Mary concluyó que se habría desecho de un visitante inoportuno paseando con él hasta la estación o, al menos, acompañándole durante parte del trayecto.

Aquella conclusión puso fin a su preocupación. Se dispuso a salir para reanudar sus conversaciones con el jardinero. Más tarde, emprendió un paseo hasta la oficina de correos del pueblo, a casi dos kilómetros de distancia. Cuando se dirigió de vuelta a casa, ya empezaba a ponerse el sol.

Escogió una vereda que atravesaba las lomas, lo que hacía bastante improbable que se cruzasen en el camino, puesto que Boyne regresaría de la estación por el

sendero principal. Sin embargo, estaba completamente segura de que él habría llegado a casa antes que ella. Tan segura estaba que en cuanto entró se dirigió directamente a la biblioteca, sin detenerse siquiera a preguntarle a Trimmle. Pero la biblioteca continuaba vacía y, con una memoria visual de sorprendente precisión, observó al instante que los papeles del escritorio de su marido seguían exactamente donde estaban cuando había entrado a avisarle del almuerzo.

La invadió de repente un inexplicable pánico a lo desconocido. Había cerrado la puerta tras de sí al entrar, y mientras permanecía de pie, sola en la amplia habitación, silenciosa y en penumbra, su pavor pareció cobrar forma y sonido, como si estuviese allí, respirando de un modo audible, acechando entre las sombras. Sus ojos miopes escudriñaron entre dichas sombras, casi distinguiendo una presencia real, algo que se mantenía distante, observando, sabiendo. Deseosa de escapar de aquella presencia incorpórea, se abalanzó sobre el cordón de la campanilla propinándole un perentorio tirón.

La llamada, enérgica y apremiante, hizo que Trimmle acudiera atropelladamente con un candil en la mano, y aquella discreta irrupción de la normalidad consiguió devolverle el resuello a Mary.

—Si está en casa el señor Boyne, puede traer el té —pidió para justificar su llamada.

—Muy bien, señora. Pero el señor Boyne no está —dijo Trimmle soltando el candil.

—¿No está? ¿Quiere decir que regresó y volvió a salir?

—No, señora. Es que no ha regresado.

Volvió a atenazarla el pánico, y Mary supo que esta vez no había remedio posible.

—¿No ha regresado desde que salió con… el caballero?

—No desde que salió con el caballero.

—Pero ¿quién era ese caballero? —farfulló Mary con el tono autoritario de quien pretende hacerse oír en medio de una algarabía de sonidos ininteligibles.

—No sabría decírselo, señora. —De pie junto al candil, Trimmle parecía de repente menos robusta y lozana, como si también a ella la eclipsara una creciente sombra de duda.

—Pero la pinche tiene que saberlo… ¿No fue la pinche quien le abrió la puerta?

—Ella tampoco lo sabe, señora, porque él escribió su nombre en un papel doblado.

En su desconcierto, Mary era consciente de que ambas estaban designando al visitante desconocido mediante un pronombre abstracto, en lugar de hacerlo mediante la fórmula tradicional que, hasta el momento, había mantenido sus alusiones en los límites de las convenciones sociales.

—¡Pero tiene que tener un nombre! ¿Dónde está el papel?

Se dirigió al escritorio y empezó a remover los documentos amontonados arbitrariamente sobre él. Lo primero que llamó su atención fue una carta a medio

escribir, de puño y letra de su marido, con una pluma atravesada sobre ella, como abandonada con motivo de algún deber acuciante.

—Mi querido Parvis (¿Quién era Parvis?): acabo de recibir su carta notificándome el fallecimiento de Elwell y, aunque supongo que ahora no existe ya riesgo de problemas, sería más seguro…

Apartó la hoja a un lado y continuó con su inspección, pero no descubrió ningún papel doblado entre las cartas ni entre los documentos promiscuamente apilados en un mismo montón, como en un gesto de precipitación o nerviosismo.

—Pero la pinche lo vio. Hágala venir —ordenó, preguntándose cómo había sido tan torpe de no haber pensado antes en una solución tan simple.

Trimmle desapareció en una fracción de segundo a obedecer la orden, como aliviada de salir de la habitación y, cuando reapareció trayendo consigo a la consternada ayudante, Mary había recobrado su autocontrol y tenía preparadas sus preguntas.

Sí, que ella supiese el caballero era desconocido. Pero ¿qué había dicho? Y, sobre todo, ¿qué aspecto tenía? La respuesta a la primera pregunta era sencilla, por la desconcertante razón de que apenas había dicho nada… Simplemente preguntó por el señor Boyne y, garabateando algo en un trozo de papel, pidió que se lo entregaran enseguida.

—Entonces, ¿no sabe lo que escribió? ¿Ni siquiera está segura de que fuese su nombre?

La pinche no estaba segura, pero suponía que así era, puesto que lo había anotado a raíz de preguntarle ella a quién debía anunciar.

—Y cuando le llevó la nota al señor Boyne, ¿qué dijo él?

La pinche creía que el señor Boyne no había comentado nada, aunque no estaba muy segura porque, cuando acababa de entregarle la nota y la estaba desdoblando, se dio cuenta de que el visitante la había seguido hasta la biblioteca y ella se retiró, dejando solos a los dos caballeros.

—Pero, entonces, si los dejó en la biblioteca, ¿cómo sabe que salieron de la casa?

Este último desafío sobrepasó la capacidad de expresión de la empleada. Resultaba evidente que se había rebasado el límite de su resistencia. La obligación de acudir a la puerta a recibir a un visitante ya había subvertido tanto el orden habitual de las cosas que sus facultades estaban completamente trastornadas, por lo que, tras varios penosos esfuerzos evocativos, sólo fue capaz de balbucir:

—Su sombrero, señora, era algo diferente, por así decirlo.

—¿Diferente? ¿Cómo diferente? —Mary se plantó al instante junto a ella, con el pensamiento retrocediendo justo en ese preciso momento hasta una imagen registrada aquella mañana, temporalmente extraviada bajo capas de sucesivas impresiones.

—¿Quiere decir que su sombrero tenía el ala ancha? ¿Y su cara era algo pálida y aniñada? —Mary la presionaba con los labios apretados por la tensión. Pero si la pinche encontró respuesta para aquel nuevo lance, acabó arrollada en la corriente de

conclusiones personales de su interlocutora. ¡El forastero, el forastero del jardín! ¿Cómo no había pensado Mary antes en él? Ya no hacía falta que nadie le confirmase que era él quien había visitado a su marido y se había marchado con él. Pero ¿quién era y por qué Boyne había acudido presuroso a su llamada?

4

Como resurgiendo irónicamente en medio de la oscuridad, Mary recordó de repente que más de una vez habían comentado su marido y ella lo pequeña que era Inglaterra, «un lugar en el que resultaba asombrosamente difícil perderse».

Un lugar en el que resultaba asombrosamente difícil perderse. Esas habían sido las palabras de su marido. Y ahora, con toda la maquinaria de la investigación oficial desplegada y rastreándose con ayuda de reflectores la costa de un extremo a otro, incluso entre los estrechos istmos; ahora que el nombre de Boyne empapelaba paredes de ciudades y pueblos y que su retrato (¡cómo la mortificaba esto!) se había difundido a lo largo y ancho del país como si se tratase de la imagen de un delincuente en busca y captura… Ahora la pequeña isla, tan aglutinada y poblada, patrullada por la policía, investigada y controlada por la ley, se manifestaba cual esfinge poseedora de insondables enigmas que reaccionaba con mirada impasible a la tribulación contenida en los ojos de su esposa, con el perverso regocijo de estar en conocimiento de algo que los demás no llegarían a saber jamás.

Durante la quincena posterior a la desaparición de Boyne, no había habido noticia de él, ni el menor rastro de sus movimientos. Incluso la típica información engañosa que suscita esperanzas en los corazones afligidos había sido escasa y efímera. Nadie, salvo la abrumada pinche de cocina que le había visto abandonar la casa, había visto al «caballero» que le acompañaba. Según las indagaciones efectuadas en el vecindario, nadie recordaba haber visto a ningún extraño en la comarca de Lyng aquella mañana. Ni en los pueblos vecinos ni en los senderos que cruzaban los valles, ni tampoco en las estaciones de ferrocarril próximas se había encontrado nadie con Edward Boyne, ni sólo ni acompañado. Se lo había tragado el radiante mediodía inglés como si se hubiese adentrado en la noche cimeriana[25]. Mientras los medios externos de investigación trabajaban a destajo, Mary había saqueado los papeles de su marido en busca de algún indicio de antecedente turbio, de enredo de algún tipo o de coerción desconocida para ella que arrojase un débil rayo de luz en la tiniebla. Pero si algo de ello hubo en la vida de su marido, había desaparecido por completo, del mismo modo que el trozo de papel en el que el visitante había anotado su nombre. No quedaba ni un hilo del que seguir tirando, salvo (si realmente podía considerarse una excepción) la carta que, al parecer, estaba escribiendo Boyne en el momento de recibir el misterioso recado del visitante. Dicha carta, leída y releída por su esposa, y

remitida por ella a la policía, proporcionaba escasa base para conjeturas.

«Acabo de saber del fallecimiento de Elwell y, aunque supongo que ahora no existe ya riesgo de problemas, sería más seguro…» Eso era todo. Del «riesgo de problemas» daba clara cuenta el recorte de prensa que había puesto a Mary al corriente de la demanda interpuesta contra su marido por uno de sus socios en la empresa Blue Star. La única información adicional que aportaba la carta era el hecho de que, al tiempo de haberla escrito, todavía se mostraba Boyne intranquilo por el resultado de la demanda, pese a haberle asegurado a su esposa que ésta había sido retirada, y pese a que la propia carta corroboraba el fallecimiento del demandante. Llevó varias semanas de continuos cablegrafiados identificar al tal Parvis a quien se dirigía la fragmentaria misiva, pero ni siquiera cuando las pesquisas revelaron que se trataba de un abogado de Waukesha fue posible recabar nueva información en relación al caso Elwell. Parecía que el abogado no había tenido interés personal en el asunto, que se había limitado a intervenir como amigo experto en la materia y posible intermediario. Se declaró incapaz de adivinar el motivo por el que Boyne solicitaba su ayuda profesional.

Aquella información estéril, único fruto de dos semanas de búsqueda febril, no prosperó un ápice durante las lentas semanas posteriores. Mary sabía que las averiguaciones seguían su curso, pero vagamente percibía que se iban ralentizando de forma gradual, como parecía ralentizarse también el paso real del tiempo. Era como si los días, en su despavorida huida de la enigmática visión de aquel día inescrutable, fuesen recuperando su seguridad conforme ganaban distancia, hasta terminar recobrando su ritmo habitual. Lo mismo ocurría con los cerebros humanos que trabajaban en aquel extraño suceso. Indudablemente, el tema continuaba ocupándoles, pero, semana tras semana y hora tras hora, se hacía menos absorbente, abarcaba menos espacio, lenta pero inexorablemente lo iban desplazando al fondo de la consciencia otros problemas más recientes que bullían en el humeante caldero de la experiencia humana.

Incluso la consciencia de Mary Boyne se iba ralentizando progresivamente. Aún cimbreaba con las incesantes oscilaciones de la especulación, pero éstas se habían vuelto más lentas, de cadencia más rítmica. Había momentos de asombrosa lasitud en los que, al igual que un veneno que deja a su víctima con la mente despejada pero con el cuerpo inerte, se veía a sí misma familiarizada con el Horror[26], aceptando su presencia perpetua como una de las condiciones insoslayables de la existencia.

Los momentos así se prolongaban durante horas y días, hasta que acababa sucumbiendo a una fase de estólida aquiescencia. Contemplaba las rutinas normales de la vida con la mirada desafecta del salvaje a quien no le impresionan lo más mínimo los incomprensibles asuntos de la civilización. Había llegado a un punto en el que ella misma se consideraba parte de esa rutina, un radio más de la rueda, girando con sus movimientos… Se sentía casi como el mobiliario de la estancia en la que se sentaba, un objeto insensible al que se le limpiaba el polvo y que se cambiaba de sitio

junto a las sillas y las mesas. Aquella apatía creciente la mantenía encerrada en Lyng, pese a los vehementes ruegos de sus amistades y a la clásica prescripción médica de cambio de aires. Sus amigos suponían que su negativa a moverse se debía a la creencia de que su marido regresaría un día al lugar del que se había evaporado. Incluso acabó forjándose una bella leyenda sobre aquel estado de espera ilusorio. Pero la realidad era que Mary no albergaba semejante ilusión: la angustia abisal que la rodeaba ya nunca se iluminaba con fugaces destellos de esperanza. Estaba convencida de que Boyne no regresaría jamás, de que había desaparecido de su vida de manera tan radical como si hubiese sido la propia Muerte la que hubiese aguardado aquel día en el umbral. Incluso había desechado, una a una, las diversas hipótesis que sobre su desaparición manejaban la prensa, la policía y su propia fantasía desbocada. En momentos de serenidad absoluta, su mente descartaba las múltiples alternativas del horror y quedaba sumida en la simple constatación de que su esposo se había ido.

No, nunca sabría qué había sido de él… Nadie lo sabría jamás. Pero la casa lo sabía, lo sabía la biblioteca en la que Mary pasaba largas y solitarias noches. Al fin y al cabo, había sido allí donde se había escenificado el último acto, allí hasta donde había llegado el forastero a pronunciar la palabra que había hecho que Boyne se levantara y le siguiera. El suelo que ella pisaba había sentido sus pasos, los libros de las estanterías habían visto su rostro. Había instantes en los que la intensa presencia de las paredes, vetustas y sombrías, parecía a punto de manifestarse, desvelando de forma audible parte de su secreto. Pero dicha revelación no llegaba a producirse, y ella sabía que nunca lo haría. No era Lyng una de esas casonas indiscretas que traicionan los secretos que se les confían. Su propia leyenda demostraba que siempre había sido el cómplice mudo, el insobornable guardián de los misterios que había llegado a averiguar. Y Mary Boyne, sentada frente a frente con su portentoso silencio, sabía que no habría medio humano de hacérselo romper.

5

—No digo que no fuese correcto, pero tampoco digo que lo fuese. Eran negocios.

Al escuchar estas palabras, Mary, sorprendida, levantó la cabeza y miró con interés y detenimiento a la persona que las pronunciaba.

Cuando media hora antes le habían presentado una tarjeta en la que se leía «Sr. Parvis», supo inmediatamente que el nombre había formado parte de su subconsciente desde que lo leyera al inicio de la carta inconclusa de Boyne. En la biblioteca, esperándola, encontró a un hombre corriente, de baja estatura, calvo y con gafas de montura dorada. Le provocó un extraño estremecimiento saber que aquélla era la persona a quien su marido había dirigido su último pensamiento conocido.

Con cortesía pero prescindiendo de preámbulos inútiles, como corresponde a quienes nunca pierden de vista el reloj, Parvis había expuesto el motivo de su visita. Había vuelto a Inglaterra por negocios y, dado que se encontraba en la comarca de Dorchester, no había querido marcharse sin presentar sus respetos a la señora Boyne, sin preguntarle (si se presentaba la ocasión) lo que pensaba hacer en relación a la familia de Bob Elwell.

Sus palabras activaron en el interior de Mary el resorte de un espanto indescriptible. ¿Es que, después de todo, sí conocía su visitante lo que había querido decir Boyne con su frase inacabada? Pidió que le aclarase la pregunta y advirtió que a él le sorprendía que ella no estuviese al tanto del asunto. ¿Era posible que la señora Boyne supiese tan poco como decía?

—No sé nada… Cuéntemelo usted —atinó a decir ella. Y seguidamente el visitante procedió a desvelarle la historia. Incluso a través de los ofuscados sentidos de Mary y de su inexperta visión del tema, el relato de Parvis arrojaba una luz escabrosa sobre el turbio asunto de la mina Blue Star. Su marido había hecho fortuna en aquel brillante negocio a costa de «adelantarse» a otro sujeto menos atento a la oportunidad. La víctima de su astucia había sido el joven Robert Elwell, que había «metido» a Boyne en el plan Blue Star.

Ante las expresiones de estupor de Mary, Parvis le dirigió una mirada pensativa a través de sus gafas imparciales.

—Bob Elwell no fue suficientemente listo, eso es todo. Si lo hubiera sido, las cosas se habrían desarrollado a la inversa y se la hubiese jugado a Boyne de la misma manera. Este tipo de cosas suceden todos los días en los negocios. Supongo que es lo que los científicos llaman la supremacía del más fuerte —dijo Parvis claramente satisfecho con lo acertado de su analogía.

Mary sintió un espasmo físico ante la siguiente pregunta que intentaba formular, como si las palabras que estaban al borde de sus labios tuviesen un sabor nauseabundo.

—Entonces…, ¿acusa usted a mi marido de hacer algo reprobable?

El señor Parvis consideró la pregunta sin inmutarse.

—¡Oh, no! No. Ni siquiera digo que no fuese correcto. —Recorrió con la mirada los largos estantes de libros, como si alguno de ellos pudiese proporcionarle la definición que buscaba.

—No digo que no fuese correcto, pero tampoco digo que lo fuese. Eran negocios.

No se le ocurrió, después de pensarlo detenidamente, una forma mejor de expresarlo.

Mary permanecía sentada mirándole con expresión de pavor. Se le antojaba que él era el indiferente e implacable emisario de algún poder maléfico e informe.

—Pero, al parecer, los abogados del señor Elwell no compartían su punto de vista, porque imagino que fueron ellos los que le aconsejaron retirar la demanda.

—¡Oh, sí! Sabían que técnicamente aquello apenas se sostenía. Pero cuando le

aconsejaron que retirase la demanda Elwell se volvió loco. Ya sabe, había pedido prestada la mayor parte del dinero que perdió en la Blue Star y estaba en un serio aprieto. Por eso, cuando le confirmaron que no había nada que hacer, se pegó un tiro.

Grandes y ensordecedoras oleadas de horror arrasaron el semblante de Mary.

—Bueno, no se mató exactamente. Tardó dos meses en morir —declaró Parvis con la misma ausencia de emoción que un gramófono haciendo sonar su disco.

—¿Quiere decir que intentó matarse y falló? ¿Que volvió a intentarlo?

—¡Oh!, no hizo falta que lo intentara de nuevo —dijo Parvis con gravedad.

Continuaban sentados en silencio uno frente al otro, balanceando él entre sus dedos las gafas de ver con aire ensimismado; ella, inmóvil, con los brazos rígidos, entrelazando las rodillas en actitud tensa.

—Pero si usted sabía esto… —logró decir al fin, apenas elevando la voz por encima del susurro—: ¿Cómo es que cuando le escribí al tiempo de desaparecer mi marido me dijo usted que no comprendía su carta?

Parvis encajó la pregunta sin alterarse.

—Bueno, estrictamente hablando no la comprendía. Y de haberla comprendido tampoco era ya momento de hablar del tema. El asunto Elwell se dio por concluido al retirarse la demanda. Nada que yo pudiese haberle dicho le habría ayudado a encontrar a su marido.

Mary siguió presionándole:

—Entonces, ¿por qué me lo cuenta ahora?

Parvis permaneció impasible.

—Para empezar, suponía que usted sabía más de lo que parece saber…, sobre las circunstancias de la muerte de Elwell, quiero decir. Y, por otra parte, es ahora cuando la gente está empezando a hablar del tema. Todo el asunto ha salido a relucir de nuevo. Y pensé que si usted no estaba al corriente, debería estarlo.

Ella guardaba silencio y él prosiguió:

—Mire, hace poco que se ha descubierto el penoso estado en que estaban los asuntos de Elwell. Su esposa es una mujer orgullosa, siguió luchando mientras pudo, yendo a trabajar, llevándose costura a casa, hasta que enfermó gravemente…, del corazón, creo. Pero tenía que cuidar de su madre postrada en cama, de sus hijos. Finalmente no pudo con todo y tuvo que pedir ayuda. Ello atrajo la atención sobre el caso, la prensa lo acogió y se inició una suscripción popular. A todo el mundo le caía bien Bob Elwell y la mayoría de las personalidades locales figuraban en dicha lista. La gente empezó a hacerse preguntas…

Le alargó a Mary un periódico que ella misma desplegó con parsimonia, recordando al hacerlo la tarde que, en aquella misma habitación, la lectura de un recorte del *Sentinel* había zarandeado por vez primera los cimientos de su estabilidad.

Al abrir el diario, sus ojos, deslumbrados por los fulgurantes titulares: «La viuda de la víctima de Boyne abocada a la caridad», recorrieron la columna de texto que figuraba al pie de dos retratos. El primero era de su marido, tomado de una fotografía

realizada durante el año que llegaron a Inglaterra. Era la fotografía que más le gustaba a ella, la misma que estaba arriba, en el buró del dormitorio. Al reencontrarse sus ojos con los de la fotografía se sintió incapaz de leer lo que se decía de su esposo, y una punzada de dolor la hizo entrecerrar los párpados.

—Pensé que tal vez estaría dispuesta a incluir su firma… —Oyó decir a Parvis.

Abrió los ojos con esfuerzo y su mirada recayó sobre la otra imagen. Pertenecía a un hombre de aspecto juvenil, de complexión menuda, vestido con ropa vulgar, con los rasgos algo desdibujados por la sombra de un sombrero de ala prominente. ¿Cuándo había visto ella antes ese perfil? Se quedó mirando la foto aturdida, con el corazón golpeando en su garganta y sus oídos. Entonces lanzó un grito.

—¡Este es el hombre…, el hombre que vino a ver a mi marido!

Oyó a Parvis ponerse en pie de un respingo y, de forma confusa, fue consciente de haberse acurrucado en un extremo del sofá, y de que él se inclinaba sobre ella alarmado. Con un intenso esfuerzo se rehízo y recogió el periódico que había dejado caer.

—¡Este es el hombre! ¡Le reconocería en cualquier parte! —sollozó con una voz que retumbó como un alarido en sus tímpanos.

La voz de Parvis le llegaba desde muy lejos, desde el abismo infinito de un zigzagueante laberinto desdibujado por la niebla.

—Señora Boyne, no se encuentra usted bien. ¿Desea que avise a alguien? ¿Le traigo un vaso de agua?

—¡No, no, no! —Se incorporó aproximándose hacia él, agarrando el periódico con el puño crispado—. Se lo estoy diciendo: ¡éste es el hombre! ¡Le conozco! ¡Habló conmigo en el jardín!

Parvis le arrebató el periódico y enfocó sus gafas directamente sobre el retrato.

—No puede ser, señora Boyne. Este es Robert Elwell.

—¿Robert Elwell? —Su demudado rostro pareció surcar el espacio—. Entonces fue Robert Elwell quien vino a por él.

—¿Que vino a por él? ¿El día que se marchó? —La voz de Parvis se debilitaba a medida que se elevaba la de ella. Se inclinó un poco, imponiéndole una mano fraternal, como si quisiera inducirla gentilmente a sentarse de nuevo—. No puede ser, ¡Elwell había muerto! ¿No se acuerda?

Mary tomó asiento, con la mirada clavada en la fotografía, ajena a lo que él le decía.

—¿No recuerda la carta inacabada que me dirigió Boyne, la que encontró usted aquel día en el escritorio? Fue escrita justo después de que se enterara de la muerte de Elwell.

Ella percibió cierto temblor extraño en la voz monocorde de Parvis.

—Seguro que lo recuerda —insistía él.

Sí, lo recordaba. Y era eso lo que más la horrorizaba. Elwell había fallecido el día anterior a la desaparición de su marido. Aquél era el retrato de Elwell, el retrato del

hombre que había conversado con ella en el jardín. Levantó la cabeza y paseó la mirada lentamente por la biblioteca. También la biblioteca podría atestiguar que aquél era el retrato del hombre que entró aquel día interrumpiendo a Boyne en su carta inconclusa. Abriéndose paso entre las densas brumas de su memoria, Mary alcanzó a oír el lejano eco de unas palabras casi olvidadas, unas palabras pronunciadas por Alida Stair en el jardín de Pangbourne mucho antes de que Boyne y su esposa hubiesen visto la casa de Lyng, o imaginado que algún día vivirían en ella.

—Este es el hombre que habló conmigo —repitió.

Miró de nuevo a Parvis. Éste procuraba disimular su consternación bajo lo que él imaginaba una expresión de compasión indulgente, pero las comisuras de sus labios estaban azules.

«Cree que estoy loca —pensó Mary—, pero yo no soy ninguna loca». De repente se le ocurrió la manera de probar su afirmación.

Permaneció callada en su asiento, controlando el temblor de sus labios, aguardando hasta estar segura de que su voz adquiriría su tono habitual. Entonces, clavando la mirada en Parvis, dijo:

—¿Podría responderme a una pregunta? ¿Cuándo intentó suicidarse Elwell?

—¿Cuándo…? ¿Cuándo…? —balbució él.

—Sí, la fecha. Trate de recordar, por favor.

Era consciente de que él cada vez se sentía más intimidado por ella.

—Tengo un motivo —insistió Mary con delicadeza.

—Sí, sí. Es que no me acuerdo. Unos dos meses antes, diría yo.

—Necesito la fecha exacta —repitió ella.

Parvis cogió el periódico.

—Aquí podremos verlo —dijo aún complaciente. Recorrió la página con la mirada—. Aquí está. En octubre pasado, el día…

Ella le interrumpió:

—El 20, ¿no?

Observándola atentamente él le confirmó:

—Sí, el 20. ¿Cómo lo sabía?

—Lo sé ahora —Su mirada perpleja pasó por encima de él—. El domingo 20… Ese día vino por primera vez.

La voz de Parvis era apenas audible:

—¿Vino por primera vez?

—Sí.

—Entonces, ¿le vio usted dos veces?

—Sí, dos veces —suspiró ella con los ojos abiertos—. La primera ocasión fue el 20 de octubre. Recuerdo bien la fecha porque fue el día que subimos por primera vez al monte Meldon. —Sintió ganas de reír para sus adentros al pensar que, de no ser por aquel detalle, quizá lo habría olvidado.

Parvis seguía escrutándola, como intentando interceptar su mirada.

—Le vimos desde el tejado —prosiguió ella—. Bajaba por la avenida de los tilos en dirección a la casa. Iba vestido de la misma forma en que aparece en esa foto. Mi marido le vio primero. Se asustó y bajó delante de mí. Pero no había nadie abajo. Se había esfumado.

—¿Elwell se había esfumado? —tartamudeó Parvis.

—Sí.

Los murmullos de ambos parecieron fundirse.

—No comprendía lo que había sucedido. Ahora lo veo claro. Intentó venir entonces, pero no llevaba suficiente tiempo muerto… No le era posible llegar hasta nosotros. Tuvo que esperar dos meses, entonces regresó… y Ned se marchó con él.

Hizo a Parvis un gesto afirmativo, con la mirada triunfal del niño que ha logrado solucionar con éxito un puzle complejo. Pero, de repente, alzó las manos en un gesto desesperado, presionando con ellas sus congestionadas sienes.

—¡Oh, Dios mío!, yo misma le conduje hasta Ned… Le dije adonde dirigirse. ¡Le envié hasta esta misma habitación! —gimió.

Sintió que las paredes de la habitación la cercaban, como ruinas desmoronándose en su interior. Oyó a Parvis, en la lejanía, increpándola a través de dichas ruinas, luchando por alcanzarla. Pero ella era insensible a su contacto, no sabía lo que le estaba diciendo. En medio del estruendo una única nota se dejaba oír con nitidez: la voz de Alida Stair hablando en el jardín de Pangbourne.

«No lo sabréis hasta después —decía—. No lo sabréis hasta mucho, mucho después».

LA BOTELLA DE PERRIER

Dos días de traqueteo por endiabladas rutas en un cochecillo voluntarioso pero renqueante y otros dos a lomos de una montura alquilada de temperamento poco sociable habían llevado al joven Medford, de la Escuela Americana de Arqueología de Atenas, a cuestionarse el motivo por el que su excéntrico amigo inglés, Henry Almodham, habría elegido vivir en el desierto.

Ahora lo comprendía.

Justo en ese momento se encontraba apoyado sobre el pretil de la cornisa de la antigua edificación, entre fortaleza cristiana y palacio árabe, que había sido el pretexto esgrimido por Almodham. O uno de ellos. Abajo, en un patio interior y a medida que descendía el sol, empezaba a levantarse un vientecillo que, con su repiqueteo como de lluvia, se abría paso entre el palmeral llevando frescor a los peregrinos del desierto. Una vieja higuera, enorme y exuberante, se contorsionaba sobre un blanco aljibe, succionando vida de la que parecía ser la única fuente de humedad entre aquellos muros. Más allá, a uno y otro lado, se extendía el misterio de las arenas, doradas como promesas, lívidas como amenazas, según las cubriese o descubriese el sol.

El joven Medford, cansado del viaje desde la costa y abrumado por aquella primera e íntima impresión de la omnipresencia del desierto, sintió un súbito estremecimiento y se apartó de la baranda. Indudablemente era un refugio privilegiado para un erudito misógino. Pero uno había de ser, por fuerza, ambas cosas.

«Echemos un vistazo a la casa», se dijo Medford a sí mismo, como si le urgiese tomar contacto con algo realizado por la mano del hombre para recuperar la

sensación de seguridad.

La casa (ya lo había averiguado) estaba vacía, a excepción de aquel criado solícito y cosmopolita que hablaba un palimpsesto de *cockney* mezclado con lenguas mediterráneas y dialectos del desierto… ¿Sería inglés, italiano o griego? Había también dos o tres subalternos ataviados con *burnus*[27] que, tras llevar el equipaje de Medford hasta su habitación, dispensaron al entorno de sus subrepticias presencias. El criado le informó de que el señor Almodham había tenido que ausentarse. De un día para otro un jefe local amigo suyo le había hecho llamar para visitar unas ruinas inexploradas al sur. Había partido al amanecer, demasiado precipitadamente como para haberle escrito una nota, aunque sí le hacía llegar un mensaje verbal de disculpa y pesar. Quizá regresase a última hora de aquella misma noche o a la mañana siguiente.

Por lo que sabía el joven Medford, Almodham estaba siempre enfrascado en aquel tipo de exploraciones. Ellas fueron la razón de que se instalase en aquel remoto lugar, y su arriesgada apuesta ya había obtenido la recompensa de unas interesantes ruinas de la primera era cristiana.

Medford celebró que su amigo no se hubiese ceñido al protocolo y, a decir verdad, se sintió bastante aliviado de disponer de unas horas para sí mismo. El verano anterior había contraído malaria y, aunque había llevado puesto su casco de automovilista, no descartaba haber pillado una ligera insolación. Pero, pese a la intensa fatiga, se sentía también profundamente feliz.

¡Y menudo lugar para reponer fuerzas era aquél! ¡El silencio, la lejanía, el aire ilimitado…! En pleno corazón de lo inhóspito, verde follaje, agua, comodidades (había entrevisto unos amplios sillones de mimbre bajo las palmeras)… Una morada acogedora y hospitalaria. Sí, empezaba a comprender a Almodham. Para cualquiera harto del febril ajetreo de Occidente los muros de aquel fortín en el desierto transpiraban paz.

Justo cuando había puesto el pie en las escaleras (diseñadas como si fuesen una escalera de mano) y se disponía a bajar, Medford divisó la cabeza del criado, que en ese momento se alzaba hacia él. Lo hizo con tal lentitud que Medford tuvo tiempo de comprobar que era cetrina y calva en la coronilla, dentada en diagonal por una cicatriz larga y blanquecina y rodeada de toscos cabellos de color rubio ceniza. Hasta entonces Medford sólo había reparado en el rostro del hombre (juvenil, aunque también cetrino) en el que le había impactado descubrir una peculiar expresión que sólo de manera precaria cabría definir como de perplejidad.

El criado, echándose a un lado, miró hacia arriba, y Medford cayó en la cuenta de que su permanente aire de asombro se debía al hecho de que sus ojos azul intenso estaban mucho más abiertos de lo habitual, ribeteados además por densas pestañas rubio ceniza. Aparte de eso, no había ninguna otra cosa destacable en él.

—Iba a preguntar… Esto…, ¿qué vino le sirvo para la cena, señor? ¿Champán o…?

—Nada de vino, gracias.

Los disciplinados labios del hombre dibujaron un remoto amago de desprecio o de ironía. O ambas cosas.

—¿De ningún tipo, señor?

Medford le sonrió a su vez:

—No, de verdad. He estado algo pachucho y me han prohibido el vino.

El criado no parecía querer darse por vencido.

—¿Y un poco de Moselle ligero para siquiera colorear el agua, señor?

—No, nada de vino, de ninguna clase —respondió Medford empezando a exasperarse. Todavía se hallaba en esa fase de la convalecencia en la que a uno le irrita que le contradigan en asuntos de dieta—. Oh, a propósito, ¿cómo se llama usted? —añadió para suavizar un poco la aspereza de su negativa.

—Gosling —respondió el otro para sorpresa de Medford, si bien éste no habría sabido decir cómo había esperado que se llamase.

—¿Es usted inglés, entonces?

—Oh, sí, señor.

—Pero lleva bastantes años por estas tierras, ¿no?

—Sí —respondió Gosling. Demasiado tiempo para su gusto. Añadió que había nacido en Malta—. Pero conozco bien Inglaterra. —De nuevo la mirada de desprecio —. Confieso, señor, que me habría gustado ver Wembley[28]. El señor Almodham me lo prometió en su momento, pero luego… —Como deseoso de mitigar el abandono en el que había incurrido con semejante confidencia, le pidió a continuación las llaves de su habitación y, en el mismo tono ceremonioso, le preguntó a qué hora le gustaría cenar. Tras haber recibido respuesta, todavía se mostraba remiso a marcharse. Parecía más perplejo que nunca.

—Entonces, ¿sólo agua mineral, señor?

—Oh, sí, cualquiera que tengan.

—¿Una botella de Perrier, por ejemplo?

¡Perrier en pleno desierto! Medford sonrió afirmativamente, entregó sus llaves sin rechistar y prosiguió su paseo.

La casa, o al menos la zona habitable de ésta, resultó ser más pequeña de lo que había imaginado al principio. Y es que, sobre ella, se levantaba una portentosa dilapidación de muros de piedra amarilla entre cuyas intersecciones se erigían estancias de escayola, unas encima de otras, semiderruidas pese a las vigas de cedro y las contraventanas color carmesí. De entre aquel maremagno de mampostería y estuco, cristiano y musulmán, el reciente inquilino había escogido una serie de habitaciones agrupadas en un ala de la antigua fortaleza. Dichas habitaciones daban al patio principal, el mismo en el que susurraban las palmeras y la higuera se retorcía sobre el aljibe. Sobre el resquebrajado suelo de mármol blanco había un juego de sillas y una mesa baja, así como unos cuantos geranios y unas campanillas azules que

se habían avenido a crecer entre las losas.

Un chico con falda blanca y mirada atenta estaba regando las plantas, pero se desvaneció como una nube de vapor al aproximarse Medford.

Y algo había de vaporoso e insustancial en el ambiente. Incluso la amplia habitación porticada con acceso al patio, decorada con cojines tipo alforja, divanes de piel de gacela y toscas alfombras indígenas, incluso la mesa sobre la que se apilaban viejos *Times* y ultramodernas revistas inglesas y francesas… Bajo el aire claro y burlón todo parecía el espejismo de un caminante del desierto.

Una hamaca bajo la higuera invitó a Medford a dormitar. Cuando despertó, la tensa cúpula azul que había sobre su cabeza estaba constelada de estrellas y la brisa nocturna cuchicheaba con las palmeras.

Descanso, belleza, paz. ¡Sabio Almodham!

¡Sabio Almodham! Tras haber concluido (con resultados un tanto decepcionantes) las excavaciones que la sociedad arqueológica le había encomendado hacía veinticinco años, su amigo había decidido quedarse, había tomado posesión de aquella fortificación de los Cruzados y había mudado sus intereses de las ruinas antiguas a las medievales. Pero Medford sospechaba que incluso estas investigaciones más recientes las llevaba a cabo de manera esporádica, siempre y cuando su ánimo no se viese excesivamente lastrado por el hechizo de su solaz.

El joven americano había conocido a Henry Almodham en Luxor el invierno anterior. Ambos habían cenado en casa del coronel Swordsley, en una fragante terraza sobre el Nilo encendida de estrellas y, habiendo despertado Medford cierto interés en el arqueólogo, éste le había instado a visitarle en el desierto el año siguiente.

Habían pasado juntos esa única noche, con el viejo Swordsley pestañeando con sus párpados ensoñadores y en compañía también de dos o tres encantadoras damas del Palacio de Invierno que no pararon de conversar y de proferir exclamaciones sobre una y otra cosa. En el camino de regreso a Luxor, cabalgando bajo la luz de la luna, Medford creyó haber desentrañado las líneas esenciales del carácter de Henry Almodham. Talante saturnino pero sentimental, crónica indolencia alternada con brotes de actividad asombrosamente lúcida, corrosiva inseguridad aliviada por una secreta autoestima y ansia de soledad combinada con la incapacidad para soportarla durante demasiado tiempo.

Medford sospechaba que había algo más: un toque de reconfortante romanticismo Victoriano derivado del entorno, de lo remoto e inaccesible de su retiro, del hecho de ser conocido como ese Henry Almodham («el que vive en el castillo de los Cruzados, ya sabes») y del gradual encierro en una pose adquirida en la juventud y dentro de la cual se había ido agarrotando a medida que le sobrevenía la madurez. Sí, intuía algo profundo y oscuro, aunque el joven no habría sabido precisar qué. Quizá fuese simplemente que aquel singular estilo de vida había acabado por curar alguna vieja herida, alguna mortificación del pasado, algo que años atrás le hubiese tocado en una

parte vital de su ser dejándolo en cierto modo dañado. Especialmente en los ademanes dubitativos de Almodham, en el aspecto soñador de su rostro, largo, bronceado y armónico, con su copete de pelo gris, detectaba Medford cierta inercia mental y moral que habría fomentado (y de la que a su vez le habría exonerado) la vida en aquel castillo novelesco.

«Una vez aquí, ¡qué sencillo resulta quedarse!», pensó.

—La cena, señor —anunció Gosling.

La mesa estaba dispuesta bajo una bóveda del salón. El atenuado resplandor de las velas se proyectaba como una balsa rosácea en el atardecer. Cada vez que se exponía a la luz, el criado, con chaqueta blanca y zapatos de terciopelo, parecía más eficaz y atónito que nunca. Por otra parte, el menú… ¿Sería también maltés el cocinero? Gosling detuvo momentáneamente su tarea, acompañó su asentimiento de una sonrisa y empezó a escanciar Chablis en el vaso del invitado.

—No tomo vino —dijo Medford con paciencia.

—Lo siento, señor. Pero lo cierto es que…

—¿No dijo que había Perrier?

—Así es, señor, pero acabo de darme cuenta de que no queda. Ha hecho un calor terrible y como el señor Almodham ha pasado una larga temporada en casa se la ha bebido toda. La nueva remesa no llegará hasta la semana que viene. Dependemos para ello de las caravanas que marchan en dirección al sur.

—No importa. Agua natural, entonces. La prefiero.

El asombro de Gosling fue en aumento hasta convertirse en ostensible estupor:

—¿Agua, señor? El agua de por aquí…

Medford se revolvió irritado:

—¿Qué pasa con el agua? Hiérvala, ¿de acuerdo? No voy a… —Apartó el vaso de vino a medio llenar.

—Oh…, ¿hervirla? Desde luego, señor. —La voz del hombre decayó hasta transformarse en un susurro. Depositó sobre la mesa una sustanciosa mezcla de arroz y cordero y, a continuación, se esfumó.

Medford se reclinó en el respaldo de la silla, abandonándose a la noche, al relente, a las rachas de viento entre las palmeras.

La cena consistió en una suculenta sucesión de platos. Justo cuando le servían el segundo y empezaba a sentir sed, vio que le colocaban una jarra de agua junto al codo.

—Hervida, señor, y le he exprimido un limón.

—Estupendo. Supongo que a finales de verano el agua se vuelve por estas tierras un poco cenagosa, ¿no?

—Así es, señor. Pero encontrará esta de su gusto, señor.

Medford la probó. Le supo mejor que la Perrier. Apuró el vaso, se echó hacia atrás y rebuscó en su bolsillo. En un instante apareció al alcance de su mano una

bandeja con puros y cigarrillos.

—¿No… fuma usted, señor?

Por toda respuesta, Medford sostuvo su cigarrillo ante los ojos del hombre:

—¿Cómo llama usted a esto?

—Oh, ya, claro. Me refería al otro estilo. —Gosling echó una discreta mirada a las pipas de opio de jade y ámbar que había sobre la mesa auxiliar.

Medford declinó la invitación con una sacudida de hombros y se quedó pensativo. Tal vez fuera aquél el otro secreto de Almodham… o uno de ellos. Porque empezaba a pensar que podría haber muchos, y todos celosamente escondidos tras la vigilante frente de Gosling.

—¿Todavía no hay noticias de Almodham?

Gosling estaba recogiendo los platos con ademanes diestros. Por un momento pareció no haberle oído. Pero luego, desde el fulgor de las velas, dijo:

—¿Noticias, señor? Difícilmente podría haberlas, ¿verdad? No hay telégrafo en el desierto, señor. No es como en Londres. —Su tono respetuoso atemperaba la sutil ironía—. Pero para mañana por la noche deberíamos tenerle ya por aquí. —Gosling se detuvo, se aproximó un poco, pasó una de sus raudas manos por la mesa en busca de unas últimas migajas y añadió vacilante—: Seguramente podrá usted quedarse hasta entonces…

Medford se echó a reír. La noche era un bálsamo, se colaba en su ánimo como si le diese alas. El tiempo se diluía, lejos quedaban el estrés y las complicaciones.

—¿Quedarme? ¡Me quedaría un año si hiciese falta!

—Oh… ¿un año? —repitió Gosling en tono jocoso, antes de recoger los platos del postre y marcharse.

Medford había dicho que esperaría a Almodham durante un año, pero a la mañana siguiente cayó en la cuenta de que tales términos arbitrarios habían perdido allí todo sentido. No existían medidas de tiempo en semejante lugar.

La boba esfera de su reloj reducía a la nada su letanía diaria. El rotar de los astros en torno a aquellos muros ruinosos se limitaba a dejar constancia de las circunvoluciones de la Tierra y los espasmódicos movimientos del hombre carecían de sentido.

El simple hecho de estar hambriento, el aviso del reloj interno, se veía neutralizado por la irrelevancia de la sensación en sí, relegada a un espasmo espectral fácilmente apaciguable con algo de miel y frutos secos. La vida y la molicie, liviana y monótona, de lo eterno.

Al declinar la tarde, Medford se sacudió aquella rara sensación de ubicuidad y subió a la azotea. Se puso a acechar a través del desierto la posible llegada de Almodham. Hacia el sur, las montañas de alabastro figuraban un velo azulado suspendido contra la luz. Una gran columna de fuego había prendido en el oeste, esparciéndose en nubecillas plumosas que convirtieron el cielo en un surtidor de pétalos de rosa y en oro las arenas extendidas a sus pies. Ningún punto lejano que

sugiriese la llegada de un jinete. Medford aguardó en vano la aparición del ausente anfitrión hasta que cayera la noche y el puntual Gosling volvió a convocarle a la mesa.

Durante la tarde, Medford se entretuvo hojeando las vanguardistas revistas (de sólo tres meses de antigüedad y ya rancias al tacto), luego las apartó a un lado, se tumbó en un diván y se dispuso a soñar despierto. Almodham debía de pasar mucho tiempo soñando, seguramente. Y entonces, justo cuando su amigo empezase a sentirse presa del sopor, partiría como una exhalación a surcar el desierto tras la aventura de alguna ruina ignota. No era mala vida.

En ese momento Gosling apareció con un café turco servido en una taza repujada con filigranas.

—¿Hay caballos en el establo? —preguntó Medford de improviso.

—¿Caballos? Únicamente percherones, señor. El señor Almodham se llevó consigo los dos mejores caballos de montar.

—Estaba pensando que podría salir a caballo a buscarle.

Gosling ponderó la cuestión.

—Claro, podría hacerlo, señor.

—¿Sabe qué ruta tomó?

—No exactamente, señor. Iba a guiarles el caíd del hombre que le dio aviso.

—¿Guiarles? ¿Quiénes iban con él?

—Sólo uno de nuestros hombres, señor. Ellos se llevaron los dos purasangres. Hay un tercero, pero es manso. —Gosling hizo un inciso—: ¿Conoce las veredas, señor? Discúlpeme, pero no creo haberle visto a usted por aquí con anterioridad.

—No —admitió Medford—. Nunca había estado aquí.

—Oh, entonces… —El gesto de Gosling resultó bastante explícito: «En tal caso ni siquiera el mejor purasangre le sería de ayuda».

—Supongo que todavía cabe la posibilidad de que aparezca esta noche, ¿no?

—¡Oh, sin duda, señor! Confío en verles desayunando juntos aquí mañana —dijo Gosling en tono efusivo.

Medford dio un sorbo a su café.

—Ha dicho que nunca me había visto antes por aquí. ¿Y usted? ¿Cuánto lleva aquí?

Gosling replicó al instante, como si las cifras nunca permanecieran alejadas de su memoria durante mucho tiempo:

—Once años y siete meses en total, señor.

—¡Casi doce años! Demasiado tiempo…

—Sí, mucho.

—Y supongo que no se ausenta usted de aquí con mucha frecuencia.

Gosling, que se alejaba ya con la bandeja, se paró en seco, se giró y respondió con impetuoso énfasis:

—No me he ausentado ni en una sola ocasión. No desde que el señor Almodham

me trajo aquí por primera vez.

—¡Dios bendito! ¿Ni unas vacaciones?

—Ni eso, señor.

—Pero el señor Almodham se marcha de vez en cuando. Le conocí en Luxor el año pasado.

—Efectivamente, señor. Pero resulta que cuando está aquí me necesita a su entera disposición y cuando no está me necesita también para vigilar al resto. Así que ya ve usted…

—Sí, ya veo. Pero debe de estar haciéndosele horriblemente largo…

—Se me hace largo, señor.

—Pero ¿y los demás? ¿Quiere decir que no son plenamente fiables?

—Bueno, señor, es que son árabes —dijo Gosling con desdeñosa indiferencia.

—Ya. ¿No hay entre ellos uno sólo que lleve más tiempo al servicio del señor Almodham y que sea de fiar?

—Esa palabra no figura en su vocabulario, señor.

Medford se entretuvo encendiendo un puro. Cuando levantó la vista comprobó que Gosling todavía estaba a un metro escaso de distancia.

—Fue como si nunca me hubiese hecho esa promesa, señor —dijo con un punto de exaltación.

—¿Promesa?

—La de darme vacaciones, señor. La misma promesa…, una y otra vez.

—¿Y nunca se presentó la ocasión?

—No, señor. Los días fueron pasando…

—Ah, en este lugar no es de extrañar. No permanezca usted despierto por mí —añadió Medford—. Creo que voy a esperar al señor Almodham.

Gosling abrió todavía más, si cabe, los ojos:

—¿Aquí, señor? ¿En el patio?

El joven asintió y el criado permaneció inmóvil unos instantes, mirándole, transformado a la luz de la luna en una espectral figura blanca, el inquieto fantasma de un paciente mayordomo que pudo haber muerto sin haber gozado jamás de vacaciones.

—¿Toda la noche aquí abajo, en este patio, señor? Es un lugar retirado. No le oiría si me llamase para cualquier cosa. Estaría mejor en la cama, señor. El aire es malo. Podría volver a darle fiebre.

Medford se echó a reír y se repantigó en su holgada silla. «Decididamente —pensó—, este tipo necesita un cambio de aires». Y en voz alta comentó:

—¡Oh, estoy bien! Es usted quien parece nervioso, Gosling. En cuanto regrese el señor Almodham me propongo hablarle en su favor. Obtendrá usted sus vacaciones.

Gosling continuó inmóvil. No articuló sonido durante un minuto.

—¿Lo haría usted, señor? ¿Lo haría? —dijo aquello de forma entrecortada, con un quiebro de voz, la última palabra distorsionada por la risa…, una especie de

chirrido breve y estridente, la clase de risa de quien lleva demasiado tiempo sin permitirse tales desahogos—. Gracias, señor. Buenas noches, señor. —Y se fue.

—¿Hierve usted siempre el agua que bebo? —preguntó Medford, agarrando el vaso sin llegar a levantarlo.

Lo dijo en tono cordial, casi confidencial. Medford tenía la sensación de que su espontánea promesa de conseguirle a Gosling unas vacaciones había establecido entre ambos una genuina amistad.

—¿Hervirla? Siempre, señor. Faltaría más —Gosling se expresó con un atisbo de reproche, como si la pregunta de Medford supusiera un agravio (involuntario, cabía esperar) en el marco de la relación que acababa de instaurarse entre ambos. Escrutó a Medford con sus ojos desorbitados, en los que, más allá del velo de profesional indiferencia, se entreveía una sincera preocupación.

—Porque, sabe usted, mi baño de esta mañana…

En aquel preciso instante Gosling estaba recibiendo un fragrante plato de cuscús de manos de un sigiloso árabe. Por lo bajo le susurró al nativo:

—Tú, condenado aborigen, ¿es que ni siquiera sirves para sostener un plato derecho? ¡Aggh!

El nativo se esfumó tras aquellas imprecaciones y Gosling, manteniendo el pulso deliberadamente bajo control, colocó el plato ante Medford.

—Éstos son todos iguales. —Con un gesto de fastidio retiró un resto de suciedad de la manga de su uniforme.

—Es que esta mañana mi baño olía mal, ¿sabe usted? —dijo Medford.

—¿Su baño, señor? —Gosling recalcó sus palabras. El asombro volvió a anegar aquellos ojos clavados en Medford, hasta el punto de anular cualquier otro tipo de emoción—. Desde luego que no iba yo a consentir que pasara una cosa así —dijo en tono de autocensura.

—Es el único aljibe que hay, ¿no? ¿El del patio?

Gosling emergió al fin de la honda cavilación en la que le había sumido la queja del huésped.

—Sí, señor, sólo ése.

—¿De qué clase de aljibe se trata? ¿De dónde procede el agua?

—Oh, sólo es una cisterna, señor. Agua de lluvia. Nunca ha habido ningún otro. Y, que yo sepa, siempre ha funcionado sin problema. Pero en esta estación se vuelve un poco loco. Puede preguntarle a cualquiera de esos árabes, señor. Pese a lo embusteros que son, no se van a pringar molestándose en mentir sobre eso. Vaya que no.

Medford degustaba ahora con cautela el agua de su vaso.

—Ésta parece estar bien —dictaminó.

La satisfacción se dibujó en el semblante de Gosling.

—Yo mismo me ocupo de vigilar que se hierva convenientemente, señor. Siempre

lo hago. Espero que esa dichosa Perrier llegue mañana, señor.

—¡Oh, mañana! —Medford se encogió de hombros al tiempo que tomaba un segundo sorbo—. Puede que mañana no esté aquí para bebería.

—¿Qué…? ¿Se marcha, señor?

Al girarse abruptamente, Medford captó una expresión nueva e indescifrable en los ojos de Gosling. Le daba la impresión de que el hombre le había cogido una especie de afecto perruno. Medford incluso habría jurado que Gosling habría deseado retenerle allí, convencerle de que fuera paciente y pospusiera su marcha. Y sin embargo, bien pudiera ser también que fuese alivio lo que percibió en su mirada; satisfacción, casi, en su voz.

—¿Tan pronto, señor?

—Bueno, llevo ya cinco días aquí. Y puesto que todavía no hay noticias del señor Almodham y dice usted que incluso es posible que se haya olvidado por completo de mi llegada…

—¡Oh!, no digo eso, señor. ¡Olvidado no! Sólo que cuando todos esos montones de piedra se apoderan de él, se olvida del tiempo, señor. Eso es lo que quiero decir. Los días pasan…, está como en un sueño. No le extrañe que crea que está usted todavía por llegar, señor. —Una imperceptible sonrisita aligeró la incolora gravedad de los rasgos de Gosling. Era la primera vez que Medford le veía sonreír.

—Oh, lo comprendo, pero aun así… —Medford hizo una pausa. Su instinto de alerta trataba de combatir el marasmo en que le sumían la molicie de aquel lugar embriagador y sus reconfortantes comodidades—. Es extraño…

—¿Qué es extraño? —repitió al instante Gosling mientras colocaba dátiles e higos secos sobre la mesa.

—Todo —dijo Medford.

Se apoyó contra el respaldo de su asiento y, a través del arco, contempló el alto cielo desde el cual caía el mediodía en cascadas de azul y oro. Almodham estaba allá afuera, en algún lugar bajo aquel toldo de fuego, tal vez abstraído en sus sueños, como había dicho el criado. Verdaderamente, la tierra era un incesante sortilegio.

—¿Café, señor? —sugirió Gosling.

Medford aceptó.

—Me resulta raro que diga usted que no confía en estos tipos…, en estos árabes…, y sin embargo no parece en absoluto preocupado porque Almodham esté ahí fuera, Dios sabe dónde, sólo con todos ellos.

Gosling ponderó el comentario sin alterarse. Entendió a qué se refería Medford.

—Bueno, señor, no… Usted no lo entendería. Es el tipo de cosas que no se puede enseñar, cuándo fiarse de esta caterva y cuando no. Según convenga a sus intereses, señor, y a su religión, como la llaman ellos, vamos. —Su desprecio era ilimitado—. Pero incluso para comprender un poco por qué no estoy preocupado por el señor Almodham, tendría usted que haberse mezclao con esta chusma y entender el parloteo ese que se traen entre ellos.

—Pero yo… —balbució Medford. Se interrumpió bruscamente y se inclinó sobre su café.

—¿Sí, señor?

—Se puede decir que he viajado con ellos, más o menos.

—Oh, viajar. —El tono de Gosling no acertó a conciliar el respeto con la sorna que había despertado en él el alarde de Medford.

—Con este llevo ya cinco días aquí —insistió el otro como queriendo proseguir con su argumentación. El sol de mediodía apretaba con fuerza incluso en la zona sombreada del patio y empezaban a debilitarse los débiles resortes de su voluntad.

—Lo entiendo, señor. Un caballero como usted con otros compromisos pendientes… Estará apurado de tiempo, por así decirlo —convino Gosling en tono conciliador.

Despejó la mesa, trasladó su contenido sobre un par de brazos árabes que tan pronto aparecieron como se esfumaron, y finalmente él mismo se quitó de en medio mientras Medford se dejaba caer en el diván. Tierra de sueños…

La tarde envolvía el ambiente como un gran velarium de paño dorado cubriendo las almenas y cayendo en vaporosos pliegues sobre las frondosas palmeras. Cuando, al cabo de un rato, lo dorado se tornó violeta y el oeste semejaba un arco de cristal que abarcaba las arenas, Medford se sacudió la modorra y anduvo un rato deambulando. Pero esta vez, en lugar de subir a la azotea, tomó una dirección distinta.

Le asombró descubrir lo poco que sabía de aquel lugar tras cinco días de merodeos y espera. Quizá fuese la última noche que pasaría allí solo. Salió del patio a través de un abovedado pasadizo de piedra que conducía a otro recinto amurallado. Al aproximarse él, dos o tres árabes que habían estado agachados por los alrededores se incorporaron y desaparecieron de la vista. Parecía que hubiesen sido engullidos por la recia mampostería.

Un poco más allá de donde estaba, oyó Medford ruido de cascos, la agitación de un establo al caer la noche. Atravesó otra arcada y se encontró de repente entre caballos y mulas. Un árabe estaba cepillando a uno de los caballos bajo la luz declinante, un ejemplar joven, vigoroso y castaño. También aquel criado pareció a punto de evaporarse, pero Medford le detuvo sujetándole de la manga.

—Continúe con su trabajo.

El hombre, joven y musculoso, de enjuto rostro beduino, se detuvo y le miró.

—No sabía que su excelencia hablase nuestro idioma.

—¡Oh, sí! —dijo Medford.

El otro permaneció callado, con una mano sobre el inquieto cuello del caballo y la otra embutida en su fajín de lana. Él y Medford se escrutaron mutuamente bajo la exigua luz.

—¿Es éste el caballo manso? —preguntó Medford.

—¿Manso? —Los ojos del árabe recorrieron las patas del animal—. Bueno, sí… Es manso —respondió vagamente.

Medford se agachó y palpó las rodillas y los espolones del animal.

—Parece bastante en forma. ¿No sería posible dar un paseo con él esta noche si me apeteciera?

El árabe se tomó unos segundos para reflexionar. Evidentemente, le había desconcertado la magnitud de la responsabilidad sobrevenida con la pregunta.

—¿A su excelencia le gustaría montar esta noche?

—Oh, no sé, es un antojo. Tal vez sí o tal vez no. Medford encendió un cigarrillo y le ofreció otro al mozo cuya blanca dentadura reflejó su evidente satisfacción. Al aproximarse los dos hombres para compartir el fósforo pareció ceder un poco la timidez del árabe.

—¿Es ésta una de las monturas del señor Almodham? —inquirió Medford.

—Sí, señor, es su favorita —dijo el mozo, acariciando con orgullo el brillante hombro del caballo.

—¿Su favorita? ¿Y cómo es que no se la ha llevado consigo en esta expedición tan larga?

El árabe guardó silencio y clavó la vista en el suelo.

—¿No le pareció raro? —quiso saber Medford.

Ambos continuaron sin decir palabra mientras sobre ellos descendía rauda la noche azul. Al cabo de un rato, preguntó Medford en tono casual:

—¿Dónde cree usted que está su amo en este preciso instante?

La luna, oculta durante el radiante declinar del día, se había adueñado de repente del mundo, y un profuso rayo blanco caía de lleno sobre la igualmente blanca casaca del nativo, sobre su rostro bronceado y sobre el turbante de pelo de camello coronado con un nudo en la parte superior. Sus agitados globos oculares centelleaban como joyas.

—¡Si fuese voluntad de Alá que lo supiésemos!

—Pero cree usted que está a salvo, ¿verdad? No le parece necesario enviar todavía una partida en su busca…

El árabe pareció meditar cuidadosamente la cuestión. La pregunta debía de haberle cogido por sorpresa. Pasó un brazo moreno por el cuello del animal y siguió escudriñando el empedrado del patio.

—Cuando el señor Almodham está fuera, el señor Gosling es nuestro amo.

—¿Y él no lo considera necesario?

—Todavía no —suspiró el árabe.

—Pero si el señor Almodham tarda demasiado en regresar…

El hombre volvió a guardar silencio y Medford prosiguió:

—Usted es el mozo principal, imagino.

—Sí, excelencia.

Se produjo una nueva pausa. Medford se volvía para marcharse cuando, por

encima de su hombro, añadió:

—Supongo que sabe usted qué dirección tomó el señor Almodham, que sabe dónde ha ido.

—¡Oh, desde luego, señor!

—En tal caso usted y yo saldremos a caballo a buscarle. Esté preparado una hora antes del amanecer. No le diga nada a nadie… Ni al señor Gosling ni a nadie. Los dos deberíamos ser capaces de dar con él sin ayuda.

Los ojos y los dientes del árabe dieron muestras de aquiescencia.

—¡Oh, señor, estoy seguro de que usted y mi amo se verán antes de mañana por la noche! Y nadie va a enterarse de nada.

«Está tan preocupado por Almodham como yo», pensó Medford. Un leve escalofrío recorrió su espalda.

—De acuerdo, esté usted preparado —repitió.

A su regreso encontró el patio desierto, fantasmalmente habitado por palmeras aleadas de plata y por una higuera de mármol blanco.

«Después de todo —se le ocurrió pensar—, igual ha sido mejor no haberle dicho a Gosling que hablo árabe».

Se sentó y esperó a que Gosling llegase del salón para anunciar, pomposamente y por quinta vez, que la cena estaba servida.

* * *

Presa de ese sobresalto que no se parece a ningún otro, Medford se incorporó bruscamente en la cama. Había alguien en la habitación. No lo constató mediante la vista o el oído (la luna se había ocultado y el silencio de la noche era total) sino mediante esa sutil y peculiar alteración de las corrientes invisibles que nos rodean.

Tardó un instante en estar totalmente despierto, cogió su lámpara eléctrica y la proyectó sobre un par de ojos espantados. Gosling estaba plantado al borde de su cama.

—El señor Almodham…, ¿ha regresado? —exclamó Medford.

—No, señor, no ha regresado. —Gosling se expresaba en voz baja y controlada. Su extremo autodominio le transmitió a Medford cierta sensación de peligro, aunque no hubiera podido precisar por qué o de qué índole. Se sentó erguido, mirando al hombre con severidad.

—¿Qué pasa entonces?

—Bueno, señor, es que podría usted haberme dicho que hablaba árabe… —El tono de Gosling era ahora penosamente reprobador—… antes de tratar con ese tal Selim, haciéndole confidencias de noche en medio del desierto.

Medford cogió sus cerillas y encendió la vela que había junto a la cama. No sabía si echar a Gosling de la habitación de un puntapié o escuchar lo que el hombre tenía que decir. Un intempestivo brote de curiosidad le hizo decantarse por lo segundo.

—¡Menuda insensatez! Primero pensé en encerrarle a usted. Podría haberlo hecho… —Gosling se sacó una llave del bolsillo y la sostuvo en alto—. O también podría haberle dejado marchar. Habría sido lo mejor. Pero, claro, estaba lo de Wembley.

—¿Wembley? —repitió Medford como un eco. Empezaba a creer que el hombre se estaba volviendo majara. ¡No era de extrañar en aquel lugar de postergaciones y ensalmos! Se preguntó si Almodham no habría enloquecido también un poco.

—Wembley. Me prometió usted que convencería al señor Almodham para que me diese unas vacaciones… para poder volver a Inglaterra a tiempo de visitar Wembley. Cada cual tiene sus caprichos, ¿no es verdad? Y el mío es ése, para que vea usted. Cansao está uno de decírselo al señor Almodham. Nunca me ha escuchao o sólo daba a entender que sí lo hacía y era que no lo hacía, qué va, se ponía a decirme que ya veremos, Gosling, y que ya veremos. Y nunca más se habló de nada de eso, vaya que no. Pero usted está hecho de otra pasta, señor. Usted lo dijo y sé que lo dijo de veras…, lo de mis vacaciones. Por eso voy a tener que encerrarle ahora mismito aquí dentro con llave.

Gosling se había expresado con serenidad, pese al soterrado quiebro de emoción en su singular acento mitad mediterráneo, mitad *cockney*.

—¿Encerrarme?

—Evitar de algún modo que se marche usted con ese asesino. No creería usted en serio que habría vuelto con vida de esa excursión a caballo, ¿verdad?

Al igual que la tarde anterior, cuando se dijo a sí mismo que el criado árabe parecía compartir su inquietud respecto a Almodham, un estremecimiento recorrió a Medford. Soltó una nerviosa risa ligera.

—No sé de qué me está hablando. Pero de ningún modo va usted a encerrarme.

El efecto de sus palabras fue inesperado. El rostro de Gosling se contrajo en una mueca convulsa y dos lágrimas afloraron a sus claras pestañas para luego rodar por sus mejillas.

—No confía usted en mí, después de todo —dijo en tono lastimero.

Medford se reclinó sobre la almohada y se quedó pensativo. Nunca antes le había ocurrido algo tan insólito. El tipo parecía tan ridículo que incluso daba risa. Y a pesar de todo sus lágrimas no eran fingidas. ¿Lloraría por Almodham, muerto ya, o por Medford, a punto de compartir la misma tumba?

—Confiaría en usted de inmediato —dijo Medford— si me dijera dónde está su amo.

El semblante de Gosling recuperó su habitual expresión de cautela, pese a retener aún su rostro el brillante rastro de sus lágrimas.

—No puedo hacerlo, señor.

—¡Vaya, eso me imaginaba!

—Porque… ¿cómo iba yo a saberlo?

Medford sacó una pierna de la cama, dejando una mano sobre su revólver, bajo la

manta.

—Bien, ya puede usted retirarse. Deje primero esa llave en la mesa. Y no haga nada que interfiera en mis planes. Si lo hace, le dispararé —añadió lacónicamente.

—¡Oh, no, usted no dispararía jamás a un súbdito británico! Se montaría un escándalo. No es que me importe demasiado… A menudo he pensao en pegarme un tiro yo mismo, no vaya usted a creer que no. A veces, durante la estación del siroco. A mí eso no me asusta un pelo, qué va. Pero, vaya, que le digo yo a usted que no se va a ir mover de aquí.

Medford ya se había puesto en pie con el revólver a la vista. Gosling lo observó sin inmutarse.

—¿Así que sabe dónde está el señor Almodham y está decidido a que yo no lo averigüe? —le desafió Medford.

—Es Selim quien está decidido —dijo Gosling—, así como los otros. Todos le quieren a usted quitao de en medio. Por eso los tengo encerraos en sus habitaciones y he estao yo mismo echándole un ojo a usted todo el tiempo. Y ahora, ¿me hará usted el favor de quedarse aquí? ¡Por el amor de Dios, señor! La caravana de regreso sale para la costa pasao mañana. ¡Cójala usted, señor…, es la única cosa segura! Es que por nada del mundo le voy a dejar yo irse con ninguno de ésos, aunque me jurase usted por lo más sagrao que se iba derechito a la playa. Y lo otro, mejor vamos a dejarlo ya de una vez, anda.

—¿Lo otro? ¿Qué otro?

—La preocupación por el paradero del señor Almodham, señor. No hay nada de qué preocuparse. Todos los hombres lo saben. Pero la pura verdad es que en cuanto el amo se largó le trajinaron dinero de la caja y si yo no hubiese hecho la vista gorda me habrían matao sin pestañear siquiera. Lo que quiere toda esa canalla es que salga usted en busca del otro para darle boleto y esconderlo bajo un montón de arena en algún rincón de las rutas de la caravana. Una faena fácil. Hala, para que vea usted, señor. Que le digo yo que así es como está aquí el patio.

Siguió un considerable silencio. Los dos hombres se observaron largamente bajo el débil resplandor de la vela. El cerebro de Medford se iba despejando a medida que se cernía sobre él la sensación de peligro. Su mente buscó afanosamente desde todos los ángulos de aquel hostigador enigma, pero parecía impenetrable desde cualquier acceso. Lo extraño era que, si bien no creía ni la mitad de cuanto le había dicho Gosling, el hombre continuaba inspirándole una rara sensación de confianza en lo que concernía a la mutua relación entre ambos.

Medford dejó el revólver sobre la mesa.

—Muy bien —dijo—. No saldré en busca del señor Almodham, ya que me aconseja usted lo contrario. Pero tampoco voy a marcharme con la caravana. Esperaré aquí hasta que mi amigo vuelva.

Vio a Gosling palidecer bajo su piel cetrina.

—No haga usted eso. No respondo de esa gentuza si se empeña en esperarle. La

caravana le llevará a la costa pasao mañana tan fácilmente como si fuese usted montao en Rotten Row.

—Vaya, ¿de modo que tiene la certeza de que el señor Almodham no estará de regreso pasado mañana? —le pilló Medford.

—Yo no sé nada, señor.

—¿Ni siquiera dónde se encuentra él ahora?

Gosling reflexionó unos instantes.

—Lleva demasiado tiempo fuera como para saberlo. —Y sin añadir nada más, la puerta se cerró a sus espaldas.

A Medford ya no le fue posible conciliar el sueño. Apoyado en su ventana vio marcharse a las estrellas y al alba irrumpir en toda su beatitud. Con el resurgir de la vida dentro de aquellos antiguos muros se admiró del contraste entre aquella fuente de pureza que anegaba los cielos y los malignos secretos que anidaban cual vampiros en la mampostería terrenal.

Ya no sabía qué ni a quién creer. ¿Y si algún enemigo de Almodham le hubiese atraído con engaños hasta el desierto comprando la connivencia de la gente a su servicio? ¿Habrían tenido los criados sus propios motivos para raptarle y estaría Gosling en lo cierto al afirmar que el mismo destino aguardaba a Medford?

A medida que se intensificaba la luz, Medford sentía que retornaban sus fuerzas. Incluso le estimulaba lo inextricable de todo aquel misterio. Se quedaría y descubriría la verdad.

Siempre era el propio Gosling quien le llevaba el agua para el baño de Medford, pero no lo hizo aquella mañana. Cuando apareció fue sólo para traerle la bandeja del desayuno. Medford reparó en su semblante inusualmente pálido y en los párpados enrojecidos como de haber llorado. El contraste resultaba desagradable y en el interior del joven empezó a gestarse cierta repulsión hacia Gosling.

—¿Y mi baño?

—Bueno, señor, es que como ayer se quejó del agua…

—¿No puede usted hervirla?

—Lo he hecho, señor.

—Entonces…

Gosling salió de mala gana y regresó con un jarro de cobre.

—Es esta época del año… Estamos que nos morimos por un poco de lluvia —refunfuñó vaciando una mínima cantidad de agua en el baño.

«Desde luego el aljibe debe de estar en las últimas», pensó Medford. Incluso hervida, el agua desprendía el molesto olor que había percibido el día anterior, aunque claramente atenuado. Pese a ello, en aquel clima el baño constituía una necesidad de primer orden.

Pasó el día entregado a fútiles lucubraciones sobre su situación. Había albergado la esperanza de que la mañana trajese consigo sabiduría, pero tan sólo le trajo coraje

y resolución, aptitudes ambas de escasa utilidad si no van acompañadas de lucidez. De repente recordó que la caravana que se dirigía al sur desde la costa pasaría aquella misma tarde junto a las inmediaciones del castillo. Medford tenía mentalmente anotada la fecha por ser aquélla la caravana que debía traer la caja de agua Perrier.

«Bueno, no es que lo lamente, precisamente…», pensó con un estremecimiento involuntario. Algo repulsivo y viscoso, mitad olor, mitad sustancia, parecía habérsele quedado adherido a la piel desde que se bañase por la mañana, y la idea de tener que beber de nuevo de aquella agua le resultaba nauseabunda.

Pero la principal razón para alegrarse de la llegada de la caravana era la esperanza de hallar en ella a algún europeo o al menos a algún oficial nativo de la costa a quien poder confiarle su inquietud. Vagabundeó por el lugar, escuchando y esperando, y finalmente subió a la azotea a avizorar la ruta del norte. Pero bajo el halo del atardecer únicamente alcanzó a distinguir a tres beduinos conduciendo unas atestadas mulas de carga en dirección al castillo. A medida que éstos ascendían el empinado sendero logró reconocer a algunos de los hombres de Almodham, deduciendo al instante que la ruta sur de la caravana no pasaba exactamente junto a las murallas, sino que los hombres habían salido a su encuentro, quizá en algún pequeño oasis al otro lado de las dunas. Mortificado por la torpeza de no haber previsto dicha posibilidad, Medford bajó a toda prisa al patio, confiando en que los hombres le trajeran noticias de Almodham.

Al llegar Medford al patio le alcanzaron voces airadas y respuestas igualmente exaltadas procedentes de las caballerizas. Apoyado sobre la tapia se puso a escuchar.

Gosling, maestro de todos los dialectos del desierto, imprecaba a sus subordinados en media docena de ellos.

—Que no lo habéis traío, vamos hombre… y me decís que no estaba el bulto allí, y yo os digo que sí estaba, cómo que no, y que lo sabéis muy requetebién, lo que pasa es que lo habéis dejao tirao en alguna duna mientras estabais de palique con los cantamañanas esos de la costa, o también puede ser que lo hayáis amarrao tan malamente al caballo que se os ha soltao por el camino… y, claro, como que estabais todos demasiado alelaos como para darse cuenta. ¡Oh, hijos de malas madres que ni merecen que las miente uno! ¡Hala, pues para allá que vais a ir de vuelta otra vez a buscar lo que habéis perdío! Es lo que hay.

—Por Alá y la tumba de su profeta, nos tratas de manera imperdonable. No se quedó nada en el oasis ni tampoco se nos cayó por el camino. No estaba allí y ésa es toda la verdad.

—¡Toda la verdad, toda la verdad! Miserable pandilla de haraganes y embusteros, vosotros… Y el caballero invitado aquí que no se echa a la boca otra cosa que no sea agua…, ja, lo mismo que vosotros, ya lo creo, que siempre estáis jurando no haber bebió más que agua… A otro con el cuento ese, rufianes que sois todos, bebedores de licor.

Medford se apoyó sobre la tapia con una sonrisa de alivio. ¡Tan sólo era una caja

de Perrier (la caja que estaban esperando) lo que había caldeado los ánimos de aquellos dos hombres adultos hasta tal punto de furor! El anticlímax le quitó un gran peso del pecho. Si Gosling, tan mesurado e inalterable, podía permitirse descargar su ira por una simple incidencia en el funcionamiento del comisariado, ello significaba que no tenía la cabeza ocupada en otras cosas. ¡Qué absurdas se antojaban las suspicacias de Medford a la luz de aquel imprevisto doméstico!

Al instante se sintió conmovido por las atenciones de Gosling e irritado consigo mismo por haberse dejado llevar por fantasiosos delirios orientales.

Almodham estaba de viaje, ocupado en sus asuntos. Probablemente sus hombres sabrían dónde le habían llevado y en qué consistían tales asuntos. E incluso en caso de que le hubiesen robado durante su ausencia y de que se hubiesen peleado después unos con otros por los restos del botín, Medford no veía qué podía hacer él. Por otra parte, cabía la posibilidad de que su excéntrico anfitrión (a quien, después de todo, había tratado en el transcurso de una única noche), arrepentido de una invitación hecha demasiado a la ligera, se hubiese ausentado para escapar del fastidio de tener que atenderle. En el mismo momento de ocurrírsele, la alternativa le pareció a Medford tan plausible que empezó a preguntarse si no estaría Almodham recluido en alguna *suite* secreta de aquella intrincada mansión a la espera de que su invitado se largase.

Aquella posibilidad explicaba claramente el interés de Gosling en que se marchase el visitante…, y justificaba tan bien la actitud nerviosa y contradictoria del hombre que Medford, sonriendo ante su propia ofuscación, resolvió marcharse a la mañana siguiente. Apaciguado por la decisión tomada, se demoró en el patio hasta la caída de la tarde y poco después subió a la azotea como era su costumbre. Pero en aquella ocasión sus ojos, en lugar de abarcar el horizonte, se centraron en el edificio compuesto de múltiples anexos del que tan poco sabía al cabo de seis días de estancia allí. Los distintos niveles, aéreos, sobresaliendo desde caprichosos ángulos, le desconcertaban con sus ventanas de persianas echadas o, eventualmente, con el enigma oculto en algún cristal pintado. ¿Detrás de qué ventana estaría escondido su amigo, espiando quizá a su invitado en aquel preciso instante?

La idea de que aquel hombre de carácter mudable, de rostro moreno y alargado, con su copete de pelo cano, sus presumibles egoísmo y tiranía y su pertinaz ensimismamiento pudiese estar realmente a un tiro de piedra suscitó por primera vez en Medford una aguda sensación de soledad. Se sintió excluido, no querido… Ahora que imaginaba que alguien podría estar viviendo allí sin que él tuviese conocimiento de ello, todo el lugar se le antojó aislado, inhóspito y sumamente peligroso.

«Mira que soy idiota… Probablemente Almodham esperaba que hubiese recogido mis cosas y me hubiese marchado en cuanto hubiese sabido que él no se encontraba en casa», cavilaba el joven. Sí, definitivamente se marcharía a la mañana siguiente.

Gosling no se había dejado ver en toda la tarde. Cuando al cabo de un rato y con cierto retraso llegó para poner la mesa, traía una mirada de hosca reticencia, de

hostilidad casi, que Medford no le había visto anteriormente. Apenas se dignó responder al cordial «hola, ¿está ya la cena?» del joven, y una vez que Medford se hubo sentado le puso el primer plato delante sin decir palabra. El vaso de Medford permaneció vacío hasta que él se vio obligado a señalar el borde con los dedos.

—Oh, no hay nada para beber, señor. Los hombres perdieron la caja de Perrier… o la dejaron caer e hicieron añicos las botellas. Ellos dicen que nunca llegaron. ¡Cómo va uno a saber la verdad si ésos no abren sus labios blasfemos como no sea para contar embustes! —estalló Gosling con inusitada violencia.

Soltó el plato que sostenía y Medford comprobó que no había tenido más remedio que hacerlo porque su cuerpo entero temblaba como si tuviera fiebre.

—¡Hombre de Dios! ¿Qué importancia tiene eso? Va usted a enfermar —exclamó Medford poniendo una mano sobre el brazo del criado. Pero el otro mascullando «Oh, válgame Dios, si hubiera ido yo mismo en lugar de esos liantes», se soltó bruscamente y abandonó la habitación.

Medford se sentó sumido en especulaciones. Realmente el pobre Gosling parecía a punto de tener una crisis nerviosa. Nada extraño, por otra parte, cuando a él mismo le había afectado tan profundamente lo siniestro de aquel lugar. Tras un breve intervalo, reapareció Gosling (comedido y sin despegar los labios) para traer el postre y una botella de vino blanco.

—Discúlpeme, señor.

Para tranquilizarlo, Medford probó el vino y seguidamente apartó la silla y salió de nuevo al patio. Marchaba en dirección a la higuera junto al aljibe cuando Gosling, adelantándosele casi al vuelo, trasladó su silla y la mesita auxiliar hasta el extremo opuesto del patio.

—Estará usted mejor aquí… Se levantará algo de aire en breve —dijo—. Iré a por su café.

Desapareció de nuevo y Medford se sentó alzando la vista hacia la mole de cemento y escayola, preguntándose si no le habrían desplazado de su rincón favorito para apartarlo (¿o situarlo?) en el ángulo de visión del observador invisible. Una vez le hubo traído el café, Gosling se marchó y Medford permaneció allí sentado.

Al cabo de un rato se levantó y comenzó a pasear arriba y abajo mientras fumaba. Medford regresó luego a su silla, pero tan pronto se hubo sentado creyó sentir la mirada del furtivo observador clavada en la brasa rojiza de su cigarro. La sensación se tornó crecientemente incómoda: casi podía notar los largos y fantasmales brazos de Almodham alcanzándole desde allá arriba, desde algún punto inconcreto de la oscuridad. Regresó al salón, donde colgaba del techo una lámpara que despedía luz tenue, pero, como apenas había aire dentro de la habitación, volvió a salir fuera arrastrando la silla hasta su lugar habitual bajo la higuera. Allí tenía la sensación de poder esquivar el acecho de las ventanas que tanto le había inquietado hacía un momento y se sintió más a gusto, pese a que la brisa no llegaba tan directa hasta aquella esquina y a que el denso aire parecía impregnado de las emanaciones del

aljibe adyacente.

«El agua debe de estar muy baja», pensó Medford. Pese a no ser penetrante, el olor no dejaba de ser desagradable. Y se quedó dormido.

Cuando despertó, el disco anaranjado de la luna se cernía pesadamente sobre los muros aligerando un poco la oscuridad del patio. Debía de haber dormido durante una hora o más. La noche era deliciosa, o lo habría sido en cualquier lugar distinto de aquél. Medford sintió un repelús como secuela de sus pasadas fiebres y recordó que Gosling le había advertido que el patio no era un lugar saludable de noche.

«Será por el aljibe, supongo. Me he sentado demasiado cerca», concluyó. Le dolía la cabeza y, tal como le había sucedido tras el baño, tuvo la sensación de que el repulsivo olor dulzón se le quedaba adherido a la cara. Se levantó y se aproximó al aljibe para comprobar cuánta agua quedaba en él. Pero la luna no estaba aún lo bastante alta como para iluminar aquellas simas y únicamente acertó a escrutar la oscuridad.

De repente sintió que le agarraban por los hombros a sus espaldas y que se los presionaban con fuerza hacia delante, como si alguien pretendiese empujarle desde el borde. Un segundo después, casi coincidiendo con su propia resistencia refleja, el empujón se convirtió en violento tirón hacia detrás y Medford se volvió para quedar cara a cara con Gosling, cuyas manos soltaron enseguida sus hombros.

—Creí que le había vuelto la fiebre, señor… Me pareció que estaba a punto de caerse dentro… —farfulló Medford cuando recuperó sus facultades.

—Nos ha debido de pasar a ambos algo parecido porque yo he tenido la impresión de que era usted el que estaba a punto de empujarme a mí —dijo con una carcajada.

—¿Yo, señor? —jadeó Gosling—. Si he tirao de usted para atrás con todas mis fuerzas…

—Claro, claro, ya lo sé.

Gosling guardó silencio y al cabo de unos segundos preguntó:

—¿No se va usted a dormir, señor?

—No —dijo Medford—. Prefiero quedarme aquí.

El semblante de Gosling adoptó una expresión de iracunda terquedad.

—Bueno, pero yo preferiría que no lo hiciera, señor.

Medford rió de nuevo:

—¿Por qué? ¿Porque es la hora en la que sale el señor Almodham a tomar el aire?

El efecto de aquella pregunta fue inesperado. Gosling retrocedió un par de pasos y se llevó las manos a los labios presionándolos como si quisiera reprimir un lamento.

—¡Venga! Reconozca usted que está aquí y acabemos con esto —exclamó Medford.

—¿Aquí? ¿Qué quiere decir con «aquí»? No será que lo ha visto, ¿verdad? —Las palabras apenas habían salido de sus labios cuando el hombre levantó de nuevo los brazos, avanzó tambaleante y se desplomó como un fardo a los pies de Medford.

Éste, sin dejar de apoyarse sobre el borde del aljibe, dirigió una sonrisa de desprecio al desdichado individuo que se postraba afligido ante él. Sus conjeturas habían sido correctas, entonces.

—Levántese, hombre, no sea absurdo. No tiene usted la culpa de que yo haya averiguado que el señor Almodham sale a pasear de noche por aquí…

—¿A pasear por aquí? —gimió el otro aún encogido de pavor.

—Sí, eso mismo. ¿Acaso no es verdad? No va a matarle a usted por admitirlo, ¿no?

—¿Matarme? ¿Matarme? ¡Ojalá le hubiese matado yo a usted! —Gosling se incorporó ligeramente y echó la cabeza hacia atrás lívido de terror—. ¡Y vaya si podría haberlo hecho! En un santiamén, ya lo creo que sí. Poco me habría costao, no se crea… Sintió como si yo le diera un empujón, ¿no es verdad? Hay que ver, vamos, venir aquí a espiar así y a fisgonearlo todo…

Medford no había alterado su postura. Lo despreciable de la criatura a sus pies le proporcionaba una ventajosa sensación de poder. Pero el gemido final de Gosling había desviado abruptamente el curso de sus cavilaciones. Almodham estaba allí, entonces, de eso no cabía duda, pero ¿dónde y bajo qué apariencia? Un nuevo temor descendió raudo por su espina dorsal.

—¿Así que después de todo tuvo usted intención de empujarme para hacerme caer? —dijo—. ¿Por qué? ¿Quizá como el método más rápido para que me reuniese con su patrón?

El criado tardó menos en reaccionar de lo que se había figurado. De nuevo en pie, Gosling permaneció respetuosamente inclinado y en actitud sumisa bajo la acusadora luz de la luna.

—Ay, Dios mío… ¡Si casi voy y le tiro a usted dentro! Se ha dao cuenta, ¿a que sí? Pero luego…, fue por lo que me dijo sobre Wembley. Lo de echarme un cable, señor, sentí que lo había dicho usted de veras y por eso me ha dao sentimiento y me he arrepentío al final. —El rostro del hombre volvía a estar bañado en lágrimas, pero esta vez Medford las rehuyó con aprensión, como si fuesen salpicaduras despedidas por un cuerpo al caer sobre las sucias aguas de un pozo.

Medford continuaba sin decir palabra y Gosling prosiguió con sus divagaciones.

—Con que hubiese llegao esa Perrier de las narices… No creo que nunca se le hubiera pasao a usted por las mientes, digo yo, si hubiera tenío su Perrier cada día como está mandao, ¿no es verdad? Pero ahora va y me dice que el otro se pasea por aquí como si tal cosa… ¡Ya sabía yo que eso iba a pasar! Pero… ¿qué iba a hacer yo con el hombre si va usted y se planta aquí de golpe y porrazo el mismo día?

Medford continuaba inmutable.

—Y es que él me estaba volviendo tarumba, señor, loco de remate, esa misma mañana. ¿Que no me cree? Justamente la semana antes de que llegase usted iba yo a pillar el barco para Inglaterra y a tomarme mis vacaciones. Un mes enterito, mire usted, señor, y eso que en justicia me correspondían seis meses, ¿eh? Un mes en

Ammersmith, en casa de un primo mío iba a estar yo la mar de bien y pudiendo ver Wembley sin prisas. Y entonces, va él y se entera de que viene usted de camino y, hala, como está tan solo y aburrió aquí, ya me entiende… Le hacen falta nuevas distracciones para no perder la chaveta… y entonces, cuando se entera, digo, de que viene usted para acá, se le quita en un pispás el humor de perros que había tenío, se vuelve loco de alegría y va y me dice: «Le tendré todo el invierno aquí conmigo… un joven interesante, Gosling, de los de mi cuerda». Y cuando le pregunto qué va a pasar entonces con lo de mis vacaciones, se me queda mirando con esos ojos tan fríos que tiene y me dice: «¿Vacaciones? Oh, claro, bueno, el año que viene… Veremos cómo arreglamos la cosa para el año que viene». El año que viene, señor, ¡como si me estuviera haciendo un favor, digo! ¡Y erre que erre desde hace ya casi doce años! Pero esta vez, de no haber venío usted, creo que habría podio irme porque ya se estaba acostumbrando a que le atendiera ese Salim y de salud estaba más bien que nunca, se lo digo yo. Y… bueno, eso le dije yo mismamente, que uno tenía también sus derechos, que yo ya no era un chiquillo… y que le había servío muy requetebién encadenao aquí como un perro guardián y que él siempre me salía con la misma monserga, que si el año que viene y el año que viene. Y… ya ve usted, señor, de pronto se echa a reír en mis narices. Va el menda, se enciende un pitillo y me suelta: «Corta el rollo».

»Estaba de pie, ahí donde está usted ahora mismo plantao, señor, y se volvió de pronto para meterse ya en la casa. Y entonces fui y le endiñé. Como pesaba lo suyo, se cayó por el borde del aljibe en menos que canta un gallo. Y para rematar la cosa, todos aquí esperando que apareciera usted por las puertas en cualquier momento… ¡Ay, que Dios me ayude! —La voz de Gosling se quebró al final en un extraño murmullo.

Ante sus últimas palabras, Medford había retrocedido involuntariamente unos cuantos pasos. Ambos hombres permanecieron de pie en mitad del patio observándose el uno al otro sin decir palabra. Desde arriba, oscilando entre las almenas, la luna lanzó un inquisitivo arpón de luz sobre la ominosa oscuridad del aljibe.

Edith Wharton (Nueva York, 1862 - Saint-Brice-sous-Forêt, 1937) nació en Nueva York en 1862. Su nombre de soltera era Edith Newbold Jones. Su familia era de clase alta, comparable a la aristocracia europea, y consecuentemente recibió una esmerada educación privada.

Antes de cumplir los cinco años viajó por primera vez con sus padres a Europa. En 1885, cuando tenía veintitrés años, Edith se casó con Edgard (Teddy) Robbins Wharton, doce años mayor que ella. Se divorciaron en 1913 a causa de las repetidas y públicas infidelidades de su marido, que afectaron mental y físicamente a la escritora y que motivaron que tuviera que ser ingresada en una casa de reposo. A partir de su matrimonio también pasaría parte de cada año en Europa: en Italia primero y en París después, donde se estableció en 1907, en un apartamento en la rue de Varennes donde viviría rodeada de princesas y duquesas, novelistas, historiadores y pintores, hasta su muerte. Durante un tiempo mantuvo un sonado idilio con el periodista estadounidense William Morton Fullerton. Éste era bisexual y alternaba a la escritora con Lord Ronald Coger, Rajá de Sarawak. Ella misma, también bisexual, mantuvo una larga relación con la cantante de ópera Camilla Chabbert, y relaciones esporádicas con la poeta y guionista Mercedes Acosta. Su primera novela, *El valle de la decisión*, se publicó en 1902: un romance histórico que transcurre en la Italia del siglo XVIII. El año siguiente publicaría *Santuario*, y en 1905 vería la luz su primera gran novela, *La casa de la alegría*. En 1907 se estableció definitivamente en Francia, donde se convirtió en discípula y amiga de Henry James. De esta época destaca su novela corta *Ethan Frome*, una trágica historia de amor entre personas corrientes

ambientada en Nueva Inglaterra, que se publicó en 1911. Su obra más conocida es *La edad de la inocencia*, publicada en 1920 y ganadora del premio Pulitzer en 1921.

Edith Wharton está considerada la más genial novelista americana de su generación, admirada por intelectuales de la talla de Henry James, Francis Scott Fitzgerald, Jean Cocteau y Ernest Hemingway. Falleció el 11 de agosto de 1937 en la localidad de Sain-Brice-sous-Forêt, cerca de París. Está enterrada en el Cementerio de Gonards en Versalles.

Notas

[1] George Jackson Mivart (1827-1900). Biólogo británico que rebatió algunos puntos de la teoría evolutiva darwiniana y trató de conciliarlos con las creencias del catolicismo. (Todas las notas son de la traductora). <<

[2] Sacerdote y reformador religioso italiano condenado a muerte en Roma en 1155 por Inocencio II. Sus restos fueron posteriormente quemados en la hoguera y sus cenizas arrojadas al Tíber para impedir que sus adeptos hiciesen de su tumba un lugar de peregrinación. <<

[3] En francés en el original. La table d’hôte designa la cena que se sirve en una chambre d’hôte, equivalente al Bed and Breakfast británico. <<

[4] Kallimakos destaca en la historia del arte por sus relieves para el templo de Atenea Niké de la Acrópolis ateniense. Entre ellos está la Atenea a la que se refiere Wharton, sorprendida en el gesto espontáneo de atarse una sandalia, una escena de gran sutileza, movimiento y sensualidad, gracias al empleo de la técnica de «los paños mojados», que permite adivinar la anatomía femenina. Es probable que la autora se refiera al uso de dicha técnica y a su repercusión en artistas como Botticelli y Mantegna. <<

[5] Se creía que antes de ser reencarnadas se obligaba a las almas a beber de las aguas del Lete («olvido» en griego), que provocaban el olvido, para que no recordasen sus vidas pasadas. <<

[6] Pequeño cuenco de porcelana con tapadera y asas cuyo nombre se pronuncia en inglés de forma similar al patronímico Irene. <<

[7] Probable alusión al poeta inglés William Ernest Henley (1849-1903), y a su poema «*Invictus*»: «*I thank whatever gods may be I for my unconquerable soul*» («Doy gracias a los dioses que puedan ser artífices de mi alma invicta»). <<

[8] Se refiere al milenio bíblico recogido en el libro del Apocalipsis, que predice un período de beatitud durante el cual Cristo y sus leales seguidores gobernarían la tierra. <<

[9] Láminas, en latín en el original. <<

[10] Bernardo Strozzi (Génova, c. 1581-Venecia, 1644), apodado «Fraile Genovés», fue un destacado y prolífico pintor barroco italiano. <<

[11] «Lo más granado», «la flor y nata», en italiano en el original. <<

[12] «Valientes», en italiano en el original. <<

[13] En referencia al Consejo de los diez, máximo órgano de gobierno de la República de Venecia entre 1310 y 1797, integrado por diez mandatarios cuya finalidad era proteger la seguridad del Estado veneciano. <<

[14] Instrumento musical similar al clavicordio y a la espineta italiana. Probablemente la imagen pretende evocar la célebre Joven sentada ante el virginal, de Johannes Vermeer. <<

[15] Lethbury parafrasea burlonamente a Hamlet: «*If thou didst ever hold me in thy heart, absent thee from felicity awhile and in this harsh world draw thy breath in pain to tell my story*» («Si alguna vez ocupé un lugar en tu corazón, retrasa un poco la felicidad que anhelas y sigue respirando con dolor en este mundo ingrato para contar mi historia»). <<

[16] Un americanismo de principios de siglo XX instauró el nombre de Jane como nombre propio de mujer por antonomasia. Connotaba cierta vulgaridad, como sucede en español con María. Una *jane*, como una *maría*, vendría a ser una mujer vulgar. <<

[17] El elixir paregórico era una mezcla de opio y alcohol con propiedades calmantes que se prescribía a los niños para combatir diversas afecciones. <<

[18] Iconografía funeraria infantil típica de la época, en la que la columna rota simbolizaría una muerte prematura. <<

[19] Período de la historia británica comprendido entre 475 y 827 en el que coexistieron siete reinos establecidos por los pueblos anglos, sajones y jutos que invadieron la parte meridional de la isla de Gran Bretaña tras el abandono de las legiones romanas. <<

[20] Probable alusión al discurso de san Pablo en el Areopago y, por extensión, al poeta inglés John Milton. En dicho discurso Pablo les habla a los atenienses del dios desconocido al que éstos erigieron un altar entre sus otros dioses. <<

[21] En francés en el original. En el XVII se llamaba lettre de cachet a la carta con sello real que decretaba el encarcelamiento o el destierro de alguien. <<

[22] En francés en el original. Colección de jarrones en una misma gama de tonos verdes. <<

[23] Literalmente la autora escribe «cousin», pero se ha traducido por «amiga» por entender que se trata de un lapsus de Wharton. Siempre habla de Alida Stair como amiga de la pareja. Los únicos primos que se mencionan en el relato son los del tal Hugo, posible marido de Alida y eventuales vendedores de la casa que comprarán los Boyne. <<

[24] Juego de pelota muy parecido a la petanca. Las medidas del terreno de juego son mayores, y el reglamento más exigente y rígido. <<

[25] Alusión a la isla mitológica Cimmeria, descrita por Homero, en la que reinaba una oscuridad perpetua. <<

[26] Probable alusión a El corazón de las tinieblas, de Joseph Conrad. <<

[27] Ropa de abrigo árabe. <<

[28] La famosa exposición de Wembley, cerca de Londres, se celebró en 1924. <<